



Los secretos
mejor guardados
de la crisis

TRIPLE A

¿QUIÉN MUEVE LOS HILOS?

BRUNO CARDEÑOSA

Lectulandia

A comienzos del año 2005, un misterioso personaje se puso en contacto conmigo para revelarme la verdad sobre una de las conspiraciones más determinantes del futuro de la humanidad. Lógicamente, reaccioné con escepticismo, pero aquel singular individuo fue revelándose poco a poco como alguien más que un iluminado. Era un hombre que sabía de lo que hablaba, y que lo hizo cuando aún teníamos la sensación de que vivíamos en un mar de riqueza y prosperidad. Cuatro años más tarde el mundo entró en una crisis económica apocalíptica. Lo que aquel sujeto sabía es que determinadas personas, situadas en lo más alto del poder financiero, estaban actuando con el objetivo de empezar a protegerse de una debacle económica que después nos vendieron como imprevista.

Lectulandia

Bruno Cardeñosa

Triple A

¿Quién mueve los hilos?

ePub r1.0

casc 30.11.16

Bruno Cardeñosa, 2012
Diseño: serazetdinov / Shutterstock

Editor digital: casc
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A los millones de seres humanos que han perdido sus casas, su trabajo y sus ahorros por culpa de la crisis económica. Que sepan que ellos no son los culpables y que no vivieron por encima de sus posibilidades.

A medida que el Estado de bienestar se desmorona, amanece el enfrentamiento entre aquellos que desean el Orden y aquellos que no. Una insurrección no es como la extensión de la peste o un incendio forestal. Se trata más bien de algo que cobra cuerpo, como una música, y cuyos focos, incluso dispersos en el tiempo y el espacio, logran imponer el ritmo de su propia vibración. No nos la pegarán con el golpe de la crisis, con el «vamos a empezar de cero» y él «bastará con ajustarse el cinturón durante una temporadita». La crisis es una manera de gobernar cuando este mundo no parece tener otra forma de sostenerse que mediante la gestión infinita de su propia derrota... Cuando el único porvenir de una generación es ser la precedente, el camino conduce invariablemente al cementerio. Llega un levantamiento.

Del manifiesto *La insurrección que viene*, libro de autor desconocido que se publicó en Francia en el año 2007. La crisis y la rebelión popular aún no habían estallado, pero el horizonte empezaba a oscurecerse.

Es imposible corregir abusos a no ser que sepamos que están sucediendo.

Julian Assange

LA PUERTA DE LA JAULA ESTÁ ABIERTA

V: Bienvenida a casa.

Evey: Tú me has hecho esto... ¡Me has metido en la cárcel!

Era feliz hasta que me echaste.

V: La felicidad es una cárcel, Evey. La felicidad es la cárcel más insidiosa de todas...

Del cómic V de Vendetta

Hoy hace justo cuatro meses que acabé de escribir *W de Wikileaks*. Fueron dos meses y medio intensos. Intenté estallar y buscar también que el lector estallara con lo que escribía. «Me he cabreado mucho», me decía uno de ellos. Y continuaba: «Así que muchas gracias». Y es que mi objetivo era mostrar una realidad incómoda que se había hecho hueco de forma imprevista gracias al sueño cumplido de un personaje singular. Ésa era una realidad repleta de mentiras y falsedades, en la que desde el poder se nos engaña sin miramientos y sin torcer el gesto. Una realidad en la que la locura de las guerras se multiplica a base de mentiras, en la que los más poderosos ejercen la hipocresía con naturalidad hiriente, en la que los peores crímenes se cometen con guante blanco, en donde los dictadores recibían el apoyo de los que se dicen demócratas, en la que, más que nunca, la libertad, la verdadera libertad, está amenazada a cambio de ofrecernos una falsa felicidad teñida de ocio —un ocio vacío—; a cambio de vivir en la ignorancia.

La aparición de los documentos de Wikileaks levantó las faldas de quienes dirigen nuestras vidas. Y aunque con una mano delante y otra detrás —no por dinero, sino por tranquilidad— los grandes medios de comunicación se subieron durante un tiempo al carro de la rebeldía y la protesta, abriendo en millones de ciudadanos de todo el mundo una pequeña puerta a la esperanza, que entendieron, como nadie, los habitantes de algunos países árabes que se estaban rebelando contra aquellos que, bajo la falsa apariencia del paternalismo, ejercían en sus países el dominio más absoluto.

Cuando escribía las últimas líneas de *W de Wikileaks* —el primero que se publicó en España sobre el asunto— aquel 11 de enero, los ciudadanos de Túnez se habían levantado en masa contra su líder, Ben Alí, en el poder desde hacía décadas gracias a mantener a sus ciudadanos de espaldas a una realidad que, tras los barrotes, se mostraba cruel. Además, se sospechaba que llegarían nuevas revelaciones sobre las maniobras de los grandes bancos que habían provocado la gigantesca crisis económica en la que vivimos atrapados. También se esperaban nuevos ataques contra el fundador de Wikileaks, Julian Assange.

Y me preguntaba en la última palabra escrita...

«¿Continuará?».

Días después, los ciudadanos de Túnez echaban del poder y del país —de forma pacífica— a Ben Alí e iniciaban un largo y tortuoso camino hacia una democracia que ellos ansían más que quienes, aparentemente, vivimos en un régimen de libertad. Y no tardó ni un minuto en iniciarse el contagio. El siguiente país en levantarse fue Egipto. Al igual que había ocurrido en Túnez, los ciudadanos consiguieron que el presidente Hosni Mubarak desapareciera del mapa. Al mismo tiempo, otros países musulmanes como Bahrein o Yemen empezaban a mostrar los mismos síntomas. Pronto se conocería aquello como la «primavera árabe».

Desde Occidente empezó a hablarse del efecto contagio hacia otros países que también podían vivir revoluciones semejantes. Siguiendo el retrato robot de aquellos

movimientos, Jordania y Marruecos podrían ser los siguientes en asistir a algo que ya se creía como parte del pasado. En cambio, y por motivos que más adelante explicaré, se levantó la población de Siria. Y también la de Libia...

Desde los más poderosos despachos oficiales, ambos levantamientos resultaban menos incómodos porque los dictadores que gobernaban no eran tan proclives a los países más ricos. Gracias a ello, la respuesta del poder fue rotunda: bombardear Libia para colaborar con los rebeldes que se enfrentaban a su dictador. De esta forma se enviaba un mensaje contra futuros alzamientos ciudadanos, porque en Libia empezaron a morir inocentes y culpables, proclives al dictador y víctimas del mismo. No querían el apoyo de los aviones de la OTAN cargados de bombas que se transforman en escombros y sangre, pero desde las instituciones internacionales se nos hizo ver que sí. Otra vez, la enorme hipocresía de quienes mandan más que nadie intentaba reorganizarse y, así evitar que las revoluciones se extendieran a otros países gobernados por amigos.

Lo que no nos decían es que la primera de esas revoluciones no ocurrió en Túnez —aunque los primeros en levantarse en los países árabes fueron los «súbditos» de Yemen— sino en un país rico y próspero no mucho tiempo atrás. Un país cercano. Muy cercano. Un país que durante la última década se nos había presentado como el mejor ejemplo de cómo el poder del dinero generaba sociedades ricas y felices. Pero esa felicidad y esa riqueza se quebró cuando los grandes bancos de ese país —Islandia, para más señas— se vinieron abajo y quedó al descubierto que los grandes progresos se habían efectuado gracias a esquivar la verdad y la legalidad. Poco después aparecieron los documentos secretos que evidenciaban las maniobras de los banqueros antaño presentados como modelo para el mundo entero. Y los ciudadanos —pacíficamente— se levantaron contra sus mandatarios, echaron al gobierno e iniciaron una serie de maniobras en las que el poder se traspasó desde lo alto de la pirámide social a lo más bajo.

Ciudadanos comunes se encargarían de redactar una nueva Constitución y nuevas leyes. En realidad, el miedo al contagio, en Washington y Londres, así como en las otras grandes capitales, era más un miedo a que esos levantamientos se produjeran en esas ciudades que en los países árabes gobernados por sátrapas que podían seguir siendo sátrapas a cambio de entregarnos petróleo y riquezas naturales para mantener nuestra hipotética felicidad.

El contagio de una revolución como la de Islandia podría poner en jaque el mundo actual con sus mecanismos económicos y políticos. El terremoto que provocó la revelación de documentos bancarios fue la gota que colmó el vaso, convirtiéndose en la chispa definitiva que generó un cambio que ha sido tan importante como ignorado.

Pocos días antes de comenzar este nuevo trabajo, el enemigo número uno del mundo, el terrorista Osama Bin Laden, fue ejecutado en Pakistán, un país que, como ya expuse, ha sido utilizado por Washington para alimentar extremismos y tensión en

una zona del mundo que conviene que siempre permanezca inestable.

La ejecución del líder de Al Qaeda llegaba siete días después de la revelación de casi mil documentos secretos sobre cada uno de los presos de la cárcel de Guantánamo. En dichos documentos se demostraba cómo en ese limbo legal había cientos de inocentes y cómo los verdaderos implicados en el terrorismo son una rareza. Eso sí —además de dejar al descubierto que allí se practican las torturas físicas y psíquicas más terribles—, uno de esos documentos revelaban que en Estados Unidos tenían la pista definitiva sobre dónde se encontraba Bin Laden desde, al menos, el 2008. Sólo tres años después, y únicamente tras la aparición de ese informe secreto, se decidió actuar.

Evidentemente, como el lector ha podido comprobar, y como va a seguir comprobando, esos nuevos tiempos han tenido continuidad en una era en la que se unen dos fenómenos: las revoluciones ciudadanas en medio mundo y la crisis económica, que presenta una serie de aristas e informaciones que es necesario que el público conozca para que sea consciente del tamaño del atraco que viven los ciudadanos, sometidos a la dictadura del capital. La interrogante que planteaba, pues, tiene una respuesta afirmativa.

Y ello, y mucho más, me invita a seguir escribiendo...

Evey: ¡Cállate! ¡No quiero oírlo! ¡No estaba en la cárcel! ¡Era feliz!

V: ¿Es que la felicidad vale más que la libertad?

Madrid, a las 23.46 del 11 de mayo de 2011

TRIPLE A

¿Por qué los seres humanos se resignan a tantas cosas que los están destruyendo, y por qué hacen tan poco por modificar esas cosas? ¿Se están suicidando por estúpidos o están pagando sus culpas? Ustedes se han vuelto locos... Alguien se muere y ustedes lo dejan morir, alguien pide ayuda y ustedes miran para otro lado, alguien tiene hambre y ustedes dilapidan lo que tienen. Alguien se muere de tristeza y ustedes lo encierran para no verlo. Alguien que sistemáticamente adopta esas conductas, que camina entre las víctimas como si no estuvieran, (ese alguien) podrá vestirse bien, podrá pagar sus impuestos, ir a misa, pero no me va a negar que está enfermo. Doctor, su realidad es espantosa. ¿Por qué no dejan de una buena vez la hipocresía y buscan la locura de este lado y dejan de perseguir a los tristes, a los pobres de espíritu, a los que no compran porque no pueden o porque no quieren comprar toda esa mierda que usted me vendería de muy buena gana?

De la película *Hombre mirando al sudeste*, dirigida por el cineasta argentino Eliseo Subiela, en la cual un enfermo mental dice que viene de otro mundo y conversa con su psiquiatra haciéndole ver lo frío e irracional de este mundo.

Argentina es, quizá, el país que más y mejor puede hablar de las crisis económicas. Durante el siglo xx han estado arriba y abajo, y sus gentes han vivido momentos de esplendor seguidos de períodos de debacle económica agravados por permanentes vaivenes políticos. Han tenido al frente del país a políticos dignos de consideración que lucharon por la justicia y la libertad con la vehemencia que sólo un argentino es capaz de transmitir; quizá por ello, porque vivimos en un mundo sin términos medios, y en el que a quien defiende una cosa en seguida le aparece alguien que defiende la contraria con más vehemencia aún, han sufrido dictaduras de distinto corte y pelaje que acabaron con cualquier ejercicio en busca de la igualdad. También, como consecuencia de ello, llegaron a atravesar etapas en las que el país entero se convirtió en el laboratorio idóneo para implantar políticas financieras por parte de organismos como el FMI (Fondo Monetario Internacional), que ahora son las mismas que se pretende emplear en el planeta entero. Y sobra decir que ninguna de esas medidas — que se vendieron y se siguen vendiendo como la receta más adecuada— logró sacar al país de los problemas que vivían sus gentes. Ahora bien: necesitaron que sus presuntos demócratas se subieran al carro del poder internacional y se convirtieran en la puerta de acceso para que llegaran otros que vendieran el país a costa de limitar las libertades.

El sello de los asesinos

Uno de esos presuntos demócratas era José López Rega, que después de ser comisario general de la Policía Federal Argentina se convirtió en ministro de Bienestar Social durante los gobiernos que hubo en el país entre 1973 y 1976, al frente de los cuales estuvo Raúl Lastiri, posteriormente Juan Domingo Perón y finalmente su mujer, Isabel Martínez de Perón, que asumió el cargo tras el fallecimiento del líder y creador del peronismo —un movimiento popular de gran implantación en el país—, que alberga en su seno todo tipo de clases e ideologías.

En el primero de esos gobiernos fue López Rega quien creó —por iniciativa propia o siguiendo el encargo de terceras personas aún desconocidas— un siniestro grupo de asesinos con un objetivo claro: acabar con todos aquellos movimientos dentro del partido que lucharan por la clase obrera y las libertades. Su pasado al frente de la temible policía argentina le sirvió para organizar las diferentes células de la llamada Alianza Anticomunista Argentina, es decir, la conocida popularmente como Triple A. Para él, todas aquellas personas que luchaban por esos ideales eran marxistas, comunistas, izquierdistas...

La organización fue «perfecta». Se constituyó el grupo como un cuerpo parapolicial y terrorista. Se organizaron varias divisiones; unos informaban, otros tomaban decisiones, otros espiaban, otros documentaban, otros ejecutaban... Aunque

clandestino, era una suerte de servicio secreto, al estilo de la Stasi alemana, pero con permiso y licencia para matar. En ocasiones, sus miembros iban a las casas de los periodistas, sindicalistas, activistas, estudiantes o políticos que no eran del agrado de López Rega y los suyos, y los secuestraban para después acribillarlos en un descampado. También se recurrió al coche bomba y a otros métodos de tortura más agresivos aún. A veces incluso parecían actuar como si estuvieran en la guerra: en septiembre de 1973, los agentes de la Triple A entraron en el Ateneo 20 de Junio, un local donde se reunían las juventudes peronistas, y fusilaron a todo el que se ponía por delante. Para los líderes del movimiento, aquella organización estaba repleta de infiltrados; también lo era el senador Hipólito Solari Yrigoyen, que había actuado durante la dictadura militar anterior como defensor de presos políticos. Lo condenaron por ello y fue ajusticiado por la Triple A cuando su coche, al que habían adosado una bomba, voló en mil pedazos.

Aquello fue una advertencia...

Días después publicaron una lista de las personas que iban a ser asesinadas. Había abogados, policías, profesores y un sinnúmero de intelectuales. En consecuencia, el terror se extendió.

La represión se incrementó durante el período en el que gobernó Isabel Martínez de Perón, una mujer muy influenciada por López Rega, que la convenció para llevar a cabo rituales esotéricos, contactos con el más allá... Sin lugar a dudas se trataba de un hombre enfermo y borracho de poder, amante de someter y reprimir a quienes no pensaban como él. Adoraba el riesgo, no sentía remordimientos por la muerte de quienes creía que eran sus enemigos, ni pensaba en sus familias, ni en las consecuencias de sus actos. Se presentaba al mundo como un ser superior. Se creía que lo era.

Cuando las autoridades policiales —las legales— entraron en su despacho descubrieron un arsenal de fusiles, granadas, bombas... Nunca se supo qué órdenes obedecía, si seguía los dictados del poder político, de los peronistas que no querían que se difundieran y consolidaran ciertas ideas en el seno del movimiento, de servicios de inteligencia extranjeros que deseaban frenar cualquier ideología que pusiera en jaque sus planes en América del Sur. Investigaciones posteriores desvelaron la existencia de encuentros entre López Rega y Perón, en los que el primero señalaba al presidente quiénes estaban incordiando, pero no había órdenes, no había mandatos, no había dictados. Perón simplemente callaba. Ni siquiera asentía. Aún hoy, no hay pruebas de que él o sus más próximos estuvieran detrás de aquel movimiento que dejó de actuar en 1976, cuando la dictadura volvió a gobernar Argentina. Entonces, los militares que ocuparon el poder integraron a la Triple A entre sus fuerzas. Eran ellos. Se blanquearon. Tras cientos de crímenes a sus espaldas, lograron lo que buscaban.

Hubo que esperar al año 2006 para que un juez dictaminara que los asesinatos llevados a cabo por la Triple A eran crímenes de lesa humanidad. Aunque las heridas

siguen abiertas, y el dolor causado por esa organización seguirá latiendo durante décadas, esa declaración del juez Norberto Oyarbide puede considerarse como el final de la Triple A y sus secuelas.

¿Fin de la historia?

La resurrección

Al mismo tiempo que el juez argentino firmaba tan simbólica sentencia, en el número 55 de Water Street de Nueva York un analista económico estaba elaborando un informe sobre los paquetes financieros que en esas fechas estaban creando los bancos norteamericanos a partir de las hipotecas que se estaban concediendo en los últimos años. Había cientos o miles de ellas en cada uno de esos paquetes. No las miró ni las comprobó. Los pagadores podían ser buenos, regulares o malos. Qué importaba. Tenía que dar una calificación a aquella posible inversión y las órdenes eran claras: había que posibilitar su venta. Los más millonarios estaban haciéndose mucho más millonarios aún gracias a esos productos, que en lenguaje financiero tenían un nombre: Obligación de Deuda Garantizada (CDO). El objetivo era venderlos a otros que sacarán provecho de su revalorización en el futuro, debido a que los activos que contenían: pisos, casas, bloques de viviendas, locales... subían de precio como nunca nada antes lo había hecho.

«Esperemos hacernos ricos y retirarnos antes de que este castillo de naipes se derrumbe», escribió el analista en un correo electrónico que remitió a uno de sus compañeros.

Y le puso nota: «Triple A».

Aquel paquete valía 370 millones de dólares. Lo emitía el banco suizo Crédit Suisse Group. Tras recibir el sobresaliente por parte de aquel «experto» de la agencia de calificación Standard & Poor's, lo compró un inversor, confiado en que se trataba de un negocio seguro. Entre intereses, refinanciaciones, subrogaciones y otras acciones que los poseedores de aquellas hipotecas iban a realizar en los años siguientes, el CDO en cuestión podría multiplicar su valor y ser una inversión rentable como ninguna otra.

Pero a aquel comprador lo engañaron. Quien había dado aquella calificación estaba vendido a unos intereses perversos. El banco suizo le había pagado una enorme cantidad de dinero por aquella calificación. Y si pagaba no podía esperar una mala nota. Faltaría más. Sin embargo, apenas dos años después, aquel CDO había perdido 125 millones de dólares. El problema es que junto a aquel paquete se pusieron en el mercado financiero otros cientos de miles idénticos. Todos tenían la misma calificación. Todos los bancos lo hicieron. Y todos los compradores —y no todos eran inocentes: sabían que aquellos paquetes estaban intoxicados, pero su valor

consistía en saber venderlo rápido y colocarlo a otros compradores enfrascados en una espiral permanente de compras y ventas— habían seguido el consejo: la Triple A era garantía de riqueza.

Y vaya si lo era: el mundo crecía a una velocidad nunca antes conocida hasta que un día la burbuja estalló. Todos los CDO pasaron a valer nada. El castillo de naipes al que hacía alusión aquel analista se derrumbó en cuestión de días. «Nuestros errores al calificar como Triple A pueden hacernos parecer incompetentes o dar la sensación de que hemos vendido nuestra alma al diablo», escribió en otro correo electrónico en 2008 un analista de otra agencia de calificación, Moody's, que también había otorgado notas de Triple A a cuantos productos financieros caían en sus manos para ser evaluados. Es cierto que la tercera de las grandes agencias de calificación —la europea Fitch, un escalón por debajo en relevancia respecto a las otras dos— alertó del peligro que podía suponer otorgar masivamente tales notas a unos productos que podrían estallar. Aquello les granjeó un odio enorme por parte de las otras dos agencias, pero tampoco supieron permanecer al margen del error: dieron Triple A para los bancos que estaban comerciando con CDO y otros sofisticados productos financieros.

En total, en los primeros años del siglo XXI se emitieron sesenta millones de informes sobre instrumentos financieros a los que se estampó el sello de la Triple A. Si no se hubiera hecho, los ciudadanos de los países desarrollados no habrían tenido que salvar con sus impuestos a los bancos, aseguradoras y empresas financieras que crecieron a costa de vivir en la falsedad. Y en consecuencia, no habrían tenido que sufrir los recortes en sus libertades y derechos que han tenido que soportar como consecuencia de la inmensa estafa financiera que provocaron los señores del mundo económico. Pero más aún: hoy moriría menos gente de hambre en el mundo, habría millones de parados menos y las dictaduras no habrían sido blanqueadas para entrar en el sistema a costa de tiranizar y asesinar a miles de partidarios de la libertad. La Triple A se ha sofisticado: ayer asesinaba y coartaba la libertad con métodos expeditivos, con bombas, pistolas, secuestros o palizas, pero hoy lo hace de forma discreta, voraz, silenciosa...

VaR: LA ENFERMEDAD DEL RIESGO

El dinero es la tiniebla del hombre.

Los demás causan el sufrimiento por miedo a sufrir ellos. La injusticia mayor es estar loco. El infierno es la única realidad de la existencia.

Quien más, quien menos, está viviendo en el infierno. Bueno, el infierno creo que lo he elegido yo, creo que todo el mundo sufre, no del infierno, que es la única realidad de la existencia. He dicho que sufro y que lo paso muy mal aquí, pero me gusta la vida y no me gusta la muerte.

LEOPOLDO MARÍA PANERO

Vive en la Unidad de Psiquiatría de Las Palmas. Es consciente de su enfermedad. Se dedica a escribir a propósito de la realidad y del sufrimiento. A alumbrar. No vende quimeras... Es uno de los poetas más importantes de la historia reciente. Sabe de su mal, pero otros no saben y lo extienden para perjuicio de todos.

Imaginemos a Patrick. Un tipo joven, bregado en mil peleas y experimentado en odiosas batallas, tanto como para ir por la vida como un triunfador soberbio y engreído. Como tal, como casi siempre ganaba, era un amante de las sensaciones fuertes y de retar al riesgo.

Más tarde contaré quién era...

Nunca hizo aquello. Esto es una ficción que puede añadirse a los relatos reales de su vida, pero que como luego se verá, no sería extraño que lo hubiera vivido; todo lo que hacía estaba siempre bordeando el límite, pero lo superaba cayendo del lado bueno, del lado de la suerte. En fin, que nunca hizo aquello pero podría haberlo hecho.

Se juntó con otros cinco personajes tan descerebrados y amantes del riesgo como él en uno de los reservados de los locales más pijos del barrio neoyorquino de Greenwich Village, una de las zonas en las que los nuevos ricos se reúnen para tomar unas cervezas después de visitar las más sibaritas galerías de arte. Apostaron una cantidad de dinero que cada uno puso sobre la mesa. Pongamos por caso que cada participante dejó sobre el tapete unos 1000 dólares. Digo dólares porque a estas cosas se «jugaba» con dólares...

En total, había sobre la mesa 6000 dólares y un revólver clásico, quizá un S & W modelo 29, con un cañón de 102 milímetros. Todo un clásico: empuñadura marrón y montura de metal gris oscuro. En el tambor entran seis balas .44 Magnum del calibre 11, pero dentro sólo colocan una, mientras que dejan cinco depósitos libres de munición que cuando se disparen no harán nada salvo provocar un estallido tan impresionante como inofensivo.

Supongo que el lector ya lo habrá adivinado: se trata de la ruleta rusa.

Y Patrick decidió apostar. Uno de los presentes le entregó el revólver, hizo girar el tambor y él, con frialdad, se lo colocó sobre la sien. Era la misma frialdad con la que había efectuado el cálculo: tenía una posibilidad entre seis de morir o, visto de otra forma, cinco posibilidades entre seis de sobrevivir. Se podía ser más frío aún, con la calculadora en la mano: si jugara en cien ocasiones, sólo en 17 (en un 16,6 por ciento de las ocasiones, para ser exactos) podría salir de allí con los pies por delante. Así que merecía la pena el juego. Los otros ganaban el dinero que había apostado si él moría, pero él se embolsaría el montante global con casi total probabilidad.

Curvó el dedo sobre el gatillo. Disparó. Directo a su sien...

Salió vivo.

Después, con el estímulo de la primera victoria, volvería a jugar, porque el riesgo —a tenor de la ganancia que suponía jugarse la vida y tener unas buenas posibilidades de salir indemne— merecía la pena por la cantidad de dinero que ganaba.

Sin embargo, había un problema en su fórmula del 16,6 por ciento. No había caído en la cuenta de que cada vez que se sentaba a la mesa, las probabilidades estadísticas de que un día llegara a disparar el proyectil eran mayores. Estaba

cruzando la línea que separa lo inteligente de lo estúpido, una línea muy delgada que se percibe casi siempre salvo que uno haya entrado en una espiral de éxito. Nadie le podía asegurar que en la primera, en la segunda o en la tercera ocasión la bala le atravesara el cerebro. Antes o después le pasaría y Patrick moriría.

Historia de un error: del Informe 16.15 al «cisne negro»

Traslademos esto al mundo de las finanzas. La verdad es que se trata de un juego que no es tan diferente del que encontramos en los casinos. Ya lo dijo uno de los más importantes economistas de la historia, John Maynard Keynes: «Cuando el desarrollo del capital de un país se convierte en subproducto de las actividades propias de un casino, es probable que la tarea se realice mal».

En cierto modo, este sabio de las finanzas sabía que las cosas eran así. Lo estaba advirtiéndolo. Y sus miedos se hicieron realidad cuando, tras alertar de que el mundo de las finanzas era casi como un juego de azar, la bolsa de Nueva York cayó en picado el año 1929, arrastrando al país y al mundo entero a una crisis económica de enormes proporciones sin la cual no hubiera tenido lugar la segunda guerra mundial. Murieron setenta millones de personas, a las que sumar otros cuantos millares más que fallecieron por hambre y necesidad antes y después del conflicto. Para algunos, cuando estaban ganando dinero a espuertas, el riesgo mereció la pena...

Desde entonces, cuando las finanzas comenzaron a recuperarse, hubo numerosos intentos de medir científicamente el riesgo por parte de los economistas que se enfrentaban a operaciones financieras. En casi todas estas mediciones estaba presente la máxima popular —una estupidez suprema, por mucho que se recuerde a modo de dicho— de que la historia se repite una y otra vez: «Si no se conoce la historia, se corre el riesgo de que se repita», dice el aforismo. Por lo tanto, hubo quien se planteó conocer cómo se había comportado la historia. Hubo diversas tentativas por establecer fórmulas que sirvieran para arriesgarse pero de forma comedida. Varios de ellos tuvieron éxito, y se marcaron pautas matemáticas según las cuales comportarse en temas financieros, hasta que llegó el 19 de octubre de 1987, cuando se produjo el mayor descenso en los índices bursátiles que se recordaba desde 1929. En sólo unas horas, el parqué de Nueva York anotó pérdidas de más del 20 por ciento, y millones de personas sufrieron en sus carnes los efectos de aquella crisis, de la que no se saldría hasta mediados de la década siguiente.

En aquel «lunes negro», tal como se definió a esa jornada, las fórmulas de los economistas para medir el riesgo fallaron. Fue un fracaso de todos aquellos que habían logrado establecer mecanismos para calcular el riesgo que habían funcionado hasta entonces. Todos los agentes hicieron caso a las recomendaciones matemáticas y siguieron actuando de acuerdo a lo que decían los ordenadores. Pero aquel día, los

cálculos erraron por la sencilla razón de que alguna vez se equivocan.

Unos años después, en 1989, un ejecutivo de una de las principales firmas financieras del mundo empezó a crear una nueva fórmula. Aquel hombre se llamaba Dennis Weatherstone y trabajaba para el banco J. P. Morgan, que tenía en su cartera de clientes a miles de adinerados inversores que se jugaban inmensas cantidades de dinero en los mercados financieros a través de los fondos que gestionaba su equipo. Así que les pidió a sus colaboradores que, al finalizar aquel día, elaboraran un informe en tiempo récord que contuviera una serie de parámetros que cuantificaran el riesgo que habían corrido durante la jornada, que cerraba a las cuatro de la tarde. Así, apenas quince minutos después del final de la jornada en los mercados financieros, tenía sobre la mesa un resumen al que se denominó «Informe 16.15».

Gracias a los datos de ese informe, y a los del día siguiente, y el siguiente, y así sucesivamente, se empezó a crear una base de datos que iba a formar parte de una memoria histórica que serviría para calcular cada tarde el riesgo que podrían correr sus agentes al día siguiente, cuando los mercados abrieran nuevamente sus puertas. A ese informe que servía para calcular los riesgos —y por ende, operar en función de ellos— se lo llamaba VaR, un acrónimo que proviene de la expresión *Value at Risk*, que traducida al español significa «valor de riesgo».

Siete años después, el informe VaR se hizo público, así como sus características y los parámetros que se utilizaban para medir el riesgo, pero el problema es que lejos de actuar como un cortafuegos al que no acercarse, empezó a interpretarse como el límite al que había que asomarse cada día de juego en el casino de las finanzas.

La fórmula VaR fue adoptada por el mundo financiero de forma unánime. En la primera reunión de Basilea, que tuvo lugar en 1974, los directores de los diez bancos centrales más importantes del mundo adoptaron una serie de medidas para regular el capital mínimo que debían tener los bancos para hacer frente a una posible crisis debido a los riesgos que estaban tomando en sus operaciones. Se decidió que los bancos tenían que disponer de un 8 por ciento del capital de sus activos con el fin de crear un colchón de dinero en efectivo para hacer frente a las demandas que tuvieran. Pero las cosas se complicaron. Aparecieron los instrumentos financieros complejos, las entidades bancarias se convirtieron cada vez más en entidades de inversión y el riesgo se incrementó de forma aritmética. Entonces se hizo necesario tomar medidas y regular de otra forma el sistema bancario, razón por la cual en 2004 se decidió renovar los acuerdos en una nueva reunión conocida como Basilea II. Se mantuvo el 8 por ciento para operaciones normales pero se incrementó el capital asegurado mínimo para otro tipo de trabajos, debido también a que además de los bancos tradicionales habían entrado en juego otro tipo de organizaciones empresariales. Se establecieron cálculos muy complejos y diferencias entre un tipo de operaciones y otras, pero básicamente el porcentaje de dinero depositado como garantía oscilaría a partir de entonces entre el 12 por ciento y el 18 por ciento.

A partir de esa cita se estableció que la fórmula VaR era la que mediría los riesgos

que asumirían los agentes, ya que establecía la máxima pérdida esperada con un alto grado de probabilidad a lo largo de un tiempo determinado. Por ejemplo, un VaR semanal del 5 por ciento en una cartera de inversión de 200 millones de euros significaba que no sería razonable perder más de 10 millones de euros en esa semana (o contemplado desde su punto de vista: había un 95 por ciento de posibilidad de ganar más de 10 millones).

Las cosas salieron bien durante un tiempo. Aquella fórmula era el santo grial de las finanzas, pero además de existir problemas de base había también un factor humano que los números no podían computar. Fue cuando los matemáticos, antaño relegados en el mercado laboral cuando acaban sus estudios universitarios, desembarcaron en las empresas financieras como los santones custodios de ese grial. En medio de la borrachera, nadie quiso darse cuenta de que el VaR no era una reliquia auténtica y que pueden acontecer sucesos imprevistos en los cálculos, y que algo tan sencillo como básico no se tomó en cuenta: la historia no siempre se repite, y un margen de sólo un 5 por ciento para perder hasta 10 millones no significa que no se puedan perder más de 10 millones. Que era improbable, pero no imposible...

Un analista llamado Nassim Taleb calificó la fórmula de «pura charlatanería pseudocientífica». Además, la fórmula provocó un exceso de confianza que se tradujo en mayor deuda y, por lo tanto, en mayores riesgos. Y lo que era manejable y medible empezó a dejar de serlo, en parte porque tampoco la historia contaba con suficiente base como para saber qué ocurriría. Así, lo imposible ocurrió y los ordenadores de los analistas empezaron a ofrecer cálculos alejados de la realidad, pero ya era tarde, la borrachera de riesgo, junto al hecho de que se empleaba para ganar dinero en períodos de tiempo muy cortos, anuló cualquier atisbo de racionalidad y todo se vino abajo cuando apareció el «cisne negro», que es como se denomina a esos sucesos improbables que alteran la fórmula y señalan que ha llegado la hora de la catástrofe.

El virus: factor Greenspan

«Todo se ha derrumbado a raíz de la introducción de datos en los modelos de gestión de los riesgos cubiertos que han tenido un período de euforia en la última década. Si los modelos hubieran incorporado tiempos más largos, las exigencias habrían sido mayores y hoy el mundo financiero estaría en pie», dijo Alan Greenspan, uno de los padres del sistema actual, con una regulación mínima a la que únicamente había que controlar mediante los tipos de interés impuestos por los reguladores. De hecho, eso fue lo que él hizo mientras fue presidente de la Reserva Federal, cargo que ocupó entre 1987 y 2006.

Greenspan era muy apreciado en los despachos de Wall Street. Sabían que sus actuaciones habían provocado que durante muchos años los «cisnes blancos» fueran

los únicos que se atisbaban. Como amante que era del libre mercado, decidió que la Reserva Federal de Estados Unidos —el mayor banco central del mundo, seguido como un tótem por el resto de bancos centrales— debía intervenir lo mínimo en las operaciones que se llevaban a cabo en el mundo financiero. El presidente Ronald Reagan encontró en él la persona adecuada para llevar a cabo sus planes contra la regulación del mercado. Para el común de los mortales existen leyes civiles, fiscales, penales..., pero para ese ente llamado mercado no las había. «El gobierno no es la solución, es el problema», dijo en su discurso de investidura, allá por enero de 1981. Los que estaban dispuestos a irse de copas lo celebraron. Para ellos, un mundo financiero sin normas era una barra libre, como un sueño que comenzaría a ser realidad durante esa década.

Greenspan puso a rebotar esas copas, pese a que en 1996 alertó —en voz baja, eso sí— de la irracional exuberancia del mercado financiero. Insistió en que era de todo punto improbable —y nuevamente hay que decir que improbable no es imposible— que los precios de las viviendas se vinieran abajo provocando una crisis económica. Y si en alguna ocasión intuyó que esto podría ocurrir, lo solucionaba bajando el tipo de interés, de modo que los bancos podían seguir comprando dinero barato y animar el crédito así como el dinero en circulación.

Pese a ello, Ronald Reagan mantuvo durante muchos años a Paul Volcker al frente de la Reserva Federal, aunque era un hombre próximo al Partido Demócrata, ya que fue nombrado por Jimmy Carter en 1979. En cierto modo, al tener un calendario distinto al político, el objetivo del banco central es evitar en la medida de lo posible que los políticos puedan influir en la política monetaria y en sus líderes; esto podría ser elogiado, pero también criticable, porque en cierto modo lo que se provoca es que «todos estén de acuerdo» con el sistema financiero, dejando de lado la voluntad popular. Así, aunque Reagan arrasó en las elecciones de finales de 1980, el máximo responsable de la economía monetaria del país fue confirmado en su cargo y se encargó durante gran parte del tiempo del gobierno de Reagan de la misma. De todos modos, no había tantas diferencias en los ánimos liberadores del mercado financiero entre demócratas y republicanos.

Por su parte, uno de los hombres de confianza del presidente, el abogado y empresario James A. Baker III —quien después se vería envuelto en numerosos escándalos financieros, pese a lo cual logró salir impoluto de todos ellos— insistió en que era necesario buscar un presidente de la Reserva Federal cuyo perfil fuera más acorde con la ideología de Reagan, que andaba preocupado por el lento crecimiento —crecimiento, pese a todo— de la economía norteamericana, lo que podría provocar que una mínima crisis originara una gran recesión debido a que el colchón era muy pequeño. En las reuniones entre ambos, que relata a la perfección Bob Woodward en *Greenspan* (Península, 2001), Baker fue poco a poco esgrimiendo razones en contra de Volcker y a favor de su favorito: «Un hombre sutil, directo, siempre entre bambalinas, nervioso y a la vez tranquilo, escéptico, desapasionado, cerebral... Un

jugador de equipo», dice Woodward sobre ese candidato, que no era otro que Greenspan, quien, con el tiempo, se convirtió en el aliado perfecto de Reagan, de todo el Partido Republicano y, posteriormente, del mismo Bill Clinton, pese a las aparentemente notables diferencias ideológicas entre ambos.

Durante su mandato se limitó a hacer muy poco; estableció normas para regular, que realmente no regulaban, y ajustaba lentamente el flujo del crédito mediante la tasa de interés con la que su gobierno ponía dinero en funcionamiento a través de la emisión de deuda, circunstancia para la que estaba capacitada sólo una de las delegaciones del banco, la Reserva Federal de Nueva York. Subía esa tasa cuando era necesario ralentizar un poco la economía y la bajaba cuando el dinero requería expandirse. Salvo en eso, admitía que el mercado era irracional, pero para él esta circunstancia era lo bonito y apasionante del mundo del dinero. Vivió las crisis de las cajas de ahorro estadounidenses a mediados de los años ochenta, el *crack* de 1987, la burbuja tecnológica de 2000 o la caída bursátil posterior al 11-S, pero tapó los agujeros, aunque éstos eran tan grandes que un día quedarían a la vista. Ese día llegó en 2008, con él ya fuera de la Reserva Federal, pero ya no había nada que hacer... Cuando su mandato llegaba al final, el 28 de agosto de 2005, uno de los periodistas económicos del diario catalán *La Vanguardia* escribió un artículo titulado «Greenspan, cerca del adiós», en donde escribió: «Innovó, divulgando breves comunicados para que los mercados anticipasen sus decisiones, pero deja un legado y una burbuja inmobiliaria sin precedentes».

Fueron dos décadas aplaudidas por todos lo que se enriquecieron. Hoy ese aplauso sigue ensordeciendo pese a que sus medidas acabaron por ser fundamentales para crear las condiciones de la crisis actual. Y no es porque no hubiera olores nauseabundos sobre cómo habían quedado las cosas tras su mandato.

Síntoma 1: El triunfo del egoísmo

Aunque el pragmatismo llevó a Greenspan a tomar decisiones que contradecían sus principios, sus referentes ideológicos estaban en consonancia con la búsqueda de libertad para los mercados y dejar que se regulasen solos. El escritor Ravi Batra ahondó en cuáles fueron esas guías espirituales en sus primeros años al frente del poder económico. Y lo que encontró es preocupante, porque su ídolo resultó ser una mujer llamada Ayn Rand, escritora y filósofa rusa nacida en 1902 en San Petesburgo, aunque desde los veintitrés años vivió en Estados Unidos, país al que consideraba el único moral en la historia de la humanidad. Para ella, el egoísmo era ético como también lo era el capitalismo más atroz. Esta provocadora consideraba que lo inmoral era acusar a otros de provocar males. El movimiento que lideró se llamaba «objetivismo», y Greenspan no sólo lo adaptó a sus criterios morales sino que incluso

llegó a establecer cierta amistad con ella, hasta el punto de que fue a su funeral en 1982, poco antes de ascender al cargo de presidente de la Reserva Federal. Posteriormente, intentó borrar de su historial la influencia de Rand, incluso las fotografías en donde aparecían juntos, pero cuando parecía haberlo conseguido, llegó el mundo digital y emergió el lado oscuro de su biografía.

Para muchos, Rand fue sólo una novelista. Y como tal cosechó éxito y reconocimiento, pero sus obras estaban provistas de una profunda carga ideológica que sigue siendo objeto de estudio tanto por su forma como por su fondo, en el que se dejaba notar ese liberalismo que caminaba entre el capitalismo de libre mercado y lo que ha venido en llamarse individualismo racional, que se podía traducir en una máxima: el individuo no tiene que sacrificarse por nadie porque el único camino válido es ser egoísta. Y de ahí nació su rechazo al altruismo, sentimiento que consideraba propio de los regímenes totalitarios de la Europa del Este.

Su obra más influyente es *La rebelión de Atlas*, un libro publicado en 1957 (que le llevó escribir casi una década, desde 1946), en el cual presenta una distopía —expresión que significa lo contrario a utopía y que anticipa una situación indeseable para el futuro político, social o científico. El máximo exponente del género es *1984* de George Orwell, aunque su planteamiento es radicalmente opuesto al de Rand— que ha sido considerada como la cumbre de su pensamiento, y en la que plantea los perniciosos efectos del intervencionismo del Estado sobre los ciudadanos. Para ella, el mundo está dividido entre los «saqueadores» —los gobernantes— y los «no saqueadores» —los empresarios y financieros—, que tienen que recluirse en cuevas ante la amenaza de los gentiles electos por los caprichos de los ciudadanos. Este grupo oculto, liderado por un científico y filósofo, intenta rebelarse para poner fin al poder de los ínclitos del gobierno y la religión. Así, en su relato, el gurú del grupo decide dar un golpe de timón y conduce a los suyos desde su reclusión en las montañas hacia el futuro a través de los caminos del país, viajando en grupo con una efigie del dólar como estandarte. El trayecto de los rebeldes acaba en Wall Street, en donde toman los órganos de poder y logran someter a los gobernantes bajo los mandatos de los defensores del capitalismo.

Alan Greenspan parece que llegó a creerse en algún momento John Galt, el científico y economista que se convirtió en el líder de los «no saqueadores» en el relato de Rand e hizo realidad el sueño de aquellos hombres que salieron de su escondite en las Montañas Rocosas para tomar el poder en Wall Street. Y no es una metáfora lo que estoy diciendo, porque a partir de 1952 la relación entre Rand y el presidente casi vitalicio de la Reserva Federal, matemático y economista de carrera, se estrechó tanto que la filósofa lo abrigó bajo su cobijo dentro de la llamada Escuela Objetivista, un grupo en el cual se discutían sus teorías y que tiempo después llegó a ser calificado como secta destructiva. El propio Woodward, muy poco dado a ofrecer informaciones que cuestionen el mundo que nos rodea —lo hizo con el presidente Richard Nixon al destapar el Watergate, pero ya no volvió a hacerlo jamás; por cierto,

que pese a su mala prensa, las decisiones finales de Nixon fueron duramente criticadas por los liberales y los defensores de esta escuela de pensamiento, que en un principio lo apoyaron por completo—, escribió sobre las reuniones entre los dos: «Discutían acerca de la naturaleza de la sociedad y el poder del Estado. Ella le presionaba mucho. Los asuntos en los que discrepaban eran precisamente aquellos en los cuales era muy difícil saber quién tenía razón, eso pensaba Greenspan, pero creía que aquellos debates intelectuales y rigurosos lo ayudaban a decidir lo que estaba bien y mal dentro de su escala de valores. Así sabría cuándo estaba comprometiendo los principios capitalistas y orientados al mercado que él y Rand compartían», decía Woodward, que desvela cómo el hombre más poderoso de la historia económica fue apodado en el grupo de Rand como «El funerario». Por algo sería...

Quienes conocen la obra de Rand quizá no se imaginan su influencia en el mundo de la economía mundial. Incluso en algunos sectores se la considera una suerte de anarcocapitalista y libertaria, pese a que sus planteamientos son muy similares a los del conservadurismo norteamericano, pero se separó de esa posición con sus críticas a la religión y el misticismo, que para ella era algo así como otra forma de comunismo, por lo cual abogaba por una suerte de ateísmo activo y militante con la excusa de que eso era pensamiento crítico. Hoy nadie puede dudar de la escasa cobertura ética de la responsable de estas ideas, que se antoja como una mujer carente de cualquier tipo de empatía porque era defensora, precisamente, de la ausencia de empatía como camino hacia el progreso: «El altruista es una especie de imbécil que no piensa, no siente y no juzga», afirmó.

Síntoma 2: la filosofía de la mentira

Parte de sus ideas tuvieron impacto en Chicago, en cuya universidad se dio forma a dos movimientos intelectuales que son básicos para comprender el mundo, porque allí se edificaron los pilares de la sociedad actual. Por un lado, en el departamento de Economía se gestó el actual liberalismo, calificado como neoliberalismo por los observadores externos, y en el departamento de Filosofía se creó el straussianismo, una corriente de pensamiento que tomó por nombre el del «sabio» que lo concibió, alguien llamado Leo Strauss, que fue profesor de muchos hombres que llegaron a ocupar cargos importantes en el poder norteamericano a partir de finales de los años ochenta hasta el comienzo de la crisis económica de 2008. Saber más sobre lo que él decía, unido a lo que decía Rand, y lo que posteriormente dijeron otros padres del sistema económico actual, es fundamental para conocer los entresijos ideológicos que han provocado la debacle económica que azota al planeta desde el año 2008 y que al ser analizada no se puede obviar la influencia que la política ejerció sobre la economía, pese a que quienes se encontraban de ese lado de la realidad detestaban la

influencia del Estado.

Para Strauss, algo más que un profesor, ya que se convirtió en el gurú e ideólogo de todo un movimiento político, la sociedad está dividida en tres tipos de personas:

- El vulgo (los que están más abajo): «Son los más numerosos. Desean riqueza. Buscan el placer, pero son holgazanes, indolentes, egoístas, torpes... No están dotados de inteligencia individual, sino que al tratarse de una masa están dirigidos desde arriba. No tienen pensamiento propio. Ellos no lo saben, pero no están capacitados para conocer la verdad de las cosas. Tampoco están preparados para ser libres, aunque haya que hacerles creer que lo son.»
- Los gentiles (por encima del vulgo, gobernándolos): «Ocupan la parte superior de la sociedad visible. Aman el honor y único su objetivo es conseguir la gloria. A menudo son los hombres en los que el vulgo ha depositado su confianza. Se creen guardianes de la moral y el orden.»
- Los sabios (su lugar está en la cumbre, a veces se entremezclan con los gentiles, pero su hábitat es un orden superior del que bajan a veces para arreglar las cosas convirtiéndose en hombres con poder ejecutivo): «Son puros. No saben lo que es temblar porque los filósofos están en la posesión de la verdad absoluta y ostentan la supremacía intelectual que han aprendido gracias a las enseñanzas de otros sabios que los instruyeron en secreto. Son los que deben elegir cuáles son los engaños sobre los que levantarse por encima del vulgo para proteger a sus instrumentados gentiles y a la inconsciente masa.»

El dibujo de la sociedad que hizo Leo Strauss es terrible, pero fue y es el fundamento de muchos de los que llegaron al poder durante los años en los que se articularon las medidas necesarias para que se desatara la crisis, para lo cual fue necesario que el engaño y la ocultación se institucionalizaran.

El filósofo, que también influyó notablemente en la formación de Greenspan, explicó cómo era la herramienta que había que usar para someter al vulgo: «La mentira es el arma de los sabios, porque la verdad es propiedad nuestra y no debe revelarse a quien no está capacitado para conocerla. A la sociedad hay que contarle mentiras que le sean reconfortantes para satisfacer sus necesidades, al tiempo que los sabios deben hacerse con el control de la cueva y manejar las imágenes que se proyectan al exterior», dijo a sus alumnos evocando el mito de la caverna de Platón, filósofo clásico que lo influyó notablemente. Quizá como un juego, como una materialización de la suerte de secta que creó, algunos de esos alumnos formaron en los años noventa del siglo xx el grupo Los Vulcanos, entre los que se encontraban personajes como Condoleezza Rice, que fue secretaria de Estado durante el gobierno de George Bush; Dick Cheney, que fue vicepresidente con los dos Bush; George Schultz, que ocupó diversos cargos durante el mandato de Ronald Reagan; o Robert Zoellick, que dirigió durante años el Banco Mundial y, por ende, uno de los organismos más importantes en las derivas económicas del mundo, a quien sustituyó en su puesto Paul Wolfowitz, considerado por algunos como el más aventajado de los alumnos de Strauss y que llegó a ese cargo tras ocupar durante lustros algunos puestos de relevancia en el organigrama de defensa y estrategia del país.

Síntoma 3: la victoria de la falsa libertad a golpe de *shock*

A la hora de hablar de este tipo de pensamiento no podemos dejar de mencionar al responsable de un texto que se publicó en 1945 con el título de *Camino de servidumbre*. A la presentación de la obra asistió el entonces joven Ronald Reagan. Su autor era un hombre llamado Friedrich von Hayek, austriaco de nacimiento y miembro de la llamada Escuela Austriaca de Economía, fue posteriormente profesor en la Universidad de Chicago desde 1949; era un profundo enemigo del sistema político reinante en Europa, pues creía que las sociedades que con los impuestos subvencionan la sanidad o el desempleo sólo acaban sumidas en la vagancia y la inacción. Era opuesto a la intervención del gobierno en los asuntos económicos y uno de los creadores del moderno liberalismo, que nada tenía que ver con el liberalismo del siglo XIX, que había estado enfocado hacia el progreso de las sociedades. Cuando en 1960 publicó su libro *La constitución de la libertad*, no tuvo dudas en asegurar que la fabricación del dinero debería quedar en manos privadas, así como el control de los bancos centrales; de hecho, en parte lo consiguió, lo que hizo de la Reserva Federal un mero instrumento de los bancos comerciales y financieros, y logró que tuviera un sistema que hace que no sea una entidad privada ni pública, al igual que el Banco Central Europeo. Tanto es así —y de ahí uno de los grandes problemas que vivimos— que los bancos centrales son emisores de dinero, pero quienes lo ponen en circulación son las manos privadas que están al frente de esos bancos a través del crédito y de la adquisición de deuda emitida por los gobiernos. Dijo Hayek que los financieros deberían ser los reguladores de todo el flujo monetario y que el exceso de intervención estatal conducía a desastres económicos.

Una de las teorías más conocidas de Hayek es la del ciclo económico. Para él, los momentos de expansión y posterior contracción forman parte consustancial de la sociedad moderna, pero estimaba que eran necesarios para el crecimiento y para la inversión, que se revitalizaba tras los momentos de crisis y recesión hasta que llegaba a un punto culminante de bonanza económica, tras el cual llegaba una reducción de los salarios —bien por sí mismos o bien por la pérdida de poder adquisitivo de los mismos— al final de la cual se abría un agujero.

Por ello le dieron el premio Nobel en 1972.

También se lo concedieron cuatro años después a uno de sus discípulos, un hombre llamado Milton Friedman, que igualmente fue profesor de la Universidad de Chicago. A otro de los padres de la corriente de pensamiento nacida en esta ciudad norteamericana también le concedieron el Nobel de Economía; se trataba de George Stigler, que lo ganó en 1982...

En total, han sido diez los teóricos de Chicago que se hicieron con el premio, que no es sino una forma de reconocer que fueron ellos los que establecieron los principios que operan en el Fondo Monetario Internacional y en el Banco Mundial, así como en parte de los ejercicios financieros asociados a la Reserva Federal y el Banco Central Europeo, que son los organismos que lo dirigen absolutamente todo. Con el llamado Consenso de Washington, un conjunto de ideas económicas que

triunfaron en el mundo a partir de los años ochenta, las ideas de los *Chicago boys* tomaron el mundo político y financiero. Y no sólo en Estados Unidos, sino también en Europa, en donde el contagio por este tipo de sistema tomó forma con la creación de la llamada troika —cuántas veces se ha oído ese nombre en los últimos años...—, que no es sino una representación del Banco Central Europeo, el Fondo Monetario Internacional y la Comisión Europea, el máximo organismo de poder en la Unión Europea, que a diferencia de los parlamentarios que se sientan en Bruselas, no es escogido por voluntad popular sino por nombramiento. En sí mismo, la troika es un ejemplo de la pérdida de fuerza de los valores democráticos en los últimos años. Pero no hay que asustarse; es así y los ciudadanos lo han permitido sin querer. Sería bueno que todos leyeran el libro *La fuente impura* (Andrés Bello, 2001), en la que el periodista económico John Laughland expone cómo los principios organizativos de la Unión Europea son los mismos que tenían algunos elementos del fascismo italiano y del nazismo alemán antes de la segunda guerra mundial. El rechazo a la nación-estado, el desarrollo de unidades de política económica que estén por encima de los ciudadanos, la existencia de una suerte de eurozona... Todas esas ideas y otras similares que hoy aceptamos sin rechistar ya las habían esgrimido los dictadores que hoy consideramos genocidas.

A Hayek le costó trabajo hacerse un hueco en la Universidad de Chicago, ya que las tendencias ideológicas que dominaban allí eran muy críticas con la libertad económica, en parte porque aún estaba reciente la depresión económica que llegó tras el *crack* de 1929. Allí abogaban por la intervención del gobierno en las finanzas como defendía Keynes, pero la influencia de Hayek primero y de Friedman después convirtió el departamento de Economía en la gran referencia del neoliberalismo.

Para Friedman la democracia debía estar limitada y no ejercerse más que para dar libertades y no interferir en el orden de las cosas, especialmente en el económico. «La sociedad es demasiado compleja para que la dirija un gobierno», llegó a escribir poco antes de sustituir a Hayek al frente de la Sociedad Monte Peregrino, una especie de escuela de pensamiento que reunió a ideólogos del mismo corte y que según el profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona, Santiago Ramentol, «tuvo una significativa influencia sobre los gobiernos conservadores americanos y europeos». Fue precisamente en este tipo de grupos en donde nació la idea del poder tecnócrata, una quimera casi distópica que se ha convertido en real en medio de la crisis, cuando en varios gobiernos europeos la situación económica provocó descalabros políticos que abrieron las puertas a los tecnócratas, que por norma general están muy influenciados por esta escuela nacida en Chicago.

Hoy podemos afirmar —aunque ellos dicen que fue por no hacerles demasiado caso— que la crisis económica iniciada en 2008 arrancó por el colapso al que se llegó por culpa de la aplicación de las ideas de los hombres que han subido diez veces al estrado del Ayuntamiento de Oslo en donde se decide quién ha hecho los méritos suficientes como para recibir el mayor galardón que se entrega en el mundo. En el

caso del Nobel de Economía, es el Banco de Suecia el encargado de decidir quién merece el reconocimiento. Se entrega desde 1969. Y uno de cada cuatro años lo gana alguien salido del seno de los *Chicago boys*... Ya van diez.

El premio a Milton Friedman estuvo rodeado de una enorme polémica en todo el mundo, porque se lo dieron poco después de que el gobierno del dictador Augusto Pinochet lo llamara para alumbrar la economía del país mientras morían encarcelados, ejecutados y torturados decenas de miles de opositores que luchaban contra uno de los grandes genocidas de la historia del siglo xx. Friedman denominó a la gestión financiera del país latinoamericano como «el milagro de Chile»...

Pero hay que ser justos, porque dos de cada tres investigadores del departamento de Economía de la Universidad de Chicago están en contra de los planteamientos de la escuela que les ha dado renombre universal. Se sienten dolidos, perjudicados y lastimados por una fama que no se merecen y se muestran convencidos de que sin sus compañeros de Universidad el mundo no sería un lugar tan hostil como es y la economía sería mucho más justa y equitativa.

Un momento de inflexión tuvo lugar cuando en el año 2008 acudió a la Universidad de Chicago la escritora Naomi Klein para dar una conferencia que se titulaba como el libro que le había dado fama en los años anteriores, *La doctrina del shock* (Paidós, 2007). La película documental basada en aquella histórica charla se estrenó en el Festival de Cine de Berlín en febrero de 2009 y desde entonces se ha convertido en una auténtica guía para quienes quieran saber qué está ocurriendo en el mundo y por qué hemos llegado a este punto.

Para Naomi Klein, las doctrinas de Friedman no triunfaron por su contenido, sino porque se pusieron en práctica al utilizar momentos —algunos de ellos, deliberadamente provocados— de crisis social para poder asentarse gracias a la debilidad psicológica pública provocada por guerras, hundimientos económicos, golpes de Estado o catástrofes naturales. Ese tipo de hechos habrían provocado que la puerta a las ideas de los *Chicago boys* se abriera de par en par.

Sin el golpe de Estado en Chile, y sin una sociedad entre hambrienta y aterrorizada, no hubiera triunfado jamás el modelo económico que propuso, en el que privatizar todo lo público fue un paso fundamental para generar crecimiento económico. Según Klein fue a costa de la verdad, y sobre todo, a costa de la verdadera libertad, algo muy similar a lo que ocurrió casi al mismo tiempo en Argentina, cuando la Triple A se transformó en la «agencia» ejecutora del miedo necesario para implantar una serie de planes económicos. Mientras, las teorías de Friedman se convirtieron en la guía ideológica del dictador Videla; incluso visitó China para impartir conferencias ante los miembros del Partido Comunista, que llegaron a poner en práctica una suerte de «capitalismo comunista».

También siguió de cerca —y apoyó— los cambios que se produjeron en la URSS a raíz del golpe de Estado en el país en 1991, donde se instauró un mercado libre carente de cualquier ética que provocó una crisis económica de incalculables

dimensiones en 1998, muy poco antes de que sus ideas quebraran en Argentina, en donde en 2000 se inició una debacle económica (sobre la que hablaré posteriormente) que causó el hundimiento del país. Ambos cataclismos financieros locales fueron muy similares al que desde 2008 azota al planeta entero.

Síntoma 4: sobredosis de testosterona

A medida que profundizaba en la investigación y documentación de este libro, se fue haciendo más patente el recuerdo que tenía a propósito de una condición aparentemente banal que se daba en los agentes de bolsa. Se trataba de una noticia que se dio a conocer el 15 de abril de 2008 gracias a *Proceedings of the National Academy of Sciences*, una respetada publicación científica que dio a conocer el resultado de un estudio que había efectuado un experto de la Universidad de Cambridge llamado Joe Herbert. Según este estudio, los corredores bursátiles de los mercados financieros presentaban en su sangre un mayor nivel de testosterona que el resto de los mortales.

Los agentes que presentaban un mayor índice de estas hormonas en su cuerpo obtenían mayores beneficios que los que presentaban índices normales. No era cuestión de magia ni de propiedades milagrosas. Simplemente, quien presentaba esos índices tan elevados eran personajes especialmente arriesgados. Y al ser más osados obtenían mayores beneficios. En pocas palabras, el estudio venía a decir que los mercados financieros premiaban al que era más atrevido e irracional. «La testosterona aumenta la confianza y el apetito por el riesgo», decía el director del estudio.

Además, Herbert midió el grado de cortisol en los corredores y descubrió que aumentaba en los momentos en los que el mercado financiero presentaba altos índices de volatilidad, una expresión con la que se denominan los momentos en los cuales los diferentes instrumentos financieros pueden generar beneficios o pérdidas que se salen de la norma histórica. Esto significa que si a lo largo del tiempo las acciones de determinado sector financiero suben o bajan en un período determinado de tiempo un 5 por ciento respecto a su valor medio, cuando las condiciones del mercado amplían ese espectro —y se sale, por tanto, de la llamada campana de Gauss, que es una de las bases de la fórmula VaR y que básicamente establece lo que entra dentro de lo normal en una sucesión de hechos— hasta por ejemplo el 15 por ciento se dice que hay un alto grado de volatilidad, es decir, que el valor de esa acción, opción o derivado está «volando». Eso sí, el viento puede soplar a favor o en contra, pero independientemente de su dirección, esa situación hace que el cortisol aumente y genere en el cerebro una respuesta racional y contenida.

En pocas palabras: los mercados financieros son también una guerra hormonal entre la testosterona y el cortisol de quienes operan ahí. Y según el científico que

efectuó el estudio, del que es importante señalar que fue sometido y aprobado por un comité independiente, tener en cuenta la respuesta de los agentes bursátiles en función de sus índices de testosterona y cortisol debería ser fundamental a la hora de conocer las reacciones de estos complejos personajes ante sucesos que se escapan a la normalidad que determina la campana de Gauss. Y esos sucesos se dieron poco antes de que estallara la crisis en 2008.

Es lícito pensar que si los altos niveles de testosterona están asociados a los beneficios gracias al atrevimiento de los corredores bursátiles, podrían incluso alterarse los niveles de esta hormona en quienes compiten en el mercado financiero para que siempre ganen y, en consecuencia, siempre ganemos todos. El estudio demostró que cuando un agente se levantaba con altos niveles de testosterona, las cosas le iban a ir mejor cuando acudiera al parque o al ordenador para negociar operaciones de compra y venta. Así pues, ¡despertémoslos con hormonas!

Ojalá las cosas fueran tan fáciles...

La crisis económica ha sido provocada, en parte, por el efecto de una elevada y prolongada testosterona. Si pudiéramos pinchar con una jeringuilla y analizar la sangre de los creadores y beneficiados por la Triple A, seguramente encontraríamos un elevado nivel de testosterona. Y es que es lógico pensar —y esto no es más que darwinismo social, es decir, la selección de aquellos individuos que son más aptos para la vida, que en este caso es el negocio— que los agentes que presentan niveles por encima de la media en sus cuerpos fueron los que mantuvieron sus trabajos y puestos de responsabilidad, apartando de sus misiones y de sus despachos a quienes regulaban mediante el cortisol sus reacciones ante la enorme volatilidad del mercado en estos últimos años. Y es que tal y como se indica en este trabajo científico, una presencia prolongada de testosterona acaba por provocar lo que los científicos han denominado «efecto ganador», que al estar presente acaba por provocar el triunfo de la irracionalidad cuando la ambición no tiene el efecto corrector del cortisol. Finalmente, esta guerra hormonal acaba por conducir al desastre al desbocarse todos los efectos negativos de la testosterona. No deja de ser llamativo que, sin que se hiciera con esa intención, los incentivos de las grandes empresas financieras para facilitar las jubilaciones anticipadas cumpliera de forma no intencionada ese mecanismo de «supervivencia» origen del darwinismo, porque al desaparecer del mercado financiero los trabajadores de más edad también estaba desapareciendo el cortisol y aumentando la testosterona, algo que también sucede con las mujeres, que están más libres del efecto de la testosterona; no es casualidad que las empresas financieras sean las más discriminatorias con las mujeres entre todos los estratos laborales. O lo que es lo mismo: en estas empresas estaba desapareciendo la racionalidad para dejar paso a la irracionalidad, con el agravante de que esa irracionalidad se mantiene largo tiempo oculta hasta que conduce a la muerte. Si hacemos caso a este estudio, la presencia de cortisol hubiera provocado que la bonanza económica fuera algo menor, pero también que la crisis fuera más suave.

Antes decía que Argentina es un país fantástico, pese a que allí surgiera esa suerte de secta terrorista denominada Triple A. Ahora, lo mismo he de decir de Nueva York. Es la auténtica capital del mundo, un lugar fascinante y una ciudad a la que sería necesario viajar al menos una vez en la vida. No es del todo real la imagen que tenemos del distrito financiero, con pijos caminando a toda prisa, bien trajeados, tomando un café de Starbucks por las calles camino de una oficina a otra o del gimnasio al rascacielos en el que trabajan y con una Blackberry en la mano. Afortunadamente, en Nueva York existe el mayor crisol de razas y religiones, de lenguas y culturas, de museos y galerías de arte, de teatros y cines, pero en ocasiones también podemos ver a esos tipos. No tienen amigos. No trabajan más que el camarero indio que te atiende en el puesto de perritos calientes haciéndote sentir, a cambio de un dólar, parte de una de esas películas que se han rodado allí, pero les gusta decir que trabajan más y, sobre todo, les gusta creer que trabajan en lo más importante que se puede trabajar. No son las mejores personas del mundo. Los une el sentido de la avaricia desmedida y la creencia de que han sustituido a Dios porque son imprescindibles para engrasar el mundo en el que creen vivir. También los une la testosterona. Y no es una metáfora ni una suposición, sino que una de las cadenas de tiendas que más están creciendo en Wall Street es Cenegenics, un establecimiento que vende, en forma de cápsulas, compuestos que hacen aumentar la testosterona. Y es como una droga: cada vez se quiere más y más, e incluso en la Gran Manzana empiezan a proliferar las clínicas que inoculan testosterona por vía intravenosa y las consultas médicas en las que los doctores recetan incrementos exógenos de esta sustancia. Así pues, podemos incluso afirmar que los trabajadores del sector financiero se están dopando con testosterona, algo que, debido a que se trata de un esteroide, también ocurre en el mundo del deporte, con la diferencia de que en las competiciones deportivas existe una regulación y penalización en el caso de que exista ese dopaje.

Hay que relativizar. Tener testosterona —una hormona esencialmente masculina— no es malo. E incluso tener un poco más de lo normal tampoco lo es, ni en hombres ni en mujeres. Simplemente, genera personas más seguras de sí mismas, incluso más atractivas gracias a su carácter, con una sexualidad más rica y unas relaciones sociales más satisfactorias. De hecho, la testosterona ha sido esencial para garantizar la supervivencia del ser humano, ya que sin su presencia el hombre no hubiera salido a cazar y no se habría defendido de sus enemigos, gracias a lo cual las sociedades primitivas fueron poco a poco desarrollándose. El problema empieza cuando los niveles de testosterona se escapan de esa campana de Gauss y son excesivamente elevados o se han incrementado de forma artificial. Entonces estos excesos pueden provocar una confianza tan excesiva que el portador se convierte en un tirano sin empatía, y también en un insomne, un depresivo y un maníaco. Incluso un maníaco sexual, ¿o es que alguien se ha creído que fue casual que los agentes de uno de los grandes bancos del país crearan algunos instrumentos financieros en un fin

de semana de juerga y prostitución? Más adelante lo contaré, porque sí, ocurrió en realidad. Y la utilización avariciosa y sin medir el riesgo fue lo que acabó provocando la actual crisis económica. ¿También alguien se cree que sea casualidad que las bonificaciones que obtienen los corredores en estos tiempos se empleen en pagarse noches de fiesta y diversión sexual? Esto también ocurrió cuando estalló la crisis y muchos bancos tuvieron que despedir a sus empleados previo pago de enormes cantidades de dinero, que en gran parte procedía de los rescates gubernamentales, que se emplearon en eso.

Sin testosterona el ser humano no existiría. Y sin ella seguramente nuestros padres no habrían tenido la noche de amor gracias a la cual nacimos nosotros. Y aún más; sin ella, los hombres no seríamos atractivos para las mujeres u otros hombres. E igual al revés, pues aunque una mujer adulta presenta diez veces menos testosterona que un hombre adulto, las que tienen un nivel más elevado nos resultan atractivas, inquietantes y fascinantes, despertándonos la sensación física que es inherente a nuestras relaciones emocionales, ya que ellas son mucho más sensibles a sus efectos que los hombres. Ya no es ningún secreto para la ciencia y los neurólogos que las hormonas juegan un papel fundamental a la hora de saber cómo actúa la atracción, el amor, el deseo sexual...

Síntoma 5: el premio a la psicopatía

Pero es igualmente cierto que numerosos estudios han vinculado la testosterona a los asesinos en serie, dictadores, líderes sectarios, etcétera. En definitiva, a gente con un inexistente grado de empatía que los convierte en lo que en psiquiatría se conoce como psicópatas o, como se empieza a denominar en ámbitos científicos, personas con trastorno de personalidad antisocial.

Y no todos los psicópatas matan y delinquen. En realidad, casi ninguno. Aunque no hay cifras exactas, se calcula que apenas acaba por hacerlo un uno por ciento como máximo. ¿Dónde está el resto? Algunos gobiernan. Otros están al frente de ejércitos invasores. Otros lideran sectas y también grupos armados que causan el pánico. Y también ocupan puestos de responsabilidad en empresas, porque algunas de sus características y conductas facilitan su ascenso laboral y social. Evidentemente, también caminan con un café de Starbucks por las calles camino de una oficina a otra, o del gimnasio al rascacielos en el que trabajan y con una Blackberry en la mano para después operar en bolsa, comprar acciones, vender títulos, comerciar con derivados o asesorar a instituciones de inversión o a fondos de riesgo. Y es que son así, como decía, muchos de esos personajes —no todos, pero sí muchos— que podemos ver en la capital del mundo.

Los periodistas que nos hemos acercado a la crisis económica desde un punto de

vista que esté al margen de las tendencias ideológicas y culturales que dominan la mayor parte de los análisis fuimos teniendo poco a poco la sospecha de que Wall Street —y el resto de plazas financieras del mundo— es un nido de psicópatas. Diferentes cálculos estiman que en la Gran Manzana podrían estar viviendo más de 200 000 psicópatas, lo que equivaldría aproximadamente a un mínimo del 2,5 por ciento de la población. Con todas las reservas con las que hay que tomar estas aproximaciones, podría decirse que allí viven entre dos y tres veces más individuos con trastorno de personalidad antisocial que en cualquier otra ciudad.

Decía esto porque mientras me enfrentaba a este libro, John Ronson, periodista del diario británico *The Guardian*, ultimaba un libro que tituló *¿Es usted psicópata?*, en el cual entrevistaba a muchas personas diagnosticadas como tal —pese a ello, muchos especialistas ni siquiera consideran este comportamiento como enfermedad, puesto que, entre otras cosas, no puede tratarse ni aliviarse con ningún tipo de tratamiento—, así como a científicos que han intentado aproximarse al estudio del fenómeno. La conclusión a la que ha llegado Ronson es que los psicópatas dirigen el mundo. Ha descubierto que un elevado índice de líderes políticos y empresariales cumplen las premisas necesarias para considerarlos como tales. Y que no es el poder lo que los ha transformado, sino que el sistema de vida occidental y el capitalismo ha premiado a los psicópatas. Para él, el mundo es como es porque lo lideran psicópatas y personas que, sin serlo, han asumido como correctos los comportamientos de estos personajes porque conducen al éxito y al triunfo según los valores actuales. «Destilan una malevolencia casi invisible, especialmente si son líderes empresariales y tienen poder», concluye este periodista que se ha sentido horrorizado ante las evidencias que se mostraban ante él y que demostraban que su teoría era cierta.

También he sufrido esa sensación. Y con cierto pavor, porque al tratarse de un comportamiento que no responde a epidemias ni a contagios ni a malos hábitos —como casi todas las enfermedades—, no cabe otra conclusión que pensar que no hay nada que hacer para evitar que sean algunos de ellos los que marquen la economía mundial. «Estos sujetos no tienen una conducta antisocial por tal o cual motivo, sino porque ésta es un patrón permanente, inherente a sus rasgos de personalidad», señala Laura Pérez Gómez en su libro *Terapia ocupacional en salud mental: las enfermedades* (D-estante, Granada, 2011). En este trabajo se señala que la «irresponsabilidad financiera» está presente en el 79 por ciento de las personas que presenta trastornos antisociales y es uno de los ámbitos, después del laboral y marital, en el que más se manifiestan las características sociópatas.

Sin embargo, con optimismo podría llegar a verse una salida si cambian las cosas y el mundo en el que vivimos. Pero debería hacerlo desde sus cimientos, ya que modificando ciertas conductas sociales podría evitarse el triunfo de tales comportamientos psicopáticos en la sociedad. Más que interesante, y en esta línea que señalo, es el trabajo efectuado por Inmaculada Jáuregui Balenciaga, de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, que publicó en *Nómadas. Revista*

Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas (número 18, año 2008) un fascinante ensayo titulado «Psicopatía, ideología y sociedad», en el que demuestra de forma irrefutable que la forma de entender culturalmente el éxito y el triunfo ha hecho incrementar las conductas psicópatas de los individuos y, por tanto, ha permitido que hayan llegado a alcanzar el nivel de poder que tienen.

Robert D. Hare agrupó las diferentes conductas de los psicópatas según el ámbito en el que se manifestaban. Lo hizo tras estudiar a los criminales considerados como tales, pero él mismo señaló que esas características podrían darse en los psicópatas que no delinquen. De hecho, se han llegado a establecer tres tipos de personajes que pueden manifestar estas conductas: lo que delinquen, los que no lo hacen y llevan una vida normal aunque manifiestan en sus ámbito laboral y social tales acciones, y los psicópatas integrados, que serían aquellos que gracias a sus comportamientos han logrado el poder político o empresarial. Según el psiquiatra citado, éstas serían las características de los psicópatas:

- Interpersonal (locuacidad y encanto superficial, sentido desmesurado de la autovalía, mentiroso patológico, estafador y manipulador).
- Afectiva (ausencia de remordimientos y sentimiento de culpa, afecto superficial y poco profundo, insensibilidad afectiva y ausencia de empatía e incapacidad para aceptar la responsabilidad de sus propios actos).
- Estilo impulsivo (necesidad de estimulación y tendencia al aburrimiento, estilo de vida parásito, ausencia de metas realistas a largo plazo, impulsividad e irresponsabilidad).
- Antisocial (pobre autocontrol de sus conductas, problemas de conducta en la infancia, delincuencia juvenil, revocación de libertad y versatilidad en sus acciones).
- Sin ámbito (conducta sexual promiscua y frecuentes relaciones maritales de corta duración).

Que no se asuste el lector. Posiblemente, no hay nadie en el mundo que no presente algunas de estas características en mayor o menor grado. La perfección es imposible e incluso indeseable. Sin embargo, los psicópatas mantienen al mismo tiempo al menos dieciséis de estas veinte conductas y las adaptan a sus estilos de vida. Y casi podría asegurar que nadie de los que me lee presenta tal conjunto de síntomas. Si fuera así, debería ir al médico, o al menos no dedicarse al mundo de la política, las finanzas o la delincuencia, porque como vamos a ir viendo en los ámbitos profesionales de los que habla este libro, los personajes de este tipo son más que frecuentes.

Una de las películas que aborda de forma extraordinaria el comportamiento de las personas con trastorno de personalidad antisocial es *American Psycho*, una auténtica obra maestra del séptimo arte basada en una novela de menor éxito pero verdaderamente esclarecedora que escribió —y publicó con el mismo título— Bret Easton Ellis y que presenta a Patrick Bateman, un corredor de bolsa que vive en uno de los más lujosos rascacielos de Wall Street y que a la vez es un asesino sin piedad que comete crímenes brutales que pasan desapercibidos merced a su inteligencia prodigiosa y, más que a eso, a la frialdad que le permite borrar huellas al no sentir el

más mínimo remordimiento por lo que hace y poder actuar con serenidad pese a haber acabado con la vida de una de sus víctimas, e incluso haber llegado a comérsela. Como el lector habrá adivinado, él es el protagonista de la ruleta rusa con la que abría este capítulo y que metaforizaba la borrachera de éxito.

Patrick, guapo y elegante, vive en un mundo despreciable por culpa de personajes como él. Se trata de un mundo en el que los ricos de Manhattan adoran las marcas de calidad con pasión enfermiza, son clasistas y racistas, adictos a sustancias estimulantes, y buscan el éxito y el dinero a costa de lo que sea; y lo consiguen, porque no les importa qué o quién caiga por el camino, ya que por encima de cualquier consideración está su amor a las emociones fuertes.

Una de las escenas que me impresionó por su especial significado es la sensación casi orgásmica que siente Patrick —interpretado por un genial Christian Bale— cuando muestra a sus compañeros unas tarjetas de visita que ha encargado con un papel especial y un tacto sin igual. Pocas veces se ha visto un reflejo del absoluto narcisismo que delata a estos personajes que tanto abundan en este mundo de la economía de finales del siglo xx y comienzos del xxi y que, por razones sociales, han invadido otros campos del comportamiento humano.

El narcisismo es una de las características más distintivas de este tipo de individuos psicopáticos. «Manifiestan un patrón de grandiosidad a través de la fantasía o de la conducta a los que describen como personas arrogantes o jactanciosas», recuerda Laura Pérez, que enumera algunos de los comportamientos que los delatan: se sienten superiores a los demás, excepcionalmente únicos, creen que deben ser tratados de manera especial, exageran sus logros y talentos, buscan admiración y adulación, ambicionan el éxito, pueden resultar encantadores, no sienten empatía por los demás, soberbios ante quienes los adulan, furiosos ante quienes los critican, seguros de sentirse envidiados... Eso sí, en determinados momentos se sienten frustrados porque sus inmensas expectativas no se cumplen y se sienten vacíos existencialmente. «Sólo quiero que me quieran», dice Patrick en uno de los momentos de debilidad que también se muestran en la obra, para la cual el autor se documentó durante meses sobre el comportamiento de los narcisistas, psicópatas y agentes financieros influidos por la búsqueda desmedida del éxito y que además eran adictos al riesgo y a algunas sustancias estupefacientes y estimulantes. Y es que todos esos comportamientos están presentes en la ciudad de los rascacielos y, por ende, en el mundo de las finanzas.

«Tengo todas las características de un ser humano: carne, sangre, piel, pelo. Pero ninguna emoción clara e identificable, excepto la avaricia y la aversión», reflexiona Patrick, que bien podía ser uno de esos «señores del universo», que es como los definía el escritor Tom Wolfe en su novela *La hoguera de las vanidades* (Anagrama, 1987), uno de los libros más importantes del siglo xx y que presenta la forma de actuar —un comportamiento psicopático— de los agentes financieros ante problemas jurídicos que pueden acabar con su negocio y su vanidad, es decir, con su narcisismo,

el verdadero objeto sobre el que trata la novela, que no hace sino reflejar cómo es la sociedad contemporánea con un realismo atroz propio del nuevo periodismo, del que Wolfe es considerado uno de sus padres y mejores representantes.

Respecto a ese narcisismo, Jáuregui Balenciaga recuerda que es un componente de la psicopatía y, por sí solo, un estado menor de la misma, que extrapolado al conjunto del comportamiento social sería una de las características del mundo consumista y financiero «con un aislamiento del individuo porque se mata al otro, que es el enemigo: las sociedades de hoy portan en lo más hondo de sí mismas una gran herida narcisista. Son sociedades gobernadas aparentemente por nadie, porque en ellas hay una disección de responsabilidad y una dispersión de los hechos». Así las cosas, el mundo en el que vivimos en Occidente se nutre de los comportamientos psicopáticos a los que hace triunfar. Es un proceso complejo pero contrastable al observar la realidad. «Hay que seducir a los consumidores y volverlos más superfluos. Es necesaria en esta época la sensación, la necesidad y llenar el vacío interior que nos invade. Se apela al narcisismo individual, según el cual cada individuo debe alcanzar la felicidad a través del consumismo, la nueva religión. Según este criterio, el psicópata, narcisista, bien integrado en la sociedad, está lejos de ser un loco, y mucho menos será considerado como loco por la sociedad en la que habita», concluye la psicóloga Jáuregui Balenciaga.

De forma irónica, algunos estudios han concluido que si alguien tiene un dinero que quiere invertir, lo mejor es contratar un agente que esté sobrado de testosterona o que tenga una psicopatía. Ambas cosas lo conducirán al riesgo sin mirar atrás, y mientras las cosas vayan bien en los mercados financieros, obtendrá rentabilidad a su dinero.

Puede pensarse que esto es exagerado, pero existen numerosos estudios científicos que avalan que no lo es. Ya he citado algunos, pero puede hablarse de otros que demuestran cómo «narcisismo, capacidad para mentir y manipular, frialdad de ánimo y ausencia de remordimiento», como decía Edwin Sutherland en *Ladrones profesionales*, son los elementos básicos para moverse en el mundo financiero. El estudio de la Universidad de Oxford lo demostraba con claridad mediante experimentación contrastada. También lo hizo con anterioridad otra investigación que había efectuado la Universidad Carnegie Mellon, que encontró cómo determinados rasgos cerebrales —medibles empíricamente— demostraban que la psicopatía funcional daba a los agentes de bolsa un resultado mucho mejor en sus cuentas que quienes estaban sanos.

Otra que llevaron a cabo en la Universidad de St. Gallen (Suiza) demostró que los cuadros clínicos de los corredores de bolsa presentaban a personas con problemas de impulsividad, falta de honestidad y ausencia de empatía. A esta conclusión llegaron comparando los patrones de los veintiocho presos más peligrosos del país con otros tantos agentes financieros. No había diferencia entre ellos. «Aunque no se los puede considerar locos, los agentes financieros se comportaron de manera más egoísta e

impulsiva, incluso estaban más dispuestos a asumir riesgos que el grupo de psicópatas que se sometieron al mismo examen. Los brókers son más egocéntricos, hedonistas, competitivos y dedican más energía a dañar a sus oponentes que los propios psicópatas», concluyeron el psiquiatra Pascal Scherrer y Thomas Noll, el director de la prisión de Pöschwies. Antoine Bechara, profesor de neurología de la Universidad de Iowa, calificó el comportamiento de estos personajes en el marco que denominó «psicopatía funcional», que si bien no los convierte en asesinos, son capaces de anular cualquier rasgo de ansiedad o preocupación ante las operaciones de riesgo, para las cuales la fórmula VaR fue la autopista que les dio una excusa para actuar.

AAA: LA ESTAFA DE LA MÁXIMA NOTA

Es un hombre que lo tuvo todo —es decir, que cayó en todas las trampas—, incluidas la pesadilla de los impagos que se acumulaban en su mesa, la peregrinación por los bancos, la connivencia con sus propios exprimidores. Fue víctima, como lo somos todos, de la pretensión de creer que poseemos, cuando la realidad es que, a través de los objetos que se nos ofrecen, no somos más que poseídos, personas que alimentamos a la banca y a las grandes corporaciones que se nutren e inflan con nuestro esfuerzo.

MARUJA TORRES

A propósito de un hombre que tuvo que dejar su casa y sus sueños por culpa de quienes dijeron que esos sueños no eran una pesadilla... Del prólogo del libro *¡Insolventes!* (Espasa, 2011).

En el año 2006 cientos de miles de familias comenzaron a no poder pagar sus hipotecas, especialmente las concedidas a partir del año 2000, cuando tras las crisis de las empresas de internet inundó el mercado una vorágine de créditos inmobiliarios a bajo interés que se concedían sin suficientes garantías para que se pudieran pagar los incómodos plazos mensuales. Esos créditos se juntaron con otros y se vendieron convertidos en «títulos». Esas inversiones, todo hay que decirlo, eran muy arriesgadas. Podrían llegar a ser difíciles de recuperar si en un momento determinado se producía un mínimo problema y alguien empezaba a dejar de devolver los créditos.

Eran las de sobra conocidas hipotecas *subprime*...

Esos créditos resultaban tan difíciles de recuperar que se crearon una serie de agujeros. Pero la problemática financiera no se convirtió en crisis hasta que el 15 de septiembre de 2008 cayó el banco Lehman Brothers. Los créditos en forma de complejos productos financieros dejaron de tener continuidad. La burbuja estalló. Siguiendo la cadena, las bolsas se desplomaron. Después cayeron los bancos...

Llegó el pánico.

Finalmente, la crisis afectó a los ciudadanos y a su forma de vida.

El sociólogo Enrique Gil Calvo, en su obra *Crisis Crónica* (Alianza Editorial, 2009), establece un planteamiento sociopolítico y mediático de la crisis, partiendo de la todavía irresoluble cuestión de si se trata de una crisis cíclica grave o una crisis sistémica. O de una cosa que haya derivado en la otra. Dice así: «La crisis se originó a partir de una burbuja especulativa alentada por los medios y tolerada por las autoridades que sólo pudo formarse como consecuencia de una epidemia de endeudamiento colectivo. Los agentes se fueron contagiando bajo la infundada expectativa de que los valores adquiridos siempre crecerían por encima del valor de las deudas. Y cuando esta expectativa se vio frustrada, porque los activos empezaron a valer menos que las deudas, entonces la burbuja se pinchó».

Situémonos ahora tres años antes del comienzo de la crisis...

Año 2005. Y fijémonos en una de las noticias de envergadura que menos repercusión tuvieron en los medios. La daba a conocer *Financial Wire*, que denunciaba la existencia de una enorme cantidad de operaciones bursátiles en las cuales se vendían participaciones sin la posesión de los valores que las constituían. Es lo que se denomina una «compra al descubierto». En pocas palabras: adquiero algo a alguien que no lo tiene, lo que rompe con esa norma del sistema económico que quizá nunca debiera haberse perdido: el intercambio de bienes, según el cual ocurre algo tan sencillo como que yo doy dinero a cambio de algo, por ejemplo un coche. En realidad, es el clásico trueque pero adaptado a los tiempos del comercio.

Esto no era así. En estos casos, el inversor vende acciones que técnicamente no posee, sino que las ha tomado prestadas de su agente de bolsa quien, a su vez, las ha tomado también prestadas de una financiera con la esperanza de que el precio del valor baje antes de que esa compra al descubierto se transforme en una compra real.

Así, el inversor vende y las compra de nuevo a un precio más bajo obteniendo un

beneficio a consecuencia de la caída del valor. Pero si el precio no baja, entonces llega el descalabro. El inversor compra los valores a mayor precio de lo que ha pactado y desembolsado. Y aunque este tipo de operaciones bordean lo lícito, los mecanismos bursátiles y los resquicios legales permiten la transacción. Estas maniobras financieras y la consecuentemente esperada rentabilidad fueron parte de la débil pantalla de protección de las deudas puestas en el mercado o de los créditos emitidos. Hubo un tiempo en que dieron mucho dinero, y se negociaron más y más hasta que empezó a quebrarse el equilibrio, porque mientras unos ganaban, otros comenzaban a perder.

93 por ciento de errores previos a la crisis

Para que exista seguridad en estos complejos mecanismos financieros, es necesario que quien pone su dinero en juego tenga la seguridad de rentabilizar su inversión. Para ello, existen asesorías y agencias de calificación que estudian la situación y ofrecen una valoración sobre ese producto en el que se invierte. Cuando amaneció el 15 de septiembre de 2008, el banco Lehman Brothers estaba calificado con una nota AAA por parte de la agencia de calificación más importante del mundo, Standard & Poor's. La nota AAA es la máxima posible. Un 10 sobre 10. Horas después, el banco se desplomó. Y en semanas sucesivas pasó lo mismo con las grandes financieras del país. Todas ellas también tenían nota AAA, así como los productos que ponían en el mercado financiero: sus títulos, sus acciones, sus bonos... Las otras agencias calificadoras, de las tres que dominan este pequeño monopolio mundial, Moody's y Fitch, habían emitido una puntuación idéntica.

El dato no requiere interpretación: el 93 por ciento de las valoraciones que se efectuaron por parte de las agencias con nota triple A correspondían en realidad a la vulgarmente denominada basura crediticia. «Da igual que los títulos financieros estén compuestos por vacas, porque nosotros les vamos a dar una nota de triple A», puede leerse en el correo electrónico escrito por otro de los empleados de estas agencias y que hemos podido conocer gracias a filtraciones informáticas. Pese a ello, aún hay gente que piensa que pudieron haberse equivocado en 93 de cada 100 veces, pero es que quizá acertaron, porque empieza a tener sentido pensar mal. Si lo hacemos, quizá acertaremos. El lector lo comprobará a lo largo del libro. Y es que a raíz del *crack* de finales de 2008 los gobiernos tuvieron que poner fin a la crisis financiera declarando algo parecido a un estado de emergencia: la guerra contra la crisis. El problema es que, en esa guerra, había infiltrados del enemigo por todas partes, y quienes pensábamos que eran neutrales —o incluso que nos podían ayudar— estaban comprados por ellos.

Había que salvar a los bancos. Primero se hizo en Estados Unidos. Luego,

muchos otros países siguieron el mismo camino. A nivel mundial se destinaron a tan ingente operación tres billones de euros. El dinero salió de los fondos públicos. Y en cuestión de meses, los grandes bancos norteamericanos que superaron la quiebra emergieron de nuevo con fuerza en los mercados de valores, sus acciones aumentaron de valor, y el júbilo financiero también; las primas a los ejecutivos se ampliaron y los beneficios volvieron a aparecer e incluso se incrementaron, pero por dos razones: el espejismo que estaban creando los datos que ofrecían los bancos en sus libros de cuentas y el desahogo que fue para ellos que los ciudadanos salieran —forzados— en su auxilio.

Los caudales públicos fluyeron hacia las arcas privadas para que éstas pudieran sanearse y recuperar su solvencia. Como la herida que sufrían era bastante grave, era posible que volviera a abrirse de nuevo. Así que tras un saneamiento vino otro, y otro, en un continente y en otro. A final, la operación de rescate se traduce en que los salvadores del Tesoro Público «enchufaron sus mangueras de liquidez para lavar el dinero de Wall Street», dice Gil Calvo. El citado autor no duda en calificar ese lavado como un lavado de dinero negro. Sea lo que fuere, el rescate sirvió para transformar dinero que sólo existía en papel en dinero con valor real y en metálico. El problema es que antes estaba en nuestro bolsillo, y ahora el truco de magia lo había llevado a los suyos.

El rescate no puso fin a la crisis. Simplemente, la llevó a otro escenario, porque la deuda privada se había transformado en deuda pública. Ellos se quedaron sin dinero y se lo dimos, pero entonces fuimos nosotros los que nos quedamos con los bolsillos vacíos. Y como los rescates y los planes de estímulo financiero tuvieron que ser cubiertos con dinero público, muchos gobiernos se vieron obligados a emitir deuda para poder seguir funcionando y sacando el país adelante, con esfuerzos y recortes.

El chantaje de las agencias de calificación

Fue en este punto en donde las agencias calificadoras intervinieron otra vez para valorar la calidad de las deudas públicas que se adquirirían, curiosamente con el dinero entregado en los planes de rescate y que generaban unos enormes dividendos al sistema financiero.

Efectuaré, aunque más tarde volveré al asunto, unos pequeños apuntes sobre la deuda pública que, aunque en sí mismo el nombre suene muy mal y tenga mala prensa, es el mecanismo necesario que cualquier Estado requiere para obtener recursos financieros y hacer frente a los gastos del país, entre ellos los servicios sociales, apoyo a desempleados, pensiones, etcétera... Pero además, también se emite para pagar los intereses que hay que devolver a los bancos comerciales que han comprado esa deuda, porque se incrementa en situaciones en las que los Estados han

requerido hacer desembolsos extraordinarios, como es el caso del rescate financiero. Así pues, el dinero es deuda, porque ese dinero es «fabricado» por los organismos oficiales, después se entrega a los bancos comerciales a un tipo de interés bajo (en Europa es el que fija el Banco Central Europeo y en Estados Unidos el que determina la Reserva Federal) y, finalmente, esos bancos comerciales vuelven a dárselo a los gobiernos pero a un interés mucho mayor que dependerá de la nota que tenga ese país por parte de las agencias de calificación. En esta fase, casualmente, no se equivocaron dando más nota de la que merecían a los países que emitían esa deuda. Al contrario, empezaron a bajar y bajar la calificación de aquellos países cuyos gobiernos habían intervenido en el sistema financiero —y también en la economía real, cuyos parámetros empezaron a caer en picado— con el objetivo de poner freno a la crisis ayudando a quienes la provocaron.

Así, cuando un grupo inversor compra un hipotético bono del Tesoro Público a 1000 euros, con un plazo de amortización establecido en, por ejemplo, tres años, el gobierno devolverá al inversor 1300 euros, los 1000 que invirtió en la compra más los 300 de intereses. Como en todo préstamo, siempre existe un riesgo de que el emisor de la deuda no sea capaz de amortizar ese préstamo en el tiempo acordado. Ese riesgo es el que valoran ahora las agencias calificadoras y el que recoge la famosa «prima de riesgo», que se establece en función del bono alemán a diez años, que se considera tradicionalmente como el más seguro. De sus calificaciones depende, por ejemplo, el flujo de intereses y las condiciones de la amortización. El efecto de una devaluación en las valoraciones de estas agencias puede suponer condiciones más duras de pago a los emisores de deuda, e incluso beneficios a quienes han adquirido esa deuda si finalmente no se cumplen las previsiones negativas de las agencias calificadoras.

El rebrote de la crisis en Europa a partir de 2010, o más bien del miedo a su empeoramiento, se produjo cuando la agencia Standard & Poor's rebajó el nivel de calificación de la deuda de Grecia. Y a su vez, poco después, aunque en menor grado, lo hicieron con el de Irlanda, España y Portugal; después se sumaron más países a los estrangulamientos de las agencias, entre ellos la poderosa Italia o la intocable Francia. Y aunque a nivel popular se cree que la rebaja ha sido muy importante, en realidad es que todavía es suave, salvo en el caso griego. La máxima nota que se establece por estas agencias es AAA —triple A—, que equivale a un 10. Después, AA —doble A—, que equivale a un 9. Un peldaño más abajo es A, que podríamos decir que equivale a un 8. Además, las agencias establecen el signo «+» o «-» junto a la letra en función de la tendencia. La siguiente nota es BBB, que equivale a un 7, BB que equivale a un 6, B que equivaldría a un 5, y así sucesivamente, entrando ya en el terreno de los llamados «bonos basura», pasando por CCC hasta llegar a una puntuación de D, que sería la peor. Por otra parte, la calificación para los productos emitidos por empresas tiene una valoración que difiere a la que se efectúa con las deudas soberanas, pero son básicamente parecidas.

Tras la agencias de calificación se cierne una enorme sospecha. Ya valoraron la

deuda de Islandia como triple AAA en los días previos a la bancarrota del país, así como la de los bancos que quebraron con la misma máxima calificación. Dejemos que sea el premio Nobel de economía Paul Krugman quien opine sobre el papel de estas agencias: «Empezaron como analistas de mercados que vendían tasaciones de deuda corporativa al ser empresas contratadas por la gente que vendía deuda para que le dieran el visto bueno, pero la cosa ha cambiado, y salieron a la luz una serie de correos privados de los directivos de Standard & Poor's en los que se mencionaba que había que ajustar los criterios para no perder contratos. En uno de ellos se leía que había que maquillar las cifras de los préstamos que no cumplen los requisitos para conservar la cuota de mercado». Krugman califica este sistema como corrupto, especialmente cuando los criterios de las agencias son admitidos como irrefutables por organismos públicos y privados. E indica que las valoraciones que ofrecen, muchas veces intencionadamente equivocadas, han podido tener un papel muy importante en que se desencadenara la actual crisis.

Con nula repercusión mediática, el Senado de Estados Unidos hizo público un informe en el que se determinó que las tres principales agencias —Standard & Poor's, Moody's y Fitch— habían ayudado a los bancos a ocultar los riesgos de las inversiones que promocionaban mientras cobraban comisiones de esas mismas agencias. Ese acuerdo desencadenó la crisis.

Otro de los correos electrónicos que se conocieron gracias a las filtraciones de información canalizadas por los *hackers* y también por la Comisión, señala que pueden estar haciendo lo mismo en la fase de la crisis en la que el problema se ha trasladado a los gobiernos, alterando a su antojo las valoraciones de la deuda. «Se está creando un monstruo todavía mayor», se puede leer en el correo interno. Y cuando se descubre que la deuda alemana es la mejor valorada siendo la mayor de Europa, el doble de la española por ejemplo, y que Alemania es la que compra la deuda de Grecia, el país con más problemas, los temores a que alguien esté haciendo un negocio inmenso con la crisis se convierten en realidad, y personalmente —y a cualquier persona informada y medianamente digna— me causa un profundo desprecio. Es como si los asesinos de libertades que en los años setenta y ochenta mataron a cientos de personas en Argentina hubieran resucitado. En ambos casos usan el mismo sello: Triple A.

Sin embargo, los dueños de las agencias de calificación no han perdonado a nadie. En los años siguientes al origen de la crisis fueron rebajando una a una las notas de todos los países del mundo, a excepción de las de Canadá, Australia, Gran Bretaña, Alemania y los países nórdicos. Y aunque mantienen buena nota, países que jamás se bajaron del carro de la Triple A como Francia y Estados Unidos fueron degradadas por las agencias sin motivos para ello, salvo enriquecer a los inversores que cobran más dinero en forma de intereses por la enorme cantidad de deuda emitida en los últimos años.

Las agencias de calificación al desnudo

En el caso de Estados Unidos comenzó a rumorearse avanzado el año 2010 que Standard and Poor's podría aplicar un correctivo a Washington. Gracias al grupo de *hackers* AntiSec se dio a conocer un paquete de correos escritos y recibidos por Richard T. García, vicepresidente de la empresa armamentística Vanguard Defense Industries, en el que se encontraba un texto que le escribió Cindy Cook, una asesora del banco Merrill Lynch, perteneciente al Banco de América, en el que le advertía de la posible rebaja de calificación de Estados Unidos por parte de la agencia en cuestión. No había motivos reales para la degradación; sin embargo, había más de correctivo ideológico y de trampa para facilitar maniobras económicas que razones verdaderamente objetivas. Evidentemente, por ahí iban las cosas.

Aquel texto venía a refrendar las sospechas que estaba siguiendo de cerca la Comisión de Seguridad y Control (SEC), organismo del gobierno norteamericano que regula el mercado financiero, sobre una posible intencionalidad política en la decisión de la agencia, unida a la filtración de datos sobre la misma a determinadas empresas e inversores que podían utilizar —y de hecho lo hicieron— intencionadamente la información privilegiada. La SEC recomendó a la comisión del Senado que investigara la posible filtración: «Es necesario saber si Standard & Poor's reveló selectivamente a algunas instituciones financieras información relacionada con la reclasificación de la deuda del gobierno de Estados Unidos y si algunas instituciones que tenían esa información confidencial la aprovecharon antes del anuncio oficial», escribió uno de los funcionarios de la SEC. Pero había algo de mentira en aquella afirmación, porque lo que se pedía investigar —saber si hubo o no revelación de información confidencial— ya se conocía gracias a aquella colección de correos que, además de demostrar cómo las empresas armamentísticas exageran las amenazas para poder vender sus productos, mostraba cómo la trama de la Triple A actuaba siguiendo intereses particulares y no generales.

Por desgracia —y casi seguro que el lector lo habrá imaginado—, las investigaciones iniciadas por la SEC caen siempre en saco roto. Se supo por qué. Y quiénes eran los culpables y cómo lo habían hecho. Reveló parte de la información quien durante muchos años había sido uno de los abogados de la SEC, Darcy Flynn, que explicó y documentó cómo desde 1993, este organismo ha frenado cualquier investigación seria sobre los causantes de la crisis. Se conoce la destrucción de hasta un total de 9000 investigaciones preliminares de la SEC que no fueron a parar a ningún lado. Y no sólo eso: desde 2001, la SEC articuló un mecanismo para poder derivar las investigaciones en los propios acusados, es decir, que debían investigarse a ellos mismos. Era como pedir a un asesino que se juzgara a sí mismo. Gracias a ello, los bancos y fondos de inversión investigados lograron evitar que sus irregularidades frenaran sus maquinaciones y fueran perseguidas judicialmente.

En muchos casos, la información que se reunía sirvió para que la SEC pusiera a

los maquinadores una serie de multas que, en principio, parecían cuantiosas, pero que sin embargo representaban un mínimo dolo en comparación con los beneficios que lograron las empresas investigadas gracias a sus irregularidades, en las que según esos informes vacíos —gracias a determinados quiebras legales, la SEC convirtió aquellos expedientes en una suerte de carpetas sin nada en su interior— había casos de información privilegiada, fraude financiero, manipulación del mercado... Pero al resultar multadas, la ignorancia de la opinión pública sobre el verdadero dinero que generó la especulación en aquellos años hizo que se extendiera la creencia de que el sistema estaba funcionando, pero en realidad lo que se estaba permitiendo era salir impunes a los responsables de los desfalcos financieros. Nada es casual, porque la SEC y prácticamente todos los organismos públicos en América y Europa encargados de la política económica han sido en los últimos tiempos ocupados por antiguos —y futuros; y también ambas cosas— directivos de las empresas financieras, lo que ha facilitado el trabajo que realizan, tanto el lícito como el ilícito. Este proceso de «infiltración» ha envenenado absolutamente todo el sistema...

En un espectacular reportaje titulado «¿Está la SEC protegiendo los crímenes de Wall Street?», publicado por la revista *Rolling Stone* y escrito por Marc Taibbi, se señala cómo uno de los responsables del organismo regulador —que a la postre no regula nada— llamado Robert S. Khuzami fue quien tejió los mecanismos legales para blanquear las destrucciones de documentos. No deja de ser curioso que este personaje, que había estado vinculado a varias instituciones financieras, entre ellas al Deutsche Bank, investigado por la SEC hasta que se destruyeron los expedientes que implicaban al banco en actuaciones irregulares, fuera uno de los personajes que eligió el presidente George Bush para aprobar la Ley Patriótica, que se elaboró como respuesta a los atentados del 11-S, pero que lejos de proteger al país provocó un estado de excepción que se prolonga hasta hoy.

Gracias a esta Ley Patriótica se establecieron medidas de seguridad que violaban los más elementales principios de derecho a la inocencia. Hasta entonces, nadie era culpable hasta que se demostrara lo contrario, pero tras su aprobación las cosas ya eran más como querían quienes creen que el miedo es la mejor herramienta para obtener un cheque en blanco de la sociedad en forma de permiso para, por ejemplo, pasar a determinar que... nadie es inocente hasta que lo demuestre y que hasta las ideas pueden ser un delito. Además, esa normativa supuso un antes y un después en determinadas transacciones bancarias, que fueron sometidas a vigilancia con la excusa de impedir la financiación del terrorismo internacional. Sin embargo, lejos de conseguirlo, se redibujó el mapa del tránsito financiero, que benefició a aquellos países árabes sobre los cuales existía evidencia de que podían estar financiando actividades extremistas y perjudicó a otros sobre los que no existía evidencia alguna pero que habían entrado en el llamado «eje del mal».

Para la economista italiana Loretta Napoleoni, el tránsito de dinero procedente de los países árabes también empezó a circular a partir de entonces por otros paraísos

fiscales, algunos de ellos situados en Europa, lo que provocó que se volatilizara mucho dinero en Estados Unidos al tiempo que se generó «una espiral de deuda para financiar la guerra contra el terrorismo internacional», que se alimentó del miedo y de las sensaciones que se transmitían a la opinión pública para justificar ese miedo. Cita casos llamativos, de bancos y fondos de inversión árabes, que si bien resultaban sospechosos, no aparecen en los listados de entidades a investigar, lo que finalmente facilita el ascenso económico de algunas naciones de carácter musulmán en las que el dinero empieza a circular como surgido de la nada. Evidentemente, nada es casual: esas naciones se alían con Estados Unidos y se convierten en puntas de lanza de la política exterior norteamericana que, en realidad, no pretendía en absoluto luchar contra Bin Laden ni contra Al Qaeda, sino extender una forma de entender el mundo a partir de la economía de libre mercado, especialmente para facilitar el acceso a las materias primas, el mercado bancario, el intercambio de capitales... El apoyo a las políticas de inversión extranjera en esos países, a la privatización de las empresas públicas y al liberalismo económico queda de manifiesto en los cientos de miles de documentos diplomáticos que se conocieron gracias a Wikileaks, algunos de los cuales expondré más adelante y que nos abren la puerta a un mundo tan «fascinante» como deplorable.

Perros guardianes: «Con todo este lío podemos ganar mucho dinero»

Esa intencionalidad política es la que también movió a la mafia de la Triple A a valorar la deuda de los países en función de una serie de componentes ideológicos. En un principio se castigó más a las naciones cuyos planteamientos eran más proclives a la regulación de los mercados y a la intervención del Estado en cuestión de dinero. Es por ello que países desarrollados o emergentes como España, Venezuela, Brasil o Argentina —cuyos recursos o situación fiscal no impediría en absoluto cumplir con sus obligaciones para con los inversores en deuda— comenzaron a ser castigados y sus notas fueron rebajadas. Es por ello que Estados Unidos también se sumó después a los afectados: sólo con mencionar medidas en favor de la implicación del gobierno en la economía se rebajó su nota por parte de las agencias de calificación.

Pero tampoco hay que ver en las agencias únicamente intenciones correctoras sobre los gobiernos díscolos, porque los países a los cuales se les ha rebajado la nota se convirtieron en una oportunidad de negocio para los inversores. Casi todos los expertos e informes que he consultado señalan que los tipos de interés fijados por los bancos centrales —lo que se denomina el precio del dinero— fueron demasiado bajos durante los años de bonanza. Al mantenerse durante mucho tiempo por los suelos, los bancos podían acceder a inyecciones de dinero que les salían muy rentable, porque

llenaban sus arcas y lo colocaban en el mercado financiero con gran rapidez. Al costarle tan poco sus operaciones, se incrementó enormemente la cantidad de dinero en circulación en forma de crédito e inversiones en instrumentos financieros.

Evidentemente, cuando la crisis estalla ya no es posible elevar el precio del dinero, porque es necesario para el funcionamiento de las cosas que los bancos puedan disponer de líquido, pero con ese dinero fácil dejaron de apostar por incrementar el crédito y no se distribuyó ese capital que se les había inyectado hacia lo que se conoce como economía real. Los bancos pusieron sus miras en la deuda pública que ofrecían los gobiernos para poder hacer frente a los enormes gastos que les estaba generando colocar las cosas en su sitio como consecuencia de la crisis. Así, cuando las agencias de calificación bajaron la nota de los países más afectados, lo que estaban haciendo era indicar el camino de un nuevo gran negocio para los bancos.

«No te vayas, porque con todo este lío podemos volver a ganar mucho dinero», dice el director del banco que aparece en la película *Margin Call* a un alto cargo cuando éste le dice que quiere dejar su trabajo. La burbuja ya se había pinchado, pero como el precio del dinero que necesitan los bancos para invertir es bajo, y los intereses de las deudas son elevados como consecuencia de las rebajas, el dinero de los bancos empezó a generar nuevos beneficios gracias a los bonos emitidos por los Estados. Durante la crisis, el negocio de la deuda se ha convertido en una de las mejores inversiones para ese dinero inyectado por los bancos centrales. Y es que cuesta poco y, sin embargo, rinde con grandes intereses. En el caso de España, al banco que va a invertir, el nuevo dinero le cuesta un 1 por ciento, y el que va a ganar le rinde al 5 por ciento como mínimo gracias al empujón que dieron las agencias de calificación al rebajar la nota; además, por mucho que se diga lo contrario, es muy difícil que los gobiernos no cumplan con sus pagos, lo que explica que, pese al mensaje que se transmite a la opinión pública, la demanda para hacerse con los bonos de los gobiernos sea tan elevada y se duplique o triplique cada día que el gobierno de España o de cualquier otro país sale al mercado primario para vender su deuda. Si vamos tan mal, ¿por qué hacen cola en la ventanilla para comprar esa deuda? Insisto en que a veces todo parece tan perverso que cuesta imaginar que todo esto no esté provocado intencionadamente...

El economista Michael Hudson llevó a cabo un informe en el que explicaba estas extrañas actitudes por parte de las agencias de calificación. Las consideraba agentes de una forma de interpretar la política económica. Las denomina «perros guardianes» de los bancos y adinerados del mundo, que al rebajar la nota de la deuda de los países fuerza a los gobiernos a imponer unas medidas de rigor fiscal —léase recortes— que implican la privatización de numerosas empresas públicas que dejarán de ser rentables para los ciudadanos para ser rentables para los inversores, que las adquirirán gracias al pago de grandes sumas de dinero que darán a los Estados a corto plazo para salir del atolladero, pero a largo plazo tales empresas ya generarán dividendos para quienes están detrás de esas calificaciones. «Es una estrategia que las agencias de

calificación han refinado desde hace bastante tiempo: imponer privatización y planes de austeridad», concluye Hudson.

Hay una legión de economistas que piensan así, pero están cada vez más silenciados. Las informaciones que ofrecen, simplemente, no existen. O mejor dicho: parecen no existir. Mientras, a los ciudadanos se les explica que los políticos —Dios me libre de eximirlos de culpa, porque también la tienen— han hecho mal su trabajo y han despilfarrado el dinero de todos generando un déficit de enormes proporciones. Es falso: los saldos negativos en las cuentas públicas no han sido el origen de la crisis, sino una consecuencia de la crisis. Pero el mensaje es populista y efectivo, y al igual que consiguieron transformar la deuda privada en deuda pública, también consiguieron transformar la culpa privada en culpa pública en una suerte de socialización del pecado —y de la penitencia— merced a la propaganda y al empleo de mensajes de unos partidos políticos contra otros que sirven para manejar a la opinión pública pero que no sirven a la verdad.

En una de las comparecencias ante los senadores, Eric Kolchinsky, antiguo responsable de una de las agencias, Moody's, señaló que las empresas del sector estaban alterando los datos para obtener beneficios que llegaban a sus arcas en la misma medida que a las de sus clientes. Por cierto, uno de los dueños de Moody's es uno de los hombres más ricos del mundo: Warren Buffett, un hombre que hizo su gran fortuna a partir de la especulación en los mercados financieros y que se alió con el presidente de Estados Unidos, Barak Obama, para enviar un sospechoso mensaje de solidaridad entre ricos y pobres. Él es el dueño de la sociedad de inversión Berkshire Hathaway, que posee el mayor de los paquetes accionariales de esta agencia. Y por ese motivo también fue llamado a declarar en la comisión del Senado de Estados Unidos. Salió en defensa de la agencia, y justificó los errores que cometió aludiendo a que nadie —afirmación falsa, como voy a exponer— fue capaz de prever que iba a llegar una crisis y que los títulos que dependían de las hipotecas y otros créditos estaban infectados con *subprime*. Además, no movió un solo músculo cuando el consejero delegado de Moody's admitió que las notas que ponía su empresa no eran más fiables que las que pudieran salir de un juego de azar al echar un moneda al aire. «Es comprensible que se piense eso», afirmó este hombre, que cobra dieciséis millones de dólares al año por su trabajo salpicado de «errores». O de lo que nos dicen que son errores...

Si las valoraciones de las agencias de calificación no hubieran sido consideradas una verdad absoluta por los mercados, la crisis no hubiera adquirido las dimensiones que alcanzó. Los ejemplos de la actitud desvergonzada de estos gigantes —las tres principales agencias que he citado copan, según las diferentes fuentes que he consultado, entre el 80 y el 90 por ciento del mercado mundial en su sector— son incontables. Una de las empresas que había contratado a Moody's para que pusiera nota a sus productos era Hannover Rück, una reaseguradora alemana de enorme importancia que decidió rescindir su contrato con la empresa de calificaciones de

Buffet. A partir de ese momento, Moody's ejecutó su venganza y comenzó a publicar informes no retribuidos que rebajaban considerablemente la nota que ponían a los productos de inversión que la empresa alemana colocaba en el mercado.

Hay mucho que decir sobre la pérfida actuación de esta agencia, que ha puesto a España en su punto de mira. Lo hizo en marzo de 2011, cuando de repente rebajó de forma espectacular la nota de los bancos españoles, lo que abrió una crisis en el sector pocos días antes de que el gobierno determinara cuánto dinero necesitaban los bancos españoles para capitalizarse; es decir, el dinero que necesitaban para poder operar con tranquilidad y tapar sus agujeros en caso de que se abrieran. Mientras el Banco de España iba a ofrecer una cifra de unos 15 000 millones de euros, Moody's se adelantó tres días y señaló que la cantidad era de 50 000 millones, y al mismo tiempo rebajó las notas de casi todas las entidades, teniendo en cuenta además que los títulos que ofrecen los bancos de la eurozona deben tener nota Triple A. ¿Qué consiguieron con aquello? En pocas palabras: hundir un poco más el país.

Incomprensible o no, lo cierto es que los mercados financieros actúan en función de lo que Moody's dice, y por lo tanto, de hoy para mañana, recibieron el mensaje de que el dinero que el Estado debía aportar a los bancos españoles era tres veces mayor del esperado y que, por ende, el agujero en las arcas públicas iba a ser todavía mayor. Entonces, la espiral se agitó: los intereses subirían, los precios de los seguros para protegerse de impagos aumentaría, las dudas sobre la solvencia de España a consecuencia de su rescate bancario se incrementarían, la prima de riesgo volvería a crecer... Pero si se mira con atención, aparece otra verdad más dolorosa: las agencias siempre han actuado para favorecer a los inversores y grandes capitalistas. Antes de la crisis lo hicieron, diciendo que la nota que tenían los bancos y productos financieros era la mejor que podía tenerse, y después de la crisis, provocada por ese «error», bajaron la nota de los Estados. En ambos casos, las decisiones que tomaron fueron positivas para las cuentas corrientes de sus accionistas y sus clientes privados, que cuando lo echaron todo a perder no lo solucionaron por ellos mismos, sino que los ciudadanos tuvieron que hacerlo en forma de rescates que llenaron sus arcas y les obligó a deshacerse de los activos tóxicos —es decir, viviendas— que volverían a ellos a precio de salida, lo que acabará generándoles nuevos beneficios en el futuro. Y si lo de antes fue un «error» intencionado para vender más, lo que hicieron después, ¿por qué no lo va a ser también?

Fríos, arrogantes y medievales

Si un país europeo puede considerarse víctima de las agencias de calificación, ése es Portugal, una nación que desde que comenzó el siglo XXI progresó en cuestiones económicas. Incluso en 2005, su nivel de competitividad se situó por encima de

países como España, Francia o Bélgica. Puede decirse que el farolillo rojo de Europa comenzaba a caminar con los grandes y en diferentes sectores se observaba a Portugal con cierto asombro, pese a que, como en todos los rincones del mundo, existían sectores que mostraban desequilibrios. En este caso, Portugal presentaba un desajuste notable al importar un 65 por ciento más de lo que exportaba, lo que generó una deuda externa privada importante y el consiguiente déficit público, pero en ningún caso podía decirse que la situación de Portugal fue complicada hasta después del inicio de la crisis económica de 2008, que provocó el estancamiento del país.

Fue a partir de abril de 2010 cuando las agencias de calificación comenzaron a atacar a Portugal. El 27 de abril, Standard & Poor's rebajó la calificación de la deuda soberana del país. Justo un año después —cuando la nación volvía a la senda del crecimiento, lo que da buena cuenta de lo malintencionado de las agencias— los ataques se multiplicaron. Fue Moody's la última en subirse al carro de las malas valoraciones, pero lo hizo golpeando incluso con más fuerza que las otras. En poco más de un año, los intereses que pagaba Portugal por sus bonos a diez años se doblaron a consecuencia de lo que decían las agencias. El entonces primer ministro, José Sócrates, que llevaba varios meses efectuando severos recortes en sus presupuestos y soportando la presión popular, disconforme con la pérdida de derechos sociales que llevaban implícitas las normas de austeridad, se vio en la obligación de solicitar de la Unión Europea y del Fondo Monetario Internacional la activación de un rescate financiero similar al que meses antes había pedido Grecia. Los inversores recibieron con agrado la solicitud y doblaron la demanda por hacerse con los bonos emitidos por Portugal. No tenía mucho sentido, porque si las agencias decían que el país estaba en dificultades, quienes adquirirían esa deuda deberían haber tenido dudas, pero no las tuvieron y siguieron invirtiendo su dinero en las arcas. Eso sí —y quizá ahí encontramos la respuesta a la incógnita—, empezaron a cobrar muchos más intereses por sus compras de deuda. A los inversores los estaba haciendo feliz la solicitud de rescate de Portugal, porque gracias a ello estaban ganando más dinero al tiempo que los ciudadanos lusos empezaron a ver cómo menguaba su capacidad adquisitiva.

En las elecciones de junio de 2011 se produjo un giro político en el poder y la derecha sustituyó a la izquierda moderada. Pero lejos de apaciguarse los ánimos tras la toma de poder del nuevo primer ministro, Pedro Passos Coelho, las agencias de calificación siguieron masacrando a Portugal. Moody's fue especialmente severa con los bancos, pero también con el país en sí, que acabó dura perder el aprobado raspado con el que tuvieron que acudir al rescate. Finalmente, Moody's primero y las otras dos agencias después, acabaron por colocar a Portugal en la lista negra de los bonos basura después de hacerlo también con sus empresas más importantes, pese a que todas ellas estaban generando importantes beneficios. Habían destruido el país. Estaban felices.

En la Unión Europea se alzaron voces contra estas agencias a raíz de los ataques

injustificados a Portugal, pero las promesas de poner coto a su poder se quedó en nada una y otra vez. Con el tiempo, la opinión pública acabó por olvidarse de que el país fue víctima de los creadores de la Triple A y los discursos políticos se centraron en la necesidad de más recortes causados por el elevado déficit y la deuda acumulada.

A propósito de las maniobras de Moody's, Jesús Fernández Villaverde, economista de la Universidad de Pensilvania, publicó una columna de opinión en el diario *El país* (20 de marzo de 2011), en la que decía: «El objetivo de Moody's es ganar dinero, no hacer un buen trabajo. Si Moody's puede hacer un buen trabajo evaluando bien los riesgos, tendrá un incentivo para producir evaluaciones correctas. Si puede ganar efectuando un mal trabajo, el resultado será una pésima evaluación... Su incentivo es ganar dinero, diciendo verdades o menos verdades según les convenga, no ayudarnos».

Durante los siguientes meses, los ataques de Moody's fueron aún más fuertes. Ya no sólo afectaban a bancos y fondos de inversión españoles, sino a la deuda soberana, es decir, al país en sí mismo. Los recortes en la calificación fueron permanentes y la actitud de esta empresa, a la que siguieron las otras dos agencias de calificación, fueron responsables de crear desconfianza sobre España por una suerte de efecto contagio que en cuestiones financieras es rápido y veloz. Podría pensarse que esto era negativo, pero no fue así: los inversores siguieron comprando deuda española y portuguesa sin ningún tipo de problemas, pero a partir de entonces los intereses que tuvo que pagar el gobierno fueron mucho mayores.

En enero de 2012 tuve la fortuna de localizar a un empleado de Moody's, con quien mantuve una larga conversación a propósito de su trabajo allí. Había empezado a trabajar en la empresa de Warren Buffett en el año 2007, justo cuando comenzaba a notarse la crisis en Estados Unidos, pero tiempo antes de que los problemas se trasladaran a Europa. Me explicó cómo había llegado a estar en la sede de la agencia en la City de Londres, que es algo así como el Wall Street de la capital inglesa. Se trataba de un trabajo bien remunerado, pese a que su cargo no era de los más elevados, ya que se ocupaba del nexo de unión entre los clientes y los analistas. A partir de aquel verano, los primeros empezaron a inquietarse especialmente y los intentos de comunicación con los autores de los informes se incrementaron, pese a que existía un celo especial para impedir tales contactos, puesto que los órganos reguladores los impedían para evitar que existiera parcialidad en las valoraciones de los bancos, empresas o Estados que habían entrado en el sistema de las tres agencias gracias a un acuerdo internacional para que así fuera. «Un día podían llamar de Lehman Brothers y al siguiente del Ministerio de Economía de Francia», me decía.

De acuerdo al testimonio de esta fuente, el objetivo de esas llamadas era — lógicamente— conseguir que los analistas dieran la Triple A a los productos por cuyos informes estaban pagando unas cantidades enormes de dinero. Se paga por cada uno de esos informes cantidades que oscilan entre los 30 000 y 300 000 euros, pero es necesario hacerlo para participar, bien sea para ofrecer o para comprar. Es

como la entrada al casino. «Me llamaron mucho la atención algunos informes de una sola página y que apenas incluían datos pero por los que se pagaba una cantidad inmensa de dinero», me explica este empleado, para quien lo más sorprendente era el ambiente de trabajo que se encontró: «Los analistas eran autoritarios, fríos, arrogantes... hasta límites enfermizos». Cobraban en torno a los 100 000 euros anuales más las diferentes primas y compensaciones.

Por norma general, los analistas eran jóvenes y muchos de ellos procedentes de países del Este, que habían emigrado al Reino Unido llamados por el crecimiento, la propaganda neoliberal que se había tenido lugar en sus países en los últimos años, y las mejores posibilidades de encontrar un trabajo bien remunerado. Incidió en numerosas ocasiones en la baja preparación intelectual de los trabajadores de la empresa, a quienes llegó a calificar como «medievales» en su comportamiento ético. Interesaba más su forma de ser que sus conocimientos y, sobre todo, que mantuvieran el hermetismo respecto al trabajo que llevaban a cabo. Existía un Departamento de Inteligencia del Negocio que tenía como misión principal supervisar la información que se conocía por parte del público y también el cumplimiento de las normas sobre el secreto que tenían que firmar todos los trabajadores.

«A partir del verano de 2007 todo se complicó, se estaba empezando a decidir a quién se dejaba caer y a quién se le rebajaban las valoraciones pese a que no se sabía qué había en cada producto», me explicó en referencia a los paquetes financieros que incluían las hipotecas y préstamos *subprime*.

El sistema de las agencias de calificación parecía digno a primera vista. Quizá por ello las valoraciones eran definitivamente necesarias tanto para el dinero público como para el privado. «Es reconfortante fingir que la crisis financiera no ha sido más que la consecuencia de errores bienintencionados. Pero no lo ha sido: ha sido, en gran medida, la consecuencia de un sistema corrupto. Y los organismos de calificación representan una gran parte de esa corrupción», concluye Krugman, que no escapa a una realidad pavorosa que se ha ido desvelando a medida que la crisis se consolidaba: los mismos dueños de las agencias de calificación son los dueños de los grandes capitales que ponen sus productos en el mercado financiero.

Aunque no ha habido éxito, diferentes asociaciones independientes han intentado poner coto al poder de las agencias e intentaron que se abrieran investigaciones judiciales para determinar si su influencia estaba asociada a la crisis. Las agencias reaccionaron furiosas ante las iniciativas que se efectuaron en varios países, y señalaron a la Comisión Europea que dejarían de calificar a los países en los cuales se llevaran adelante esos procesos judiciales «con los que se pretende hacerles responsables de calificaciones erróneas». Y recordaban que quedarse al margen del sistema de calificaciones podría suponer enviar a la bancarrota a los países apartados del sistema.

En los escritos presentados en nuestro país en las sedes judiciales se solicita que se cite a declarar como testigos a los agentes implicados en las sucesivas rebajas de

notas a España, especialmente a aquellos que provocaron el fin del sistema bancario español cuando se rebajó la nota de casi todas las entidades días antes de que el gobierno ofreciera los datos oficiales sobre su situación. También se solicitó que se iniciaran investigaciones para determinar si existía una intencionalidad oculta en el caso de Moody's, pues la compra de productos financieros que efectuaron tras las rebajas de calificación provocaron que ganaran más dinero en intereses gracias al trabajo realizado.

El núcleo duro del capitalismo contra los ciudadanos

Es curioso que varios fondos de inversión y grupos financieros que mostraron interés por participar en los bancos en crisis, como Capital Group, Vanguard o Black-Rock, fueran a la vez accionistas de Moody's y Standard & Poor's y estuvieran especializados en obtener beneficios con complejos mecanismos cuando las bolsas bajan. Entre los tres fondos citados manejan más de 5 billones de euros, que generan entre sus responsables beneficios que pueden llegar a 10 000 millones al año. Pueden ofrecer a quienes ponen ahí su dinero unos dividendos que son difíciles de cuantificar, pero que nos indican cómo estas empresas de inversión incluso están por encima de todos los poderes fácticos del mundo. En ellas depositan su dinero bancos y gobiernos, pero también fortunas individuales, aseguradoras, empresas, industrias de todo tipo...

Cuando hablamos de los «mercados», a quienes en realidad nos referimos es a ellos. Son los que mandan. Son, en definitiva, quienes están detrás de los tipos fundamentales de espacios en los que se mueven: los mercados de deuda (pública y privada, que incluyen aquellos mercados en los que se comercia con los títulos que empaquetan los créditos e hipotecas concedidos por los bancos comerciales), los bursátiles (en donde se comercia con las acciones de las empresas, cuya posesión otorga a su dueño una participación en los beneficios de la empresa), los de divisas (en donde se compran y venden monedas internacionales, a los que bancos, empresas y gobiernos acuden cuando necesitan comprar moneda de otros países para sus actividades) y los de derivados (los mercados en los que se trabaja en función del precio futuro de las cosas). Y, lógicamente, quienes operan en estos mercados, quienes tienen la mayor parte del dinero que se maneja en ellos y extienden sus tentáculos a todo el sistema, dentro del cual están también las agencias de calificación que tanto daño están haciendo. Según los datos que maneja Nacho Álvarez, investigador del departamento de Economía Aplicada de la Universidad Complutense de Madrid, el capital que manejan todos estos fondos —los tres citados y otros muchos— asciende a una cantidad de entre 17 y 40 billones de euros, lo que supone el doble del dinero en efectivo de todos los países del mundo desarrollado. Los

denomina el «núcleo duro del capitalismo financiero mundial» porque son quienes más fuerza tienen para «determinar la evolución de los índices bursátiles, el valor de las divisas internacionales o el precio de la deuda pública de los distintos países».

No deja de llamar la atención que los anuncios negativos que efectúan las agencias se hagan minutos antes del cierre de los mercados bursátiles, lo que provoca una repentina caída en los índices. Casi todos pierden con esas bajadas —especialmente los ciudadanos—, menos unos pocos, que no son otros que los responsables de estos anuncios intencionados. La perversión de estos grupos ha llegado a límites insospechados cuando han emitido notas informativas contra la dación en pagos en las hipotecas, es decir, en contra de la propuesta de permitir a quienes no pueden pagar sus créditos salden la deuda devolviendo el piso en el que vivían sin que tengan que verse obligados a ser expulsados de sus casas y, además, a pagar el importe restante del crédito que dejaron de abonar porque, en la mayor parte de los casos, han perdido sus trabajos y el dinero que ingresaban. Al no existir la dación en pago se ha condenado a la muerte en vida a muchas personas en casi todos los países occidentales: se quedan sin casas pero tienen que seguir pagando la deuda, entran en los listados de morosos, no pueden alquilar o comprar ninguna otra vivienda, los bancos bloquean sus cuentas, los ministerios de hacienda los embargan...

Los bancos han utilizado como argumento las advertencias de las agencias de calificación para evitar que los gobiernos instauren la dación en pago, pese a que muchos presidentes y ministros de los países en crisis han alardeado de su intención de hacerlo, pero tras las promesas llegaron unas leyes que apenas abrían la puerta a esa posibilidad. Mientras tanto, muchas empresas inmobiliarias e hipotecarias tampoco están a favor de la dación en pago, porque los activos que se ponen a su disposición —los pisos vacíos ya expropiados— han perdido gran parte de su valor, y al no haber crédito no pueden generar nuevos dividendos ni venderlos, convirtiéndose en pérdidas para quienes los tienen y obligando a los bancos a abrir una sección inmobiliaria que tiene como único objetivo vender los pisos de los que disponen. Pero el esfuerzo que ello implica no les compensa lo suficiente, ni tampoco el escaso número de hipotecas que generan en una época en la que el riesgo que implican es más elevado que de costumbre. Sin embargo, si con la presión que hacen logran «curar» esos activos tóxicos, se convertirán en una importante fuente de ingresos en el futuro a medio plazo, razón por la cual se siguen ejecutando hipotecas y sacando de sus casas a la gente. Sólo en España, más de 60 000 familias son expulsadas cada año de su casa, pero en Estados Unidos la cifra supera los dos millones. En todo el mundo, decenas de millones de personas se han quedado sin un techo bajo el que cobijarse desde el inicio de la crisis. Junto al aumento de los desempleados —el doble desde que comenzó la ruina—, es la parte más visible de la crisis financiera. Pero la razón por la cual han sufrido esos castigos no tiene nada que ver con haber vivido por encima de sus posibilidades...

LA REVOLUCIÓN DE ISLANDIA

Cuando las puertas de la justicia se cierran, se abren las de la revolución. Ahora o nunca.

No nos dejan soñar: entonces no les dejaremos dormir.

Sonríe, algo está cambiando.

El mundo por fin despierta.

Argentina está con ustedes.

Éstos son, ante mi cámara de fotos, algunos de los miles de lemas que aparecieron en cartulinas, papeles, pancartas o estandartes improvisados en las plazas de Sol y del Pilar en Zaragoza, en donde viví la semana en que transcurrió la *Spanish Revolution* entre el 15 y el 21 de mayo de 2011, cuando decenas de miles de acampados en las plazas españolas desafiaron pacíficamente las órdenes gubernamentales para que no continuaran con las protestas en la jornada previa a las elecciones municipales que se celebrarían el 22 de mayo en España.

Sin el apoyo de nadie, sin cobertura mediática, y con la única fuerza que da la indignación, que ha demostrado ser la fuerza más poderosa que existe, miles de jóvenes se echaron a las calles en decenas de ciudades de toda España. Era el 15 de mayo de 2011, pero para la Historia —con mayúsculas— el movimiento que empezó ese día se conocería como 15-M^[1], aunque el adjetivo «indignados» también se convirtió en sí mismo en una definición, ya que hacía referencia a uno de los libros —¡*Indignaos!* (Destino, 2011), de Stéphane Hessel— de cabecera de los movilizados, que había sido escrito por uno de los responsables de la redacción de la Declaración Universal de Derechos Humanos y que clamaba por la necesidad de que la juventud saliera a la calle para defender unos logros que se consiguieron con mucho sufrimiento y que no podían perderse por culpa de la enfermiza avaricia de unos pocos.

Tras aquella primera jornada de manifestaciones, cientos de jóvenes decidieron desplegar sus bártulos y tiendas de campaña en la Puerta del Sol en Madrid. En cuestión de horas, la Policía Nacional puso fin a la concentración de forma violenta. Los manifestantes se opusieron de forma pasiva, pero se resistieron. Varios de ellos fueron detenidos. Y como un resorte, decenas de miles de personas que acababan de retirarse a sus casas tras las manifestaciones, volvieron a las calles. Volvieron a Sol. La intervención policial sólo consiguió servir de caja de resonancia para fortalecer el movimiento.

Todo el mundo miró hacia España. La revuelta popular, más que numerosa, que lo era, triunfó porque concentraba una poderosa carga simbólica y representaba el pensamiento de cientos de millones de personas en todo el mundo. El tan temido contagio —ya que las rebeliones populares se iniciaron en los países árabes— se había producido. Y había llegado a Europa no para acabar con dictador alguno, sino con otro tipo de dictadura aún más terrible: la dictadura del capital. En medio de la crisis económica, la población, al margen de sus colores políticos, veía amenazado su futuro por culpa de cuatro poderosos que manejaban el destino de cientos de millones de personas con una premisa fundamental: no pensar para nada en esos cientos de millones de personas.

Cada hora que pasaba más personas se concentraban en Sol. Me llamó poderosamente la atención ver la placa que los manifestantes habían colocado junto al símbolo de Madrid (la estatua del oso y el madroño): Plaza de los Pensamientos. Y es que eso era realmente Sol: una amalgama sin fin de ideas, planteamientos y esperanzas. La plaza se convirtió en arte urbano en estado puro. Parecía que Banksy se hubiera pasado por ahí dejando sus *graffitis*, dibujos, pintadas, retratos, cartulinas con lemas... Sol se trataba, además, de una plaza convertida una auténtica ciudad autosuficiente que se nutría del trueque —¿recuerda el lector cuando explicaba que la «abolición» del intercambio de un bien por otro era realmente una de las causas de esta crisis?— como forma de supervivencia y en la que visitantes y curiosos colaboraban de la forma que podían. Unos dejaban bebida para soportar el calor,

otros entregaban comida para alimentar a los que permanecían allí de forma fija, aquellos ofrecían sus conocimientos en cualquier disciplina...

Si un símbolo identificaba a los presentes en la *Spanish Revolution*, como también se llamó al movimiento, y aparecía aquí y allá de una u otra forma, ese símbolo era la careta de Guy Fawkes, es decir, la careta de V en *V de Vendetta*, la misma que había aparecido en la portada de mi libro sobre Wikileaks y que había simbolizado la defensa del derecho a la información y de expresión que intentaba cercenarse en la figura de Julian Assange, que seguía bajo arresto domiciliario en Londres después de haber revelado documentos secretos que servían para entender el mundo y su oscuro funcionamiento. Y, como referencia ideológica, como símbolo a seguir, casi como mito a terminar de construir, los presentes mencionaban la revolución de Islandia como espejo ante el que mirarse y que tuvo su auténtico detonante en la publicación de una de las filtraciones de Wikileaks mucho antes de que el grupo de Assange alcanzara notoriedad internacional al desvelar los partes de guerra de Afganistán e Irak y la revelación de los cables diplomáticos que ponían al descubierto las maniobras de los embajadores de Estados Unidos en el mundo entero.

La perspectiva de la influencia de las nuevas herramientas del periodismo, derivadas de Wikileaks, y la comunicación, a partir de las redes sociales y especialmente de Twitter, se ha perdido con el paso del tiempo y con la dimensión que han alcanzado las movilizaciones en todo el mundo, ya que después de la de España llegaron otras inspiradas por ella en Nueva York (ocupar Wall Street) o Londres (ocupar la City), aunque también se extendieron a Israel, Grecia... «El indignado» se convirtió en el hombre del año para la revista *Time*, que escoge al personaje más relevante e influyente del mundo en el que estamos, y lo ocurrido en España durante esos días se convirtió en el eslabón que engarzaba las protestas en los países árabes con las que tuvieron lugar en los países «ricos», donde se reclamaba una auténtica democracia. Sin embargo, lo ocurrido en España no se entendería sin lo sucedido en Islandia, donde comenzó el contagio de la crisis iniciada en Estados Unidos y que se extendió por Europa.

El final del país más rico del mundo

Nos situamos en noviembre de 2007, cuando se hacen públicos los datos que proporciona la ONU sobre el Índice de Desarrollo Humano, tabla que mide la calidad de vida de los países miembros del organismo en relación al nivel de ingresos de sus ciudadanos, su salud, la calidad de su educación y otros aspectos. Hasta entonces, Noruega era el país que llevaba tiempo encabezando la lista. Otras naciones, como Suecia o Canadá, también habían ocupado ese trono. Pero en esa fecha, Islandia se colocó en cabeza con una nota que jamás antes ninguna nación había logrado

alcanzar, pese a tratarse de un país aislado y pequeño —una isla de apenas 100 000 kilómetros cuadrados— al este de Groenlandia, independiente de Dinamarca desde 1944, y en el que casi todos sus habitantes aún tenían descendencia vikinga.

El entonces director del Fondo Monetario Internacional (FMI), el español Rodrigo Rato, que después llevó a la ruina a Bankia, la antigua Caja Madrid, la más poderosa de las cajas de ahorro españolas reconvertida en banco cuando fue intervenida por el gobierno, señaló que Islandia había seguido las normas dictadas por el organismo al pie de la letra. Decía que todo había sido perfecto gracias al sistema bancario y financiero del país. A tal punto había llegado la perfección que el 98 por ciento de la población tenía empleo. Geir Haarde, primer ministro desde 2006, y Olafur Ragnar Grimsson, presidente desde 1996, fueron señalados como responsables del milagro. Y aquello resultó especialmente bueno para el FMI, porque Islandia había sido algo así como el banco de pruebas del organismo. Desde entonces, creció a un ritmo de entre el 2 y el 8 por ciento anual, hasta que al final se convirtió en el primer país del mundo.

Pero un año después de tocar el cielo, el país quebró.

En cuestión de pocos días, los tres principales bancos del país se vinieron abajo. Corría el mes de octubre de 2008 cuando el sueño se acabó. Los tres principales bancos del país (Kaupthing, Landbanki y Glitnir) se vinieron abajo en pocas horas el 14 de octubre de 2008, apenas un mes después de la caída en Estados Unidos de Lehman Brothers. Ese día, la bolsa cayó el 77 por ciento de su valor, mientras que la corona —la moneda de Islandia— acabaría perdiendo un 85 por ciento de su cotización.

Quedó al descubierto la realidad, que se basaba en un sistema bancario dedicado a crear burbujas y a efectuar operaciones económicas sin un sustento real, especialmente a partir de la privatización de todo el sector financiero en 2003, fecha desde la cual se buscaron inversores extranjeros que compraron los bonos emitidos por las citadas entidades. La mayor parte del dinero llegó desde Holanda y el Reino Unido, pero también desde España, en donde Caja Madrid compró decenas de millones de euros de bonos emitidos por el Landbanki, y que después endosó a inversores privados a los que engatusó para hacerse con unos paquetes cuya rentabilidad era extraordinaria. Pero por supuesto era una apariencia. Una de las empresas que dio por válidos aquellos informes fue Ribertierra, que acabaría denunciando a Bankia por errores muy graves en el proceso de asesoramiento, puesto que conocían la vacuidad de esos paquetes financieros y, pese a ello, los apoyaron con medias tintas para venderlos a otros inversores. ¿Un engaño? ¿Falta de información? ¿Un error?

Evidentemente, en un principio se siguió el guión establecido para este tipo de casos y se recurrió al FMI, que aprobó créditos para refloatar la banca y sanear las cuentas públicas a cambio —como después ocurriría en otros países europeos— de los llamados «ajustes estructurales», es decir, recortes en los presupuestos oficiales

que afectaban especialmente a sanidad, educación, prestaciones sociales... Geir Haarde, el primer ministro, admitió cubrir la deuda exterior generada por la debacle bancaria, que ascendía a nueve veces el PIB del país. El acuerdo fue negociado por David Oddsson, gobernador del Banco Central de Islandia y primer ministro entre 1991 y 2004, quien también lideró por esas fechas la petición de ingreso en la Unión Europea, lo que se vendió a la población como una garantía para hacer frente a futuras crisis. Todo esto llegaba después de la decisión del gobierno británico de bloquear las cuentas y operaciones de los bancos islandeses, aplicando para ello las medidas antiterroristas que tenían por objeto vigilar posibles movimientos sospechosos de ser utilizados para financiar el terrorismo internacional. Lógicamente, en la fría isla se sintieron humillados al considerar una exageración situar a Islandia a la misma altura que Al Qaeda. Pero muchos sabemos de qué va todo esto: aquellas medidas estaban destinadas a ser utilizadas como chantaje cuando fuera menester. Y había llegado la hora...

En términos porcentuales, la crisis islandesa era y es la mayor que jamás ha sufrido un país desarrollado. Tengamos en cuenta que hablamos de una nación con poco más de 300 000 habitantes... Y que como consecuencia del estallido bancario, más de 46 000 familias empezaron a pasar dificultades para llegar a fin de mes, cuando poco antes tener esas dificultades se antojaba imposible. Otra vez se había confundido imposible con improbable... Nada menos que trece mil casas se vieron embargadas por los bancos que quedaban, los que se quedaron con los quebrados o los nuevos que aparecieron. Y el paro alcanzó casi al 10 por ciento de la población en un país cuyas cifras de desempleo no llegaban nunca el 5 por ciento y en tiempos de bonanza ni siquiera alcanzaban al 2 por ciento de la población.

Los acuerdos del gobierno islandés con las instituciones internacionales fueron la causa de que cada ciudadano del país estuviera obligado a pagar cuarenta mil euros en quince años. Sólo así podría saldarse la deuda exterior que generaron los bancos colapsados con diferentes países, especialmente con Holanda y Gran Bretaña. Además, la exigencia del FMI y del mercado obligaba a los islandeses a deshacerse de una buena parte del Estado de bienestar que tanto tiempo les había costado ganarse. Todo se había venido abajo, y la única forma de remediarlo era socializar las pérdidas de los bancos para pagar sus deudas. Hasta entonces los beneficios eran para los directivos y empresarios, pero una vez que estos perdieron dinero, la única forma de salvar la economía del país era pagar, entre todos, el agujero económico que habían creado quienes en aquellos años se hicieron ricos.

Los ciudadanos se echaron a la calle. Primero fueron unas pocas decenas, muy pocas decenas. Hubo estupor en la sociedad. ¿Qué era eso de salir a la calle? Estaba casi mal visto. Ni siquiera la policía supo cómo reaccionar ante aquellos primeros indignados. Pero poco a poco fueron más. Y en una sola jornada de protestas llegó a congregarse una marea humana de más de cien mil personas en las diferentes localidades del país. Uno de cada tres ciudadanos estaba alzando su voz...

Las exigencias de los ciudadanos provocaron la dimisión del director del Banco Central, sobre quien cayó la ira popular. Después abandonó el primer ministro y, finalmente, el 26 de enero de 2009, el gobierno en bloque echó el cierre. Días después, asumió el poder Jóhanna Sigurðardóttir, una exazafata de sesenta y seis años que hasta entonces había ocupado el cargo de ministra de Asuntos Sociales y que por su perfil parecía la única persona que no enervaría a la opinión pública. Lejos de las ideas del gobierno al que pertenecía, pese a estar en otra corriente, en cuanto tomó el poder de forma interina convocó elecciones para abril. Ganó con mayoría absoluta, y por primera vez en la historia del país la izquierda gobernó. Pese a ello, Sigurðardóttir tuvo que empezar a negociar con unos y otros, pero tuvo bien claro desde el principio que los banqueros que habían provocado la situación no serían premiados sino que tendrían que enfrentarse a investigaciones que aclararan su implicación en tan terrible crisis.

La primera ministra aseguró que la devolución de la deuda estaría condicionada por la capacidad de pago que tuviera el erario público. Que, en definitiva, no se iba a exprimir más a los ciudadanos. Tuvo que hacer malabarismos: por un lado la presión internacional para que no se le ocurriera dejar de pagar lo que debía (por mucho que lo debieran los bancos...), y por otro la presión popular frente a las exigencias de abonar la deuda.

En este punto entró en juego Wikileaks. Islandia ya era por entonces un auténtico centro de operaciones para el organismo creado por Julian Assange, que dio a conocer en diciembre de 2008, cuando aún no era un grupo con la repercusión que alcanzaría tres años después, documentos internos del principal banco del país, el banco Kaupthing. En dichos documentos se demostraba cómo el banco había creado las temibles burbujas a costa de los ahorros de muchos ciudadanos que habían depositado su confianza en la institución. Además, los documentos evidenciaban que los propios dirigentes del banco se habían concedido créditos con intereses mucho más bajos que los solicitados a los clientes.

La jugada de los bancos

Los documentos sobre el banco Kaupthing fueron un auténtico punto de inflexión en la revolución. La venganza de Wikileaks se había consumado y el pueblo tuvo pruebas sobre las que sustentarse para pedir explicaciones y responsabilidades. Y fueron sólo el comienzo de una serie de informaciones referidas a este banco, porque posteriormente se dio a conocer un listado con nada menos que 28 167 referencias a los créditos y bonos emitidos por el banco sin que pudiera retribuirse por ellos y sobre los cuales tomó responsabilidad el gobierno de Islandia tras la caída del banco y la nacionalización de la deuda apenas unos días después. El valor total de esas

operaciones canalla ascendía a 40 000 millones de euros y demuestran cómo en las inmorales maniobras mercantiles hubo apoyo de otros muchos bancos de renombre internacional que avalaron o revendieron esos «paquetes». Ahí aparecían los bancos responsables de la crisis económica que estamos viviendo en el mundo entero: Morgan Stanley, Barclays o Goldman Sachs, uno de los bancos de inversión que fue rescatado por el gobierno de Estados Unidos, cuyos directivos, pese al fracaso de su gestión al frente de la entidad, fueron recompensados al ser nombrados para ocupar puestos de relevancia en la Administración cuando Barak Obama tomó posesión de su cargo como presidente de Estados Unidos en enero de 2009.

El inmenso listado fue elaborado tras la caída del banco, cuando se revisaron una a una las peticiones de los beneficiarios de los créditos —y otros paquetes financieros— y se determinó qué era lo que debía devolverse. En el listado hay deudas de apenas mil coronas islandesas —es decir, unos seis euros— a deudas de bonos adquiridos por grandes bancos internacionales. Un buen número de ellos fueron adquiridos por Goldman Sachs, muchos de los cuales por un valor de más de diez millones de euros. Y no había uno, sino decenas de paquetes por esas cantidades.

Hay que imaginarse la jugada. Es escandalosa: el banco americano compra bonos del islandés, pero el banco americano cae hasta tener que ser rescatado, y los ciudadanos, con sus impuestos, salvan al banco de la quiebra, pero después cae el islandés, y los ciudadanos islandeses tienen que salvar al banco islandés con sus impuestos, que una vez salvado y rescatado deberá pagar al banco americano el valor de esos bonos que fueron calificados como seguros por las agencias de calificación, de modo que se amplían los intereses a pagar a los bancos a los que se debe dinero que, previamente, han sido rescatados con el dinero de los ciudadanos. Es enrevesado. No sé si se ha entendido o no, pero es enrevesado lo que hicieron. Más bien perverso...

Y entre el listado de bonos adquiridos por los grupos financieros internacionales aparecen varios bancos españoles. Por ejemplo, Caixa Catalunya adquirió bonos por valor de diez millones de euros —1700 millones de coronas^[2]—, y Caja Laboral lo hizo por valor de 10 000 millones de coronas —casi sesenta millones de euros—. Y el mayor de los bonos fue adquirido por el Deutsche Bank por valor de 200 000 millones de coronas, es decir, unos 1200 millones de euros. Esto es una verdadera demostración de cómo la «globalización» bancaria hizo que unos bancos compraran bonos de otros cuando quienes los emitían estaban llevando a cabo operaciones irregulares, lo que impidió a los compradores cobrar en condiciones —o no cobrar— por esas adquisiciones. En la estafa islandesa se metieron sin darse cuenta —bueno, sin darse cuenta...— bancos de otros muchos países quienes, después, hicieron lo mismo. Qué desastre.

Como consecuencia de la revolución en las calles, la población tomó el poder y se creó una asamblea constituyente formada por camareros, electricistas, periodistas, fontaneros, funcionarios... En definitiva, por la gente común. Se logró incluso que se sometiera a referéndum la devolución o no del dinero que se había prestado al gobierno por parte de los grandes bancos y otros países. La respuesta de los ciudadanos fue —a tenor de la ilegalidad de las acciones que efectuaron los banqueros— rotunda en el sentido de no devolver la deuda exterior: un 93 por ciento de los electores dijo que no y que los contribuyentes no debían pagar el rescate de unos bancos que se habían nutrido con el dinero de los impuestos. Después llegaron las operaciones judiciales, y hasta casi ciento cincuenta responsables de los tres grandes bancos islandeses fueron detenidos, alguno de ellos encarcelado, en varios países europeos al tiempo que el primer ministro del país en el momento del *crack* fue juzgado, acusado de negligencia y de no haber atendido los avisos de quienes advertían de lo que estaba ocurriendo. En la condena que se dictó contra él quedó claro que sus acuerdos con los grandes bancos fueron decisivos para llevar al país a la ruina.

Hay quienes advierten: Islandia no se ha convertido en un paraíso. Y si bien la crisis se ha capeado de forma más democrática que en otros países, los problemas aún acucian a los habitantes del que no hace mucho era el mejor país del mundo para vivir. Sus actuaciones elevaron el precio de lo que tienen que pagar, por ejemplo, por sus hipotecas. Sin embargo, para quienes estaban detrás de la crisis islandesa, que son los mismos que están detrás de la crisis mundial, no hay peor cosa que dejar que el modelo de lucha que escenificaron se extienda tanto que se llegue a imitar. Quien dude del ejemplo islandés habla por la voz de su amo. Y lo peor de todo, es que quien lo haga ni siquiera sabe que tiene un amo...

Días después del inicio de las concentraciones en Sol, que se extendieron a las plazas más importantes en cientos de ciudades españolas, hubo elecciones en España. Las órdenes por parte de las autoridades fueron claras: había que desalojar las plazas en la medianoche del 20 al 21 de mayo de 2011. Las normas eran las normas: estaba prohibido cualquier tipo de manifestación pública con contenido político en mitad de la jornada de reflexión que precede a la convocatoria electoral.

Sin embargo, la policía no actuó —salvo en algunos casos, y con comportamientos violentos por parte de los uniformados, que ignoraron las instrucciones de las propias autoridades— para desalojar los acampados y congregados. Era imposible. El movimiento había logrado un grado de simpatía y complicidad que no se había dado jamás en la historia de España. Semanas después, cuando perdía intensidad, se aprovechó la situación para efectuar el desalojo de forma más discreta. Pero fue imposible frenar la oleada de indignación.

El ejemplo de los indignados de Sol fue seguido, tanto en objetivos como en símbolos, por otros indignados en otros países. Las manifestaciones fueron espectaculares; desde la revolución social de 1968 no se había vivido nada igual.

Medio siglo después, las calles y la opinión volvían a ser dominadas «por los de abajo». Es una de las características de los tiempos actuales. Stéphane Hessel, el hombre que dio nombre al movimiento, vio como una de sus pesadillas no se cumplía: «La peor de las posiciones es la indiferencia, decir que no puedo hacer nada y ya me las arreglaré». Por el contrario, su sueño, que la sociedad luchara con todas las herramientas a su alcance, sí se hizo realidad: «Os deseo a todos, a cada uno de vosotros, que tengáis vuestro motivo de indignación. Es algo precioso. Cuando algo nos indigna, como a mí me indignó el nazismo, nos volvemos militantes, fuertes y comprometidos. Volvemos a encontrarnos con esta corriente de la historia, y la gran corriente de la historia debe perseguirse por cada uno. Y esta corriente nos conduce a más justicia y libertad».

Aquello tenía un origen. En 1968, la guerra de Vietnam fue el detonante de aquella indignación. En 2008, fue otra guerra la que lo provocó todo, pero no era un conflicto de hombres vestidos de caqui armados con metralletas. En esta ocasión, el traje militar se había sustituido por el traje de «hombre serio» y el escenario de la batalla fueron rascacielos y oficinas en las que sólo se hablaba de dinero y sólo se buscaba dinero.

Tras exponer cómo se fue desarrollando el modelo económico actual, y cómo las agencias promotoras de la Triple A fueron cómplices de la trampa, analicemos el detonante de la situación, explicando cómo sucedió y cómo fueron los tiempos previos al *crack*.

FABRICAR DINERO QUE NO EXISTE (PREMIO: 3000 EUROS AL DÍA)

¡Qué engaño! Todavía soy creíble sin ningún tipo de comprobación para que me concedan un nuevo crédito. Los problemas empiezan más tarde, cuando las entidades notifican los primeros impagos, esas entidades que distribuyen tarjetas de crédito con la soltura de un campeón de póquer. Esas entidades te lanzan al fango, a recurrir a entidades de crédito urgente que son filialespreciadas de nuestros potentes bancos. Pero formamos parte de un gran vodevil, en el que las concubinas del mundo, es decir, los bancos, sin más religión que el goce inmediato del dinero, desnudan a sus clientes mientras ellos creen estar disfrutando, y les matan sin vergüenza en pequeñas mensualidades... Ya es demasiado tarde.

ANÓNIMO

Es la historia de un hombre que lo perdió todo por culpa de haber entrado en el sistema del crédito sin pararse a pensar, es decir, como «los de arriba quieren». Publicó su testimonio en el libro *¡Insolventes!* (Espasa, 2011).

Abrió el sobre.

Benjamin Ruano respiró con una mezcla de alivio y orgullo. También con soberbia. Y es que los que se dedican a lo mismo que él lo eran y lo son. Soberbios. Avariciosos. Fabricantes de pesadillas y castradores de sueños. A cambio, reciben su compensación, que es precisamente lo que consiguen: destruir las vidas y esperanzas de los ciudadanos. A riesgo de irritar a más de uno, no decirlo es engañar: la crisis económica es también consecuencia de una crisis de valores humanos que se ha desangrado a través del agujero negro que es el alma de estos personajes, que viven entre números, a sabiendas de que añadir ceros a sus beneficios son signos negativos a modo de números rojos en las cuentas corrientes... de la gente corriente a la que ellos odian.

Todo ello con una salvedad: les resulta necesario que los fabricantes de realidades hagan creer a esos tipos corrientes que son unos afortunados y que sus números rojos son tan sólo un pequeño escollo en su camino hacia la riqueza. En definitiva, tienen que conseguir que esos valores también empiecen a mermar el alma de esa gente corriente de bien.

Para él había motivo de engreimiento, porque este texano formado en la Universidad de Michigan y afincado en California ha recibido la mejor noticia de toda su vida: tras trabajar en prácticas en Lehman Brothers y embolsarse unas cuantas decenas de miles de euros, acaba de ser contratado para operar como analista en el cuarto banco de inversión más grande del país. Ciertamente es que ya hacía algunos meses que comenzaba a hablarse de la crisis financiera tras el cierre de varias entidades que se habían visto ahogadas ante la falta de dinero líquido para hacer frente a vencimientos y pagos a inversores que habían comprado diferentes productos financieros pero que ante el miedo y la falta de confianza habían decidido retirar su dinero.

Pero tanto en Estados Unidos como en Europa nadie pensaba que las cosas fueran a ir a mayores pese a que el crecimiento se estaba frenando de forma sospechosa. Daba la sensación de que el sistema económico —especialmente el mundo de las finanzas— estaba resquebrajándose, pero los avariciosos seguían a lo suyo, los poderosos también, y los medios de comunicación, divulgadores y periodistas más críticos con el mundo, andaban más preocupados —y yo el primero, que pensaba que los de arriba lo tenían todo atado y bien atado— con las terribles guerras que asolaban el mundo y los intereses económicos que había detrás.

Pero se nos estaban escapando cosas importantes, como el hecho de que en los cinco años anteriores a aquel día la cantidad de dinero que existía en el planeta se había duplicado, y que gracias a eso, aquel dinero contante y sonante —60 billones de euros— se había multiplicado en la esfera financiera por diez. Y eso quería decir que nueve de cada diez euros no existían más que en los papeles^[3]. Y, ¿qué ocurriría si algún día los dueños de ese dinero querían sacarlo de sus cuentas? ¿Y si querían cobrar los dividendos que habían reportado sus acciones, sus títulos, sus

derivados...? Porque eso podría ocurrir si un buen día el dinero real que sustentaba el ficticio se quería o se tenía que poner en circulación. Si por ejemplo, los hipotecados y beneficiarios de otro tipo de créditos no podían hacer frente a los pagos y las entidades con las que firmaron esos préstamos se quedaban sin el sustento sobre el cual habían organizado aquel milagro de la multiplicación de los panes y los peces.

Y aquel día era el 20 de agosto de 2007.

Cuando todos estábamos a lo nuestro...

Ruano estaba de enhorabuena. Podría ser rico... También estaban de buena nueva las bolsas del mundo, especialmente Wall Street y más especialmente aún las asiáticas. Los índices subían, menos que pocos meses antes, pero subían, impulsadas por la decisión de la Reserva Federal de rebajar los tipos de interés, lo cual, sin discusión, iba a facilitar que el crédito siguiera fluyendo y el consumo se mantuviera. Pero en realidad faltaban horas, casi minutos, para que comenzaran a pasar cosas serias, como el rescate del banco alemán Sachsen LB, que recibió ese mismo día la inyección de 17 300 millones de euros por parte de un consorcio de cajas de ahorro. Lo que les pasaba era sencillo: la exposición del banco alemán a los paquetes financieros en los que abundaban las ya míticas hipotecas *subprime* era excesiva. Los prestatarios estaban empezando a dejar de pagar. Luego profundizaré más en lo ocurrido en los meses previos al considerado como el origen de la crisis. Y claro, ante el temor, los inversores querían recuperar su inversión en esos paquetes en circulación para salir corriendo —con los beneficios en el bolsillo— por si acaso las cosas iban a peor. Y fueron tantos los que así actuaron que el banco no tuvo dinero líquido para hacer frente al problema y canjear esas inversiones. Aparentemente, el rescate ponía solución al asunto, pero más tarde se reveló que era un parche puesto a destiempo. Que la tirita no tapaba la herida y que la hemorragia era mucho mayor de lo que parecía en un principio.

Como decía, todos estábamos a lo nuestro. Bien es cierto que muchos nos alertaban —también a ti, que estás leyendo esto, porque en realidad los culpables ya estaban empezando a señalar a todos menos a ellos— de que estábamos viviendo por encima de nuestras posibilidades. Como si las posibilidades en que vivíamos nos las hubiéramos inventado y no las hubieran facilitado ellos mismos. Como si casi fuéramos los culpables. Como si de no haber escogido esas posibilidades —o la tomas, o la tomas, porque no hay otra opción— hubiéramos contribuido a evitar lo que estamos viviendo. Pero para colmo se miente —o se oculta la verdad, que es peor—. En diciembre de 2011, el Banco de España dio a conocer el porcentaje de dinero que podría no cobrarse y que está en situación de morosidad. Se trata de un 7,61 por ciento del total de dinero que cobran los bancos por sus créditos a personas y

empresas, una cifra que se asemejaba a la tasa de morosidad de 1994, cuando la anterior crisis —notable, pero menos sistémica que la actual— tocó techo. «La gente no puede devolver sus hipotecas, que se aprobaron a personas que no estaban en condiciones de devolver el dinero», se dice por ahí. Sin embargo, el porcentaje de dinero de gente corriente que no paga es del 2,7 por ciento, aunque ha variado durante la crisis. Pero, más o menos, quiere decir que dos tercios de la morosidad corresponde a otro tipo de créditos. En el caso de las empresas —gigantescas, en muchos casos— inmobiliarias y promotoras, en esa fecha, el porcentaje de impago alcanzaba el 20 por ciento, pero el mensaje que se transmitió era que la gente corriente era la culpable.

Dinero irreal vs. dinero real

Por entonces, cuando no se había producido aún el *crack*, yo no tenía ni la más remota idea de cómo funcionaban las cosas. Pensaba —como seguramente tú también— que todo era mucho más sencillo, porque en realidad a los culpables les interesaba que no nos enteráramos de nada, para lo cual utilizaban un lenguaje y una terminología que no entendíamos... Lo hacían para protegerse y mantenernos en la ignorancia.

Veamos si soy capaz de explicarme. No ha sido fácil aprenderlo, aunque es menos complicado de lo que pueda pensarse. Cuando me enfrenté a este libro supe que tendría que aprender, leer, estudiar, escuchar... Ha sido un esfuerzo de muchas horas durante meses que me ha provocado un agotamiento inmenso. Mi editora —que ha soportado retrasos interminables— no ha sabido hasta ahora, al leer estas líneas, por qué pasaban meses y meses sin cumplir con los plazos de entrega que yo mismo me impuse. Afortunadamente, mi profesión y mi formación me habían llevado a transformar las cosas gigantes en cotidianas; es decir, a trasladar —con mi única herramienta, la palabra escrita o dicha— cómo es lo pequeño para saber cómo es lo grande e incluso recurrir a la metáfora y la hipérbole para atinar en la explicación.

Soy —además de una persona muy afortunada, más que la mayoría, y soy consciente de ello, aunque en mi trabajo intento aproximarme a quienes no lo son y empatizar con esa mayoría a la que me dirijo— periodista y escritor que, aunque muy lejos de ser potentado, gano más que muchos, aunque casi nunca tenga nada y acabe el mes asfixiado, incluso pidiendo adelantos y favores a quienes me pagan... Aparentemente, todo esto no dice mucho sobre mi «crédito» como individuo social y cliente de los bancos. Me gusta comer bien, tengo mis caprichos, me encanta viajar a todas horas y, por qué no decirlo, también salir de fiesta, la música, el amanecer, y sobre todo, por encima de todo, comprar muchos libros, muchos periódicos, mucho material de trabajo, muchos ordenadores... Y vivo al límite de mis posibilidades. Es

decir: esas posibilidades «irreales» de las que hablaba antes. Tengo créditos, préstamos, seguros, unas cuentas tarjetas de esas que tienen relieve y hologramas preciosos, impuestos brutales...

Y deudas. Muchas deudas. Tantas que en más de una ocasión me rindo, no puedo con ellas y me tengo que someter a la crucifixión a la que condenan quienes se creen que tienen el poder de hacerlo: empleados de banca, corredores de seguros, inspectores de Hacienda, administrativos de empresas de cobros... Eso sí: ese juego es la herramienta correctora e hipócrita de un sistema que me necesita. Sin embargo, no es verdad que ese crédito personal sobre el que hablaba unas líneas más arriba sea malo, en mi caso. Tú lo puedes pensar así, yo también lo pensaría, pero no lo cree quien me presta. Tengo buena nota y una calificación de AAA para las empresas financieras que controlan mi vida. Y eso que me tienen que escribir y llamar más de una vez para recordarme y exigirme que pague lo que debo. Pero es que resulta que deber no es malo, sino algo excelente, porque lo excelente para este sistema es vivir en el riesgo sin cruzar la frontera, una frontera débil, muy débil, tan débil como la que en esa fecha estaba traspasando el sistema financiero.

Mientras, yo —y muchos millones como yo, junto a unos cuantos miles de los que ganan en una hora lo que yo en una vida— no la traspase, no pasa nada. Pero si todos los «insensatos» como yo cruzamos esa barrera que separa el máximo riesgo del suicidio..., al final te ahogas. Pues bien: ésa es la delgada línea roja que separa lo mejor del tiempo anterior (máximo riesgo) del catastrófico presente (suicidio).

Recuerdo perfectamente a aquella muchacha que me abordó en la estación de Atocha en Madrid. Al principio no pensaba escucharla, porque no quería meterme en más líos. Había visto a lo lejos el *stand* en el que se encontraba y ya sabía de qué iba el asunto. Demasiado tenía ya encima, pero pensé rápido dos veces —los sensatos lo piensan tres veces o más, los arriesgados lo hacen dos veces, y los suicidas sólo piensan una vez... ¿entienden por qué eligen a los arriesgados?— y pensé que quizá lo que me quería vender aquella muchacha de acento latino me podría venir bien para afrontar unos terribles pagos que tenía encima de mi mesa. Y es que Patricia —así se llamaba— me vendía una tarjeta financiera, pero no de esas que todos usamos a menudo y que cuando empleamos pagamos en el acto (débito) o a final de mes (crédito). Patricia me explicó en qué consistía lo que vendía, y sin parar de hablar ni dejarme tiempo para preguntas —la chica estaba bien entrenada— me preguntó por mis ingresos. Le exageré. Y multipliqué por dos lo que ganaba anualmente...

Al cabo de pocos días, la tarjeta —por valor de 8000 euros, que me daban precisamente por la cantidad que teóricamente ganaba— estaba en mi casa. Según decía la carta que acompañaba al plástico (dinero irreal) podía usar su crédito poco a poco e incluso podía hacerlo de una tacada, y se me daba la posibilidad de pagar mi deuda en cómodos plazos casi eternos. El cálculo del pago era sencillo: 8000 euros puestos en circulación (dinero real) cuando hice uso de la tarjeta y 12 000 euros (dinero irreal) en intereses a pagar en el futuro, lo que sumaba un total de 20 000

euros que, sobre el papel, tenían valor en ese mismo instante, aun cuando ni siquiera había empezado a pagar.

Patricia no me pidió ninguna prueba de la veracidad de mis ingresos. Tampoco en la carta que me enviaron a casa de la financiera me solicitaron referencia alguna para contrastar el dato. Tampoco me llamó nadie después para hacerlo (e incluso cuando lo hicieron, sólo fue para ofrecerme ampliar el crédito si quería). Y por supuesto que pudieron averiguar —e imagino que lo hicieron— que mentía, pero como mi nota es AAA, gasto mucho y debo mucho, no les importa. Ése es el juego. Pero ojo, que nadie se olvide del dato: yo tenía 8000 euros y ellos 20 000. Algunos piensan y creen que ése es el negocio de los bancos: los 12 000 euros de diferencia a modo de intereses. Pues, aunque en parte sí, por supuesto, la realidad es más compleja^[4].

A ti, que seguramente tienes una hipoteca, te sucede casi lo mismo. Pongamos por caso que tu hipoteca es el modo de pago de la vivienda que compraste por 150 000 euros. Que pagas cada mes unos 700 euros y que la condena es a 30 años. La suma es sencilla: al final habrás pagado unos 250 000 euros (para ti es al final, pero date cuenta de algo: para el banco la totalidad de ese dinero es con lo que operan en ese momento en el que has firmado la hipoteca; fíjate en lo perverso del sistema que, bien pensado, es el hipotecado quien está prestando el dinero al banco). Claro que ese cálculo no se hace al principio y creemos que pagamos un poco más del Euribor —la tasa de interés oficial más el diferencial que aplica el banco— sin que ellos nos expliquen que ese tanto por ciento de interés no se aplica sobre el precio de la hipoteca, sino que es mucho más complejo y mucho más elevado (cuando vas recibiendo las mensualidades te vas dando cuenta de cuánto es ese Euribor al descubrir que gran parte de tu pago no se recorta de lo que te prestaron). Y seguramente, tú piensas que esos 100 000 euros de diferencia cobrados en intereses es el único negocio que hace el banco^[5]. Pues no...

Después de aquello, del banco me llamaron para ofrecerme un seguro de vivienda. Me decían que era necesario, porque no podía estar dejado de la mano de Dios en caso de que pasara algo. Y en cierto modo es así: aunque muchas de las cosas que poseo tienen un valor para mí incalculable. La verdad es que en mis archivos —y los archivos en sí mismos— hay cosas que necesito y que es un activo necesario para poder seguir desarrollando mi trabajo. Por ese seguro pagaría al año unos 150 euros y, en principio, por diez años de cálculo de futuro, pongamos por caso, la suma total que se iba a cobrar sería de 1800 euros (dinero irreal que en el momento de firmar ya tiene el banco si le aplica el derivado correspondiente, que es un instrumento financiero por el cual se aplica el valor de mi pago en referencia al valor de un activo financiero en función del precio que tendrá en un futuro ese activo subyacente). Y puede pensarse que la aseguradora asociada al banco hará su negocio mientras que —es improbable, por eso es un seguro relativamente barato— yo no sufra robos, tenga goteras o mis papeles se quemen y ellos no tengan que desembolsar el dinero que me correspondería por mi pérdida. Pero no, ése no es el negocio. Aunque te doy ya una

pista: hay un seguro que asegura a mi aseguradora en caso de que tengan que pagarme por algún destrozo que ocurra en mi casa... ¿A que empiezas a entender el juego y algo más sobre la delgada línea que separa el riesgo del suicidio?

Por eso los seguros de los coches son los más caros. Porque casi siempre hay algún siniestro, algo que arreglar, un pequeño golpe, un retrovisor roto, un parabrisas que ha sido alcanzado por una piedra dejándolo hecho añicos, una trampa del taller aquí o allá... Quizá por eso te has preguntado por qué motivo tantas veces ocurre que tú pagas menos de seguro en un año que las facturas del taller que tu aseguradora ha tenido que cubrir. Y eso que te pasa a ti, le pasa a muchos. Pero ten en cuenta que los diez años de previsión de seguro que tú vas a pagar —el mío es de 500 euros, si tuviera coche, pero pongamos que sí lo tengo— suman un total de 6000 euros (dinero irreal) que el banco tiene ya contabilizados en sus papeles en el mismo momento en que firmas, porque puede empaquetar ese seguro junto a otros que le darán, antes o después, una rentabilidad. Y aunque ya nos vamos acercando a la idea, ése sigue sin ser el negocio de la aseguradora o del banco (suelen ser los mismos aunque cambien el nombre).

Aquí es donde entra en juego el Benjamin Ruano de turno. Como agente de Lehman Brothers podría ser el empleado que tiene en su cartera las hipotecas, préstamos o créditos que me conciernan (y miles más), o en este caso el analista que determinará el valor de las propias carteras de la entidad o de otras en las que el banco puede invertir. No tiene físicamente mi dinero, sobre todo porque está trabajando con lo que yo voy a pagar en diez, veinte o treinta años. Pero no importa, porque la mayor parte del dinero no existe y es una cifra escrita en negro sobre el blanco del papel. En mi caso, todo lo que yo he firmado (lo real más lo que pagaré en el futuro con los intereses) suma 277 800 euros (250 000 de hipoteca, 20 000 de la tarjeta endemoniada que se tarda una eternidad en pagar, 6000 del seguro del coche y 1800 del seguro de la casa).

Ahora ruego al lector que ponga más atención todavía, porque lo que viene son las curvas que tiene esta carretera por la senda del riesgo en el que nos metieron sin querer...

Poniendo como caso que hubiera hecho todas las operaciones citadas en un solo día, en el cual también he pagado los primeros plazos de la tarjeta, hipoteca y seguros, de todo ese dinero, el real suma sólo 9500 euros, pero Benjamín Ruano tiene un papel que dice que todo eso va a valer, o en cierto modo vale ya, 277 800 euros. Si él tiene en su cartera unos mil incautos como yo —calificados como triple A— acumulará un paquete por valor de 277 millones de euros. Y miles y miles de esos paquetes se han creado desde los años noventa del siglo xx todos los días. Entonces Benjamin intenta venderlo por un valor estimado de 277 millones de euros; lo hará a un comprador que con ese dinero en su bolsillo —o en el monitor de su ordenador, es decir, en papel (sigue siendo dinero irreal)— hará lo que estime oportuno: revenderlo o utilizarlo como si fuera dinero para comprar acciones, otros productos financieros o

invertir en lo que sea. De esta forma, el valor inicial de este paquete (si bien normalmente cada tipo de préstamo va por un lado a los que se ha denominado en el mundo financiero como CDO^[6]) se multiplica hasta el infinito en sucesivas operaciones.

Así pues, se produjeron dos fenómenos mientras el mundo crecía y mirábamos hacia otro lado. Y pongamos atención porque ahora las curvas son tan pronunciadas que conducir a través de ellas empieza a resultar suicida.

El dinero que estaban generando los CDO —y otros productos financieros de los que más tarde hablaré, y entre los que también están los CDS, que son los seguros de impago que los protegen y que también entraron en esta frenética carrera de multiplicación del dinero a través de compras y ventas sucesivas— empezó a ser tan inmenso que los Lehman Brothers de turno quisieron más y más. Y empezaron a meter en esos paquetes 900 tipos con nota AAA y 100 con nota AA. Pero todo formaba parte del mismo paquete, y las notas las ponían las agencias de calificación que ellos mismos habían comprado para que pusieran buenas calificaciones a los CDO y productos similares. Después, el asunto se complicó, y en esos paquetes ya sólo había 700 tipos con AAA, 200 con AA y 100 con A. Eran cada vez peores. Así, poco a poco, la carrera hacia la precariedad de los paquetes fue aumentando, pero como seguían dando mucho dinero...

Al ver los Lehman Brothers y bancos similares que todo seguía yendo bien, se vio la oportunidad de dar hipotecas —y otros tipos de préstamos, no sólo a particulares, sino también a otros bancos, a inversores o empresarios— a todo aquel que quisiera, tuviera o no forma de pagar, porque cada firma de una hipoteca suponía poner en el mercado de los CDO la cantidad total del valor de ese préstamo para que entrara a formar parte de los paquetes que después multiplicaban su valor. Y éstas son las hipotecas *subprime*, que fueron poco a poco ocupando más espacio en los CDO, que mantenían su valor pero que a la vez conllevaban un riesgo mucho mayor. El escritor John Lanchester explica a la perfección por qué se empezó a perpetrar este masivo fraude: «A partir del año 2005, la mayor parte del préstamo era temerario y, a veces, activamente criminal. Todo el negocio estaba montado para prestar sin hacer preguntas. Los préstamos generaban dinero para todos, y a la vez producían inmensas sumas de deuda *subprime*, de modo que la industria bancaria podía crear todos los CDO que deseara porque, milagrosamente, estos pagos hipotecarios se transformaban en inversiones de nivel AAA...».

Un contrato para participar en la orgía

Y sin que nadie en el sistema se diera cuenta —aparentemente— los miles de Benjamin Ruano del mundo dejaron de ser temerarios para convertirse en suicidas,

porque cuando muchos prestatarios no pudieron hacer frente a sus pagos, esos CDO se resquebrajaron y no había dinero real para cubrir la actividad, y se produjo tal cantidad de impagos que los seguros para hacerles frente, los CDS, aumentaron tanto que las aseguradoras ya no podían cubrirlos por falta de liquidez. Eso sí, Benjamin Ruano no fue el culpable directo, sino quien lo contrató para hacer lo que deseaban quienes gobernaban. Ellos sabían que podía pasar lo que pasó, pero ese tipo de suicidas son diferentes al resto, porque cuando se matan no mueren ellos —puesto que ya son inmensamente ricos— sino todos nosotros.

Hablando de contratos...

Volvamos al 20 de agosto de 2007, cuando este hispano educado en Michigan recibió la carta de Lehman Brothers que hoy conocemos gracias a que poco después fue interceptada o recibida por Wikileaks, que la filtró a través de su página web. Gracias a su editor, Julian Assange, conocemos su contenido y podemos leerla para nuestro asombro:

Nos congratulamos de comunicarle su contrato como analista de Lehman Brothers (la Firma). Le informamos que su contrato será desde el 2 de junio de 2008 al 8 de agosto de 2008. Su salario base quincenal será de 55 000 dólares.

Le rogamos que comprenda que los términos y condiciones de su empleo con la Firma son las habituales de nuestra política. Entre otras cosas, esto significa que la confirmación del empleo está condicionada en espera de que completemos con éxito una investigación sobre su pasado, lo que incluye referencias, crédito y otras revisiones. Tan pronto como se satisfagan, nos reuniremos para finalizar todas las condiciones requeridas para su empleo, que incluye un escaneo para control de drogas y el análisis de la información necesaria para certificar su identidad y los documentos que acrediten su permiso de trabajo en Estados Unidos.

Mientras se lleva a cabo este procedimiento, esta carta no supone un contrato. Su empleo con la Firma no incluye términos de vinculación, y tanto usted como la Firma podrán dar por finalizada la relación laboral sin que exista un motivo para ello.

Es necesario que usted mantenga una estricta confidencialidad respecto a los términos de esta carta y sobre los detalles de la compensación económica, y no podrá informar sobre ningún asunto a nadie, ni a compañeros de trabajo ni a familiares salvo que exista permiso para ello por parte de la Firma.

Nosotros estamos entusiasmados respecto al futuro de la Firma y deseamos que usted forme parte de nuestra organización. Una vez más, insistimos en que estaríamos encantados de que usted formara parte de Lehman Brothers.

Atentamente,
BETH E. ANISMAN.

«Le rogamos que una vez comprenda y acepte los términos de esta oferta, devuelva el documento original firmado por usted no más tarde del 4 de septiembre a...».

Benjamin firmó el documento el mismo día que lo recibió y lo remitió a la responsable del departamento de Recursos Humanos de Lehman Brothers, situado en la cuarta planta del 1301 de la Sexta Avenida de Nueva York. Poco le importaron las draconianas medidas de confidencialidad y la inestabilidad de su puesto de trabajo. Tampoco en aquel momento le llamó la atención que se incorporara al banco casi un año después de recibir la carta, gracias a lo cual podemos confirmar lo que parecía conocerse en los despachos de los altos ejecutivos de Lehman Brothers: la exposición

a los créditos *subprime* podrían provocar que no mucho después, los productos financieros del banco no fueran deseados por nadie y dejaran de poder venderlos, pero mientras se mantuviera discretamente la debilidad de los productos, los analistas los recomendaran, y las agencias de calificación fueran generosas manteniendo para los mismos la nota de AAA, podrían seguir en circulación.

Los indicios de que la crisis estaba en marcha se venían dando desde unos meses antes de que Benjamin recibiera la oferta de Lehman Brothers. Y aunque ya habían entrado en quiebra nada menos que nueve empresas crediticias de Estados Unidos, las más poderosas aún se sostenían. Pero aquel día quebró la décima —American Home Mortgage—, y en días posteriores, la Reserva Federal se vio obligada a inyectar 24 000 millones de dólares a las empresas en peligro. Seguramente, el analista texano no sabía que apenas cuarenta y ocho horas después, hasta un total de trece fondos de inversión en España se pusieron en riesgo mortal debido al efecto contagio de las pérdidas que se estaban produciendo al otro lado del mundo. Y eso que apenas unos días antes, Pedro Solbes, ministro de Economía de España, había señalado que descartaba que la crisis hipotecaria en Estados Unidos pudiera contagiarse allende los mares. Sin embargo, la realidad se impuso: el Banco Central Europeo desembolsó 94 000 millones de euros para que las empresas financieras se pudieran sostener.

Cuando Julian Assange dio a conocer esta carta a través de sus archivos compartidos en Wikileaks, quería alertar sobre los enormes sueldos de los analistas de Lehman Brothers y otras empresas del sector financiero. Y no es para menos: 110 000 dólares al mes, lo que equivale a más de un millón de euros al año. Evidentemente, si la empresa pagaba tal cantidad de dinero a unos simples economistas que se sientan delante de un ordenador para analizar los productos con los que comercian, y juegan vendiendo y comprando productos financieros con un simple clic es que la rentabilidad de ese pasatiempo es extraordinaria. Lo que era imposible percibir ese 20 de agosto de 2007, cuando se firmó la carta, es que Lehman Brothers planteaba vender todo lo que tenía antes de que el sistema reventara. Ya lo habían dicho las empresas de la Triple A en uno de los correos electrónicos a los que hice referencia: «Hagámonos ricos antes de que el castillo de naipes se derrumbe». ¡Lo sabían! Y Benjamin Ruano iba a formar parte de ese ejército de analistas que iban a reventar el mercado para llenar los bolsillos de los dueños de la empresa, para lo cual fue necesario incitar a los trabajadores a participar de la orgía.

Poco antes de que Lehman Brothers le escribiera aquella carta, el presidente del FMI, el español Rodrigo Rato, había presentado el informe «Perspectivas de la economía mundial», que tranquilizó los ánimos de quienes estaban pisando tan fuerte el acelerador: «Quizá sorprenda al lector comprobar en estas páginas que los riesgos para la economía mundial disminuyeron desde la edición de septiembre de 2006... Al mirar con una visión de conjunto, lo que parece más probable es que el vigoroso crecimiento mundial perdure... La economía cobrará impulso cuando se aligere el lastre que representa el sector de la vivienda».

Las previsiones —¿intencionadamente falsas?— no tardaron en fallar.

MARGIN CALL

¿Sabes cuál es la única cosa que me proporciona verdadero placer? Ver cómo ingresan mis dividendos.

JOHN D. ROCKEFELLER.

Fue uno de los grandes magnates de la historia. Sin su participación, los bancos creados y participados por los hermanos Lehman a finales del siglo XIX jamás hubieran crecido como crecieron.

En agosto de 2008 se anunciaron investigaciones oficiales para aclarar las extrañas cuentas de bancos como Merrill Lynch, Bear Stearns o Goldman Sachs, de cuyas filas, pese a todo, salieron varios secretarios y asesores de los gabinetes de George Bush y de Barak Obama^[7]. El virus que afectaba al sistema siguió dañando también a los bancos europeos, que ya estaban recibiendo apoyo por parte de los gobiernos. Había comenzado una carrera que no solucionaba nada: los tipos de interés fueron rebajados y los gobiernos inyectaron dinero a los bancos, pero las pérdidas se acumulaban en las cuentas de las grandes instituciones financieras.

A comienzos del año 2008, las bolsas empezaron a caer en picado. Los tipos de interés seguían bajando, pero no servía de nada. Las pérdidas continuaban y el sector inmobiliario no despertaba. En marzo cayó el primer gran banco: Bear Stearns^[8]. Se partió por la mitad: «Los fondos que gestionaba, que habían invertido en valores garantizados por hipotecas *subprime*, estaban sufriendo fuertes pérdidas, lo cual había desencadenado ventas de participaciones por un importe de 2800 millones de dólares», explica Jorge Pérez Ramírez en *Vidas paralelas* (Marcial Pons, 2011). «Comenzó la huida», señala el autor. La Reserva Federal no tuvo más remedio que conceder un préstamo por valor de 28 800 millones de dólares. En consecuencia, se certificó la venta del banco a JP Morgan el 14 de marzo de 2008. El mundo acababa de asomarse al precipicio...

Llegaron más rebajas de interés. Tampoco sirvieron, y los bancos centrales siguieron aportando dinero a los bancos. Todavía hoy sigue siendo un enigma saber por qué ninguna de aquellas medidas ni siquiera frenó un ápice la caída. Por más explicaciones que se lean, y aún ofreceré más sobre lo ocurrido en esas fechas, por más expertos que hayan intentando entenderlo, no hay forma de saber qué estaba pasando. Es como si las grandes instituciones financieras hubieran decidido darse por vencidas y dejar que ocurriera lo inevitable.

También puede ser que se necesitara abrir una nueva etapa para que el *shock* diera paso a una nueva oportunidad a los grandes bancos para convertir su deuda privada en deuda pública. Es sencillo: si yo me quedo sin dinero se lo pido a un familiar, y si después sigo sin dinero, ese mismo familiar me seguirá prestando aunque tenga que pedir él mismo el dinero. Lo perverso es que mi familiar ha acabado por pedirle prestado a un amigo mío —del cual soy socio en sus negocios— para evitar que me quede sin nada. En esta pequeña metáfora, yo soy el banco y mi familiar es el gobierno, que ahora está endeudado conmigo y mis socios, ha tenido que fabricar deuda —es decir, dinero— para que la compren los bancos, a los que después deberá devolver el dinero. «Da pie a pensar si toda esta pretendida crisis histórica no sería más que un alarmista montaje mediático, destinado a fabricar la coartada con la que encubrir el lavado con fondos públicos del dinero negro que tan masivamente había defraudado Wall Street», sospecha Enrique Gil Calvo en *Crisis Crónica* (Alianza Editorial, 2009).

«Llenemos de mierda el sistema»

Pocos días antes de que Benjamin empezara a trabajar para Lehman Brothers, el gobierno de Estados Unidos tuvo que intervenir para salvar de la ruptura absoluta a las dos principales entidades de crédito hipotecario de Estados Unidos, Fannie Mae y Freddie Mac, que el 7 de septiembre de 2008 pasaron a ser controladas por el Estado. Aquella medida era un síntoma de que la enfermedad era incurable y propició movimientos «en corto», es decir, operaciones especulativas efectuadas con mucho dinero en momentos de grandes cambios y que sacan beneficio cuando las finanzas y las bolsas se encuentran débiles. En *Twitterreconomía* (Océano, 2011), un grupo de economistas lo explica de forma sencilla: «Quien compra acciones esperando que suban de precio gana si eso sucede y pierde si pasa lo contrario, mientras que el vendedor en corto gana si las acciones bajan de precio y pierde si sucede lo contrario. Es arriesgado. Si la cotización se incrementa, tendrás que pagar más por ellas y, por lo tanto, habrás perdido dinero. Un ejemplo: 100 acciones a 10 euros, las vendes a precio de mercado. Las vuelves a comprar a la baja, a 7 euros, con lo cual pagas 700 y ganas 300». Aunque parezca mentira, esto es legal; son operaciones que además han tenido gran influencia en la crisis, y aunque se prohibieron en un primer momento como medida para contener las caídas en los valores, más tarde volvieron a autorizarse, medida que fue recibida con fuertes pérdidas en las bolsas españolas, lo que significaba que de nuevo se estaba volviendo a ganar con estas maniobras. Luego, algunos intentan que movimientos que buscan la transparencia y la libertad de información no puedan trabajar y dar a conocer las verdades que descubren. Pero no es de extrañar: nadie quiere que se sepa que es el cliente.

Las operaciones en corto están protagonizadas por los llamados «fondos buitres», aunque no son exclusivas de ellos. Se trata de grandes cantidades de dinero para invertir que está en manos de personas que apuestan por el desplome de las cotizaciones. Les va muy bien cuando las acciones de una empresa se hunden, tan bien que quienes se dedican a ello idearon programas informáticos que programan en masa y a muy corto plazo multitud de órdenes de compra y venta simultáneas sobre una empresa. Tan poderosas son esas órdenes, que los inversores «normales» se asustan y salen, quitándose de encima sus acciones y provocando que la empresa en las que las tenían se hunda. Es cuando estos «fondos buitres» se llenan los bolsillos y salen pitando de ahí. ¿Quiénes están detrás? Pues aunque se pongan nombres raros, los nombres de estos fondos de riesgo en realidad son instrumentos de bancos que ya he mencionado anteriormente: Goldman Sachs o JP Morgan. Las empresas afectadas por estas operaciones en los últimos años han tenido que despedir a miles de trabajadores e incluso cerrar sus puertas... ¡Así opera este mundo!

Cuando Benjamin Ruano se sentó frente a su ordenador, Lehman Brothers ya había entrado en pérdidas, pero las operaciones financieras se multiplicaron. El banco resultó ser una de las diecinueve firmas financieras que ya estaban siendo vigiladas

—pero no controladas— por los organismos rectores de la economía. Es como si estuvieran presionando al máximo la gallina de los huevos de oro antes de que reventara, porque todo apuntaba a que iba a reventar.

La era de las trampas

La agencia calificadora Standard & Poor's revisó la nota de Lehman Brothers el 6 de septiembre de 2008, y como no podía ser de otra forma, la calificación fue AAA, gracias a la cual pudieron seguir mostrándose como un banco de confianza para sus clientes e inversores. Las otras agencias también refrendaron aquella máxima nota. ¿Fueron inocentes aquellas calificaciones? ¿Por qué siguió confiándose en unas perspectivas positivas cuando los despidos masivos en Lehman Brothers ya habían comenzado y sus índices bursátiles estaban cayendo en picado desde hacía meses? ¿Eran inocentes los compradores? Si el lector ha visto la película *Margin Call*, recordará que el banco de inversión en cuya sede central ocurren los hechos —un banco que aunque no se diga es Lehman Brothers— se enfrenta al descubrimiento de que van a quebrar y que todos los productos financieros que tienen están intoxicados, aunque no aparezca el veneno como componente de aquellos paquetes. En un momento determinado, el presidente del banco, interpretado por Jeremy Irons, dice: «Si he entendido bien las explicaciones, estamos llenos de mierda. Entonces, tenemos que deshacernos de la mierda antes de que huelga tan mal que nadie la quiera, aunque al hacerlo llenemos con esa mierda todo el sistema». Eso hicieron: vender la mierda. Y a los agentes y analistas se les subió el sueldo y se les prometieron unas primas extraordinarias si lograban colocar esos productos malolientes a los inversores. ¿Entienden ahora el porqué de esos sueldos monumentales, que además se multiplican por tres y por cuatro gracias a los dividendos?

Además de las operaciones en corto, de la falsa nota que habían puesto los de la Triple A a los productos de este banco, sus gestores también hicieron cosas sospechosas en los libros de cuentas que tienen que presentar cada tres meses. Si esos libros de cuentas parecen saneados y muestran buenos resultados, unos y otros confiarán en sus productos y los podrán vender mejor. Pero imagínese usted que tiene que demostrar a quien se lo pida que sus resultados económicos están bien, pero le hacen falta cien euros más en dinero contante y sonante para que se lo crean. ¿De dónde los saca? Los puede pedir prestados, aunque las cosas no son tan sencillas, porque en su país esos regalitos —por los cuales también está en deuda con quien abre su billetera, que también percibirá una comisión— no están permitidos. Sin embargo, su empresa tiene la suerte de tener una sucursal en otro país en el cual los textos legales permiten los regalos de esta guisa, aunque tiene que hacerlos a cambio de algo. Ese algo es un objeto que tiene usted que vale esos cien euros; entonces, en

ese otro país, una empresa amiga le compra ese objeto y le da cien euros por él. A continuación, usted ya puede presentar el libro de cuentas con los cien euros que le faltaban, y sus supervisores se sienten halagados porque ya tiene lo que le hace falta para que asesores y agencias de calificación elaboren informes sobre lo bien que está usted haciendo sus deberes y las cuentas tan saneadas que tiene su empresa.

Pongamos ahora nombres y lugares. La empresa es Lehman Brothers, que tiene su matriz en Estados Unidos, donde la ley no permite hacer esas operaciones, pero una de sus sucursales, la que encabeza las operaciones en la delegación europea, está en Londres, en donde sí se permiten, y como mis cuentas son sus cuentas en este mundo que se globalizó para este tipo de cosas... Este tipo de operación tiene un nombre: REP 105. Lo de REP viene de reposición. ¿Por qué? Porque pasado un tiempo muy breve —pero el suficiente para que Lehman Brothers hubiera presentado sus cuentas trimestrales—, y tras la aprobación de la auditora Ernst & Young y del asesor en Europa del banco, que por aquel entonces era el futuro ministro de Economía de España, Luis de Guindos, llega esa reposición; el objeto, que son cúmulos de préstamos hipotecarios, que no eran dinero líquido sino deuda, es decir, el llamado apalancamiento que ahogó a tantas instituciones, acaba por volver al banco en Estados Unidos y usted paga a quien le «regaló» aquello en Londres un total de 105 euros.

El gobierno norteamericano efectuó un informe de 2200 páginas en las cuales se exponían las razones de lo que ocurriría después en el banco y por qué había tanto respeto entre unos y otros. El autor de la investigación oficial, Anton Valukas, descubrió que las operaciones de REP 105 tenían mucha culpa de ello y sirvieron para maquillar las verdaderas cuentas del banco. «La función principal consistía en ayudar a la empresa a falsear su verdadera situación ante el público», concluye el informe, en el que se calcula que se retiraron de esa forma 50 000 millones de dólares que se convirtieron en dinero líquido.

Por cierto...

Margin Call es el nombre que recibe la llamada de emergencia que efectúa el *broker* —operador financiero que está al servicio de un inversor. Si trabaja para sí mismo recibe el nombre de *trader*— al inversor para comunicarle que ha llegado al límite de sus posibilidades y que no tiene más dinero con el que seguir «jugando». Es una llamada temida por quienes han encargado a sus empleados trabajar con derivados, ya que es necesario tener una garantía de dinero con la que operar. A veces se llega a un punto de no retorno, y cualquier aportación de capital va unida a una subsiguiente pérdida del mismo. Es como si al presidente de Estados Unidos le sonara el teléfono rojo —así se llamaba al teléfono que servía para dar la orden de iniciar un ataque nuclear, o para recibir la comunicación de que el enemigo había lanzado el arma atómica antes— para advertirle de que la guerra había empezado.

Y en aquel momento, todos los teléfonos rojos del planeta estaban sonando a la vez.

72 HORAS

El objetivo del entetanimiento es fácil de formular: pretende convencer al individuo de que la situación económica y social mundial es inevitable, deriva directamente de la naturaleza de las cosas y no es una creación artificial y voluntaria de quienes se benefician de la misma. Busca convencernos de que no hay alternativa posible, de que el individuo no puede hacer nada al respecto para cambiar la situación, por lo que lo más razonable y adecuado es sentarse ante la televisión, ganar dinero y no cuestionarse nada.

GABRIEL SALA

Abogado. Autor de *Panfleto contra la estupidez humana* (Latoli, 2007).

En la mañana del 15 de septiembre de 2008, Lehman Brothers entró en suspensión de pagos. Ya no tenía casi activos (dinero real) y su pasivo (dinero prestado) alcanzaba cotas inmensas: 613 000 millones de dólares. Si los inversores querían liquidar, el banco no podía bajo ningún concepto satisfacer las peticiones de los inversores. No había con qué pagarles. La humanidad acababa de saltar por el precipicio. Asistíamos a la mayor bancarrota de la historia de la humanidad. Y lo que hasta aquel momento era una crisis más se convirtió en el mayor *crack* financiero que recuerdan los tiempos. Aseguradoras, bancos y fondos de inversión de todo el mundo estaban expuestos a Lehman Brothers.

Las investigaciones revelaron que en los meses previos a la caída, los ejecutivos del banco habían efectuado operaciones que rayaban la legalidad. Además, se supo que se crearon dos empresas paralelas bajo las que poner los activos problemáticos, pero la presión sobre la situación interna se hizo insostenible cuando Citigroup y JP Morgan exigieron mayores garantías para sostener la financiación que le prestaban, a tenor de las pérdidas del primer trimestre, que fueron del 73 por ciento de su valor en bolsa de 2800 millones de dólares. Ya ni siquiera las operaciones de REP 105 saneaban las cuentas. Como decía anteriormente, los informes oficiales revelaron que los dueños del banco habían ocultado la situación patrimonial del grupo.

CDS: ¿los seguros contra el suicidio?

La tragedia provocó una estampida de la bolsa del 4,42 por ciento, la mayor caída desde el 11-S, fecha en la que dio comienzo la orgía financiera que consistió en multiplicar dinero con dinero y comprar dinero para después venderlo.

Fueron horas frenéticas...

Apenas un día después, el primero de los fondos que habían invertido en valores emitidos por Lehman Brothers reconoció la pérdida de 780 millones de dólares. «Este hecho desencadenó un volumen inaudito de órdenes de liquidación en otros fondos del mercado monetario de Estados Unidos que obligaron a las sociedades gestoras a liquidar activos en unos mercados que en aquellos momentos estaban prácticamente sin liquidez», describe Pérez Ramírez. Entonces, entraron en juego —y los situó fuera de juego— los CDS (*credit default swaps*), que no eran sino los seguros de impago que se activaban, precisamente, cuando un pagador no cumplía con su obligación. Juan José Herrera define así a los CDS: «Es un contrato derivado de crédito, mediante el cual un agente vendedor de protección se compromete a indemnizar a otro, comprador de protección, por la pérdida en que pueda incurrir por falta de pago del título asegurado. Es un derivado de crédito en el que se intercambia un margen a cambio de la opción de vender una emisión determinada en caso de que la calidad crediticia del emisor se deteriore. Este deterioro puede tener diferentes grados, y el

contrato puede contemplar en sus cláusulas todos o alguno de los elementos que reflejen el deterioro. Son, por tanto, instrumentos que se utilizan como garantía del riesgo de crédito, en el que el comprador acepta el riesgo de impago de compañías o entidades financieras».

Y la empresa aseguradora que más CDS había puesto en circulación era AIG, que a su vez los había emitido sobre los paquetes que tenía en el mercado Lehman Brothers (la exposición del banco a la aseguradora se estima en 400 000 millones de dólares). Esos seguros habían liberado capital —ante el convencimiento de que no habría impagos masivos— que se utilizó para volver a invertir. Pero los CDS se habían multiplicado, y como esos paquetes eran de dinero irreal no hacía falta retirarlo para utilizarlo salvo que se incurriera en impago. «Estos nuevos instrumentos financieros eran muy muy ingeniosos, pero tenían un desgraciado efecto colateral: llevaban a los bancos a la quiebra. Eso se debía a que, en el fondo, la actividad bancaria es, o debería ser, un negocio simple. Los clientes depositan dinero en un banco a cambio de un interés; el banco presta ese dinero a un interés mayor. En cambio, los CDS se convirtieron en una manera segura de ganar dinero continuamente, a condición de que se respete una regla fundamental: el banco tiene que analizar a quién presta dinero. Los nuevos instrumentos hacían imposible controlar tal cosa», escribe John Lanchester en *¡Huy!* (Anagrama, 2010).

Si leemos la letra pequeña de un seguro de vida —mejor que no lo hagamos si deseamos seguir sintiéndonos seguros— descubriremos que hay una serie de causas de deceso que no están cubiertas por muchos años que llevemos pagando y haciendo ricos a los que abonamos ese seguro. Por ejemplo, si uno muere cuando en su país se declare el estado de excepción por culpa de revueltas populares, sus herederos no cobrarán el seguro. Tampoco si se fallece como consecuencia de un acto violento. Y mucho menos si esa muerte ocurre en mitad de una guerra. E incluso si la muerte se debe a una enfermedad y no sabía de ésta cuando suscribió la póliza. Y así una y otra razón que hará que los herederos cobren mucho menos de lo que esperaban. Por cierto, que otra de las causas de muerte que no están cubiertas en gran parte de los seguros es el suicidio, pese a que se trate ya de la primera forma de muerte violenta en el primer mundo, lo cual no deja de ser significativo. Y si un seguro no protege ante la desgracia —provocada cada vez más por los problemas económicos de la crisis, que ha disparado el número de suicidios en el mundo—, tampoco los CDS protegían a los bancos que se inmolaban. Porque lo que acababa de cometer Lehman Brothers era un suicidio...

El hundimiento

El 16 de septiembre, AIG perdió en bolsa el 95 por ciento de su valor tras un año en

el cual ya había superado los setenta puntos negativos, como consecuencia de la cantidad de *subprime* que estaba expuesto a los seguros de esta inmensa empresa que representaba perfectamente lo que ha venido en llamarse «apalancamiento», expresión usada hasta la saciedad y que socialmente quiere decir casi lo contrario a su significado real. Y las palabras que no se entienden o que se entienden al revés son parte del juego. Mientras se tiene la sensación de que la expresión significa que algo está detenido o parado —hemos oído durante la crisis muchas veces esta sentencia: «Existe un alto grado de apalancamiento»—, en realidad además de significar que algo está detenido o parado, la expresión también significa que algo está escondido o que se ha conseguido algo gracias a diversas y astutas maniobras. Es una de esas expresiones que significan una cosa y la contraria. En realidad, esto significa que una empresa tiene mucho dinero prestado y que con ese dinero (dinero irreal) se están financiando operaciones.

El gobierno de Estados Unidos se sintió en la necesidad de intervenir de alguna forma. Las autoridades no habían querido rescatar a Lehman Brothers, pero en este caso AIG era demasiado grande para caer, y su caída podía afectar más a la economía real, es decir, a la economía de los ciudadanos. En la reunión que el día 16 de septiembre mantuvieron los dos hombres con mayor poder sobre la economía política en el mundo, esta idea estuvo presente: «No podemos seguir así, es necesario entrar y tomar el control de la situación», dijo Ben Bernanke, presidente de la Reserva Federal, al secretario del Tesoro, Henry Paulson. Ambos habían visto el fracaso de las políticas económicas que tanto habían defendido: «El Estado debe intervenir lo mínimo en la economía, dejar que los mercados se regulen solos, facilitar la libertad de las empresas financieras para negociar a sus anchas...».

Y en cuestión de horas se aprobó la mayor intervención financiera en una empresa jamás efectuada por un gobierno, puesto que la Reserva Federal desembolsó 85 000 millones de dólares para comprar el 79,9 por ciento de AIG. O lo que es lo mismo: la empresa de seguros más grande del planeta acababa de ser nacionalizada. Al mismo tiempo, otro de los mayores bancos del país, Merrill Lynch, azotado por el descalabro global, fue adquirido por Citigroup.

En sólo 72 horas había empezado una nueva era...

La avaricia no conoció límites. Gran parte del dinero fue utilizado por los capitostes de AIG para embolsarse unos bonos verdaderamente sobrecogedores. Las imágenes de banqueros y financieros utilizando el dinero público para sus juergas no era nada comparado con aquello. Se estima que veinte directivos del grupo se embolsaron hasta 165 millones de dólares. Y aunque las investigaciones judiciales echaron sus redes sobre ellos, los problemas siguieron afectando al conjunto financiero mundial y a AIG en particular. No había forma de que la crisis se detuviera, pese al incremento en los valores bursátiles que llegó gracias a las ayudas de diversos bancos centrales.

Mientras en Estados Unidos los poderosos Goldman Sachs y Morgan Stanley

renunciaban a su estatus de bancos de inversión para convertirse en bancos comerciales, los activos de Washington Mutual eran subastados para hacer frente a las liquidaciones que se ejecutaban sin cesar, y Wachovia pasaba a manos de Citigroup, en Europa las cosas no iban mucho mejor. En Alemania, el Hypo Real Estate chocaba de frente con la realidad y tenía que ponerse en manos del gobierno, que aprobó una ayuda por valor de 35 000 millones de euros, el Halifax Bank de Escocia quebraba el día 18 de septiembre y era absorbido por el Lloyds TSB, la aseguradora Bradford & Bingley se venía abajo y tenía que ser comprada por Abbey (Grupo Santander)...

El rescate

El caos era absoluto. Y con el objetivo de frenarlo, el gobierno de Estados Unidos aprobó, tras diversos enfrentamientos entre republicanos y demócratas, el plan de rescate más inmenso que jamás vieron los tiempos: 700 000 millones de dólares. En su exposición de los hechos, el secretario del Tesoro, Henry Paulson, ofrecía una serie de planteamientos dignos de tenerse en cuenta:

«Como todos sabemos, unas políticas de créditos laxas a comienzos de la década han conducido a unos préstamos y endeudamientos imposibles. Esto, sencillamente, ha dejado a muchas familias con hipotecas que no pueden pagar... Un escenario similar está ocurriendo con los prestamistas que concedieron esas hipotecas, así como a los fondos de titularización que las compraron, las empaquetaron y los colocaron entre inversores. Como resultado, los ahorros personales de los estadounidenses están amenazados, y la capacidad de consumidores y empresas para endeudarse y financiar gasto e inversión ha sido interrumpida y con ello la creación de empleo... Estoy convencido de que este audaz enfoque costará mucho menos que la alternativa: continuar con las quiebras de una serie de instituciones financieras mientras los mercados de crédito permanecen congelados y sin poder financiar la expansión económica de las familias... Ahora, nuestro objetivo es restaurar la solidez de nuestro sistema financiero para que nuevamente pueda financiar nuestro crecimiento económico».

No dejaba de ser peculiar el hecho de que el presidente de Estados Unidos que había estado al frente del país el 11-S y que lideró las invasiones de Afganistán e Irak iba a acabar su mandato dejando a un país —y al mundo entero— sumido en una crisis de proporciones jamás conocidas. Era la consecuencia final de casi una década de orgía de poder en la cual los diplomáticos norteamericanos se habían convertido en los vigilantes de la implantación del liberalismo en medio mundo. Y ese concepto de la economía —extendido por el mundo gracias al poderío bélico y al intervencionismo con la excusa del terrorismo— tenía que acabar con el rescate por

parte del Estado de los principales grupos financieros. Y no sólo en Estados Unidos: los gobiernos de Francia, Alemania, Gran Bretaña, España, Japón... Todos hicieron lo mismo. Y como suele suceder en este tipo de crisis, el poder —en este caso situado muy a la derecha del espectro ideológico— tomó una serie de medidas propias del otro lado del espectro ideológico, muy similares a las que se estaban criticando en los documentos diplomáticos cuando se hablaba de países cuyas corrientes políticas eran diametralmente opuestas a las que quería instaurar Estados Unidos en todo el mundo. La única salvedad es que la nacionalización de las instituciones financieras era temporal y tenía como objetivo limpiar las tuberías de un sistema atascado para que una vez depurado pudiese volver a las manos originales o a otras igual de avariciosas. Además, para disimular la realidad, se hablaba y hablaba de hipotecas que las familias no podían pagar, obviando que los créditos y préstamos asociados al mundo inmobiliario que se estaban dejando de pagar eran, en sus tres cuartas partes, propiedad de constructoras, inmobiliarias o financieros...

EL APOCALIPSIS

«Me pidieron sin rodeos que cumpliera lo prometido, que los ayudara a conseguir un trato. Fui sincero y respondí que no tenía ni idea... Las decisiones correctas no les generaban ningún negocio, y me echaron de Lehman Brothers. La directora de investigación se puso seria y me acompañó de inmediato a mi despacho, como si fuese una centinela, para recoger mi maletín. Pasamos por delante de los despachos de mis colegas y de los escritorios del personal del nivel inferior, cruzamos el área de recepción y esperamos, incómodos, a que llegara el ascensor. Mantuve la vista fija al frente y ella no dijo nada durante todo el viaje al vestíbulo de mármol del World Financial Center».

MIKE MAYO

Analista que ha pasado por los bancos más poderosos de Estados Unidos. En octubre de 2008, sus estudios fueron citados por la revista *Fortune* como los de una de las pocas personas dentro del sistema financiero que anticipó la crisis.

Tras aquellas 72 horas, los problemas de AIG no se solucionaron, y los diferentes planes de rescate de la compañía siguieron destruyendo las arcas públicas: 37 800 millones el 9 de octubre de 2008, 40 000 millones más el 10 de noviembre, 30 000 millones más el 1 de marzo... ¿Por qué? Sencillo: los CDS se seguían ejecutando y había que pagar. La paradoja es que todos esos grandes grupos estaban recibiendo dinero público con el cual cubrir sus pérdidas. Se estaba produciendo el fenómeno que ya por entonces se conocía como «socializar las pérdidas», pero esta vez todos los defensores del sistema liberal no dijeron esta boca es mía cuando los gobiernos a los que detestaban acudían en su auxilio.

El cinturón de seguridad de los borrachos

John Lanchester describe así la situación de AIG: «Salvar la compañía costó ochenta y cinco veces más de lo que había costado comprarla. Entonces, ¿por qué el Tesoro la compró? Porque AIG era demasiado grande para quebrar. La implosión de Lehman, en septiembre de 2008, se produjo en lo que ya era una crisis y muy poco después se convertiría en la quiebra total del sistema económico global... La lección de Lehman era, para los políticos, clara como el agua: nunca más se podía permitir que se hundiera una institución financiera de semejante dimensión. AIG fue rescatada porque todo el sistema económico estaba al borde del abismo». Y el mismo autor señala el diagnóstico: «AIG calculó mal el riesgo representado por los CDS... Hay algo al mismo tiempo divertido y espantoso en la comprobación de que, aplicadas a los mercados del mundo, sus teorías tienen el efecto de cataclismo. El instrumento decisivo para que esto ocurriera fueron los CDS, que expandieron su riesgo por todo el sistema financiero, en parte porque muchos de ellos operaban *over the counter*, como se dice en la City^[9], es decir, entre una institución y otra, sin intermediarios. Esto significa que no hay registro central de CDS, ni ningún organismo capaz de evaluar y administrar riesgos que abarquen la totalidad del mercado».

De verdad que era espantoso. El dinero (irreal) que circulaba en CDS cuando se produjo la implosión era de 54 billones de dólares, es decir, el equivalente al PIB de al menos medio mundo. Y sólo eran papeles. «Muchos de los riesgos se vendieron y volvieron a vender sin conocimiento de la contraparte inicial, lo que significaba que un acuerdo podía ser reasegurado con los mismos bancos más de una vez... La liquidez se agotó y las instituciones financieras empezaron a quebrar. El problema fue que los CDS y los instrumentos financieros correspondientes habían sido vendidos de banco en banco con absoluta falta de transparencia... Los CDS, que se inventaron como un medio para asegurar el préstamo, terminaron potenciando y expandiendo los riesgos por la totalidad del sistema financiero mundial. Es como si la gente usara el cinturón de seguridad como una oportunidad para comenzar a conducir en estado de

ebriedad», sentencia Lanchester.

Pese a que los analistas menos afectados por las doctrinas económicas —los hay que incluso aseguran que el problema ha sido el excesivo papel de los gobiernos en los ritmos económicos— han llegado a conclusiones similares, la sensación que parecía extenderse por el mundo entero es que en las propias instituciones financieras el problema los seguía sorprendiendo. Como si no supieran qué estaba pasando, como si no fueran capaces de entender que los problemas fueran tan graves... Pero el conocimiento de que lo que había estallado en esas 72 horas iba a poner en riesgo al planeta entero estaba en los propios despachos de quienes parecían no entender nada.

Estrictamente confidencial: «Sin rescate, el mundo se hunde»

Uno de los informes sobre la crisis que desveló Wikileaks tenía el sello de «estrictamente confidencial». Fue elaborado por analistas contratados por AIG el 26 de febrero de 2009, y explica en parte —o en su totalidad— el porqué del nuevo desembolso de dinero oficial que se produjo tres días después para seguir pagando las órdenes de liquidación. Si los asegurados —es decir, los grandes bancos y fondos de inversión— no cobraban sus seguros entonces se quedarían sin dinero con el cual seguir operando y haciendo frente a sus órdenes de pago. Era la pescadilla que se mordía la cola, pero la espiral no podía romperse en ningún momento, y cualquier quiebra en esa línea debía cubrirse con dinero público. Pero claro —aunque ésa será otra historia que contaremos más adelante—, eso iba a suponer que los gobiernos de cada país tuvieran que emitir deuda pública en forma de letras y bonos para cubrir los sucesivos rescates. Y ahí, la paradoja sobre la que alertó insistentemente se hizo más irritante: los mismos bancos salvados por los gobiernos emplearon ese dinero para financiar la deuda pública. En suma: les dimos un dinero con el cual nos compraron.

El informe al que he hecho alusión se titula «AIG: ¿Hay un riesgo sistémico?» y glosa el poder e influencia de la empresa y analiza cuáles serían las consecuencias de su quiebra o desaparición, tanto en referencia a la empresa matriz como en relación a algunas de sus más importantes divisiones, como por ejemplo la relativa a la empresa de alquiler de aviones de AIG.

Sí, aunque parezca sorprendente: una empresa de alquiler de aviones. Es otra de las cosas que casi todo el mundo desconoce, pero sí, son empresas de este tipo las que compran los aviones y no las empresas de líneas aéreas —salvo algunas de las más importantes— las que los poseen. Reciben el nombre de empresas de *leasing*, y son las que adquieren los aviones que salen de la fábrica de Boeing en Seattle —por citar la más importante— pagando por ellos entre 150 y 300 millones de euros. Pues bien, en este caso concreto, AIG adquiere el avión y lo alquila a una compañía mediante un arrendamiento común o un arrendamiento financiero, lo que permite a la empresa que

compra aumentar su patrimonio, recibir grandes cantidades de dinero líquido y poder operar con ese dinero en sus maniobras financieras. En cierto modo, las «pequeñas» y medianas aerolíneas quedan sometidas al control de AIG —por citar el caso del que estamos hablando—, que obliga además a efectuar toda una serie de coberturas de seguros que se extienden a todos los ámbitos de su desarrollo. Las empresas que alquilan, eso sí, pueden de esta forma mantener su endeudamiento y no tienen que hacer frente a la adquisición de unos artefactos que no están a su alcance.

Se trata de un documento elaborado con el inefable programa Power Point que reproduzco entero para poder entender qué es lo que sabían los financieros que estaban manejando la crisis. Sin lugar a dudas es uno de los escritos menos conocidos, pero más reveladores, de todos los que tenemos en la base de Wikileaks. El informe revela que el rescate de la aseguradora y el posterior plan gubernamental no era sino el primer parche a la primera herida, pese a que se «vendió» al mundo que ese plan era definitivo y que el esfuerzo del contribuyente serviría para cortar una hemorragia que era mucho más grave de lo que se nos contaba. Como va a comprobar el lector —recomiendo una lectura sosegada, en la que no debe descartarse nada, ni siquiera el hecho de que se exageraran los riesgos para facilitar ese rescate y embolsarse así una inmensa cantidad de dinero. «Piensa mal y acertarás», dice la máxima popular, y nos han dado tantas razones para pensar mal... — el informe que presento es apocalíptico y radiografía el escenario al que se enfrentaba el mundo por aquel entonces y al que, en cierto modo, se sigue enfrentando. El documento, además de apocalíptico, utiliza un lenguaje opaco y técnico, pero nos ofrece una visión bien clara de en qué situación se encontraba el mundo en aquella fecha, y que se ocultó a la opinión pública:

¿Qué es un riesgo sistémico?

- El riesgo sistémico es el riesgo impuesto por las interrelaciones e interdependencias en un sistema de mercado, lo que podría provocar la quiebra del sistema o del mercado si un jugador es eliminado o si se producen a la vez un grupo de fallos.
- El riesgo financiero sistémico se produce cuando los planes de contingencia que se desarrollan de forma individual para abordar los riesgos seleccionados son incompatibles. Es la quintaesencia de la expresión «el hueso de la rodilla está conectado al hueso del muslo», de forma que cada elemento que es aparentemente independiente está conectado con otros elementos.
- El modelo empresarial de AIG —con una expansión de 1 billón de dólares en seguros y servicios financieros para empresas, cuyo crédito AAA se utilizó para respaldar 2 trillones de dólares^[10] en productos financieros para empresas de comercio— tiene muchos riesgos inherentes que se correlacionan uno con otro. A medida que la economía mundial ha ido experimentando fracasos, el sector que cubre AIG ha resultado debilitado por estos fallos multisectoriales.
- El problema original de AIG —una dependencia excesiva en EE. UU. de productos respaldados por valores hipotecas residenciales (RMBS) en sus carteras de inversión— se ha profundizado por la debilidad comercial de los productos respaldados por hipotecas en el mercado de valores, el mercado

global de bienes raíces, el mercado de renta variable mundial... Y el freno de los negocios y actividades del consumidor y su subsiguiente necesidad de una mayor liquidez por parte de los reguladores y clientes de todo el mundo.

- El riesgo sistémico afecta a todos los seguros de vida y a las empresas de inversión de todo el mundo. Por lo tanto, AIG tiene la posibilidad de desencadenar una serie de fallos en cascada que no puede ser detenida excepto por medios extraordinarios.

Resumen de la evaluación de riesgos

- En otoño de 2008, la Reserva Federal y el Departamento del Tesoro determinaron que el riesgo sistémico de un fracaso de AIG era tan grande que se debía proporcionar un programa de apoyo mediante la inyección de liquidez y capital en la empresa.
- Para pagar la deuda y reducir el grado de riesgo financiero para la empresa, AIG ha instituido un movimiento de su negocio de productos financieros y un proceso de desinversión masiva para vender las empresas, a pesar de que eso significa un problema para el desarrollo del crédito.
- La solución ya ha proporcionado abordar a corto plazo las necesidades de liquidez y concentración excesiva de AIG en el mercado de RMBS. Sin embargo, AIG todavía se enfrenta a enormes pérdidas de inversión y degradaciones crediticias. Sin herramientas adicionales federales para abordar la situación de AIG, la empresa no será capaz de pagar sus obligaciones. A pesar de la seguridad que ha supuesto, la inversión del gobierno de EE. UU. no podrá ser recuperada.
- AIG opera en más de 140 países en todo el mundo, cuyos clientes, reguladores y gobiernos se han abstenido de liquidar o incautar activos por la situación de apoyo que ha prestado el gobierno de Estados Unidos.
- El fracaso de AIG podría causar confusión en la economía de EE.UU. y en los mercados globales, lo que tendría múltiples consecuencias imprevistas potencialmente catastróficas.
- La incapacidad de AIG para garantizar de inmediato la ayuda adicional de la Reserva Federal y el Departamento del Tesoro amenaza no sólo el proceso de venta de AIG, sino también a los consumidores y a la confianza empresarial en todo el mundo.

¿Cómo de grande es la magnitud del riesgo sistémico por culpa de los seguros?

- El término «seguro» se utiliza, por parte de AIG y otras empresas similares, para referirse a la venta de los productos industriales, pero los seguros no sólo se refieren a las propiedades tradicionales o a los seguros de vida para proteger del riesgo de fallecimiento o para dar cobertura a los clientes sobre posibles accidentes, salud, pensiones, jubilaciones, rentas vitalicias y otra variedad de productos que generan acumulación de riqueza.
- El riesgo sistémico se centra principalmente en el mundo de los seguros de los negocios, ya que este subsector tiene gran variedad de inversiones y obligaciones que están sujetas a la pérdida de valor de las inversiones subyacentes.
- La industria de los seguros de vida contrata aproximadamente con 2,3 millones de personas en EE. UU. pólizas individuales y de grupo. Hay más de 19 trillones de dólares de valor nominal en estos seguros en EE. UU. Las pólizas de seguros alcanzan los 375 millones.
- Durante la última década, la tasa de terminación voluntaria de las distintas pólizas se redujo notablemente (6 por ciento en el año 2007) ya que los consumidores podían obtener liquidez de otras muchas fuentes.

- Un aumento significativo en las peticiones de ejecución de los seguros —debido a las necesidades de los consumidores para obtener efectivo o provocado por los rumores reales o infundados de la existencia de problemas en las compañías de seguros— podría tener resultados desastrosos. Debido a la pérdida generalizada de liquidez, la industria se esfuerza por aumentar la cantidad de dinero en efectivo para satisfacer las solicitudes de entrega. Una *run on the bank* (crisis bancaria que genera peticiones de entrega de dinero, liquidaciones) tendría efectos profundos en toda la economía norteamericana. En otros países del mundo, con tasas de ahorro más altas que en EE. UU., el fracaso de las compañías de seguros como AIG sería una catástrofe.

Impacto de los esfuerzos del gobierno de Estados Unidos para estabilizar la economía

- Si el sustancial apoyo del gobierno anterior a AIG finalizara en fracaso, es probable que provocara un impacto en cascada en otras empresas aseguradoras de Estados Unidos, ya debilitadas por la falta de crédito. Los fondos de garantía que el Estado dispone para el sector de los seguros se disiparían rápidamente, pese a que representa una cantidad mayor que la ejecución del sector de los seguros.
- Teniendo en cuenta el tamaño de AIG, no existe la posibilidad de establecer un «matrimonio de conveniencia» con otra compañía de seguros del país.
- Además, la falta de voluntad del gobierno para apoyar a AIG podría conducir a una crisis de confianza aquí y en el extranjero con respecto a otras grandes instituciones financieras, especialmente aquellas que hasta ahora se han mantenido viables debido a los programas gubernamentales de ayuda.
- Esta pérdida de confianza sería particularmente grave en los países que tienen grandes inversiones en empresas de Estados Unidos, y los ciudadanos y sus valores podrían sufrir importantes pérdidas como resultado del fracaso de las filiales extranjeras de seguros de AIG.
- Todo esto podría conducir a una disminución del atractivo de los valores de EE. UU., con el subsiguiente aumento en el precio del endeudamiento de Estados Unidos y las entidades emisoras asociadas.
- Por otra parte, lo que hace que el peligro de AIG no sea ahora más grande que en septiembre tiene que ver con el apoyo del gobierno de EE. UU. La confianza pública en los mercados financieros está en su punto más bajo, y habría que preguntarse si la economía puede tolerar otro golpe al sistema si se produce el hundimiento de AIG.
- El alcance y la interconexión de los negocios de AIG es enorme y abarca a clientes de todo el mundo, que van desde agencias gubernamentales a corporaciones y consumidores. Un fracaso de AIG podría crear una reacción en cadena de enormes proporciones.
- Aunque algunas de estas posibles consecuencias son críticas, y hasta cierto punto especulativas, sí hay una conclusión que puede extraerse de forma incuestionable tras el hundimiento de Lehman, y es que las consecuencias negativas que podría tener la quiebra de una institución financiera no se pueden prever.
- Así como fue incapaz de predecir que la quiebra de Lehman podría conducir al colapso del Fondo de Reserva, seguido por gran parte de la industria monetaria, el gobierno sería aún menos capaz de predecir las consecuencias de la caída de una institución mucho más grande, más global y más orientada al consumidor como es AIG.

Impacto general en la economía

Una quiebra de AIG podría tener un impacto devastador en la economía de Estados

Unidos, pero también en la mundial. Los efectos económicos podrían incluir:

- La pérdida de los 116 000 puestos de trabajo, incluyendo los 50 000 empleos en cincuenta estados y en el distrito de Columbia, lo que generaría una pérdida global de salarios valorada en 3,5 billones de dólares.
- Resultados adversos para los 74 millones de clientes de AIG en todo el mundo, incluyendo los 30 millones de clientes en EE. UU., de seguros generales, seguros de vida y jubilación, y servicios financieros para empresas.
- El daño inmediato que causaría una quiebra de AIG en los mercados de crédito mundiales haría pequeñas las consecuencias de la quiebra de Lehman. El Departamento del Tesoro debería estar preparado ante lo que podría ocurrir:
 - Caída del valor del dólar.
 - Aumento del precio de la deuda del Tesoro.
 - Dudas sobre la capacidad de EE. UU. para soportar el sistema bancario.

Los asegurados en caso de quiebra bancaria

AIG ha escriturado 81 millones de pólizas de seguro de vida a individuos de todo el mundo:

- Valor total: 1,9 trillones de dólares.
- Pagos reclamados en 2008: más de 12 billones de dólares.

Si AIG quiebra, los asegurados querrán cobrar el dinero de sus pólizas, provocando una enorme tensión en el sistema de seguros, así como en el mercado de valores y bonos.

- El desembolso de las pólizas de seguros por encima de las tasas normales podría poner en peligro el capital de los asegurados y los fondos de garantía estatales serían insuficientes para poder pagar las reclamaciones de los asegurados.
- Dos terceras partes de los productos de AIG podrían ser imposibles de manejar y reembolsar, lo cual provocaría un daño irreparable en la confianza del consumidor.

Los actuales asegurados de AIG no podrían recibir las coberturas de sus pólizas por parte de otras agencias de seguros.

- Aumentarían los futuros costes de las pólizas de seguros y los productos disponibles disminuirían significativamente.
- Algunos asegurados podrían no ser cubiertos según las pautas establecidas o no recibir lo acordado en las pólizas en caso de problemas de salud.

Impacto en los seguros de jubilación

Servicios de jubilación de AIG:

- 6,7 millones de seguros firmados.
- Valor total: 147,5 billones de dólares.
- La mayor parte de los beneficiarios son americanos de clase media con unos ingresos que rondan los 50 000 a 60 000 dólares anuales.
- Los planes de jubilación son a menudo la única fuente de ingresos de los beneficiarios.

Consecuencias de la quiebra

- Una quiebra de AIG que afectara a las pensiones sería uno de los mayores fracasos en la historia de los seguros de vida y pondría el ahorro para la jubilación en riesgo, causando la pérdida de confianza en el sistema privado de pensiones de EE. UU.
- Si no se produce un inmediato «rescate bancario» podrían provocarse convulsiones en el Estado y un bloqueo en las cuentas de jubilación de los clientes así como en los pagos mensuales o trimestrales de las respectivas rentas vitalicias.
- La incautación de los bienes por los reguladores estatales tendría un impacto negativo en los fondos de garantía estatales, que quedarían sin recursos.
- Tales evaluaciones en un mercado ya débil podría provocar que los actores afectados de la industria vendieran sus activos a consecuencia de la presión que supondría el descenso de los valores en los mercados de renta fija.
- Bajo las condiciones actuales del mercado y debido a la naturaleza intensiva en capital de la renta fija, la capacidad de pago no podría ser asumida por otras empresas.
- Teniendo en cuenta todo lo anterior, existe el riesgo de socavar la confianza en el sistema privado de pensiones de Estados Unidos.

Impacto financiero en el consumo

Una quiebra de AIG podría llevar al hundimiento de AGF (American General Finance), la segunda empresa más grande del sector de prestamistas (con lo que eso supondría):

- AGF ha ayudado a los consumidores americanos y a los pequeños negocios durante más de 85 años.
- Es una ayuda para más de 2 millones de familias, que tienen préstamos por valor de 24 000 millones de dólares firmados en las más de 1400 oficinas que posee en cuarenta estados.
- Presta cobertura a más de 20 000 comerciantes al por menor.
- Emplea aproximadamente a 8000 personas.
- Es prioritario en ciudades pequeñas y medianas que no están cubiertas por los grandes bancos.

En consecuencia, una quiebra de AGF provocaría:

- La eliminación de créditos por valor de entre 12 000 y 15 000 millones de dólares durante los próximos tres años.

- Un incumplimiento de deuda de 23 000 millones de dólares aportada por inversores de Estados Unidos y Europa.

Además, AIG Consumer Finance Group opera en América Latina, Europa y Asia:

- En septiembre, varios bancos asiáticos y europeos tuvieron que ser rescatados.
- Los rescates bancarios resultantes de la quiebra de AIG supondrían un riesgo sistémico en los países en los que opera.

Amplitud de los contratos que se interrumpirían

AIG Comercial Insurance (AIGCI) representa:

- El más grande siniestro de seguros privados de Estados Unidos. Suscribe más de 450 productos de seguros y servicios a través de 83 empresas.
- Protege y asegura a más de 180 000 entidades que emplean a 106 millones de personas en Estados Unidos.
- Cerca de un tercio de los norteamericanos están empleados en una entidad que está protegida por coberturas de seguros ofrecidos por AIG Comercial Insurance.
- Protege 20 millones de pólizas comerciales.
- Los pagos realizados en 2008 alcanzaron los 18,3 billones de dólares.

A nivel mundial, AIG tiene suscritos seguros para:

- 94 por ciento de (fondos del índice) Fortune 500, con primas anuales que superan los 10,5 billones de dólares.
- 97 por ciento de Fortune 1000, con primas anuales de 10,2 billones de dólares.
- 81 por ciento de Forbes 2000, con primas anuales cercanas a los 15 billones de dólares.
- 90 por ciento de Financial Times 500 en Europa, con primas anuales de 6 billones de dólares.
- 77 por ciento de Financial Times 500 del Reino Unido, con primas anuales de 2 billones de dólares.

AIGCI protege un alto número de negocios y organizaciones:

- 15 000 negocios del mundo de la agricultura y ganadería.
- 30 000 contratistas residenciales y comerciales.
- 5000 escuelas, bibliotecas, museos o galerías de arte.
- 23 000 organizaciones de servicios profesionales y sin ánimo de lucro.
- 2600 organizaciones energéticas y medioambientales.
- 21 000 proveedores sanitarios; incluyendo doctores, residencias de enfermería...
- 7000 negocios estatales.
- 9800 medios de transporte, incluyendo aerolíneas, autobuses, trenes, hoteles, taxis...
- 550 entidades públicas, empresas de agua, autoridades aeroportuarias, departamentos de policía y bomberos...

Las consecuencias de una quiebra de AIGCI serían:

- Dejaría al descubierto a numerosas empresas y pequeños negocios que deberían cancelar sus políticas actuales y que causaría un fuerte impacto en su dinero disponible.
- En el caso de flujo de caja negativo, AIGCI comenzaría la liquidación de sus inversiones en títulos valores, incluyendo bonos municipales (AIGCI es el segundo mayor inversor de EE. UU. en bonos municipales).
- Mientras que los clientes recurren a otras compañías, la pérdida significativa de la capacidad de AIGCI en el mercado aumentaría el precio de los seguros para accidentes.
- Teniendo en cuenta la tolerancia de AIGCI para empresas de mayor riesgo, el aumento de las primas sería especialmente importante en esas industrias, incluidos los servicios financieros y de automoción, así como en las líneas de negocios de mayor riesgo, pero también en lo relacionado con la propiedad y el terrorismo.
- Los aumentos en los precios podrían llevar a algunas empresas a crear sus propios seguros para cubrir algunos riesgos.
- AIGCI es la principal empresa norteamericana que ofrece política integrales globales para las empresas de EE. UU.; por tanto, estas empresas podrían buscar competidores extranjeros para satisfacer sus importantes y complejas necesidades de seguros.
- Las facilidades que ofrece en último término el mercado (como algunas aseguradoras de último recurso) podría dar como resultado un aumento significativo de nuevos negocios, provocando una mayor presión financiera por parte de los estados y otras compañías de seguros que se verían fortalecidas.

American International Underwriters (AIU) es líder a nivel mundial en proveer seguros comerciales

- AIU tiene presencia, aproximadamente, en 85 países, y su capacidad para ofrecer seguros a nivel internacional para compañías de Estados Unidos y extranjeras en todo el mundo es única.
- En sus líneas personales, AIG asegura a 36 millones de hogares en todo el mundo

AIU es líder en líneas financieras:

- Protege el 70 por ciento de los 509 bancos internacionales más importantes.
- Es líder en cobertura de seguros para los directores y ejecutivos de las más importantes corporaciones globales.
- Provee una destacada capacidad para la exposición de Estados Unidos en el mercado de Londres.
- La asociada de AIU, Lloyd's Ascot, tiene capacidad para hacer frente a sucesos catastróficos en Estados Unidos (Cat Excess).
- En combinación con Cat Excess, AIU tiene la mayor capacidad mundial en los 50 bancos más importantes del mundo.
- AIU asegura a los militares de Estados Unidos, a Naciones Unidas, a las embajadas extranjeras y de Estados Unidos, y otras importantes organizaciones comerciales a nivel mundial, incluyendo el Canal de Panamá, pozos petrolíferos, cargueros mercantes o Médicos sin Fronteras.
- El programa de AIU Defense Base Act ofrece protección a los contratistas que están reconstruyendo y creando la infraestructura de Irak y Afganistán.
- AIU tiene 20 000 empleados y más de 70 000 agentes en todo el mundo.

Las consecuencias de una quiebra en AIU afectaría a:

- Incremento de estrés financiero en las aerolíneas, en función de que AIU tiene una posición líder en los seguros relacionados con el mundo de la aviación.
- AIU tiene el liderato en la protección de los aviones después del 11-S debido al desarrollo de nuevas capacidades. Su ayuda fue vital para la recuperación de la economía.
- En la actualidad, AIU asegura al 20 por ciento global de la aviación. Si AIU sale del mercado, las otras compañías del mercado podrían aumentar sus precios. Teniendo en cuenta que las líneas aéreas ya se enfrentan a complicaciones financieras, eso agravaría las dificultades.
- Se produciría una importante interrupción en los mercados mundiales de seguros para accidentes y los relacionados con la salud, particularmente en Asia y el Pacífico, donde AIU es líder de mercado, incluso en las principales economías de la zona incluyendo Japón, Corea y China.
- Significativa pérdida de capacidad en las líneas comerciales D & O y FL D & O (productos financieros):
 - ♦ La exposición total de AIU está próxima a los 500 billones de dólares. La línea comercial D & O está estimada en 450 billones de dólares y FL D & O y las líneas personales están en 33 billones de dólares.
 - ♦ Sin la capacidad de AIU muchos bancos no podrían reemplazar la capacidad y experiencia del grupo, se elevaría la prima de riesgo de estas entidades y se endurecerían las condiciones a las que se enfrentan.
 - ♦ El mercado para D & O sería menos accesible y las aseguradoras podrían subir los precios de forma oportunista.
 - ♦ Sería difícil replicar la red internacional de AIU, que permite emitir pólizas personales para D & O en 85 países, lo que dejaría a muchos clientes de estas multinacionales expuestos en sus respectivos países.
 - ♦ Una caída de AIU provocaría una quiebra en el mercado internacional:
 - ♦ AIU es uno de los tres principales proveedores de cobertura de carga marítima, buques que transportan mercancías y de los puertos que reciben y manejan los bienes.
 - ♦ AIU ofrece cobertura para los productos de los exportadores (por ejemplo, AIU es el proveedor número uno de seguros a la exportación de productos en China).

Impacto en los mercados de capital

Un fallo en AIG podría tener consecuencias similares o incluso peores de las que supuso la quiebra de Lehman Brothers. Entre esas consecuencias pueden señalarse:

- El amplio tamaño de los paquetes de derivados: la Corporación de Productos Financieros de AIG (AIGFP) tiene aproximadamente 1,6 trillones de dólares expuestos en productos derivados.
- El retroceso de la cartera de AIG provocaría un descenso en la valoración a través de una amplia gama de clases de activos asociados.
- El gran número de contrapartes envueltos en un cambio de los bloques de derivados:
 - ♦ Las contrapartes incluyen grandes bancos, fondos soberanos, administradores económicos y fondos de riesgos.
 - ♦ Base total de clientes: más de 1500 grandes corporaciones, gobiernos e inversores institucionales podrían verse afectados.

Un impacto extenso de la degradación de *ratings* (calificaciones):

- Algunos contratos elaborados por AIGFP incluyen una rebaja de calificaciones como consecuencia de un «evento de incumplimiento»; ya que todos los contratos de AIGFP incluyen la quiebra como un evento de incumplimiento, ello provoca la terminación del derecho y liquidación.
- Se produciría una presión a la baja en los valores de los activos subyacentes como resultado de los vencimientos y las llamadas de conformidad con los contratos vinculados y asociados.

Otro foco: los mercados municipales de Estados Unidos:

- AIG es el segundo titular más grande de los bonos municipales de Estados Unidos: los seguros comerciales de AIG (AIGCI) suman más de 70 000 millones en activos invertidos, lo que significa el 73 por ciento de los bonos municipales. La quiebra supondría la venta forzosa de la cartera de inversiones de AIGCI.

Consecuencias directas e indirectas de la quiebra de AIGFP

AIGFP/Deuda AIG (Valores emitidos):

- Imposibilidad para devolver una parte importante de los 30 billones de dólares de las emisiones de AIGFP, incluyendo las emisiones comerciales en papel.
- Se transmitiría el mensaje a los mercados de que la deuda de otras entidades con el gobierno está en riesgo.
- Sectores afectados: inversores institucionales, inversores minoristas, entidades apoyadas por el gobierno.

Opciones de Respuesta con Beneficio (BRO):

- Si no se proporciona una ayuda de 38 billones de dólares, existe el riesgo de que los fondos de valores estables sufran una pérdida de millones en el mercado monetario, produciéndose un fenómeno de *breaking the buck* (ruptura del engranaje).
- La retirada masiva de la inversión en valores estables por parte de los pequeños inversores podría provocar daños en la confianza en los planes tipo 401.
- La pérdida de los espónsores podría provocar un agujero en los inversores individuales.
- Sectores afectados: pequeños inversores, fondos de pensiones, grandes fondos de seguros.

Arbitraje de protección de crédito de corporaciones y CDO/CLO:

- La protección que ofrece AIG sobre 63 billones de dólares en CDO/CLO podría desaparecer.
- Los bancos más importantes de Estados Unidos podrían perder cobertura para sus paquetes como consecuencia del alto número de CDS ejecutados, lo que provocaría un encarecimiento en los costes de financiación de las empresas.
- Las dificultades aumentarían y la falta de liquidez en el mercado de CDO y CLO podría provocar un nivel de amortizaciones dramáticos.
- Sectores afectados: grandes bancos, inversores institucionales y empresas de préstamos.

Regulación de capitales:

- Los bancos europeos necesitarían rescates adicionales —10 billones de capital adicional rápidamente— que podría tener como resultado la degradación de sus resultados en un ambiente de quiebras catastróficas en el mercado.
- Sectores afectados: los bancos europeos más importantes (RBS, BNP, Banco Santander, Danske, Rabobank, Credit Logemont, Calyon...).

Otros derivados:

- Las forzosas liquidaciones de los clientes podrían dar como resultado un aumento significativo de posiciones sin cobertura.
- La ruptura de los mercados podría causar enormes pérdidas en las entidades bancarias al intentar sustituir las posiciones perdidas con AIGFP.
- El riesgo de ausencia de cobertura individual podría aumentar veinte o treinta veces su nivel.
- Sectores afectados: corporaciones, multinacionales y distribuidores.

Garantías de contratos de inversión (GIC):

- Un fallo en la colateralización de 2 billones de dólares en GIC conduciría a grandes pérdidas y a una fuerte interrupción de los mercados de bonos municipales.
- Sectores afectados: municipios.

Impacto de un fallo de ILFC

International Lease Finance Corporation (ILFC) es el mayor arrendador de aviones del mundo, con 950 aparatos en su haber.

El rol de ILFC en la economía de Estados Unidos es el siguiente:

- Desde 1978 ILFC ha adquirido más nuevos aviones Boeing (aproximadamente 670 unidades) que ninguna aerolínea o compañía de arrendamiento.
- ILFC es el principal cliente de grandes compañías como General Electric, Honeywell, Rockwell Int'l y United Technologies.
- ILFC es el mayor comprador en Estados Unidos de componentes y elementos para los nuevos aviones de Airbus.
- ILFC ya ha efectuado la orden de compra de 102 nuevos aviones Boeing a partir de diciembre de 2008, con un valor de 12,5 billones de dólares, que se harán efectivos a lo largo de 2009 y años siguientes.
- Los nuevos aviones Boeing serán exportados por ILFC, lo que ayudará a la balanza de pagos de Estados Unidos a través de arrendamientos de larga duración con aerolíneas extranjeras.

Un fallo en ILFC podría significar:

- Pérdida para Boeing de su mayor cliente, incluyendo la pérdida de compras acordadas por valor de 12,5 billones, lo que significaría una reducción de 183 000 empleados.
- ILFC podría forzar la liquidación de sus cerca de mil aeronaves a precios ajustados, lo que tendría un fuerte impacto en la industria aeronaval.
- Los bancos e instituciones de Estados Unidos perderían títulos de deuda de ILFC por valor de más de 30 billones de dólares.
- Menor aportación de impuestos debido a las dificultades para vender (actualmente, el potencial tributable es de 13,1 billones de dólares).

Incautación de bienes del exterior

Un fallo en AIG podría provocar la incautación de empresas de seguros asociadas a AIG por parte de reguladores nacionales y extranjeros:

- La intervención por parte de un regulador (por ejemplo, en Asia) podría tener un efecto dominó y daría lugar a la intervención en otras empresas de la región.
- Una vez que los bienes sean nacionalizados, su control quedaría lejos del alcance de Estados Unidos.
- Dada la importancia de los seguros de AIG en estas regiones, se menoscabaría sustancialmente, o incluso se paralizaría, la industria de los seguros en estas áreas.
- Incluso si no hubiera una crisis inmediata en el mundo de los seguros, la toma de decisiones políticas podría dar lugar a convulsiones.

La incautación de los activos provocaría:

- La imposibilidad de que la Reserva Federal pudiera reparar los efectos.
- El colapso en la deuda de AIG.
- La pérdida de valor de las acciones preferentes del Tesoro.

Conclusiones

- Los seguros son el oxígeno que necesita el sistema de libre empresa. Sin la posibilidad de protegerse contra las adversidades de la vida, los fundamentos del capitalismo quedarán en el aire.
- La caída de la aseguradora más grande del mundo en un momento de grandes desafíos globales provocaría inestabilidad extrema y la desconfianza del consumidor.
- El carácter sobre los seguros de vida ha cambiado drásticamente en las dos últimas décadas, y los efectos de una quiebra tendrían un enorme significado para la industria.
- Hay una política pública legítima para regular la reforma de la industria, y la política del gobierno federal en el destino de AIG estará en consonancia.

El informe es estremecedor. Presenta unas perspectivas funestas sobre el futuro de la economía mundial en caso de que AIG se viniera completamente abajo. Da la sensación de que incluso el colapso sería peor para el funcionamiento de la economía mundial que la quiebra de Lehman Brothers y los otros grandes bancos. La razón es sencilla: todos los productos que pusieron en el mercado esos bancos estaban protegidos por nuevos tipos de seguros que fueron contratados con AIG. En cierto modo, se podía dejar caer a los bancos porque hay otros con suficiente tamaño para comprarlos o absorberlos, pero en ningún caso se podía permitir que la aseguradora lo hiciera, ya que el impago de esas aseguradoras a sus clientes podría provocar el colapso financiero global y no existe ninguna entidad del tamaño y capacidad suficiente para hacerse cargo de sus negocios.

Objetivo: «Refundar el capitalismo». Y Goldman Sachs aparece...

No quedaba más remedio que seguir rescatando a AIG. Y en gran parte porque de salvarla dependía que el capitalismo y el libre mercado siguieran existiendo. Pese a ello, en aquellas fechas los grandes líderes internacionales no hacían más que transmitir la idea de que «era necesario refundar el capitalismo», meta que se estableció cuando el 22 de octubre de 2008 la Casa Blanca convocó a los presidentes del G-20 para una cita el 15 de noviembre en la que se iban a tomar medidas para atajar el descalabro mundial. Sin embargo, al final de la reunión se apoyó el libre mercado, el capitalismo globalizado y, como excusa, se estableció la necesidad de reformar el sistema financiero; en suma, se venía a decir que todo iba a seguir igual. La realidad —y el documento altamente confidencial que acabo de dar a conocer— indica que en absoluto se pretendía echar abajo el sistema financiero internacional. Lógicamente, se decía lo contrario de cara a la opinión pública para evitar que se produjera un alzamiento social, puesto que los rescates, efectuados con dinero público, sólo eran comprensibles si todo el sistema cambiaba y se tenía la seguridad de que aquello iba a poner fin a la incertidumbre.

El informe que he desvelado fue firmado unas 72 horas antes de la siguiente decisión del gobierno respecto a AIG, que no fue sino inyectar una nueva suma de dinero para dar liquidez y viabilidad a la empresa: 30 000 millones de dólares más. En total, el gobierno ya había entregado a AIG, en varios rescates sucesivos en menos de seis meses, un total de 150 000 millones de dólares. No es difícil darse cuenta de que el negro futuro descrito en el informe tuvo mucho que ver con la decisión del gobierno. En estas páginas está la respuesta. Para entonces, los agujeros de AIG seguían siendo escandalosos y los resultados del informe fueron definitivos para tomar medidas antes de que se tuvieran que comunicar los resultados económicos de la empresa (61 700 millones de dólares de pérdidas), que fueron hechos públicos el 2 de marzo de 2009, provocando un auténtico cataclismo de las acciones de AIG en los mercados bursátiles. Pero horas antes el gobierno ya había anunciado el nuevo rescate, lo que sirvió para evitar la quiebra definitiva de la empresa. Apenas unas horas después, Ben Bernanke, el director de la Reserva Federal, compareció en el Senado: «AIG ha caído como consecuencia de un enorme fallo del sistema de regulación. Sin que a nadie sorprendiera, AIG hizo apuestas irresponsables y las consecuencias llegaron en forma de grandes pérdidas».

Existía la creencia de que el rescate de AIG por parte del gobierno equivalía a una nacionalización en toda regla. Sin embargo, otro documento reservado venía a demostrar que no era así. Se trataba de un escrito elaborado por Edward M. Liddy, director general de AIG, en el cual se dirigía a los accionistas comunicándoles el rescate de la aseguradora, pero advirtiéndoles a los accionistas que no perderían sus derechos, y que cualquier cosa que los afectara sería determinada por la propia empresa, pero a la vez se señalaba que se llevarían a cabo acciones independientes,

sin la participación de los accionistas, para atender a las premisas del rescate. El escrito, elaborado el 26 de septiembre de 2008, decía: «Advertimos que se van a emitir acciones en virtud de la situación descrita sin buscar la aprobación de los accionistas. Las acciones requeridas se determinarán cuando AIG haya recibido la aprobación de las autoridades gubernamentales».

No es difícil intuir que entre las autoridades financieras existía la conciencia de que los dueños de la aseguradora no habían actuado con una ética digna de elogio. Ya con el nuevo gobierno en el poder —el reemplazo se produjo en enero de 2009—, Barak Obama mostró en primer lugar la necesidad de hacer frente a la extraordinaria libertad de movimientos que habían tenido los grandes directivos de ésta y otras entidades financieras. Pero sus advertencias no fueron más allá de las palabras, pese al escándalo que supuso conocerse la cuantía de los inmensos bonos que se entregaron a sí mismos los directivos de la empresa. El escándalo se conoció poco después de que se produjera el rescate del 2 de marzo de 2009, pero la sensibilidad de los directivos de AIG no conocía de sentido común. En una carta que poco después de este último rescate escribió Jake DeSantis, vicepresidente de la unidad de productos financieros, al mencionado Edward M. Liddy, presentaba su dimisión del cargo en protesta por el hecho de que no se pagaran los bonos establecidos para los directivos. Ellos iban a lo suyo... Incluso señaló en la carta que estaba dispuesto a donar esos bonos para salvar la economía global, pero que los donaría después de cobrarlos. La desvergüenza de los financieros quedó al descubierto cuando se hizo pública una carta que Joseph Cassano, jefe de productos financieros de AIG, envió a sus agentes y en la que urgía a donar dinero al senador Christopher Dodd con objeto de influir en las medidas que tenía la capacidad de tomar en relación al sistema financiero. Dodd negó que le hubieran dado dinero, pero después admitió haber recibido 116 000 dólares tras esa carta. Así se compraban las voluntades; así y de mil formas más: puestos en las empresas al dejar la política activa, acciones a modo de participación en esas empresas, fiestas de alto rango social para evadirse...

Durante los siguientes meses, AIG vendió algunas de sus divisiones. Los beneficios llegaron a la empresa en 2010, cuando se declararon 7800 millones de dólares de superávit. Se incrementaron en 2011, fecha en la que la cifra subió hasta los 17 800 millones. Sin embargo, esos beneficios responden en gran parte a que el gobierno exoneró de pagar impuestos a la empresa como consecuencia del plan de ayuda y también se quitó de encima algunos paquetes preocupantes que se fueron endosando en subastas diversas. Así, paquetes con créditos inmobiliarios de raíz *subprime* fueron comprados, por ejemplo, por Crédit Suisse, que los adquirió por un valor de 6000 millones en febrero de 2012. También ha intervenido en las compras Goldman Sachs, que en esas mismas fechas adquiría otro de estos paquetes por valor de 6200 millones. De esta forma, efectivamente, se han ido limpiando las cuentas de AIG, pero a su vez se ha extendido y repartido el peligro que conllevan esos paquetes. Sin embargo, compras como la última citada reavivan las dudas que

existieron en el primer momento respecto al papel de Goldman Sachs, banco de inversión que era rival de Lehman Brothers en 2008 pero que quedó en una mejor posición al desintegrarse el banco aquel fatídico día de septiembre. La rápida reacción del secretario del Tesoro, Henry Paulson, evitó que pasara lo mismo con AIG, pero a la vez salvaba de una quiebra idéntica a Goldman Sachs, ya que este banco estaba igual de expuesto a AIG que Lehman Brothers. Y Paulson —no lo olvidemos— había sido presidente de Goldman Sachs justo antes de ser nombrado secretario del Tesoro por George Bush. Y los antaño paquetes financieros Lehman-AIG están ahora en Goldman-AIG, pero son más seguros —al menos hoy, siempre y cuando no se prolonguen las dificultades— y productivos.

Nada nuevo bajo el sol

Sin embargo, tras los rescates, todo sigue igual. Se han dado algunas pinceladas a la forma de operar del sistema financiero, pero la realidad sigue siendo igual que antes, lo que posiblemente acabe por provocar en el futuro —si es que salimos de ésta— una crisis todavía más sistémica que la actual. Un ejemplo de cómo todo sigue igual la tenemos en otro de los bancos que fueron rescatados en diversas etapas, Citigroup. Esta empresa, que ya tuvo un papel destacado a la hora de provocar la crisis que llegó tras el *crack* de 1929 y que ha estado implicada en todas las trampas efectuadas por los banqueros en el siglo xx, está cayendo en los mismos «errores» de antaño, y en 2010 anunció que venían tiempos muy buenos para sus cuentas, ya que se iban a aumentar los activos en un 5 por ciento, lo que derivaría en buenas notas y en oportunidades seguras para los inversores. Sin embargo, como en todo, había trampa: «Para un banco, un préstamo es un activo, lo que puede resultar confuso para los que no están en el sector bancario. Los bancos aumentan sus activos otorgando más préstamos (básicamente, preguntando quién quiere dinero). Pueden cumplir, o incluso superar, esos objetivos concediendo préstamos de forma agresiva, algo que no resulta difícil de hacer», explica el analista Mike Mayo en *Exilio en Wall Street* (Ediciones Anaya Multimedia, 2012), que irónicamente señala que cómo no iban a crecer si en realidad lo que estaban prometiendo era ser el receptor pasivo de ese crecimiento. «Genial, como si fuera maná caído del cielo», suspira.

En realidad, lo que Citigroup estaba anunciando es que nuevamente recurriría a los trucos contables para maquillar sus cuentas. Se iban a aprovechar de lo que valían sus activos, que era mucho menos que antes, para que, ya que estamos, dejar su valor a cero, y claro, algo siempre valdrían. Mayo descubrió que el SEC estaba investigando esas operaciones posteriores al rescate, porque en realidad la posición que habían tomado sus ejecutivos desafiaba a la lógica y la imaginación. Incluso llegó a reunirse con los directivos de Citigroup, porque sus análisis críticos son

tristemente acertados vaticinios, pero son respetados en el sector, y antes o después, por mucho que duela, los responsables de los bancos tienen que verse con él y explicarles sus medidas para salir del atolladero. Ahí le explicaron que en realidad, ese incremento de los activos no era tal, sino que lo que se pretendía hacer era aumentar el rendimiento de los activos que ya tenían, pero sólo en referencia a los buenos, no a los tóxicos. «Citigroup estaba pidiendo a los inversores que creyeran que todos los errores cometidos habían quedado atrás», concluyó Mayo, para quien los actos de fe no son una licencia que la historia pueda permitir a Citigroup ni a ninguno de esos otros bancos que habían hecho lo mismo. Entre otras cosas, recuerda que la directiva de Citigroup —a excepción de Goldman Sachs— es la que más cobra del mundo, y que su director desde 2007, Vikram Pandit, ha cobrado un sueldo de 30 millones de euros más otros 150 millones procedentes de un fondo de cobertura que él mismo creó para luego ser comprado por su empresa, aunque dicho fondo tuvo que cerrar tras la debacle de 2008 debido a la fuga de los otros inversores. Pese a ello, los accionistas lo siguen sosteniendo en su cargo.

Las conclusiones de Mayo en relación con Citigroup y el resto de grandes bancos no puede ser más clara y desesperanzadora: «Lo realmente escandaloso de la crisis no es que haya ocurrido. Después de todo, se puede ganar mucho dinero en Wall Street, y hay personas que, simplemente, no pueden resistir la tentación de optar por la vía fácil, de dar prioridades a sus intereses personales antes que a la salud a largo plazo de su economía y del sistema financiero en general. No, lo verdaderamente escandaloso en Citigroup es que todos los factores que han causado problemas durante su larga historia y, sobre todo, en la última década (contabilidad cuestionable, separación de riesgo de recompensa, salarios desmesurados, etcétera), siguen ahí. Es como si no hubiéramos aprendido nada».

Al tiempo que los problemas financieros ahogaban a los ciudadanos de todo el mundo, el malestar de la población fue en aumento de forma directamente proporcional a las medidas de choque de los gobiernos, que parecían encaminadas a olvidarse de las necesidades básicas en beneficio de las «necesidades» del gran capital. Primero fue en Islandia, pero la revolución no tuvo efecto contagio... inmediato. El problema es que todos los países pobres o en vías de desarrollo que se habían ido suscribiendo —a la fuerza y mediante todo tipo de argucias— al modelo económico que se pretendía construir para el mundo entero con el liderazgo de Washington también empezaron a sufrir las consecuencias de la crisis económica. Retrocedieron años o décadas en cuestión de unos meses, y entonces afloró una verdad que hasta aquel momento no quisieron ver: detrás del espejismo había un mundo de corrupción en el que los vasallos de los más poderosos y de los que ocupan cargos presidenciales, incluso sus aparentes enemigos, que no eran tales, se habían convertido en cómplices y aliados en la sombra.

GERÓNIMO ELIMINADO (LA EDAD DE LA MENTIRA)

Tienes todas las características de un águila, de ser suave y silencioso al tiempo que preciso e implacable. Para los indios, era el ave más poderosa, capaz de subir a lo más alto, de mirar todo en perspectiva, de mirar con la distancia mientras se analiza, y descender en picado, convertida en un rayo para las conciencias. Hazlo.

Una «india...».

Los nativos norteamericanos fueron asesinados. Eliminados. Los echaron de sus tierras. Les robaron sus ideas. Y sus ideales. Pero no acabaron con su dignidad, ni con sus recuerdos. Es cierto que hoy están condenados a la miseria, que son casi algo folclórico, que viven en reservas que un día les dieron como si de una concesión se tratara, cuando en realidad no eran más que cárceles a cielo abierto. Algunos grupos sobreviven gracias a la explotación de comercios y casinos; la mayoría, en cambio, se encuentra relegada a la pobreza, la miseria, el olvido...

El genocidio indio es uno de los más grandes crímenes contra la humanidad que se han llevado a cabo. Tan grande como es el olvido, porque en ningún libro se glosa su historia como la de un pueblo masacrado. Algunos sueñan con su recuperación, pero ser como ellos son es la primera de las prohibiciones a las que están sometidos. Intentan luchar contra su fatalidad, pero chocan de frente contra una realidad que ya no pueden cambiar hacinados en esos territorios, malviviendo, carcomidos por el alcoholismo que nace de una desesperación que saben que no se rompe por mucho que cuatro desdichados que se las dan de felices vanaglorien su mensaje, sus ideas, sus cultos y su forma de vivir en comunión con la naturaleza y los valores primordiales.

La realidad de los indios de hoy es la que uno puede ver cuando, para su hartazgo, entramos en sus reservas y los encontramos aburridos, hastiados y malhumorados en mitad de sus áridas tierras. Ya no recuerdan —y pese a ello, algunos aún lo claman a los cuatro vientos— aquellas épocas en las que eran portadores de saber y formaban parte de la naturaleza. Cientos de miles de ellos vivían en las llanuras del sur, en donde hoy se encuentran los estados de Nuevo México, Arizona o Texas, hasta donde habían llegado procedentes de los territorios del país hoy conocido como Canadá. Primero lucharon contra los españoles y después contra los estadounidenses; siempre contra el hombre blanco, que los aniquiló en unos tiempos en los que aquel país estaba naciendo a costa de matarlos. ¿Cuántos de aquellos apaches murieron? Imposible saberlo. En México se daba una recompensa a quien trajera una cabellera de un indio degollado. Pelearon e intentaron evitar su aniquilación, pero no pudieron guerrear porque nunca aprendieron otra cosa que no fuera la paz, por mucho que el cine hecho propaganda los convirtiera en los malos...

Gerónimo: cazado y eliminado

«Uno que bosteza», es decir, Gerónimo, había nacido en Río Gila, Arizona, en 1823. Se convirtió en un apache de referencia, en una auténtica águila, en un hombre con dotes de líder. Sólo tenía veintiséis años cuando mataron a su mujer, a su madre y a sus tres hijos. Su único pecado era estar en unas tierras que querían otros para sí. Juró venganza y se unió en su lucha al jefe de la tribu, Cochise. Se refugiaron en cuevas y

en donde pudieron, intentando defenderse de quienes los atacaban, consiguiendo un triunfo seguido de diez derrotas. Cuando Cochise murió, el nuevo jefe apache fue Gerónimo. Más con palabras que con hechos intentó zafarse de sus perseguidores, pero finalmente fue recluido junto a los suyos en una reserva del estado de Oklahoma. Se fugó de allí en 1886. Siguió luchando, pero el ejército norteamericano no quiso que su insurrección fuera a más. Pusieron precio a su cabeza: 2000 dólares de recompensa a quien ayudara a los 5000 uniformados que se encargaron de buscarlo... sin éxito.

Hasta que llegó el 1 de mayo de 2011, cuando en el despacho del presidente de Estados Unidos rebotó un mensaje por línea interna en el que se leía lo siguiente: Gerónimo EKIA (EKIA es un acrónimo que significa *Enemy Killed in Action* o «enemigo muerto en acción»). Por fin lo habían capturado, apenas 125 años después. El presidente, junto a todo su equipo, lo había visto en directo a través de los monitores que reciben las imágenes que enviaban sus soldados desde el lugar de la batalla. El mensaje simplemente confirmaba que las órdenes se habían cumplido y que entre los atrapados se encontraba Gerónimo. Exultante, el presidente, que pertenecía a una raza que no mucho antes había sido perseguida y condenada a la esclavitud, al igual que lo habían estado los apaches que lideró «Uno que bosteza», se dirigió a la nación. El reloj marcaba las 22.40 horas en la costa Este de Estados Unidos...

Cuando un renegado Barak Obama se dirigió al pueblo para notificar la captura del enemigo número uno del mundo entero, la noticia era *vox pópuli* desde hacía unos minutos. Se mostró sonriente, feliz, henchido. De tal guisa comunicó la muerte de Osama Bin Laden en Abbottabad (Pakistán) tras una operación de los SEAL, el cuerpo especial del ejército que mejor se defendía —o atacaba, para ser exactos— en este tipo de operaciones.

De inmediato, miles de jóvenes empezaron a ocupar las campas de los alrededores de la Casa Blanca. Celebraban la muerte del hombre que había sido el responsable de los atentados del 11 de septiembre de 2001, fecha en la que de verdad comenzó el siglo XXI y una nueva era que acabó con la crisis económica que destruyó al mundo. No dejaba de ser curioso; si era verdad lo que se ha dicho siempre de Bin Laden, su derrota militar se convirtió en un triunfo: Estados Unidos arrastró su ideología militar y económica al declive como consecuencia de las políticas económicas extendidas por el mundo entero al son del sonido de las armas.

Asistí horrorizado a aquella celebración. ¿Celebrar una muerte aunque el muerto sea un personaje siniestro, asesino y peligroso? En España, aquella orgía de felicidad se produjo a partir de las 4.40 de la madrugada. Quienes estábamos despiertos aquel domingo noche, madrugada de lunes, tuvimos la fortuna de poder verlo todo en directo. Escuchamos las primeras contradicciones cuando, según la versión oficial, el líder de Al Qaeda fue abatido cuando intentaba defenderse, al tiempo que otra fuente oficial indicaba que no estaba armado. Esa misma madrugada alguien envió a través

de Twitter un mensaje en el que recordaba unas palabras mías de muchos años atrás en las que se decía que jamás capturarían vivo a Bin Laden, y que si lo apresaban, lo eliminarían y no dejarían que pudiésemos ver el cadáver.

Supimos que la misión contra la denominada mansión en la que se encontraba Bin Laden fue bautizada como Operación Gerónimo. La hiriente comparación con el jefe apache apenas llamó la atención por aquí; tampoco por allá, excepción hecha de unos cuantos que se sintieron ofendidos por ese símil, debido a que el indio había sido un luchador por la libertad de su pueblo. Incluso sirvió para recordar que existían procesos judiciales abiertos —en un callejón sin salida, por desgracia— que tenían por objetivo recuperar algo de la dignidad que se perdió cuando la calavera de Gerónimo fue robada en 1918 por un grupo de universitarios de Yale, hijos de papá, enriquecidos materialmente y empobrecidos humanamente. Porque en realidad, Gerónimo, el auténtico, acabó por entregarse tras años de búsqueda infructuosa por parte del ejército norteamericano, que jamás fue capaz de dar con su enemigo de antaño. Ahora —incluso algunos lo pensaban así— habían podido resarcir el sentimiento patrio cuando al nuevo enemigo sí le habían dado caza y captura. No deja de ser curioso que entre los seis niños que robaron la calavera —la cofradía universitaria se hacía llamar Skull and Bones— se encontraba un personaje llamado Prescott Bush, que no era sino el abuelo del presidente de Estados Unidos cuando aconteció el 11-S y padre, por tanto, del otro Bush, que había sido presidente del país cuando cayó el Muro de Berlín.

Horas después, el gobierno de Estados Unidos aseguró que habían tratado los restos mortales de Bin Laden con dignidad musulmana y que lo habían subido a bordo del portaviones *USS Carl Vinson* para ser arrojado al mar amortajado. Ya nadie podría ver su cuerpo jamás. Se acababa así un episodio más que importante en la historia reciente del mundo. Ciertamente es que muchos pusieron en duda incluso la propia operación, pero si bien podría dudarse con argumentos de si en Estados Unidos o Pakistán sabían de su paradero, ninguna prueba sostenía la duda. Bin Laden había muerto. Otra cuestión es saber cómo había ocurrido todo —si había sido una refriega entre terroristas y soldados norteamericanos, como se quiso hacer ver, o si se había tratado de una ejecución sumaria en toda regla— y si realmente el cuerpo de Bin Laden había sido arrojado al mar sin más.

Hasta aquí la versión oficial.

Las pruebas del engaño

Fred Burton es el vicepresidente de Stratfor, una agencia de inteligencia privada que se encuentra a medio camino entre un grupo de detectives y un *think-tank* próximo a las ideologías liberales que, además, propugna y pugna por un mundo dominado por

Estados Unidos. Antes de ocupar este cargo, Burton era un 007 del servicio diplomático del Departamento de Estado de Estados Unidos. Sigue manteniendo sus contactos en las cloacas del poder, que a menudo lo informan de hechos que quedan lejos del alcance de la opinión pública.

Eran las 05.26 horas del 2 de mayo de 2011 cuando —al tiempo que continuaban las fiestas en las plazas más emblemáticas de las grandes ciudades norteamericanas— escribió un mensaje codificado y secreto desde su Blackberry: «Me informan de que nos hemos traído el cadáver. Gracias a Dios». Por entonces, el gobierno aún no había dado a conocer la historieta del cadáver arrojado al mar. Sin embargo, desde esas cloacas del poder en las cuales seguía teniendo amigos, Burton ya estaba recibiendo otro tipo de informaciones. Tan sólo 25 minutos después del primer mensaje, escribió otro: «El cuerpo va hacia Dover, Delaware, en un avión de la CIA. Después seguirá hacia el Instituto de Patología de las Fuerzas Armadas en Bethesda, Washington D. C.».

La versión oficial se dio a conocer pocas horas después. Hubo incredulidad a nivel mundial, pero como siempre ocurre con este tipo de dudas, la versión oficial fue la que acabó siendo aceptada. En los manuales de propaganda se cita que el perverso Joseph Goebbels, uno de los líderes nazis, tenía toda la maldita razón del mundo cuando dijo: «Una mentira repetida mil veces acaba convertida en verdad». Y cualquier voz disonante acabará relegada a la marginalidad en la que muchos no se atreven a estar pese a que quisieran o se encuentren, sin confesarlo, dentro de ella. A veces, los márgenes están mucho más poblados de lo que parece...

A las 13.36 horas del mismo 2 de mayo, Burton volvió a escribir otro mensaje a sus compañeros de Stratfor. Tenía nuevas noticias: «Cadáver de OBL. El cuerpo va hacia Dover, debería haber llegado ya». Días después, en otros mensajes, Burton dice que ha tenido acceso a los materiales que fueron incautados en la casa donde se encontraba Bin Laden refugiado, y explica en sus correos electrónicos que varios oficiales del ejército de Pakistán y agentes del ISI (Inter Services Intelligence), el servicio secreto del gobierno paquistaní, podrían tener conocimiento previo de dónde se encontraba el escondite de Osama Bin Laden.

En cuanto se filtraron los mensajes de Stratfor, el gobierno de Estados Unidos se vio en la obligación de emitir el 9 de marzo un desmentido oficial: «La información es falsa y bastante ridícula», señaló el portavoz del Departamento de Estado, Mike Hammer. Sin embargo, el propio presidente de la agencia, George Friedman, ya se había visto obligado días atrás —exactamente el 28 de febrero— a reconocer que en diciembre de 2011 el grupo Anonymous —que él no mencionó, ya que hizo sólo alusión a «un grupo de piratas informáticos»—, había penetrado en sus sistemas y robado los correos electrónicos. Sin embargo, los autores del «robo» lo desmintieron, y jugando con las palabras, señalaron que en realidad no habían sustraído nada, sino que simplemente lo habían copiado para difundirlo.

La mentira sobre el paradero del cuerpo de Bin Laden no tuvo un impacto

mediático de consideración y no generó el escándalo que debiera. Incluso podría decirse que a la opinión pública la verdad le importaba poco menos que un comino. El grado de manipulación oficial a partir de la caída del enemigo número uno de Estados Unidos adquirió tintes casi surrealistas. De forma permanente se nos hablaba de «mansión» para referirse a la destartada casa de ladrillos mal puestos en la que se encontraba el personaje en cuestión. También se dijo que se habían hallado cien *pendrives* entre sus posesiones; el análisis de su contenido reveló verdades tan «sorprendentes» como que Bin Laden tenía en mente asesinar a Barak Obama. Se nos ofrecieron imágenes «aterradoras» en las que se veía al hombre, torpe de movimientos y avejentado, con aspecto de abuelo cuentacuentos, pero que puso de rodillas al mundo, sentado en el suelo con un mando a distancia del siglo pasado viendo vídeos en los que aparecía él mismo paseando por las montañas de Afganistán. La irracionalidad y estupidez de todas aquellas informaciones volvieron a demostrar que la sociedad ya no se hace preguntas sobre dónde nos encontramos y qué demonios y estupideces nos cuentan sobre las cosas que mueven al mundo. Lo peor es que, muchas veces, nos las tragamos.

La muerte de Bin Laden era el fin simbólico a una historia que comenzó el 11 de septiembre de 2001 con la destrucción de las Torres Gemelas de Nueva York y un trozo de la fachada del Pentágono en Washington. Tras aquello, el mundo entero siguió los dictados de la Casa Blanca. Hubo dos guerras casi eternas y, en cierto modo, todavía inconclusas. Por el camino hubo cientos de miles de muertos en Afganistán e Irak, a los que fue necesario eliminar para hacer frente a la amenaza que se cernía sobre Occidente y nuestro estilo de vida. Los gobiernos se gastaron billones de euros en las guerras; dinero que salió de los bolsillos de los contribuyentes. A toda aquella época, en una comida inolvidable que tuve el 4 de noviembre de 2004 con José Saramago, el premio Nobel de Literatura, la definió con rotundidad. «George Bush expuso la verdad al mundo para, en su lugar, inaugurar y hacer florecer la edad de la mentira», señaló en su exposición cuando presentamos en Madrid el libro *El Nerón del siglo XXI* (Apóstrofe, 2004), una biografía sobre este personaje que estuvo ocho años inundando de mierda el futuro y la dignidad. Presentábamos aquel libro justo unas horas después de que ganara la reelección tras la polémica victoria que obtuvo en el año 2000, en donde información fidedigna demostraba que altos estamentos habían detenido el recuento de votos en el estado de Florida cuando todo apuntaba a que su rival, Al Gore, había sido el auténtico ganador del representante que en Florida debía determinar quién se convertía en presidente. A la estafa de su primera elección, que fue asumida y aceptada con el paso del tiempo, se sumaba una reelección que también estaba repleta de irregularidades en el recuento de votos en varios estados. Las segundas elecciones que ganó fueron tan dudosas o más que las primeras, y las pruebas para demostrar las irregularidades fueron incluso más rotundas, pero esta vez el mundo entero miró hacia otro lugar. Ya estábamos en el tiempo en el que la falsedad se había institucionalizado como parte del juego. «Para

Bush, la política es, simplemente, una de las armas del negocio; y tal vez, la mejor de todas, la mentira como arma, la mentira como vanguardia de los tanques y los cañones, la mentira sobre las ruinas, sobre los muertos, sobre las infelices y siempre frustradas esperanzas de la humanidad», concluía Saramago.

El comienzo de un nuevo tiempo

Se nos mintió sobre muchos aspectos del 11-S. Quizá incluso sobre todos los aspectos del mayor atentado terrorista de todos los tiempos. Hoy seguimos sin saber a ciencia cierta —por mucho que se haya interiorizado la culpabilidad de Bin Laden— qué pasó realmente aquel día. Seguimos sin tener las pruebas que demuestren la versión oficial. Y, aunque no fuera así, lo cierto es que justo después de aquello se bombardeó a la opinión pública con una serie de mensajes e ideas que tenían por objeto desencadenar dos guerras abiertas y otras muchas encubiertas, con la excusa de que Al Qaeda quería destruir el mundo y que para ello contaba con el apoyo de países como Afganistán e Irak. Si no se invadían ambos países, todos nosotros podríamos ver cómo la amenaza contra la civilización se convertía en una realidad. Y la amenaza era la que representaba aquel decrépito personaje que durante años —mientras nos lo hacían imaginar rodeado de guardianes, en lugares secretos, en hangares subterráneos, en cuevas repletas de ocultos elementos tecnológicos...— permaneció en aquella asquerosa casa en Pakistán en la que veía vídeos con el mismo aire pasmarote y narcisista que muchos jóvenes ven sus fotografías en los álbumes de Facebook.

Mientras perseguíamos a aquel fantasma, al que sólo se podía coger muerto o muerto —vivo representaba un problema: ser juzgado, que hablara, significaría que finalmente podría destapar algunas de las mentiras que se hicieron el pan nuestro de cada día—, nuestros gobiernos incrementaban los presupuestos oficiales destinados a Defensa al tiempo que se vaciaban las arcas públicas y se reducía la capacidad de reacción que tenían los erarios públicos ante las dificultades que pudieran presentarse en el futuro, como, por ejemplo salir al rescate de una crisis económica.

Aunque es imposible calcularlo exactamente, un informe efectuado por estudiosos de la Brown University reveló unos datos sobrecogedores el 29 de junio de 2011: las guerras habían costado a Estados Unidos entre 3,7 y 4,2 billones de dólares. Es, aproximadamente, la mitad del dinero invertido en salvar a las instituciones financieras que causaron el cataclismo económico que se fraguaba mientras creíamos que el enemigo estaba en lejanas montañas, cuando en realidad quien estaba poniendo de rodillas a la civilización occidental eran los ejecutivos de esas empresas. Y todo ello sin contar con lo gastado por los países europeos en esos conflictos, una suma que, aunque no calculada, se puede asegurar que asciende a varios cientos de miles de

millones de euros. Para ambos polos mundiales, las guerras supusieron un incremento de las deudas y un déficit que no puede siquiera calcularse, salvo que se sabe con seguridad que tardará en pagarse varias décadas, incrementando el coste final a casi el doble debido a los intereses a los que tienen que hacer frente nuestros gobiernos.

Sin esa «inversión» para cazar al enemigo público número uno del mundo, nuestros gobiernos habrían tenido dinero para reparar el daño económico de la crisis sin necesidad de haber llegado a este punto, de endeudarse hasta tal extremo ni de postrarse a los pies de quienes recibían el dinero de las ayudas públicas, puesto que, como veremos, el dinero lo fabricamos nosotros, se lo damos a los bancos a muy bajo precio —mínimos intereses— y ellos lo vuelven a entregar a los gobiernos, es decir, a nosotros, para poder seguir funcionando pero a un precio mayor —intereses altos— que tenemos que pagar en forma de recortes, paro e inseguridad. Pero como ellos, en su inmensa hipocresía, han puesto a las arcas públicas una nota AAA...

Y mientras creció nuestro miedo —y nuestra distracción sobre el verdadero enemigo—, el dinero seguía produciendo dinero falso y riqueza ilusoria. La guerra vino de perlas a quienes estaban haciendo ese negocio, ya que pusieron el foco de atención mediática sobre otros asuntos. A este propósito, la economista italiana Loretta Napoleoni, a quien no se puede poner bajo sospecha a tenor de su visión negativa sobre el Islam, asegura en su obra *La mordaza* (Paidós, 2010) que los políticos «siempre han usado la estrategia del miedo para conseguir sus objetivos, y lo han hecho siguiendo esencialmente modos afines a aquellos con los que las organizaciones armadas aterrorizan a la población... Fue precisamente el miedo lo que nos hizo aceptar como evidencias una serie de mentiras mal urdidas. Los políticos alteran los hechos, diseminan verdades hinchadas y, alguna vez incluso, mentiras, y entonces nosotros nos angustiamos. Con gran habilidad construyeron una psicosis y presentaron a Al Qaeda como el nuevo movimiento nazi y a Osama Bin Laden como el nuevo Hitler. Ha bastado esto para convencer a la opinión pública de que la supervivencia de la cultura occidental estaba de nuevo en peligro. Mientras que quienes la pulverizan realmente, haciendo pedazos nuestro mundo y nuestro bienestar, no vivían en una región tribal de Pakistán ni iban vestidos con harapos, sino que habitaban en Wall Street y en la City de Londres. Con sus trajes de diseño, viajando en *jets* privados, los destructores del moderno capitalismo eran halagados por los políticos y alabados por los medios de comunicación».

No soy comedido. Lo sé, aunque me importa poco en unos tiempos en los que ser tibio se confunde con ser digno y serio. Pero ella —y es que la Napoleoni tiene reconocimiento mundial— lo es menos que yo. Le sobra razón. Le sobran pruebas. Y las hay, están a la vista, incluso las hay para sospechar que los mismos que organizaban esas guerras —quién sabe si incluso aplaudiendo la oportunidad que les dio el 11-S— son los mismos que organizaron intencionadamente este desastre económico en el que vivimos atrapados como en un círculo vicioso.

CARLYLE O EL «FIN DE LA HISTORIA»

Los datos indican que hubo una serie de movimientos en los mercados que demuestran que alguien sabía lo que va a pasar el 11-S. El poderoso siempre juega con ventaja.

JR.

Corredor bursátil que me mostró las evidencias de cómo existen iniciados y me ofreció pruebas de los trapos sucios en el mundo de las finanzas. En su opinión, todo está ocurriendo porque «los grandes banqueros se acuestan en la misma cama que los gobernantes».

Siempre me dijeron que siguiera la pista del dinero. Pero en este caso, esa pista está repleta de huellas que se solapan unas con otras, que parecen ir por caminos dispares, que después vuelven a unirse, que se vuelven a diversificar de nuevo... Y así una y otra vez. Al final comprendí que ésa es una de las claves de la crisis, pero tanto se mezclaron y entremezclaron los caminos que ni siquiera quienes dejaban esas huellas sabían qué estaban pisando.

Cuando investigué los sucesos del 11-S descubrí que hubo una trama financiera que precedió a los acontecimientos, y que quien la tejió parecía saber qué iba a suceder y cómo iba a afectar al mundo de las finanzas. Y digo descubrí en el sentido de que hubo autoridades que lo denunciaron e investigaron, pero lo que debería haber sido un escándalo mayúsculo que provocara horrores en la opinión pública no tuvo apenas repercusión. Quién me iba a decir a mí que cuando intenté poner en orden todo lo ocurrido en aquellas 72 horas que discurrieron entre el 15 y el 17 de septiembre de 2008 que cambiaron el mundo tropecé con algunos de los mismos nombres —y sospechosos— que emergían con fuerza como involucrados en esa trama financiera asociada a los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001. Siete años después, esos mismos nombres volvían a aparecer...

Para entender lo ocurrido hay que explicar qué son las *put options*: se trata de opciones de venta en las que el propietario puede vender algo negociado hoy pero con una fecha determinada. Es decir: yo tengo una acción de una empresa que vale 1 euro, pero te la entregaré a ti dentro de cinco días a un precio de 2 euros. Si tú me la compras es porque piensas que cuando te la entregue valdrá más. Es un juego: yo ganaré si cuando te la entregue vale menos de 2 euros (habré recibido más dinero que su valor real), pero tú ganarás si cuando la adquieras vale más de 2 euros (habrás pagado menos que su valor real). Evidentemente, aunque sea un juego, es como el póquer: hay que saber, tener perspicacia, información y... ser atrevido para arriesgarse.

Iniciados: los estandartes del fraude

Incluso para arriesgarse hay que tener pistas e indicios para que ese riesgo sea menor del aparente; es por ello que los matemáticos se han involucrado en el mundo financiero con fruición desde que en los años ochenta cambiaron las leyes que permitieron efectuar este tipo de operaciones. Antes, en los tratados sobre cómo funcionaba el mundo del capital, las fórmulas matemáticas sólo ocupaban un 10 por ciento del espacio, pero en la actualidad llegan a abarcar hasta un 80 por ciento. Antaño, cuando alguien quería estudiar la carrera de matemáticas, todo el mundo le hacía ver las pocas salidas profesionales que tenía. «Como mucho, trabajarás de profesor en un instituto o en la universidad», le decían. Hoy tiene el puesto asegurado

en una empresa involucrada en el mercado financiero.

El éxito del álgebra no es otro que saber calcular el riesgo. Así, en ese juego de las *put options*, tener unos buenos cálculos sobre cómo van a ir las cosas en el futuro hacen que ese riesgo sea más o menos racional, pero a ello también puede contribuir tener buena información. Si yo te vendo a ti a través de este mecanismo una acción de una empresa que quebrará antes de que tú la incorpores a tu cartera, ganaré de forma sustancial porque me habré quitado algo que dejará de tener valor cuando tú lo recibas, pese a que este tipo de opciones pueden obligar o no al poseedor a deshacerse del bien en la fecha determinada. Claro, que si yo sé que esa empresa va a quebrar porque he tenido información privilegiada estaré cometiendo un delito. Eso está prohibido, pero ha ocurrido y ocurre. A quienes se benefician de tener información privilegiada se los llama «iniciados», aunque localizarlos es complicado debido a ese auténtico caos de pistas a seguir que parecen no conducir a ningún lado y a todos lados a la vez. Y es que la opacidad que inunda el mercado financiero desde los años ochenta ha permitido la multiplicación de los delitos de guante blanco.

El día anterior a los atentados que dieron inicio a este nuevo mundo, la empresa aeronáutica American Airlines recibió un sorprendente bombardeo de ofertas de *put options* diez veces superior a lo normal. En esa fecha —10 de septiembre de 2001— las acciones de la empresa se encontraban a 45 dólares cada una, pero en los contratos establecidos aquel día, el comprador que hacía su oferta estipuló un acuerdo por 30 dólares por acción con una fecha de vencimiento establecida para el 20 de octubre. En este caso, dos de los aviones implicados en aquellos hechos pertenecían a esa compañía, lo que provocó el derrumbe de sus acciones, que pasaron a cotizarse a 18 dólares. De este modo, el emisor compró por 18 y vendió por 30, lo que se traduce, en cuanto al número de ofertas efectuadas, en unos beneficios de cuatro millones de dólares. Por si fuera poco, en días anteriores algo similar había ocurrido con las acciones de United Airlines, la empresa aeronáutica a la que pertenecían los otros dos aviones involucrados en los atentados. En este caso, el gestor invisible de esta maniobra obtuvo unos beneficios de seis millones de dólares. Por si fuera poco, la financiera Morgan Stanley también recibió en los días previos a los atentados un flujo de *put options* veinticinco veces superior a lo normal. Y esta empresa también sufrió un descenso considerable en el valor de sus acciones, especialmente porque parte de sus oficinas centrales ocupaban veintidós plantas en las Torres Gemelas. Algo similar le sucedió a Merrill Lynch. Respectivamente, las operaciones reportaron a los oferentes 1,2 y 5,5 millones de dólares. También las empresas aseguradoras de las oficinas de las empresas que tenían sede en las Torres Gemelas sufrieron ataques similares; y lo mismo puede decirse de los seguros efectuados por el banco Citigroup, que tenía cubiertos los cuatro vuelos que fueron secuestrados. Por aquel hecho, este banco tuvo que desembolsar 500 millones de dólares. ¿Es casualidad que recibiera 45 veces más *put options* en los cinco días previos a los atentados? Quienes hacen hoy una jugada en los mercados, mañana pueden ser la

víctima. El mundo de los negocios del dinero —no con dinero, que es distinto— es una auténtica selva...

Aquellas operaciones encendieron las alarmas. Uno de los primeros en detectarlo fue el presidente del Banco Central de Alemania, Ernst Welteke: «Tras analizar las transacciones antes y después del 11 de septiembre se detecta un quiebro extraño». Aquel hecho no dejó tranquilos a los reguladores de la Organización Internacional de Comisiones de Valores (IOSCRO), desde donde se solicitó un informe a dieciséis países miembros para que mostraran esos quiebrros. Finalmente, el número de empresas que sufrieron agresiones financieras fue de treinta y ocho. Aunque es imposible cuantificar el dinero que se generó en todos aquellos movimientos, con toda seguridad estamos hablando de cientos de millones de euros: «Es el mayor delito de aprovechamiento ilícito de informaciones privilegiadas jamás registrado», aseguraron los analistas del IOSCRO. E Incluso se pudo saber por dónde pasaron algunas de las operaciones —el banco alemán Deutsche Bank y su filial americana, el antiguo Alex. Brown, que fue el primer banco de inversión de la historia de Norteamérica, fundado en 1800, y que acabó por ser adquirido por el banco alemán en 1999—, si bien ello no indicaba más que los conductos usados por los iniciados.

El FBI abrió una investigación para aclarar los hechos, pero semanas después el expediente se cerró sin respuestas. El problema es que no hablamos de información privilegiada referente al mundo de las finanzas o las empresas, sino de algo tan imprevisible y siniestro como un ataque terrorista de aquel calibre. De cara a la opinión pública se dejó caer la sospecha de que el propio Bin Laden estaba detrás de aquellos extraños movimientos. ¿Quién iba a ser el iniciado si él era el responsable de aquellos atentados que perjudicaron gravemente a las empresas a las que se atacó con *put options*? Y aunque la acusación no fue esgrimida por ninguna autoridad, se filtró a la opinión pública a través de algunos medios de comunicación, que sin plantearse la inviabilidad del hecho contribuyeron a asentar la sospecha.

1972: BCCI, la cuna de los iniciados

Las cosas no son tan sencillas.

Y quizá explican por qué el terrorista más buscado fue ejecutado en su «mansión» de Pakistán.

Veamos.

El proceso que desencadenó la compra del Alex. Brown fue tumultuoso. Debido a su situación, la entidad estaba en parte nacionalizada, y en 1997 Bankers Trust lo adquirió, integrando al Alex. Brown en su organización. Justo un año después se produjo una brutal caída de su valor, lo que facilitó en noviembre de 1998 la adquisición de la entidad por parte del Deutsche Bank por 10 000 millones de

dólares. En esas fechas se cometieron numerosas irregularidades y fraudes que fueron detectados por las autoridades. Por la compra, el director de Bankers Trust, un hombre llamado Frank N. Newman, recibió una prima de 55 millones de dólares.

Mientras, quien había sido presidente de Alex. Brown hasta 1997 y vicepresidente de Bankers Trust en 1998, era un hombre de negocios llamado Alvin Bernard *Buzzy* Krongrad, que llevaba tres décadas trabajando en sectores empresariales de primer nivel, todos ellos asociados al nuevo mundo de las finanzas. Sin embargo, tras esas tres décadas fue llamado por George Bush para formar parte de sus hombres de confianza, y el 16 de marzo de 2001 fue nombrado director ejecutivo de la CIA, cargo que ocupó durante más de tres años. Esto quiere decir, por tanto, que era uno de los máximos responsables de la Inteligencia estadounidense cuando se produjeron los atentados del 11-S.

Durante su mandato, Krongard fue el responsable de los primeros tratos comerciales con Blackwater, la empresa de mercenarios contratada para completar el trabajo de los militares norteamericanos en la guerra de Irak, en donde protagonizaron inmensos escándalos además de representar con su presencia —pagada por los contribuyentes— una suerte de privatización de la guerra que dejó temblando las arcas públicas. Posteriormente, tras dejar la CIA, fue nombrado director de la empresa gestora DLA Piper, una firma de abogados especializada en la asesoría legal a empresas vinculadas al mundo de los negocios.

Krongard es un banquero que siempre estuvo en la cuerda floja e inmerso en numerosos escándalos financieros. Por desgracia, no es una excepción. Tampoco lo es el hecho de que se trate de uno de esos financieros que de vez en cuando son llamados para ocupar puestos de relevancia en los gobiernos. Sus antiguos compañeros en el Banco Internacional de Crédito y Comercio (BCCI) son especialistas en ello. El problema es que mientras estaban en la esfera pública formulaban legislaciones que después los favorecieron —y viceversa— en la esfera privada. Gracias a las medidas que facilitaron las operaciones financieras en la época de Ronald Reagan durante los años ochenta del siglo xx, este banco, cuya sede se encontraba en Luxemburgo primero y en las islas Caimán después —comenzaba la era de los paraísos fiscales—, pudo efectuar todo tipo de maniobras. «El gobierno no es la solución; el gobierno es el problema», dijo Reagan en el acto de su investidura, y actuó en consecuencia: sus leyes sirvieron para que los financieros pudieran operar libremente, sin restricciones y sin control gubernamental. Al mismo tiempo, en el Reino Unido ocurrió algo similar, ya que Margaret Thatcher, la Dama de Hierro, estableció medidas legislativas parecidas. Para ser exactos: sus normativas fueron que no existieran normativas. Nunca jamás dos gobiernos —los dos más poderosos del llamado mundo occidental— tuvieron tanta sintonía y planificaron un sistema de funcionamiento tan parecido. Aquello supuso el triunfo definitivo de las políticas liberalizadoras impulsadas por los *Chicago boys*, capitaneados por Milton Friedman, que desde los años setenta empezaron a ganar terreno en el ámbito de la economía

teórica. Se había cumplido uno de los más ansiados sueños de aquellos hombres.

La situación la aprovechó perfectamente el BCCI, que había sido fundado en 1972, poco antes de la crisis del petróleo, y logró convertirse en uno de los diez bancos más relevantes de la época. Y aunque en su origen el fundador y principal inversor era un paquistaní llamado Agha Hasan Abedi, en sus puestos más relevantes aparecieron numerosas figuras de la política norteamericana en asociación con los jeques árabes que dotaban de activos al banco, entre quienes estaba un hombre llamado Mohamed Bin Mahfouz, que tenía enormes vinculaciones con los magnates del sur de Estados Unidos, entre quienes se encontraban los miembros de la familia Bush. Y esto no significaría nada extraño de no ser porque una de esas familias vinculadas a los negocios energéticos de los Bush era la poderosa familia Bin Laden.

El BCCI echó el cierre en el año 1991 tras una serie de escándalos de inmensa gravedad, ya que el banco estaba involucrado en turbias tramas de lavado de dinero procedente del mundo del narcotráfico, circunstancia que fue admitida por siete de los principales empleados del banco en el juicio que se celebró contra ellos en junio de 1990 en Florida. Por primera vez en la historia se certificaba que un banco «digno» estaba involucrado en una operación de blanqueo que jamás hubiera sido posible sin las medidas tomadas por el dúo Reagan-Thatcher, que en la siguiente década también permitirían que comenzaran a desarrollarse las operaciones con nuevos productos financieros que acabarían por causar la crisis iniciada en el año 2008.

Hoy recordamos la crisis del BCCI por tan notorio delito, pero nuestras ganas de mirar hacia otro lado nos impiden darnos cuenta de que en su comportamiento ya estaban presentes los mismos elementos que provocaron la crisis de 2008, y que quizá entonces se actuó de una forma adecuada para evitar que su tropiezo no nos arrastrara a todos. Porque al igual que pensamos hoy que las juergas y excesos de los agentes de los bancos que han caído son los responsables, podemos caer en el error de pensar que las operaciones fraudulentas con el dinero procedente de la droga — operaciones que siempre se han llevado a cabo, antes y ahora, sin causar cataclismos — son la causa del derrumbe de esta entidad, cuando fue en realidad el sistema nacido en 1989 —como más adelante explicaré— el causante de todo; y es que gracias a esos permisos legales, la empresa podía tener dividida su sede central entre Luxemburgo y las islas Caimán, mientras que los accionistas se escondían en Abu Dhabi y los verdaderos gestores trabajaban en la City de Londres.

Al igual que ahora, el BCCI sufrió una falta de liquidez que complicó el sistema financiero. En un principio, el Banco de Inglaterra barajó opciones para rescatarlo mediante varios posibles mecanismos, pero el informe que se efectuó para poder llevar adelante su recapitalización desveló que la realidad era más incómoda de lo que parecía, puesto que los gestores del banco estaban involucrados en nuevas actividades financieras. Aquello hizo que los 6500 inversores que dieron su dinero al banco para que lo gestionara y lo moviera —y que perdieron en total más de mil

millones de euros— denunciaran al Banco de Inglaterra por no haber sido celoso en la supervisión de lo que ocurría en la entidad. Quince años después, los 6500 inversores perdieron el juicio contra el Banco de Inglaterra. ¿Por qué? Sencillo: lejos de los argumentos reales y legales, si se reconocía que el Banco de Inglaterra no había supervisado correctamente la entidad, se habría planteado la pregunta de por qué se condenaba a la institución por el error cuando ya no se supervisaba con celo ningún banco en aquel año 2006. Pero lo que además de esto resultaba sorprendente, es que el informe realizado por el Banco de Inglaterra en 1991 desvelaba que incluso se estaban financiando grupos terroristas desde las oficinas londinenses. Y los grupos favorecidos por esa financiación son los mismos que a comienzos del siglo XXI se han convertido en el objetivo bélico de Estados Unidos, especialmente gracias a la retórica de una serie de gobernantes —y no pocos— que estaban en las filas del BCCI no demasiados años antes.

1987: Carlyle Group, la escuela

Cuatro años antes de la caída del BCCI apareció en escena un fondo de capital privado llamado Carlyle Group. Se trataba de una sociedad financiera que nació, al tiempo que otras similares, al amparo de la desregulación de la época. Uno de sus fundadores fue William E. Conway, formado como economista en la Universidad de Chicago. Era uno de aquellos *Chicago boys*. Después fue presidente de United Defense Industries, una empresa armamentística que fue adquirida por Carlyle tras la fundación de esta sociedad y que resultó —no por casualidad— una de las más beneficiadas por el gobierno de Estados Unidos durante las guerras de Irak y Afganistán. El segundo de los fundadores fue David Rubenstein, que además de haber sido asesor del presidente Jimmy Carter, que ocupó la Casa Blanca entre 1972 y 1980, también se formó en la Universidad de Chicago —no es necesario volver a recordar qué pasó allí—, donde aprendió también que la necesidad de obligar al Estado a no crear normas reguladoras estaba unida a la labor filantrópica de algunas grandes fortunas, que debían sostener con sus aportaciones el sistema educativo; de hecho, Rubenstein ha efectuado grandes donaciones a algunas universidades norteamericanas. Pero lejos de creer que es un mecenas, el lector debe pensar mal: sus aportaciones servían para que se educara a los estudiantes universitarios en una serie de valores sociales y económicos muy ligados a sus ideologías. Por último, el tercero de los fundadores era Daniel A. D’Aniello, que además de trabajar en la cúpula de Pepsi Cola, en los años anteriores a la fundación de Carlyle ya había ensayado modernas técnicas de negocio financiero en el grupo Marriott.

Carlyle era, por tanto, una empresa hija de su época: el mejor ejemplo de los nuevos tiempos financieros que estaban llegando a modo de barra libre para hacer

con el dinero aquello que convenga, lejos de códigos éticos, morales y legales. Nació justo dos años antes de que cayera el Muro de Berlín y comenzara la desintegración del Telón de Acero. Aquel suceso no sólo significó el final de la guerra fría y la definitiva victoria de Estados Unidos sobre la Unión Soviética y la desaparición del enemigo tradicional de Occidente, sino que trajo consigo la creación de nuevos enemigos —sobre cuya capacidad se exageró desde el primer momento con objeto de mantener una propaganda que sostuviera la existencia de una tensión que seguía justificando el gasto militar— y la consolidación global de una forma de interpretar la economía, cuyos ejecutores son conocidos como «tiburones», en alusión a su formar de atacar y... matar.

1989: El fin de la historia

Desde los centros de poder occidentales se vendió el triunfo como el «fin de la historia», un concepto que popularizó el pensador Samuel Huntington, que consideró que la definitiva victoria de una parte del mundo sobre la otra obligaría a esta última —y no se equivocó en eso— a asumir la forma occidental de interpretar la realidad y la economía. Pero los historiadores más críticos y objetivos no se mostraron tan orgullosos y optimistas con el significado de la caída del Muro de Berlín. Tony Judt, el más importante de los historiadores del siglo xx, autor de la mítica obra *Postguerra* (Taurus, 2006), escribió su último libro en el año 2010, cuando los médicos le diagnosticaron esclerosis lateral amiotrófica (ELA) y le dieron pocos meses de vida. Poco antes de morir finalizó su obra *Algo va mal* (Taurus, 2011), un ensayo soberbio, delicioso, orgásmico si lo intelectual puede causar tal sensación de placer, en el que examina el mundo actual y en el que ve el triunfo de la guerra fría como la derrota de los principios sociales y éticos que habían regido las utopías —en parte cumplidas— que abanderaron los ganadores antes de serlo. Y explica cómo los valores del liberalismo se erigieron en el motor del mundo occidental tras su triunfo. Recuerdo una frase de Friedrich Hayek, uno de los ideólogos de este movimiento de quien ya he hablado: «Hemos de afrontar el hecho de que el mantenimiento de la libertad individual es incompatible con la plena satisfacción de la justicia distributiva». Lo terrible es que esta forma de pensamiento es la que lideraron con orgullo Reagan y Thatcher, ejecutándola en su plena dimensión sus herederos políticos.

«Cuando el comunismo cayó en 1989, la tentación de regocijarse resultó irresistible para los comentaristas occidentales. A partir de entonces, el mundo pertenecía al capitalismo liberal —no había alternativa— y todos avanzaríamos al unísono hacia un futuro en el que reinarían la paz, la democracia y los mercados. Veinte años después, esta afirmación parece un poco gastada», señala con dolor Judt,

que documenta cómo, a partir de ese momento, empezaron a abrirse grietas en la igualdad en las sociedades ganadoras al mismo tiempo que se producía un déficit democrático que era necesario, precisamente, para sostener el mundo globalizado — de las finanzas, no de los hombres— que pregonaba la nueva economía. Sin embargo, el mundo entero vivió aislado de esa realidad a la que le tapábamos la cabeza si asomaba hasta que se produjo el punto de inflexión que fue la caída de Lehman Brothers. Entonces, la realidad nos estalló en la cara, cuando hasta entonces mirábamos este mundo tan satisfactorio como vacío no sin cierta hipocresía social: «Con la caída de este banco se rompió el equilibrio establecido, no importa lo corrupto y especulativo que fuera, pues lo cierto es que todos nos beneficiábamos de él: pleno empleo, fuerte crecimiento, altas rentabilidades, sociedad de nuevos ricos...», dice el sociólogo Enrique Gil Calvo en *Crisis crónica* (Alianza Editorial, 2009), una obra visionaria en la que plantea que esa ceguera, alimentada por los medios de comunicación, muy preocupados de exponer una parte de la realidad, sólo una parte, dibujando la otra como una consecuencia inevitable. Y en su análisis certero, predice cómo ese traspaso de deuda pública a deuda privada provocaría una segunda parte de la crisis —la que estalló en 2011 y que afectaba a los países y no a las empresas financieras, ya limpias de sus tóxicos y venenos— terriblemente dura para la sociedad.

No deja de ser curioso cómo un sociólogo fue capaz de anticipar el futuro económico mediante la observación y el análisis de una forma que ningún economista fue capaz de prever. Y señalaba que, por sus características, España es uno de los países que más sufrirá esa situación, provocando con ello una enorme tensión internacional: «El incremento de la deuda pública española agravará sobremanera nuestro déficit presupuestario, pues habrá que incluir en la partida de gastos un fuerte incremento para pagar el servicio de deuda... Todo esto hace que nuestro riesgo-país sea muy elevado». Pero tiempo habrá de desarrollar y mostrar informaciones sobre cómo la perversidad del sistema financiero ya preveía que la crisis privada se trasladara a lo público en caso de que fuera necesario... Valga finalizar esta parte del recorrido recordando que John Lanchester también indica cómo la caída del Muro de Berlín dio al sector financiero la oportunidad de adueñarse del capitalismo: «Este hecho dio comienzo a una celebración de victoria que se prolongó durante casi dos décadas... Antes, las democracias liberales se convirtieron en las sociedades más dignas de admiración que el mundo haya visto nunca. No las más admirables que podamos imaginar, no perfectas, pero las mejores que la humanidad ha sido capaz de conseguir. Entonces cayó el Muro, y en distinta medida, los gobiernos de Occidente empezaron abandonar el aspecto de justicia social del proyecto general de la posguerra».

Y esa fiesta que nos emborrachó no permitió ver que los líderes de la juerga estaban promoviendo unas legislaciones —y una situación internacional, entre nuevos enemigos, más propaganda bélica y conflictos internacionales paranoicos—

que les permitía ejecutar una nueva forma de ver la economía en la cual las cosas ya no eran como antes, en las que las empresas fabricaban cosas que la gente compraba, es decir, se intercambiaba un bien —el producto— por otro bien —el dinero—. Así, gracias a las «no legislaciones», la economía de siempre pasó a ocupar un segundo plano y todos nos rendimos ante los señores del universo que eran esos tiburones que dejaron de intercambiar bienes para intercambiar dinero por dinero haciendo crecer una burbuja que estalló aquella maldita noche del 14 al 15 de septiembre, cuando en las oficinas de Lehman Brothers condenaron a la humanidad a vivir en la incertidumbre.

Joseph Stiglitz, uno de los grandes economistas modernos, y uno de los pocos en ocupar cargos de talla mundial y ganar el premio Nobel que no bendicen la forma en la que opera el mercado financiero, calificó la década posterior a la caída del Muro de Berlín como «aquellos locos noventa», en la que algunos quisieron apagar el sol porque no daba dividendos y otros, desde estamentos como el FMI, «exprimieron hasta la última gota a las naciones que entraban en crisis, haciendo políticas que socavan la democracia, sin importarles si la gente vive o muere, condenando a pueblos enteros a la muerte». Y teorizó a propósito de cómo la globalización se usó para justificar unos planes que eran sólo los planes de los que están arriba. Así, en esos años noventa, cuando algunos decían que habíamos alcanzado el cielo de la democracia absoluta, en los países con más dificultades, a los que en realidad no se quería ayudar, se produjo un elevado índice de emigración hacia los países que crecían al son de esa moderna expansión económica. Pero las fronteras no se abrieron por humanitarismo, sino porque gracias a aquello se pretendió abaratar el mercado laboral y desintegrar los beneficios contractuales de los trabajadores. Los que venían de fuera lo hacían por necesidad tras abandonar su país, dispuestos a trabajar por menos dinero, con peores condiciones que los nativos, con menos derechos...

Entonces llegó una suerte de deflación y, especialmente, el freno a los aumentos de sueldo y la pérdida de poder adquisitivo. Así, la oferta global de trabajadores se dobló en esos años. Al tiempo, en los países de los que procedían se descubrió que podía ponerse en práctica la llamada deslocalización: como la mano de obra es barata, incluso hasta puede pagarse más dinero a los que viven en estos países —China, por ejemplo, pero también los países del este de Europa y los de América del Sur— porque seguirá siendo barato. «Entonces, los trabajadores de los países desarrollados tuvieron que asumir las pérdidas en sus beneficios laborales», recuerda la economista Loretta Napoleoni. Mientras, el mundo de los bancos corrigió ese déficit de efectivo gracias a la expansión del crédito merced a la seguridad que daba el que, aunque con dificultades, los mercados laborales seguían absorbiendo mano de obra y la gente cobraba sus sueldos sin miedo al paro. Pero claro, esa expansión de crédito puede funcionar si todo va bien; sin embargo, la burbuja estalló, la gente se quedó sin trabajo, el paro aumentó, llegaron los impagos y todo el resto de consecuencias de este laberinto.

... y Bin Laden llegó al Carlyle Group

El grupo Carlyle nació casi al tiempo de la llegada del «fin de la historia». Creció a la misma velocidad que la orgía se hacía más y más viciosa; claro que, a la bacanal también asistimos algunos de nosotros —los medios de comunicación, los políticos electos, los empresarios normales...—, que estábamos tan excitados con el triunfo que no fuimos capaces de ver que andábamos sobre un camino enfangado.

El 11-S dio origen a una serie de derivas en las relaciones internacionales que permitieron al grupo enriquecerse a costa de la nueva realidad. No es de extrañar que en el año 2002 el grupo Carlyle fuera considerado el mejor instrumento financiero del mundo gracias a la eficiente y muy provechosa gestión de los 14 000 millones de euros que los inversores habían depositado en sus cuentas para que se hiciera negocio con ellos y generaran rentabilidad a sus dueños. Y aun siendo la mejor empresa de ese año, sirva señalar que diez años después su cartera reunía 150 000 millones de dólares y varios galardones como «empresa del año».

Podría pensarse que es casualidad... Pero no. Fue la guerra contra el terrorismo y los favores gubernamentales los que multiplicaron por diez los fondos del grupo desde la caída de las Torres Gemelas. Para explicarlos basta señalar que el director en Europa del grupo era John Major, el primer ministro inglés antes de la llegada de Tony Blair al poder. Pero es que entre los responsables del grupo se encontraba por entonces gente como su presidente, Frank C. Carlucci, que fue secretario de Estado —el equivalente aquí a ministro de Asuntos Exteriores— durante los mandatos de Ronald Reagan y George Bush padre, que fue presidente de Estados Unidos entre 1988 y 1992. Como miembro del consejo de administración en la época inmediatamente posterior al 11-S también se encontraba James A. Baker, jefe del gabinete de Reagan y también secretario de Estado con Bush padre. Ambos habían trabajado también en el BCCI...

Pero hay más, porque entre los responsables del grupo Carlyle estaba también entonces Fred Malek, que fue el director de la campaña electoral que aupó a George W. Bush al poder en el año 2000 y que fue el puente de unión entre el candidato y el grupo para financiar esa campaña. Y no pocas veces —quizá siempre— si una empresa financia una campaña electoral es porque esa empresa espera recibir favores por parte de su «elegido».

¡Y aún hay más!

Uno de los miembros del consejo asesor de Carlyle era Sami Barna, otro banquero. Pero no un banquero normal, porque tenía estrechas relaciones con algunas de las fortunas de Oriente Medio, entre ellas el millonario Bin Mahfouz, que antes ya he mencionado y del que se me olvidó decir que estaba casado con... ¡la hermana de Bin Laden!

Claro que alegan que los negocios del Bin Laden Group no tienen que ver con el propio Osama Bin Laden, porque él es el único de los hermanos díscolos y no tenía

relación con ellos, pero hay múltiples pruebas que certifican de forma rotunda que podrían existir vinculaciones. Y además de los indicios, también pruebas judiciales, ya que en España fue condenado en 2005 un hombre llamado Ahmed Brahim, un argelino con quien estuve en contacto por carta y a través de su familia, ya que lo consideran culpable de los cargos de financiar a Al Qaeda, que se basaban en su ideología wahabista, la misma de los monarcas de Arabia Saudí, y en el hecho de que había trabajado en Medina para realizar obras públicas como representante del Bin Laden Group. La justicia española tomó en consideración esos elementos como parte de las pruebas contra Brahim. Gracias a la publicación de los documentos de Wikileaks, elaborados por los diplomáticos norteamericanos afincados en España, sabemos que el proceso judicial contra Brahim fue seguido de cerca en Estados Unidos, y se estima en esos escritos que el trabajo del encausado en la empresa de los hermanos de Bin Laden es orientativa de su implicación con las redes terroristas de Al Qaeda. Pero lo que se estaba haciendo es cuidar que la opinión pública no tuviera información sobre los nexos que unían el Bien y el Mal.

Las paradojas llegan más lejos aún. Y es que uno de los mayores accionistas de Carlyle es precisamente el Bin Laden Group, que depositó en las cuentas del grupo 100 millones de euros para que se invirtieran y se operara con ellos con el objetivo de obtener rendimientos. Bien que los consiguieron: los rendimientos llegaron gracias a los contratos oficiales firmados por la Casa Blanca que beneficiaron a las inversiones de Carlyle de forma notable, especialmente a la empresa propiedad de Carlyle llamada United Defense Industries, que recibió el encargo de George Bush hijo de construir un lanzamisiles a cambio de 12 000 millones de dólares.

¿Quiere el lector más «casualidades»? Cuando se dio ese dinero a Carlyle, el presidente del grupo en Asia era ni más ni menos que George Bush padre, que ya había sido presidente del país que ahora gobernaba su propio hijo. Y aún hay más: según reveló el periódico *The Observer* en su edición del 16 de junio de 2002, la misma mañana del 11-S se celebraba una reunión en el hotel Hilton de Washington a la que asistían algunos de los inversores del Carlyle Group y que tenía por objeto planificar operaciones que reportarían dividendos y rentabilidad a los fondos del grupo. Entre los asistentes a la reunión había un hombre llamado Shafiq Bin Laden, ¡hermano de Osama Bin Laden!

No pueden obviarse las gigantescas conexiones entre las fortunas árabes y la familia Bush. Y entre la familia Bush y la familia Bin Laden. Esas conexiones nos remiten a los primeros años de Bush en el mundo de la empresa; venía de herencia, puesto que el abuelo del hombre que inició las dos guerras de comienzos del siglo XXI, George Prescott Bush, ya estaba ligado desde joven a diversas empresas y a los servicios de Inteligencia de Estados Unidos, especialmente a John Foster Dulles, el primer director de la CIA, que abrió las puertas de la agencia a George Bush padre, que pasó a formar parte del cuerpo de agentes secretos. Entre otras misiones —con fracaso, por cierto— se le encargó coordinar el asalto a Bahía Cochinos en Cuba allá

por 1961. Así, finalmente, en 1976, el padre se convirtió en director de la CIA y el hijo comenzó su carrera en el mundo de la empresa, para lo cual fue fundamental un personaje brillante y exitoso llamado James R. Bath, que tres años después se presentó en el despacho del texano en Arbusto Energy, la empresa petrolera que había fundado, con un sobre que contenía 50 000 dólares que le había entregado un potentado árabe que deseaba invertir en los negocios petroleros del sur de Estados Unidos. Ese hombre no era otro que Salem Bin Laden, otro de los hermanos del terrorista, que pocos años después se convirtió en el nexo de unión entre el dinero que Estados Unidos entregó a los muyahidines que entraron en guerra contra la URSS después de que ésta invadiera Afganistán. La Casa de Huéspedes de Peshawar (Pakistán) se convirtió en la oficina de reclutamiento de islamistas que gestionaba el servicio de Inteligencia de Pakistán con el dinero norteamericano y saudí. El joven — y futuro terrorista— Bin Laden fue el elegido desde la Casa Blanca para convertirse en el gestor de aquella rebelión que acabó provocando la salida de los rusos de Asia Central en una derrota que significó el principio del fin de las aspiraciones soviéticas para controlar el mundo.

La amistad entre los Bush y los Bin Laden permitió al grupo saudí adquirir numerosas propiedades en Texas (Estados Unidos), entre ellas un aeropuerto en la ciudad de Houston. Durante un juicio en el que se le imputaba un delito financiero, James Bath explicó todas estas conexiones que aún hoy siguen siendo un tema tabú. Pero no por tabú dejan de ser reales, como son las estrechas relaciones entre el *whisky* y el hombre que llegaría a ser presidente de Estados Unidos, que fueron descubiertas y analizadas por James Hatfield, un periodista norteamericano que falleció en junio del año 2001 poco después de desvelar los oscuros nexos económicos de los Bush en una biografía que tuve la suerte de coordinar en España. Hatfield se suicidó, y pese a que aún existen dudas sobre su muerte, nada de aquello habría ocurrido si no hubiera descubierto que Bush se drogaba y emborrachaba al tiempo que empezaba su carrera política en Estados Unidos. Tuvo que ser un telepredicador evangélico llamado Billy Graham quien le ofreciera la ayuda necesaria para poder reconducir su situación personal. Desde entonces, Bush se convirtió en un «renacido», que es como se denomina por allí a las personas de mala vida que vuelven a la senda correcta tras su encuentro con Dios.

Arbusto Energy acabó quebrando, pero sobre sus cimientos erigió Bush Exploration, una petrolera que acabaría llamándose Spectrum 7. También fracasó. Pero sin darse por vencido se unió a otra serie de inversores y volvió a intentarlo en Harken Energy. Nuevamente, entre la cartera de clientes financieros de Bush se encontraba Salem Bin Laden, que adquirió desde Harken un paquete de acciones de Spectrum 7. Fue una suerte de fusión para la que se emplearon mecanismos legales o... casi legales. Hubo investigaciones oficiales, pero no impidieron que ese dinero y los contactos subyacentes facilitaran a Harken Energy la firma de un acuerdo de importación de petróleo con el gobierno de Bahrein. Gracias a aquella operación,

Bush ganó su primer millón de dólares. Corría el año 1987...

BIG BANG

La gran masa de la población, mentalmente incapaz de entender las tremendas ventajas que obtenemos, soportará su carga sin quejarse, y quizá sin comprender que el sistema es contrario a sus intereses más preciados.

Hermanos ROTHSCHILD

1822. Dos siglos después, el banco Rothschild sigue existiendo. Opera sin sucursales en la calle; sólo de cara al mundo de la inversión. Los cinco hermanos que fundaron el banco, que dijeron lo que antecede, eligieron un lema para ilustrar sus valores cuando recibieron el título de barón: «Cooperación, ética y profesionalidad».

«Hoy, todos los movimientos y estrategias del banco siguen inspirados por esos valores».

ANTONIO SALGADO

Director en España de Rothschild, 2012.

Entonces el mundo comenzaba a vivir la gran revolución financiera. Estados Unidos estaba a punto de ganar la guerra fría y el capitalismo estaba, igualmente, a las puertas de convertirse en la forma de entender el mundo. Se produjo el llamado *big bang* de la City de Londres, que estalló el 27 de octubre de 1986, cuando se aplicó la desregulación conocida como Financial Service Act, que facilitó que no se pagaran tasas por las operaciones financieras entre empresas, que se podían hacer con cualquier parte del mundo en absoluta libertad, a través de mecanismos tecnológicos y con el solo objetivo de hacer crecer el sector financiero. Ese suceso fue el principio de la nueva era económica, ya que la City se convirtió en el primer mercado mundial para operar con unos productos financieros que incluso quedaban lejos del alcance legal de los tiburones de Wall Street, si bien los directivos de las empresas radicadas en Nueva York establecieron también bases secundarias en Londres para poder participar de la nueva orgía que comenzó aquel día, y las empresas de uno y otro lado del Atlántico quedaron conectadas como si fueran una sola.

Qué paradójico: el *Big Bang* llegó después del «fin de la historia»...

El club de los expresidentes

Pelotazos como el que dio George Bush antes de ser presidente de Estados Unidos habrían sido imposibles sin esa suerte de liberalismo llevado al extremo. Además, las nuevas normas permitían a los diversos fondos de capital privado efectuar operaciones opacas y sin control por parte de los organismos reguladores. Gracias a ello pudo nacer Carlyle Group. Y gracias a ello pudo un saudí que antes he mencionado, Khaled Bin Mahfouz, recientemente fallecido, desembarcar en medio mundo con sus petrodólares y hacer crecer el dinero que había ganado de forma exponencial. Gracias al dinero invertido en Spectrum 7 pudo adquirir hasta un 7 por ciento de las acciones de Harken. Ya con los bolsillos llenos, continuó su meteórico ascenso hasta convertirse en uno de los presidentes del BCCI, que tampoco hubiera podido existir sin la desregulación, y los Bush se encargaron de compensarlo con numerosas concesiones, ya que una de sus empresas, Delta Oil, fue una de las que construirían los oleoductos y gasoductos a través de Afganistán tras la invasión del país como consecuencia del 11-S.

Finalmente, Bush se hizo con el control del mayor paquete de acciones de Harken y pasó a tener un sueldo de 1,5 millones de dólares anuales como presidente del Consejo de Administración. Sin embargo, la SEC inició una investigación cuando vendió todo su paquete justo antes de que se produjera la invasión de Kuwait por parte de Saddam Hussein, el 2 de agosto de 1990. Gracias a ello pudo salir corriendo con su dinero poco antes de que los índices de su empresa se fueran por los suelos a consecuencia de los múltiples tentáculos que unían sus actividades con la parte del

mundo que quedaba quebrada a raíz de la acción de Irak. Hoy sabemos que en Estados Unidos existía información suficiente para saber que Saddam iba a cometer la locura que llevó a cabo. ¿Tuvo información privilegiada el presidente de Harken? Nunca lo sabremos, pero lo que sí se sabe es que el presidente de Estados Unidos era el padre del presidente de Harken. Y que ambos respondían al mismo apellido: Bush.

Tras el 11-S, los negocios de Carlyle se ampliaron.

En España, el grupo fue presentado por quien fuera presidente de la Generalitat de Cataluña, Jordi Pujol, en un acto en el que estuvieron presentes Frank Carlucci y John Major. Su primer director en España fue un joven empresario llamado Pedro de Esteban. En un principio admitió ser entrevistado, pero tras establecer una primera cita, la aplazó... hasta el día de hoy. Al igual que las grandes empresas financieras del mundo actual, su estrategia de comunicación consiste en aparecer lo menos posible en los medios. Pese a ello no pudieron evitar que el nombre del fondo de capital de riesgo estuviera presente en todas las quinielas para adjudicarse las privatizaciones masivas que se realizaron en aquellos primeros años tras el 11-S. Incluso un periodista de *El Mundo* se encontró en Bagdad con José Luis Hernández Mancha, el hombre que había sido candidato para ser presidente del Gobierno en España en 1989 como cabeza de lista por Alianza Popular, el partido que poco después se convertiría en Partido Popular (PP), con José María Aznar al frente, que llegaría a ser presidente del Gobierno en 1996. Para los que sabíamos de estas extrañas vinculaciones, que Hernández Mancha se encontrara en Irak no era una sorpresa. Tenía y tengo en mi archivo todos los papeles con los resultados financieros de sus empresas, vinculadas como pocas a los gestores de la Casa Blanca. Algunos se preguntan qué fue de aquel hombre que pudo haber llegado a ser el más poderoso de España; pues ya lo saben: se había convertido en el encargado de los negocios de Bush en España y estaba metido en todas las negociaciones que tenían que ver con sus fondos de capital privado y de riesgo. Las guerras, por si alguien lo dudaba, estaban permitiendo todos los negocios financieros inimaginables...

Carlyle Capital: el hijo de Carlyle Group

Carlyle Group aprovechó la desregulación cada vez mayor para seguir ampliando su portfolio, que es como se llama en este mundo a la cartera de inversiones que tiene un grupo. Y eran tantos y tan poderosos en este grupo que su crecimiento fue inmenso en aquellos años. Para ello se creó un nuevo fondo ligado a la empresa madre y que recibió el nombre de Carlyle Capital Corporation, que saltó a la escena de la fabricación de dinero a partir de dinero en agosto de 2006. Para entonces, los grandes grupos financieros ya llevaban años empaquetando hipotecas y revendiéndolas a los inversores que a su vez los revendían a otros, al tiempo que aquéllos y éstos las

protegían con los mencionados CDS. Si la burbuja estallaba, el impacto iba a ser brutal, pero mientras tanto, a Carlyle lo que le importaba era hacer negocio en ese sector. Sin embargo, la empresa de los expresidentes acabó por ser una de las piezas que provocó la debacle posterior.

El negocio de Carlyle Capital se centró en los MBS (Mortgage-Backed Securities), otro de los productos implicados en la catástrofe financiera. Son paquetes de hipotecas que se titulizan y se compran a los bancos y se convierten en «piscinas» que después se compran y se venden en los mercados financieros. En concreto, los MBS que adquirió Carlyle Capital fueron emitidos por Fannie Mae y Freddie Mac, las entidades de crédito hipotecario que inventaron estos productos. Si yo adquiero un MBS, mi «piscina» será una deuda de estas entidades que tendrá asociado un tipo de interés y un vencimiento. Ellos tendrán el dinero que he utilizado para adquirir su producto y me lo devolverán con un interés cuando se cumpla el vencimiento establecido. Y una vez que ese título está en mi poder yo recibo un dinero fijo en cada plazo. En cierto modo, me he convertido en el banquero de Fannie y Freddie al hacerme con su deuda, pero a cambio mi aportación les permite seguir con su negocio y conceder más hipotecas a los nuevos compradores de viviendas.

Carlyle Capital arrancó con una inversión inicial de 700 millones de euros. Ese depósito se convirtió en la garantía para poder pedir más dinero prestado a los bancos con objeto de comprar unos MBS que, dado que tenían una calificación de AAA, y además Carlyle venía avalado por la familia del presidente de Estados Unidos, los bancos dieron al fondo 32 dólares por cada dólar en depósito. De este modo consiguieron 22 000 millones de dólares para comprar los MBS (hay dos tipos de MBS: las residenciales —RMBS, constituidas por hipotecas asociadas a viviendas—, que eran las adquiridas por Carlyle, y las comerciales —CMBS, formadas por hipotecas asociadas a grandes superficies, centros comerciales...).

A nadie escapa lo que se antoja como muy evidente: Carlyle tenía poco dinero efectivo en comparación con el dinero que le habían entregado. Es decir, el fondo estaba muy endeudado. A este fenómeno es al que se denomina apalancamiento. Y, evidentemente, para poder hacer frente a los préstamos bancarios, Carlyle utilizó los MBS como un producto para negociar. A menudo se cita el ejemplo de Carlyle Capital como la primera gran muestra de ingeniería financiera de la era de Alan Greenspan. Decía el analista bursátil Mike Mayo que si algo crece como la mala hierba es que probablemente se trata de mala hierba. Él ya alertó de esta situación irracional en el año 1999, pero nadie le hizo caso. Más aún: se ganó la enemistad de parte del sector financiero. Y no se puede considerar que Mayo sea un ejemplo de anticapitalista; al contrario, puesto que cree que es el mejor sistema social que jamás haya existido, pero sabe que ese sistema debe crecer como la buena hierba, es decir, poco a poco, porque sólo así crece firme y recia.

Como los MBS eran un activo que dependía del mercado inmobiliario, cuando los precios empezaron a contenerse primero y después a bajar, los bancos, como

prestamistas que requerían de más soporte, pidieron garantías a Carlyle para poder seguir operando con ellos. Es cuando se producen las míticas *margin call*: «Los activos cuya compra te financiamos han perdido valor, así que necesito más garantías tuyas para seguir trabajando», dijeron los bancos. Sobra decir que Carlyle no tenía activos para cubrir esas peticiones.

El Big Crunch al que nadie miró

Los cosmólogos sostienen que el universo nació con una explosión gracias a la cual de la nada creció el todo, el llamado *Big Bang*, a partir del cual todo se expande hasta que se completa el ciclo y comienza la vuelta atrás, que los especialistas llaman el Big Crunch. Y sólo hay una disciplina más compleja que la cosmología: la economía. También aquí se estaba empezando a dar la contracción que llegó tras el estadillo inicial. Estábamos en el mes de marzo de 2008. Desde hacía un año se estaba produciendo la crisis de las hipotecas *subprime*, que puede decirse que comenzó el 2 de abril de 2007, cuando la empresa de créditos de riesgo New Century se declaró en bancarrota tras perder de un plumazo más de la mitad de su valor en bolsa, siguiendo la estela de otras empresas similares que estaban sufriendo el parón del sector inmobiliario. New Century era la más grande de las empresas que habían caído. Nadie pensaba que las cosas pudieran llegar tan lejos, pero habían llegado, lo cual no era de extrañar, porque se estaba marcando el máximo histórico en la cantidad de impagos. Si a esto le sumamos que por primera vez los precios de las viviendas estaban bajando...

Sin embargo, los indicios de que algo estaba yendo mal se venían dando desde hacía varios años, pero esas señales quedaron solapadas por la enorme cantidad de dinero que había en el mercado y el estupendo rendimiento de los modernos instrumentos financieros. Fue como una enfermedad silenciosa en la que el paciente vivía con síntomas casi imperceptibles pero que lo estaba consumiendo por dentro. El interés del dinero marcado por la Reserva Federal subió desde 2004, pero quizá ya era tarde. Como ya he señalado anteriormente, había estado demasiado bajo durante demasiado tiempo, y parecía tarde porque la inflación creció, la venta de pisos decreció y la liquidez de numerosas entidades empezó a mostrar signos de debilidad. Finalmente, en 2006 se produjo una caída del 40 por ciento en el índice bursátil que agrupa a las principales empresas inmobiliarias y medio centenar de entidades hipotecarias tuvieron que cerrar sus puertas, aunque las que cayeron no formaban parte de los grandes grupos.

Las empresas que concedían créditos de alto riesgo existían porque había fondos como Carlyle Capital, que utilizaban la ingente cantidad de dinero que sumaban esas hipotecas para poder operar en el mercado financiero. «La economía norteamericana

puede descarrillar», anunció Ben Bernanke, presidente de la Reserva Federal, en julio de 2007. Pero no estaban solos ante la catástrofe, porque los tentáculos financieros del mercado inmobiliario norteamericano llegaban hasta los bancos europeos, que habían invertido su deuda en algunas de estas sociedades. Sin embargo, en la esfera política se mantuvo la calma. Para el secretario del Tesoro, Henry Paulson, el problema estaba bastante contenido. Las cosas no iban bien, pero pensaba que era temporal. Un simple reajuste. Y en previsión —que no sirvió de nada—, algunos bancos endurecieron sus requisitos para conceder préstamos.

Fue un verano complejo.

En agosto de ese año, tanto el Banco Central Europeo como la Reserva Federal inyectaron dinero —94 000 millones de euros y 24 000 millones de dólares respectivamente— en el mercado para fortalecer las necesidades de capital. Fueron las primeras decisiones oficiales que no sirvieron para nada, pese a la llamada a la calma que efectuó el presidente de Estados Unidos, que aseguró que existía liquidez y que todo se superaría. Para variar, George Bush se equivocaba. También se equivocaron los responsables económicos de los gobiernos europeos, que decían —tras los primeros y acusados descensos en las bolsas— que en el viejo continente no nos contagiáramos de lo que estaba sucediendo al otro lado del Atlántico. El error era más bien una mentira, porque el miedo a que ello ocurriera estaba provocando que se empezara a inyectar dinero al sistema bancario; dinero para rescatar dinero que sólo creaba más agujeros en el sistema. Apenas unos días después, las inyecciones de dinero continuaron. Más y más, pero como si nada; hubo subidas efímeras en las bolsas, y a continuación las bajadas prosiguieron al tiempo que el miedo se incrementaba cuando se conoció que algunos grandes bancos europeos y americanos estaban más implicados en hipotecas de alto riesgo de lo que se creía. Como medida de precaución, varios fondos que invertían en ellas fueron paralizados en algunos de estos bancos. Mientras, el Euribor, ese marcador implacable que determina en Europa lo que se paga de intereses en las hipotecas de las familias, alcanzó su máximo histórico. Cuando se revisaran los contratos de quienes tenían esas hipotecas, su poder adquisitivo disminuiría de forma sustancial. Tendrían que pagar más cada mes, y muchos no podrían porque no ganaban tanto; se dice que los hipotecados se endeudaron más allá de sus posibilidades, pero quien lo dice se olvida de que lo hicieron cuando lo que ganaban sí llegaba para pagar sus deudas. Y las inmobiliarias, si todo seguía así, no podrían acabar sus proyectos y acabarían no pagando a los bancos. Todos empezarían a deber a todos y nadie podría pagar.

Así, el 11 de septiembre de 2007, tras unos días terribles en las bolsas de medio mundo, el Banco de Industria Alemán indicaba que iba a entrar en pérdidas. Aún sorprendidos por su anuncio, tres días después, el banco británico Northern Rock se desplomaba, y el Banco de Inglaterra, antaño tan defensor de dejar que todo funcionara sin intervención, tuvo que salir al rescate cuando miles de ciudadanos acudieron a las sucursales para sacar su dinero de las cuentas corrientes. Ante la

necesidad de liquidez —es decir, dinero o activos que puedan ser convertidos en dinero real de una forma rápida—, la Reserva Federal bajó sus tipos de interés un poco más para que el sistema financiero pudiera disponer del dinero que se le exigía de forma más fácil. Y sí, las bolsas subieron un poco... pero una vez más, por poco tiempo. Bernanke se ratificó en su predicción de meses antes: «La crisis está superando los cálculos más pesimistas», sentenció.

Los grandes bancos norteamericanos hicieron públicas sus pérdidas. Algunos gerifaltes dimitieron, como es el caso de Charles Prince, presidente del banco —que es mucho más que un banco— Citigroup, aunque por supuesto lo hicieron después de cobrar sus primas como premio por hacerlo mal. Los precios de las viviendas habían bajado a los niveles de 1987. Pese a ello, en las agencias de calificación todos los actores de este juego seguían con sus calificaciones sobresalientes. Quien más, quien menos, seguía esgrimiendo su Triple A. O todos se estaban engañando y los menos capaces del mundo estaban en los despachos de Wall Street o en realidad estaban manteniendo un juego para poder seguir ganando dinero en mitad de la sangría hasta que la hemorragia fuera incurable. En cierto modo, era así: todos sabían que los gobiernos no los dejarían desaparecer, porque al final los necesitarían cuando llegara la hora de afrontar los problemas estructurales que provocaría la situación en los Estados y sus contribuyentes. Del mismo modo que la gran trampa creada en años anteriores hacía que la liquidez saliera de los gobiernos pero se traspasaba a los bancos, esa liquidez no se traspasaría a los ciudadanos, sino que sería utilizada para financiar a los Estados tras esquilmarlos. Los bancos ya sabían que los ciudadanos empezarían a dejar de ser los clientes preferentes a los que cobrar, sino que lo serían los gobiernos.

En los primeros meses de 2008, los índices bursátiles se vinieron todavía más abajo y llegaron a marcar sus mínimos históricos. Más abajo incluso que tras los atentados del 11-S, pero como entonces aún había dinero, las guerras movilizaron la economía. En parte, una de las razones de la crisis de las *subprime* había que buscarla en la institución auspiciada por el gobierno, Freddie Mac, entidad hipotecaria que, junto a Fannie Mae, descubrió que en los tres últimos meses del año anterior habían perdido 2500 millones. Ambas empresas fueron nacionalizadas por el gobierno, que a la vez tuvo que firmar el acuerdo de la Cámara de Representantes para abonar 3900 millones de dólares para los hipotecados que lo habían perdido todo. Sin embargo, ya en esas fechas, el FMI cifraba en 945 000 millones las pérdidas generadas por una crisis que aún no había tocado fondo...

Más aún: todavía tenía que estallar.

Las profecías catastróficas se cumplieron

Nos dicen que los expertos no sabían que esas grietas acabarían provocando un terremoto financiero, pero es mentira: lo sabían. Y los economistas independientes — cada vez menos y con menos trabajo— lo advirtieron en sus trabajos e informes. Alguno de ellos llegó a escribir en esas fechas auténticas profecías: «Las nacionalizaciones encubiertas son la oportunidad para plantear la nacionalización de la banca sin indemnización», escribió Jorge Altamira en la Red Voltaire el 20 de marzo de 2008. También anunció que los futuros rescates bancarios de Estados Unidos provocarían un aumento de la deuda, que sería suavizada gracias a la devaluación del dólar, lo que a su vez significará el desastre: Washington minimizaría los efectos de la crisis extendiendo el problema al resto del mundo. En su trabajo detalla país por país lo que significará la crisis: a China le costará rebajar el beneficio que tenía al haber comprado deuda de otros países en años anteriores, mientras que en España y Gran Bretaña los problemas vendrán por la excesiva dependencia de las economías del mercado hipotecario y de viviendas, que, al perder valor, provocará una crisis bancaria, lo que obligará a los bancos a extremar sus mecanismos de protección; es decir, necesitarán dinero que sólo conseguirán gracias a los bancos centrales, lo que es lo mismo que decir que gracias a los ciudadanos. En consecuencia, nosotros tendremos menos dinero porque les daremos el que tenemos para salvarlos, y necesitarán mucho, con lo cual tendría lugar una crisis monetaria. Y Alcántara no es Nostradamus, sino que simplemente hizo cuentas y examinó la situación que se acercaba. Acertó de pleno. Y no podemos creer que eso no se supiera en los despachos de quienes lo dirigen todo. «Se empezarán a cargar las pérdidas privadas a los contribuyentes, inversionistas, simples pensionistas y consumidores. Por la magnitud de las pérdidas y por el complejo andamiaje de derivados financieros a nivel global, tendremos que cargar con ella, no sólo los contribuyentes norteamericanos, sino todos los ciudadanos del mundo», escribió dos días después otro economista, Alberto Graña, del Observatorio Económico de América Latina. Y Graña tampoco era Nostradamus...

Cuando se estaban produciendo las pérdidas en el sector inmobiliario, las necesidades de nuevas garantías y liquidez de Carlyle obligó al fondo a buscar inversores para cubrir esas necesidades. Otra vez más, las estrechas relaciones entre esta empresa y el mundo árabe volvieron a fluir. Siempre había un turbante cerca de los negocios de los Bush y otros exmandatarios. En esta ocasión, fue Mubudala, el brazo financiero del fondo soberano del gobierno de Abu Dhabi, el órgano que se encargó de hacer negocio comprando por 1350 millones de dólares un 10 por ciento de las acciones de Carlyle. Gracias a esa inversión, Carlyle pudo cubrir los 400 millones de dólares que se le requerían por parte de sus inversores para seguir operando en el mercado. En Mubudala eran viejos aliados del sistema financiero, puesto que ya eran grandes inversores en los proyectos petrolíferos de Libia, país en donde las medidas del gobierno de Gadafi estaban siendo apoyadas de forma decidida por Washington. Luego nos han hecho creer lo contrario, pero la historia no se puede

cambiar.

Cuando busqué en los informes diplomáticos algún tipo de referencia a Mubudala, no pude disimular mi sorpresa. En uno de ellos se da cuenta de la reunión que mantuvieron en la embajada de Estados Unidos en Abu Dhabi el embajador estadounidense con el presidente de Mubudala, Khaldoon Al-Mubarak. Hablaron de la situación económica mundial y de las dificultades que se avecinaban para Estados Unidos en el plazo de un año, aunque según el inversor árabe, los problemas no se extenderían mucho más en el tiempo. «Calculo que un año», dijo. Es por ello que Al-Mubarak señaló que, en ese momento, su fondo no estaba muy dispuesto a invertir en Estados Unidos, salvo con una excepción: Carlyle Group. Ahí sí invertiría. Sin pensárselo. «Para ellos no hay veto», dijo el presidente de Mubudala. Por entonces todavía gobernaba en la Casa Blanca el ínclito George Bush, uno de los impulsores de Carlyle en el mundo. No hace falta ser demasiado perspicaz para ver que en esa inversión había una componente política...

Otro informe diplomático al que se ha tenido acceso dibuja cómo desde el 2004 las relaciones financieras entre Estados Unidos y los Emiratos Árabes Unidos han sido la clave para el crecimiento de este minúsculo país, aunque mayúsculo en cuanto a capacidad económica. El informe menciona que el origen del dinero, gracias al cual crecieron los EAU, no está bien definido, aunque sí se reconoce que las inversiones en grupos como Carlyle —del que se adquirió el 7,5 por ciento— fue fundamental, pese a que se señala que tuvo lugar incluso después de la quiebra de su fondo especializado en hipotecas basura. Quizá ahora puede explicarse por qué no se llama la atención a la ausencia de determinados derechos democráticos en este país mientras a Irán se lo acusa de lo mismo por mucho menos. Así es la hipocresía diplomática que se ha solapado con los turbios negocios financieros...

Nadie invierte en coches, porque sabemos que los coches, aun siendo una compra cara, se devalúan rápidamente. Y un vehículo que hoy cuesta 10 000 euros, dentro de un año vale 8000, al cabo de dos su valor es de sólo 6000, y así sucesivamente. Así pues, el coche es un activo que pierde liquidez cuando se quiere sustituir por dinero contante y sonante. Con las casas, pasa al revés. Una vivienda que hoy vale 100 000, al cabo de un año vale 120 000, y así sucesivamente. Es un activo interesante, y ésa fue la razón para que Carlyle Capital decidiera comprar los MBS, ya que cada día que pasaba los activos que respaldaban a estos títulos eran más caros. Y es que sí, quizá habrá que hablar en pasado, porque la crisis provocada por las *subprime* provocó un frenazo en el incremento del valor de los pisos hasta que finalmente los precios bajaron, algo que no sucedía desde los tiempos de la segunda guerra mundial (conviene dar un dato para el lector: la crisis de 1929 provocó un número de impagos del 50 por ciento; más de cinco veces superior al índice causado por la actual crisis). Y como la oferta empezó a ser superior a la demanda de forma notable, esos activos dejaron de ser interesantes. No se vendía porque la gente no podía comprar, y la gente tampoco podía comprar porque los bancos no prestaban.

Los bancos que prestaron a Carlyle activaron los mecanismos de seguridad que estaban establecidos y exigieron al fondo cubrir las garantías implícitas. No hubo forma, y las negociaciones con los bancos acreedores no llegaron a buen puerto, activándose así la medida extrema: los bancos tomaron posesión de todos los activos de Carlyle Capital para subsanar el impago de las garantías, ya que sólo se habían podido pagar 150 millones de dólares. Así, el fondo creado al amparo del Carlyle Group se vino abajo el 14 de abril de 2008. Se extinguió y se quedó sin nada, pero su liquidación no fue suficiente para cubrir las deudas y las pérdidas, teniendo en cuenta que los activos que iban a recuperar esos bancos acreedores eran títulos que estaban en un estado de viabilidad verdaderamente lamentable.

La situación iba a arrastrar a otros, especialmente a los bancos que estaban más vinculados a Carlyle, como era el caso de Bear Stearns, que entró en quiebra y fue adquirido por JP Morgan con la ayuda del gobierno. Apenas veinticuatro horas después, otros dos grandes bancos de inversión del país, Lehman Brothers y Goldman Sachs, dieron a conocer su preocupante realidad: los beneficios se habían reducido a la mitad en los primeros tres meses del año.

Claro que podemos decir: «Si yo gano menos, me ajusto, pero al menos gano». Sí y no. Si se gana menos, efectivamente, aún quedará dinero en la cartera, pero es posible que se necesite ganar lo que ganaba para poder hacer frente a las deudas en forma de letras, tarjetas de crédito e hipotecas. A los grandes bancos les pasaba lo mismo, pero con una diferencia: necesitan muchos más ingresos y multiplicar sus beneficios para poder hacer frente a todo el entramado de pagos, primas, intereses, deudas... Así que, una vez más, tras el anuncio de los gigantes bancarios, la Reserva Federal tuvo que seguir bajando y bajando los intereses hasta dejarlos en un 2,25 por ciento. Como siguiera pasando eso —y ojo, que lo digo con cierta maldad—, al final la liquidez de los bancos inyectada por los gobiernos empezaría a resultar casi gratis. Luego podrían vender al gobierno ese mismo dinero con un interés más alto del que les imponían a ellos. Los gobiernos estaban empezando a sentir que los bancos podrían llegar a estrangularlos y, quién sabe, empezar a decidir incluso políticas y medidas para fortalecer el sistema en el que creían.

Alguien sabía que, realmente, con los rescates que se habían producido, pero especialmente con los que se iban a producir, se iba a ejecutar la mayor cesión de soberanía jamás efectuada en décadas. Intencionado o no, es lo más parecido a un golpe de Estado mundial que se ha producido jamás. ¿Eran conscientes los responsables políticos de que lo que estaba sucediendo iba a derivar en eso? En realidad, las malas lenguas no dejaron de observar que la ruptura de los bancos con Carlyle podría estar ligada a la solución de emergencia que iba a poner en marcha la Reserva Federal, que admitiría que se pagaran los ya de por sí bajos intereses del dinero prestado a los bancos con activos basados en hipotecas como las MRBS que se habían endosado a los bancos al no poder cobrar en dinero líquido las exigencias a Carlyle. Sin embargo, para los ciudadanos, a quienes deberían repercutir los

beneficios del dinero prestado a los bancos, no les beneficiaba porque sus gestores, es decir, los políticos que habían elegido, permitían a las empresas financieras pagarles con papel mojado. Tras lo ocurrido en esas semanas de marzo, el economista peruano Oscar Ugarteche, a la vista de que las operaciones en bolsa también estaban sufriendo un recorte cuantitativo importante —poco dinero en movimiento— anunció: «Se anticipa que la bolsa perderá el 40 por ciento de su valor de capitalización para cuando se estabilice, fecha que nadie tiene en mente. Las quiebras bancarias y la recesión concomitante van a arrastrar problemas de crédito de consumo que aún no se perciben». Y es que hay que tener en cuenta que otras formas de crédito no hipotecario —préstamos a emprendedores, tarjetas de crédito, etcétera— tienen como garantía los paquetes que agrupan las hipotecas, porque se pensaba que eran la forma más segura de proteger esos otros créditos.

Martin Wolf, editor de *The Financial Times*, el periódico económico mejor considerado por los defensores del sistema financiero, explicó en su columna del 20 de febrero de 2008 que «el capital acabará siendo forzosamente rescatado por el Estado, bien sea por medio de la estatización de la deuda insolvente o de la inflación, o de ambas a la vez». Lo había dicho también semanas antes el profesor norteamericano Nouriel Roubini: «Hay que prepararse para lo peor, es decir, para una crisis financiera sistémica». En su opinión, una de las causas de lo que ocurre tiene que ver con lo que él llama «sistema financiero en la sombra», que no son sino los fondos y otras formas de negocio desregulado del que Carlyle Capital es un inmejorable ejemplo. Y la pregonada crisis llegó, abriendo la etapa de una auténtica guerra mundial entre quienes luchan por mantener el sistema tal cual está, incluso potenciándolo, y quienes piensan que ante una quiebra del sistema lo mejor es cambiarlo. Pero en este último bando casi no hay nadie...

El resto de la historia ya la conocemos. Todo seguiría yendo hacia abajo hasta que el mundo entero estalló en mil pedazos el 15 de septiembre de 2008, cuando cayó Lehman Brothers. Ahí comenzarían las 72 horas que marcarían un antes y un después. Tras ello, el contagio de la crisis a Europa a través de Islandia. Ellos fueron los primeros en caer y sus ciudadanos los primeros en salir a las calles para gritar un «basta ya» que se extendió al planeta entero.

EN BUSCA DEL PARAÍSO

En vez de utilizar sus recursos técnicos y materiales, que habían experimentado un incremento extraordinario, para construir una ciudad maravillosa, los hombres del siglo XIX construyeron suburbios deprimentes que según los criterios de la empresa privada eran rentables, mientras que la ciudad maravillosa, pensaban, habría sido una extravagancia. Destruimos la belleza del paisaje porque los esplendores de la naturaleza, de los que nadie se ha apropiado, carecen de valor económico. Seríamos capaces de apagar el sol y las estrellas porque no dan dividendos.

JOHN MAYNARD KEYNES

Un economista cuyas teorías han resucitado durante la crisis económica originada en 2008 al proponer medidas de control y estímulo estatal, y la limitación de la actividad financiera basada en la necesidad de perjudicar al ajeno.

En las islas Caimán viven poco más de cincuenta mil personas. Un alto porcentaje de sus habitantes se dedica a la pesca o trabaja en el sector servicios, puesto que el turismo es una de las principales fuentes de ingresos del país, formado por cuatro islas que fueron visitadas por Colón en 1503; las llamó Tortugas, debido a la proliferación de estos reptiles en sus costas, situadas no muy al sur de Cuba. Sus primeros habitantes fueron los colonos británicos que llegaron hasta allí tras el Tratado de Madrid, merced al cual en 1670 se entregó Jamaica a Gran Bretaña, y por lo tanto, las islas Caimán, porque pertenecían a esta gran isla de las Antillas. Así permaneció la situación hasta 1959, cuando Jamaica alcanzó la independencia. Trece años después, las islas Caimán pasaron a tener algo parecido a un autogobierno.

Como decía, el turismo es una de las principales fuentes de ingresos, porque la principal es otra: los bancos. En la isla hay más de mil entidades con oficina propia, pese a que a menudo, en muchas de ellas, apenas trabajan unas pocas personas. También tienen sus domicilios fiscales allí más de diez mil fondos de riesgo, uno por cada cinco habitantes. El porqué de esta desproporción tiene que ver con el régimen fiscal que impera, puesto que el dinero que llega del extranjero está casi libre de impuestos. Así pues, muchas grandes fortunas han trasladado a las islas Caimán sus cuentas, que son regidas y administradas por estos bancos, que invierten desde allí el dinero de sus clientes para obtener una máxima rentabilidad con una mínima carga impositiva.

Más empresas que personas

Es absolutamente legal llevar tu dinero al extranjero y depositar allí tus ahorros o poner tu dinero a funcionar, aunque lo hayas ganado en otro país y te libres así de gran parte de la carga impositiva que tendría en su lugar de origen. Este tipo de operaciones se conocen como *offshore*, un término que originalmente significa «alejado de la costa» y que se debe a que estos enclaves suelen ser islas remotas; hoy, como *offshore* se califican aquellas maniobras financieras que se llevan a cabo fuera del territorio en donde vive o se asienta la persona o la sociedad que decide utilizar estos eximentes tributarios. Desde que empezó la crisis, se han escuchado numerosas voces en contra de estos pequeños países que sirven como refugio para grandes capitales. Se trata de una exención fiscal que sólo afecta a los extranjeros, puesto que los nacionales deben tributar como en cualquier otro sitio. Lo único que se les pide a los «evasores» es que no realicen actividades económicas en el país, que se nutre de sus capitales a falta de otros recursos naturales o industriales. Pese a que no se trata de una actividad ilegal, la opinión pública condena de forma abierta estos lugares que, sin embargo, son defendidos con poderosa energía por parte de quienes disponen de inmensas cantidades de dinero, argumentando que ese dinero es invertido después

en el país de origen para dar trabajo y contribuir al enriquecimiento global. Razonan que sin esos paraísos no podrían ayudar tanto al crecimiento económico en las naciones del primer mundo.

Los propósitos de enmienda por parte de los gobernantes son permanentes, pero la realidad es que ninguna promesa para acabar con los paraísos fiscales se ha cumplido, porque en realidad nadie quiere acabar con unos lugares en los que quienes tienen el dinero y ponen y quitan gobiernos pueden tenerlo lejos de tributos e impuestos que no quieren pagar. Y uno de esos lugares es las islas Caimán, pero hay más, como las Bahamas (con 300 000 habitantes y 100 000 compañías) o las islas Vírgenes (con 25 000 habitantes y más de 800 000 compañías).

Sin embargo, no sólo hay que buscar los paraísos fiscales en pequeñas islas. Algunos países europeos como Luxemburgo, Liechtenstein o Andorra tienen legislaciones verdaderamente atractivas para las grandes fortunas. Y ni siquiera es necesario pensar en pequeños países, sino que también existen otros verdaderamente relevantes que ofrecen a los millonarios pequeñas «islas financieras», como la City de Londres, que tiene una legislación especial que la hace algo diferente a la que impera en el resto del país, o, cómo no, Suiza. Así, las promesas políticas de acabar con los paraísos fiscales se han limitado a la lista que efectúa la OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico), que reúne a los principales países del mundo y regula la economía y los lazos entre esas naciones. Para solucionar el problema, lo que se hizo fue cambiar la definición de paraíso fiscal y quedarse tan anchos, pero en realidad los beneficios que ofrecían estos países siguieron siendo los mismos, pese a haber desaparecido de la llamada «lista gris» y haber pasado a formar parte de la maquiada «lista blanca». Así, en la relación efectuada en 2011, la OCDE ya sólo incluye dos lugares del mundo a los que se considera opacos y susceptibles de ser considerados paraísos fiscales: Naurú y Niué.

Naurú es una pequeña isla circular situada en la Micronesia, en mitad del Pacífico, que tras ser escenario de ensayos atómicos y de sobreexplotación de fosfatos hasta que se agotaron, se convirtió en el destino de dinero negro de medio mundo gracias a una legislación bancaria que permitía abrir cuentas allí sin informar a nadie ni a nada. Tanto es así, que potentados rusos llegaron a lavar dinero en los noventa por valor de 70 000 millones de dólares (la evasión de capitales en Rusia fue una de las causas de la crisis que se vivió allí a finales del siglo xx y en la que estuvieron implicados organismos como el FMI y los mismos bancos, que quisieron aprovecharse de la libertad económica que supuso la apertura del mercado ruso tras la desintegración de la URSS) y que, aunque ha aumentado su nivel de cooperación, sigue siendo un excelente destino para el dinero anónimo. Mientras, el segundo país, Niué, es otra isla situada en el Pacífico, algo más grande que la otra y algo menos independiente, puesto que, en cierto modo, rinde cuentas a Nueva Zelanda, y que ha instituido una legislación mercantil que le ha permitido convertirse en centro virtual para negocios financieros.

La existencia de paraísos fiscales es una consecuencia de la globalización y, gracias a internet, cualquier operación y gestión resulta sencilla, rápida y efectiva, lo que ha permitido que incluso fortunas de consideración hayan entrado en los paraísos fiscales en los últimos años. Y en el mundo de los defensores de estos enclaves *offshore* —y son muchos, más de los que imaginamos—, quienes los apoyan dicen que sirven como reserva para esas grandes fortunas y empresas, de modo que gracias a depositar su dinero allí mantienen una reserva que queda lejos de los peligrosos senderos de la economía, que pueden provocar quiebras en empresas o en familias por culpa de los efectos de una crisis o de terceros que gestionan con errores las inversiones o las propias empresas; es más, quienes los defienden piensan que los gestores económicos de los países del primer mundo son una banda de incompetentes que causan problemas financieros con sus decisiones, razón por la cual disponer de estos salvavidas puede ser necesario para el buen funcionamiento de las cosas. Vamos, que incluso venden los paraísos fiscales como algo positivo para luchar contra la crisis económica y el riesgo inherente al mundo del dinero. Y quienes defienden —leer las guías de instrucciones para elegir el mejor lugar donde esconder el dinero puede ser un ejercicio tan ilustrativo como repulsivo— estos paraísos lo suelen hacer desde un liberalismo más extremo que el liberalismo aceptado, e incluso que el neoliberalismo^[11], justificando las decisiones de situarse *offshore* según unas pautas que se pueden resumir en que las agencias de calificación son malas y por tanto pueden echar al traste nuestros negocios, o en que los gobiernos son unos entrometidos y que nadie debe impedir hacer con nuestro dinero lo que nos dé la gana...

Anuncio: «Te ofrecemos un paraíso fiscal»

Por poner un ejemplo, voy a reproducir una oferta que un grupo de *semihackers* financieros —anónimos, por supuesto— hicieron a sus seguidores, ofreciendo la posibilidad de obtener más información a través de un correo electrónico seguro y de un chat protegido al que responden sólo cuando sus dueños crean las condiciones de seguridad suficientes para ser discretos y mantenerse alejados de cualquier tipo de vigilancia. Y es que aunque dichos paraísos son legales, en no pocas ocasiones se está rozando lo permitido. La oferta, que también incluía el trabajo de inversión en los mercados del dinero que se depositara en la cuenta, fue remitida a los adinerados que los siguen y que hablaba sobre la emergente banca extranjera de una pequeña isla de cien kilómetros cuadrados próxima a Jamaica, en donde también se efectúan abortos libres y legales, sin ningún tipo de supuesto, puesto que las normas británicas no afectan a territorios de ultramar como éste, y se emitió cuando, según las autoridades, los paraísos fiscales ya eran historia. Decía lo siguiente:

Oferta especial: paquete *offshore* en Anguila Británica

Como sabéis, en todas las ediciones de nuestro boletín tratamos de negociar alguna oferta especial para nuestros lectores. En esta ocasión hemos conseguido un paquete muy atractivo, ideal para realizar negocios internacionales o inversiones personales. Anguila es una jurisdicción con un alto nivel de privacidad y prestigio, muy similar a las conocidas islas Vírgenes británicas, pero con costes más económicos y requisitos documentales más sencillos.

Con una sociedad radicada en Anguila se podrá llevar a cabo cualquier negocio lícito, excepto aquellos que precisen licencia especial, tales como juego o actividades financieras que conlleven manejo de fondos ajenos. También es posible utilizar la sociedad para inversiones personales de sus socios, siempre y cuando no se tomen capitales de terceros.

El paquete básico de Anguila incluye:

- Constitución de una sociedad IBC en Anguila Británica
- Todos los documentos originales debidamente sellados y enviados a su domicilio.
- Sello corporativo de caucho.
- Tasas y mantenimiento por un año.
- Cuenta bancaria en el Caribe (St. Vincent) o Europa (Letonia).
- Documentación legalizada para tramitación de cuenta.

Precio del paquete: 1890 dólares o 1450 euros.

Ambas entidades ofrecen cuentas en múltiples divisas, banca online y tarjetas de débito corporativas.

Para los interesados en opciones de *trading*: Se puede añadir una cuenta de *brokerage* en un *broker* internacional en Panamá por 300 dólares o 225 euros. Este coste es por la documentación requerida. La tramitación es gratuita. El importe mínimo de cuenta con el bróker es de 10 000 dólares.

En caso de necesidad, es posible personalizar el paquete con otras opciones bancarias por un pequeño suplemento.

Esta oferta es válida hasta el día 10 de marzo de 2012.

Hay otra razón por la cual han triunfado estos paraísos: el secreto. En Bahamas o en las islas Caimán, el anonimato y la seguridad de quien decide llevar allí sus capitales está asegurado casi al cien por cien, salvo que existan filtraciones, razón por la cual los empleados de estos bancos están sometidos a exhaustivos controles y contratos de confidencialidad. Pero en países con más presencia en el concierto internacional como Suiza, el grado de confidencialidad en operaciones bancarias es absoluto, razón por la cual este país se mantiene al margen de organizaciones supranacionales como la Unión Europea, ya que los países que pertenecen a ella mantienen unas legislaciones fiscales similares y un grado de confidencialidad que no es absoluto.

Debido a sus especiales características, resulta imposible ofrecer datos sobre cómo los paraísos fiscales han podido afectar al buen funcionamiento de la economía de los estados, pero sí se puede afirmar sin género de duda que si los depósitos, inversiones y sociedades estuvieran en sus países de origen, los ingresos que generarían a los estados serían mucho mayores que los inmensos recortes que se están viviendo como consecuencia de la crisis económica desde 2008.

En 1999 se conocieron datos que indicaban que en los paraísos fiscales se guardaban nada menos que 4 billones de euros —aproximadamente la misma cantidad del rescate financiero de diez años después—, pero desde entonces la cifra no ha dejado de crecer, puesto que también se ha duplicado, incluso más, la cantidad

de dinero en circulación. Según datos del FMI —otro de los organismos que denuncian pero no hacen nada—, en los paraísos fiscales se encuentra una cuarta parte del dinero que existe en todo el mundo, aunque no hacen alusión a si se trata del dinero líquido (M1), el casi líquido (M2) o el poco líquido (M3). Sólo en las islas Caimán se calcula que en la actualidad podrían gestionarse más de 2 billones de euros, es decir, el doble de todo el dinero que existe en un país como España, que no deja de ser la octava potencia mundial en términos económicos, y varias veces el dinero que se necesitaría para que la ONU cumpliera los llamados «objetivos del milenio», que no son sino objetivos que tienen como misión que no haya hambre en el mundo.

Un informe de 2006 efectuado por la ONG Social Watch incide en esta realidad: desde los paraísos fiscales podría salvarse al mundo entero de cualquier problema. Siguiendo con estas comparaciones, que pueden provocar estupefacción y auténtico enojo, en estas islitas de nada hay un total de sesenta veces el dinero que existe en nuestro país. Pero pese a que esto lo saben los gobiernos, ahora asfixiados, en realidad no se hace nada para evitarlo. Y esto, sin duda, no sería así de no ser porque los grandes bancos del mundo —y también miles de empresas— tienen sucursales en estos lugares y operan desde allí con el dinero que se encuentra en sus cuentas y depósitos.

El caso de Julius Baer

Uno de los ejemplos que podemos poner es el de Julius Baer, un banco suizo de inversión fundado en 1890 que opera en 68 países, entre los cuales se encuentran varios paraísos fiscales como Bahamas. Ya de por sí, su sede central se encuentra en un país con una legislación laxa en este sentido. Si yo tengo una inversión hecha allí, en una cuenta en Suiza, ya habría logrado un alto grado de secreto y discreción. Y si encima doy la orden a la sucursal de Suiza de que trasladen parte del dinero que tengo a una sucursal de Bahamas porque dispongo de unos cuantos miles de euros (bueno, en realidad quienes hacen esto cuentan con millones) que quiero invertir porque me interesa su oferta, entonces lograré secreto sobre secreto. Es decir, que no se enterará casi nadie. Como mucho, los empleados del banco que me gestionen estas cuentas e inversiones...

La historia de este banco especializado en gestión de activos, inversiones, consultoría y fondos dio un giro en el año 2005, cuando se fusionó con otros bancos suizos y absorbió la empresa de gestión Global Asset Management (GAM), que pertenecía al gigante bancario UBS, que como consecuencia de esa adquisición pasó a tener el 21 por ciento de las acciones del banco. Recuerdo cómo me impresionó una de las recomendaciones que efectuó un alto directivo de este banco a uno de sus

analistas máspreciados, el mencionado Michael Mayo: «Primero, decide tu postura, y después busca razones que la sustenten». Si se lee dos veces esta máxima, uno no puede más que horrorizarse, puesto que en realidad se le estaba pidiendo que fuera aleatorio y que después intentara engañar al cliente del banco por el propio interés del banco y no del cliente. Y es que aquí todos engañan a todos... «Lo segundo que enfatizó mi jefe —continúa explicando Mayo— fue que había que ir de juerga con los clientes, porque un filete y una cerveza significan más para algunos clientes que el trabajo en sí. Después de una conferencia bancaria en Florida montamos una gran fiesta de póquer en su habitación. Compramos patatas fritas, vodka y cajas y cajas de cerveza helada. Al final de la noche tuvimos que sacarlo de allí en brazos, literalmente, lo que ayudó a ganar puntos con los clientes». Y es que ésta es la realidad. Luego, Mayo sufrió una severa reprimenda del jefe de UBS cuando efectuó una mala calificación de un banco privado, KeyCorp: «Mi informe era bastante comedido; decía que a la empresa le costaría crecer y que otros bancos eran mejores inversiones. Sin embargo, KeyCorp no quedó contenta y cortó todos los negocios con UBS. Ésa fue mi iniciación: di algo que no le guste a un banco y el banco se vengará, aunque el razonamiento sea correcto». Y es que KeyCorp era una inversión de los clientes de UBS, pero a la vez, KeyCorp también era cliente de UBS en otros negocios, y así sucesivamente. Así son las cosas en este mundo perverso: al final están todos unidos y entrelazados hasta hacer imposible la existencia de un bienpreciado que en el mundo del dinero ha desaparecido: la independencia. Finalmente, UBS vendió dos años después su participación en Julius Baer, obtuvo unas plusvalías importantes y corrió a invertir las en otro sitio. Y así sucesivamente...

En enero de 2008, Julius Baer sufrió un pequeño cataclismo: uno de esos empleados de subdivisión bancaria, Julius Bank, que sabía sobre los clientes que depositaban sus ingresos en los paraísos fiscales se estaba yendo de la lengua. Hubo amenazas, le pusieron detectives, denuncias... No se pudo hacer nada, y ese empleado, llamado Rudolf Elmer, que había dirigido la oficina de Bahamas, entregó parte de la información de la que disponía a Wikileaks, que por entonces aún no era ni mucho menos conocido, pero la publicación —con nombres, apellidos y cantidades— de aquellas órdenes de transferencia de dinero hacia el paraíso fiscal hizo un enorme daño al banco, cuyos asesores legales lograron gracias a un juez de California que se tomaron medidas cautelares, entre ellas el cierre de la página web del grupo, que sin embargo, tras otra decisión legal, logró volver a aparecer en el mundo digital. Posteriormente, en enero de 2011, Elmer compareció en una rueda de prensa para notificar la publicación de nuevos datos y escritos. Aquello tuvo consecuencias terribles para él, que incluso fue detenido por violar las estrictas leyes del secreto bancario. El proceso aún está abierto...

Sin embargo, muy pocos medios de comunicación se hicieron eco del contenido de aquellos informes secretos. Podría haber supuesto perder favores de aquellos adinerados, anuncios publicitarios de las empresas que aparecían implicadas o

favores de los políticos que habían acudido a Suiza para después hacerlo a las Bahamas a través del complejo entramado de sociedades que trazan estos bancos. No deja de ser sorprendente que uno de los clientes que invirtieron su dinero en Julius Baer fuera, nada más y nada menos, que el Carlyle Group. En las informaciones que fueron dadas a conocer se incluyen los contratos entre el banco y el fondo para que los primeros —denominados allí TCG Ventures Limited, enlazada con otras oficinas situadas en la City de Londres, en donde como antes decía existen también lagunas legislativas intencionadas— gestionaran desde 1997 parte del dinero desde el paraíso fiscal; también hay transferencias de varias decenas de miles de dólares desde cuentas en bancos suizos a la cuenta de las Bahamas, y resúmenes de reuniones entre los enviados de Carlyle y los responsables del banco en Caimán, así como los contratos efectuados entre TGC Ventures y Julius Baer para gestionar una cantidad de dinero que en un documento se cifra en 1200 millones de dólares que fueron invertidos el 30 de junio de 1997. Y es que la vinculación de Carlyle con los paraísos fiscales no se limita a lo señalado. Viene de lejos. Viene —no lo olvidemos nunca— de una empresa liderada por una familia que estuvo doce años al frente del país más poderoso del planeta...

Pero el asunto de los paraísos fiscales ha ido más lejos.

Los paraísos fiscales camuflados... aquí mismo

Imagine el lector que tiene una empresa con tres sedes. La primera está ubicada en donde realiza su actividad, y la segunda es una filial en la que tiene un solo trabajador pero que obtiene unos beneficios de 5333 millones de euros. Podría pensarse que ese trabajador es un hacha y sabe hacer dinero sin medida. Al tratarse de una inversión, incluso ha obtenido una ayuda del gobierno por dar trabajo a una persona. Ganando tanto dinero, no tendría mucho sentido que pidiera los tres mil euros que podría percibir en subvenciones para sustentar ese puesto de trabajo. Pero aun así, lo hace. Pongamos por caso que la empresa filial se encuentra en España, en donde el Impuesto de Sociedades —la declaración de la renta de las empresas— le exige pagar al fisco un 25 por ciento de sus beneficios. Así pues, esa empresa dará a las arcas del Estado algo más de 1500 millones. Pero no. No paga eso. Incluso si su trabajador cobra 44 000 euros pero su labor ha tenido más gastos de los esperados, hasta podrá conseguir que se le devuelva dinero. Qué locura...

El problema es que esa locura ocurre. Como ya he explicado a lo largo del libro, en los ochenta el mundo financiero se abrió en canal a la estafa moral gracias a que se permitieron determinadas prácticas que en los noventa se desarrollaron aún más. Es aquí en donde entra la tercera —y más importante— sede del grupo. Es la central. La madre; la matriz, como se suele llamar en estos casos. Sus directivos están ahí. Son

de ese país, pero tienen un equipo de asesores que se pasa media vida buscando trucos para conseguir un mayor beneficio. Cuando lo encuentran —aunque siendo sinceros, encuentran lo que alguien puso ahí con la intención de que fuera localizado— deciden abrir las otras dos sucursales de su empresa, porque averiguan que si se imputan los beneficios a la segunda, ésta podría «inventarse» un pago a la tercera, en donde tenemos un solo trabajador que únicamente se dedicará a pulsar un botón en su ordenador para autorizar la recepción de ese ingreso que, una vez contabilizado y metido en las cuentas, queda libre de mácula. Porque donde se encuentra esta sede, ese envío de dinero y ese beneficio, al ser un país extranjero, y al no haberse producido directamente allí, queda libre de tributar. Así las cosas, esos más de 1500 millones no pasan al erario público y pueden remitirse sin problema a la sede central, en donde, al llegar de donde proviene, sólo paga la mitad de lo especificado por la ley para otros casos. Quizá usted, acostumbrado a cobrar y pagar una parte proporcional fija, se esté perdiendo...

El lugar del que estamos hablando es España, un país en el cual veintiuna de las treinta y cinco empresas más importantes cuentan con sucursales en los paraísos fiscales a los que se ha hecho alusión. Un país en el que la clase política dice luchar —a golpe de titular, pero sólo con la intención de dar la sensación de que se combate esta lacra— contra los paraísos fiscales pero que a la vez, en determinados casos, lo es él mismo para empresas extranjeras desde 1986. Esas empresas sólo tienen que cumplir un requisito: no realizar actividad en España. Ése es el caso, por ejemplo, de la mayor petrolera del mundo, ExxonMobil. Que es, a su vez, una de las mayores empresas del planeta. Sus pozos petrolíferos están esparcidos por medio mundo y generan un dinero incalculable. Sus gestores descubrieron en España una fórmula legal para constituir sociedades que se denominan Entidad de Tenencia de Valores Extranjeros (ETVE) que existe desde el año 1986. Sobra decir que este tipo de empresas son legales, aunque rozan la inmoralidad.

La sucursal de la empresa en España generó unos beneficios en 2009 de 5333 millones de euros. No está mal para una empresa con un solo trabajador y que no tiene en nuestro país ni una sola torre, ni una sola refinería, ni una sola prospección... Entonces, ¿cómo ganan tanto dinero? La realidad es que no lo ganan, salvo en forma de dividendos por su participación en el *holding* que agrupa a todas las empresas de ExxonMobil, que tiene en Luxemburgo su sede central. Luego, ese dinero es transferido a la empresa norteamericana. Las leyes permiten este paso fugaz del dinero con excención de impuestos mediante las ETVE tanto en el país de origen como en el país en que está el dinero que se va a pagar. Que en España se pueda hacer esto es, sin duda, una licencia que se permitió a gobiernos poderosos para que sus empresas pudieran trabajar con más libertad.

Además, existe en España una versión similar para las empresas patrias. Son las llamadas SICAV (Sociedad de Inversión de Capital Variable), que trabajan sobre valores mobiliarios y activos financieros. Son un instrumento perfecto para dar

liquidez a los inversionistas y garantizar el ahorro gracias a las escasas medidas impositivas que tienen. Muchas de ellas están vinculadas a grandes empresas que constituyen una SICAV para efectuar sus operaciones financieras. Se requiere una gran cantidad de dinero para crear una SICAV, ya que se exige depositar 2,4 millones de euros, que es el capital mínimo que requieren para echar a andar. Tienen algunas limitaciones para invertir —un porcentaje del capital—, pero los beneficios que generan sólo tienen que pagar un 1 por ciento en impuestos, frente al 25 por ciento de los beneficios que deben declarar en el Impuesto de Sociedades la mayor parte de las pequeñas y medianas empresas, muchas de ellas unipersonales y vinculadas a un trabajo profesional en concreto. Para los muy ricos es una suerte de paraíso fiscal en tu propia tierra, mientras que para el Estado, el beneficio que se obtiene por tanto dinero en movimiento es verdaderamente escaso. Y es que ésta es una de las transformaciones que se están viviendo en los últimos años: la aparición de mecanismos legales y poco complejos para no tener la necesidad de irse a lejanos paraísos fiscales, ya que la presión que efectúan a los gobernantes es suficiente para acogerlos en estas falsas islas en mitad del océano que son los países... buenos.

LA REVOLUCIÓN DE LOS JAZMINES

Querido padre: Una vez, hace poco, me preguntaste por qué decía que te temía... Tú, el hombre que tan enormemente ha influido en mi vida, sin embargo, no observaba los mandamientos que imponía. Por eso subdividí el mundo en tres partes: una, en la cual vivía yo, el esclavo, bajo leyes que sólo habían sido inventadas para mí y a las que yo, por otra parte —sin saber por qué— nunca podía cumplir de forma satisfactoria; luego, un segundo mundo, infinitamente lejos del mío, en el cual vivías tú, ocupado en gobernar, emitir las órdenes y disgustarte a causa de su incumplimiento; finalmente un tercer mundo, en el cual vivía el resto de la gente, feliz y sin órdenes ni obediencia.

FRANZ KAFKA

Carta al padre (1919).

El 14 de febrero de 2011, el presidente de Túnez abandonó el país camino de Arabia Saudí. «Ben Alí era aplaudido, celebrado y considerado un ejemplo por la buena progresión de la democracia en su país. ¡Parece mentira! Cuando huyó como un ladrón (como lo que es), las televisiones volvieron a retransmitir los discursos de Jacques Chirac, Nicolas Sarkozy, Dominique Strauss-Khan, Silvio Berlusconi... El telespectador quedaba atónito ante el contraste entre lo que esa gente decía en presencia de Ben Alí y lo que balbucían cuando el sinvergüenza huía», escribe Tahar Ben Jelloun, un comprometido escritor marroquí que denuncia en su libro *La primavera árabe* (Alianza Editorial, 2011) la hipocresía del primer mundo a la hora de justificar y blanquear algunas dictaduras en los países árabes, haciéndolos pasar por países «buenos» únicamente porque eran útiles para sus intereses económicos y financieros y sus grandes empresas.

De Cartago a Túnez

Con sesenta y un habitantes por kilómetro cuadrado, un total de diez millones de almas y una extensión de aproximadamente una cuarta parte de España, Túnez, la antigua Cartago, declaró su independencia en 1956. Hasta entonces, Francia ejercía el control sobre su protectorado. Y desde esa fecha, el hombre que se enfrentó al poder colonial francés, Habib Bourguiba, asumió la presidencia. Primero declaró el país como una monarquía constitucional. Sólo unos meses después, la monarquía fue abolida.

Era el año 1957.

Nacía la República de Túnez.

Bourguiba gobernó sin oposición. Instauró un sistema de partido único. Fue autoritario, pese a que algunos de sus planteamientos hicieron de su país el más avanzado del entorno, puesto que luchó a favor de la laicidad del Estado frente a tendencias regresivas que situaban los principios de Islam por encima del bien común del país. Ya por aquel entonces reconoció la igualdad absoluta de derechos para la mujer, e incluso legalizó el divorcio o el aborto. Ni siquiera en los países más avanzados de la Europa de entonces se había llegado tan lejos.

En las filas del partido único empezó a cobrar relevancia un personaje llamado Zine el Abidine Ben Alí. Primero fue nombrado director de Seguridad Nacional, después ministro del Interior, y en 1987 alcanzó el rango de primer ministro cuando el presidente de Túnez tuvo que dejar el cargo; su edad y su salud lo imposibilitaban para ejercerlo. Ciertamente es que el propio Ben Alí tuvo mucho que ver en la declaración de incapacidad. Se llegó a denominar a la operación como «golpe de Estado médico», ya que se forzó a los sanitarios a firmar los documentos que certificaban dicha incapacidad.

Y aunque durante todo ese tiempo el país creció en lo económico, la realidad no fue otra cosa más que la ausencia de libertad. A pesar de ello, los acuerdos con los países europeos y Estados Unidos fueron cosa habitual. Las empresas del norte desembarcaron allí, y los intereses cruzados de unos y otros hicieron que se pasara por alto la permanente vulneración de los derechos humanos.

La llegada de Ben Alí fue celebrada. Prometió libertad de partidos, de expresión y reformas constitucionales. Pero a la postre, la vida social siguió dominada por el partido único, paradójicamente denominado Asamblea Constitucional Democrática, que se convirtió en el órgano que autorizaba los nuevos partidos siempre y cuando se sometieran a las normas exigidas por ellos mismos. Con la perspectiva que da el tiempo, no puede verse el país mas que como un feudo y la extensión de los intereses financieros y políticos de los países más poderosos.

Las primeras elecciones en este régimen falsamente democrático llegaron en 1989. Ben Alí ganó con el 99 por ciento de los votos. Cinco años después, repitió resultado: el 99 por ciento de votos. Para poder presentarse a una tercera reelección, reformó la Constitución, aunque por primera vez tuvo que ceder a ciertas presiones, ya que a pesar de ganar con la práctica totalidad de votos —por cierto, si alguien que lee estas líneas lo duda, ninguno de los resultados superaron la más mínima prueba de credibilidad— debía reservar uno de cada cinco escaños para la oposición. Siguió arrasando en las siguientes elecciones. Las últimas se celebraron en 2009 y se atribuyó el 89 por ciento de votos. La derrota del *rais* debió de ser espectacular para que no reconociera que todos votaron por él... Pero la burla —ganar así, con esa ventaja sobre los rivales, es siempre una burla al sentido común— fue pasada por alto por los dirigentes occidentales, con la excusa de que Ben Alí había acabado con los islamistas y que su país era un remanso de paz que otorgaba tranquilidad al resto del mundo, en donde se sabía perfectamente que él y su clan familiar se estaban enriqueciendo a costa de la población.

Una dictadura encubierta

Hay que señalar que los pocos partidos de la oposición autorizados apenas tenían representación en las calles. Y es que las fuerzas sociales y políticas con más apoyo ciudadano no fueron legalizadas ni pudieron presentarse a los citados comicios. En la práctica, la situación del país era una dictadura encubierta que se sostenía merced a un orden policial extremo, en el que los cuerpos de seguridad actuaban como una auténtica mafia que dictaba las órdenes e imponía un régimen de miedo en las calles que no traspasó fronteras gracias al silencio cómplice de las democracias europeas que no veían —o no querían ver— cómo la injusticia social se adueñaba de una población que podía estallar en cualquier momento si una crisis económica quebraba

el difícil equilibrio de Túnez. Y cuando todo ocurrió, cuando la revolución tomó las calles, el desempleo alcanzaba a casi la mitad de los licenciados universitarios, mientras que siete de cada diez jóvenes reconocían que querían emigrar a Europa para buscar allí mejores condiciones laborales y sociales.

Para que se desencadenara la revolución popular intervinieron dos factores:

El primero de ellos fue un hombre llamado Mohamed Buazizi. Era un vendedor ambulante de los miles que se pueden encontrar por las calles, siempre y cuando paguen una suerte de impuesto revolucionario que garantiza que la policía dejará en paz al vendedor. Pero para Mohamed, que tenía a su cargo a siete familiares, la situación era complicada. O se saltaba aquellas normas mafiosas, o no llegaba a ganar lo suficiente para poder alimentar a los suyos. Como respuesta a su desafío, la policía decidió tomar medidas, y el 10 de diciembre de 2010 le confiscaron el carro y le imposibilitaron seguir trabajando.

Apenas diez días antes, Wikileaks había empezado a liberar los cables diplomáticos —250 000 en total— a través de cinco periódicos de dimensión internacional, provocando con ello una crisis de proporciones infinitas. Quedaba al descubierto en aquellos papeles que los embajadores norteamericanos repartidos por el mundo entero sabían perfectamente de las querencias y corruptelas de algunos presidentes y dictadores, pero todo quedaba en comunicaciones oficiales cuyo contenido apenas salía a la luz. Evidentemente, unos cuantos cientos de documentos hacían referencia a las sucias maquinaciones del poder político y policial en Túnez. Sin embargo, los destinatarios de aquellos cables diplomáticos seguían alabando los avances democráticos de Ben Alí y los suyos. Los cables demostraban que en Occidente se sabía perfectamente qué ocurría, pero no se hizo nada para evitarlo porque las medidas de Ben Alí satisfacían otro tipo de intereses.

Apenas unos días después, Mohamed decidió quemarse a lo bonzo frente al edificio del gobierno provincial de Sidi Buzid. Su gesto escondía muchas lecturas, pero una de ellas era el rechazo a las normas religiosas, contra las que también estaba, frente a lo que se creía y sigue creyendo en Occidente, en donde tenemos un reflejo de la radicalidad religiosa que no se corresponde a la realidad. Su sacrificio —moriría la noche del 5 de enero de 2011— tuvo una repercusión espectacular entre una población que veía en las reclamaciones de Mohamed sus propias reclamaciones. Y no se trataba de reclamación religiosa alguna. Al contrario. Aquella población, empujada por el gesto de Mohamed, reclamaba justicia social, verdadera democracia y libertad. Ni siquiera el propio Ben Alí pudo calmar los ánimos de sus cabreados súbditos cuando visitó al herido en el que sería su lecho de muerte. En realidad, Ben Alí se creía el padre de Túnez y de todos los tunecinos. Sentía que los suyos lo estaban abandonando, aunque en realidad tenía una relación con ellos de superioridad y dominación.

Fue entonces cuando las informaciones en relación a las maniobras corruptas del presidente, sus hijos, sus yernos, sus amigos, y del clan Trabelsi, la familia de la

esposa de Ben Alí, comenzaron a publicarse e inundaron de argumentos las conciencias de los cientos de miles de jóvenes tunecinos que salieron a las calles para reclamar la dimisión de Ben Alí, que ante la inusitada fuerza de convocatoria de sus súbditos —así entendía él que eran los ciudadanos— acabó por admitir que no se presentaría a las elecciones del año 2014. Pero a los manifestantes aquello les importó bien poco. ¡Querían que se fuera ya!

La Unión Europea y Estados Unidos manifestaron su apoyo a la voz popular en cuanto esa voz tuvo la fuerza suficiente, cuando ya era inevitable su triunfo, y las informaciones sobre la verdadera cara de la dictadura tunecina llegaron al mundo entero. Pero la realidad es que tanto Estados Unidos como los países europeos fueron los que apoyaron la llegada al poder de Ben Alí. Los cables diplomáticos también mostraban que los embajadores norteamericanos sabían que la realidad política en Túnez era la de una auténtica dictadura y que no existían libertades en un Estado férreamente controlado por los cuerpos de seguridad. Sin embargo, de cara a la opinión pública, en ningún momento se hizo ver que existía rechazo a las políticas que durante tres décadas se habían llevado a cabo en el país.

El apoyo a Túnez por parte de la Unión Europea y Estados Unidos se hizo mayor tras los atentados del 11-S. Desde las grandes potencias, se señaló que Jordania, Marruecos y Túnez eran los gobiernos más avanzados del orbe musulmán. Se firmaron numerosos acuerdos de colaboración con Túnez en el campo de la inmigración y el terrorismo. Incluso se llegó a crear un centro de interrogatorios para presuntos terroristas procedentes de Afganistán e Irak, con destino a Guantánamo y otras cárceles secretas. El Departamento de Estado del gobierno de Washington señaló que Túnez era un país ejemplar. En octubre de 2010, apenas dos meses antes del inicio de la revuelta, el equipo de Hillary Clinton se enorgullecía del apoyo en materia de seguridad y la colaboración entre ambos países. Pese a ello, Clinton ya había recibido los cables diplomáticos que certificaban que lo de Túnez era una poderosa y férrea dictadura. El 13 de octubre, en uno de sus informes, el Departamento de Estado señalaba: «Estados Unidos y Túnez tienen un calendario activo de ejercicios militares conjuntos. Históricamente, la ayuda estadounidense en materia de seguridad ha desempeñado un papel importante en consolidar las relaciones. La Comisión Militar Conjunta estadounidense-tunecina se reúne anualmente para discutir sobre la cooperación militar, el programa de modernización de la defensa de Túnez y otras cuestiones de seguridad».

Ben Alí aprovechó los acuerdos en la lucha antiterrorista para intentar contener a la oposición. En esas fechas, también Jacques Chirac, el presidente francés, alabó la progresiva democratización de Túnez. El más importante de los partidos de la oposición era de corte islámico pero moderado (y aunque no lo quisiéramos ver así en los países más ricos, era mucho más democrático que el partido de Ben Alí, pero en los países ricos y mejor informados, la propaganda había hecho que sólo con oír la palabra «islámico» pensáramos en terroristas, burkas, e imanes diciendo

barbaridades). Sin embargo, su propia definición religiosa motivó que fuera considerado como islamista y que se acusara a sus miembros de terroristas. La prohibición del hiyab, el pañuelo islámico, en 2003, fue interpretada como otro símbolo de avance social, pero sólo se había legislado en este sentido para satisfacer a Europa y Estados Unidos, cuando en realidad no existía ningún problema de convivencia en ese sentido. Ya en 1981 el anterior presidente había prohibido su uso en lugares públicos, pero Ben Alí emitió normativas más restrictivas. Se persiguió incluso policialmente a las mujeres desobedientes.

Los informes demostraban que en los países más poderosos se sabía que todo aquello no eran sino maniobras internas para retener el poder sin disidencia y utilizar la represión policial encubriendo como lucha antiterrorista lo que de verdad era una lucha política contra la oposición. Tras la aprobación de la ley antiterrorista de 2003, el número de reclusos aumentó a 23 000 personas. Es el cuarto país del mundo en número de encarcelados por habitante, pese a ser uno de los países con menos delincuencia del continente. Sami Nair dice: «Éste es un momento crucial, que vacía de sustancia el argumento sostenido por los regímenes autoritarios según el cual toda contestación a su dominación le hace el juego a los islamistas. Harán todo lo posible para islamizar esta propuesta a fin de reprimirla más fácilmente a los ojos de las clases medias y de Occidente».

El FMI y su desembarco en el norte de África

Durante la primera década del siglo, por exigencia de los países ricos, el gobierno de Túnez se sometió al control y dirección del Fondo Monetario Internacional (FMI), desde donde se alabó el sistema económico de Túnez, entre otras cosas porque se adaptó a todos los requerimientos efectuados por el gran capital. Según aseguraban los informes del FMI a mediados de la década pasada, Túnez se adaptó a los retos de la globalización del siglo XXI. En consecuencia, los datos económicos mostraban la buena salud de las arcas del Estado, ya que el crecimiento —supuesto crecimiento, dado que hacía referencia a los grandes datos económicos y no a la verdadera situación de la población— se situó en el 5 por ciento anual.

Sin embargo, la adaptación a esos retos y sus consecuencias en tiempos de crisis ha sido la causa del deterioro de la situación y la razón que ha llevado al país a su actual descontento popular. Las desigualdades económicas en el país son enormes. El 10 por ciento de la población gana el 50 por ciento del total del dinero. Y aunque oficialmente el paro sólo afectaba al 14 por ciento de la población cuando la revolución estalló, las reducciones de sueldos y el incremento de precios provocó que el poder adquisitivo de los tunecinos mermara de forma muy notable. Pese a ello, en un informe dado a conocer tres meses antes de la revolución, el FMI seguía

considerando que la gestión económica de Ben Alí era buena y prudente, acorde a las necesidades para hacer frente a la crisis internacional. Entre las medidas que se implantaron desde el exterior estaba la abolición de todo tipo de control del comercio al exterior, eliminando los aranceles aduaneros para los países europeos.

También se exigió la privatización de los bancos. En los cables diplomáticos se cuenta un ejemplo de cómo este proceso también fue objeto de pillaje por la familia presidencial: primero se privatizaron parte de los bancos entregándolos al clan Trabelsi y a la familia del presidente, para después proceder a la venta de las acciones a un precio mucho más elevado que el que tenían cuando se entregaron al entorno de Ben Alí.

Una de las formas del régimen para mantener el poder ha sido silenciar internet en la medida de lo posible, hasta el punto de que se convirtió en uno de los países más restrictivos del mundo, lo cual no fue óbice para que los jóvenes tunecinos — más ávidos de democracia y libertad de expresión que en los países ricos— emplearan todos los mecanismos tecnológicos a su alcance para organizar las protestas, en las que se reclamaba además la apertura de los canales de comunicación por la red, que habían sido suspendidos por Ben Alí el 27 de abril de 2010. Los tunecinos no tenían acceso a blogs, ni a millones de páginas de información ni a páginas de vídeos o archivos.

Decenas de jóvenes fallecieron en las primeras jornadas de manifestaciones, pero la represión por parte del Ejército fue a menos a medida que crecían las concentraciones masivas. Ben Alí perdió el favor de los militares sobre los que sustentada su «imperio», y las imágenes de los jazmines colocados en las bocachas de los fusiles de los militares dieron la vuelta al mundo como el auténtico símbolo de un país que había desafiado al patriarca, obligándolo a huir en dirección a Arabia Saudí, donde los jeques que desde allí habían financiado todos los integristas religiosos del orbe musulmán decidieron acogerlo tras comprobar cómo los líderes de los países que antes lo habían apoyado le negaban su ayuda. Tuvieron que cambiar su actitud porque los tunecinos habían decidido recuperar su autonomía e iniciar un largo proceso hacia la democracia, jalonado por mil dificultades y que, desde luego, como jamás ha sido en ningún lugar, no tendrá lugar de la noche al día. Pero, sin duda, gracias a la revolución popular comenzaba a apuntar el amanecer...

TAHRIR, LA PLAZA DE LOS SUEÑOS

«Por más que animes tanto como quieras a alguien que tiene los ojos vendados a mirar a través de la venda, no verá jamás. No empezará a ver más que desde el momento en que se quite la venda».

FRANZ KAFKA
El castillo (1922).

Había pocas cámaras. Egipto, el país que más turistas recibe en el mundo, allá donde se encuentra el mayor monumento jamás concebido, la Gran Pirámide, se convirtió en un país casi cerrado al mundo. El cerco —discreto pero eficaz— a los periodistas fue la causa que provocó que las imágenes que llegaban desde Egipto fueran sólo las de la plaza Tahrir, pero la realidad es que la magnitud de las protestas se extendió a Suez, Alejandría y otras ciudades. En total, se calcula que, el día de mayor concentración, cuatro millones de personas salieron a las calles para pedir la dimisión de Hosni Mubarak.

Esa misma noche, el presidente egipcio comparecía en televisión. Anunciaba que se convocarían elecciones y que él no se presentaría, pero que se quedaba hasta entonces para encabezar él mismo la llamada transición. «Si me voy ahora, el país quedará sumido en el caos», dijo un hombre cuyo parecido con Ben Alí va más allá de lo físico. Al darse cuenta de que la población había perdido la paciencia intentó aferrarse al poder convocando elecciones para un futuro indefinido —aunque como en Túnez se celebraban con la misma transparencia y legalidad (es decir, ninguna)— con él como guía del período que se abría, tras el cual, desde siempre, manifestó su intención de que fuera su propio hijo el que presidiera el país.

La esfinge se defiende

La esperada alocución de Mubarak no gustó. Nadie quería una transición liderada por él. Lo que los egipcios querían era que se fuera ¡ya! Los cuatro millones de manifestantes querían la dimisión inmediata del octogenario dictador y la llegada, mejor ayer que mañana, de una libertad ausente entre pirámides y esfinges que, hasta ahora, blanqueaban la verdadera naturaleza del régimen. Esa noche, el descontento en la plaza Tahrir se hizo notar. Pero a la mañana siguiente...

Las primeras noticias hablaban de enfrentamientos entre los partidarios de Mubarak, a quien el disgusto de su pueblo enojó profundamente, y los opositores. La que hasta ese momento se había caracterizado por tratarse de una revolución pacífica dejaba de serlo. Los «inexistentes» partidarios del régimen salieron de su escondite. Sin embargo, en la plaza Tahrir nadie lo dudaba. Eran los *baltageia*, es decir, «los matones al servicio del dueño de Egipto», tal y como se los conoce allí. No eran ciudadanos de a pie, sino policías y agentes de seguridad vestidos de paisano. Entraron en la plaza a caballo, algunos incluso a camello, exhibiendo espadas y armas de fuego con las que atacaron a los reunidos. Fruto de las refriegas y también del ataque de los agentes de los cuerpos de seguridad murió un número indefinido de opositores que según algunas informaciones ascendía a ochocientas personas.

Sobre la identidad de quiénes eran realmente los hombres que llevaron el caos a El Cairo hubo mucha especulación. Una de las informaciones que llegaron en las

primeras horas de enfrentamiento civil es que el Museo Egipcio, que alberga algunos grandes tesoros de la época de los faraones, estaba envuelto en llamas después de que los alborotadores hubieran lanzado varios cócteles molotov. Sin embargo, esas informaciones no eran exactamente ciertas, porque en realidad se trataba de pequeñas bombas incendiarias lanzadas con una suerte de lanzamisiles caseros. Quienes habían provocado aquello eran los mismos *baltageia*.

Días antes de que se iniciaran las hostilidades en las calles de El Cairo, cinco mil presos comunes se fugaron de las cárceles. En algunas de ellas, los reclusos aprovecharon que los guardias habían abandonado —casualmente— sus puestos de vigilancia. Aún faltaban días para que se produjera el asalto a la plaza Tahrir, pero desde la fuga de los miles de presos empezaron a sucederse los saqueos y actos de vandalismo que afectaban incluso al patrimonio histórico del país. A partir de ese momento, y gracias al interés de Occidente por el legado arqueológico de Egipto, desde el régimen se intentó asociar las manifestaciones que pedían la salida de Mubarak con los actos de pillaje, pero la verdad se hizo hueco de forma sencilla: todo respondía a una estrategia desesperada de un Mubarak que veía con asombro e inquina cómo sus «hijos» (su pueblo) se habían levantado contra él, obligando a los presidentes de los países occidentales —los mismos que habían apoyado a Ben Alí con idéntica hipocresía— a empezar a modificar su discurso para adaptarse a los vientos de libertad que proclamaba el pueblo. Como pocas veces antes en la historia, los grandes mandatarios internacionales caminaban por detrás de las voluntades de los ciudadanos...

El viernes 27 de febrero, los mismos que pedían la caída del régimen decidieron reunir voluntarios para formar en torno al Museo de Antigüedades de El Cairo una cadena humana que tenía por objeto proteger a esta joya de la humanidad de los actos vandálicos que se producían a medida que la ausencia de los agentes de policía, siempre favorables a Mubarak, se hizo más patente en las calles. En uno de los foros de Facebook que sirvió de punto de unión y contacto para los manifestantes —también Mubarak, como Ben Alí, había cortado las comunicaciones a través de telefonía móvil e internet— se explicaba que muchos agentes de policía se habían quitado los uniformes y, junto con vándalos y delincuentes, estaban saqueando y robando para causar tanto caos y destrucción como fuera posible para, posteriormente, atribuírselo a los manifestantes.

En uno de los pocos diarios independientes del país, y por tanto perseguido, el rotativo *Al Masri Al Yaoum*, podía leerse lo siguiente: «Los vándalos que saquean barrios residenciales e intimidan a civiles están contratados por el gobierno, según los testimonios. Están siendo enviados por el gobierno, los sacan de prisión y les dicen que nos roben —dice Namir Nashaat, un residente—. Cuando los cazamos, responden que los envía el Ministerio del Interior. El gobierno está dejando escapar a los convictos y los saca de prisión».

Para hacer frente a la situación, los ciudadanos que participaban en las protestas

se organizaron en *legan sha'beya*, que son una suerte de grupos de jóvenes organizados y armados cuyo objetivo era defenderse de los ataques y proteger la ciudad, sus museos y sus edificios públicos de los actos vandálicos que cometían los presos fugados y los agentes vestidos de paisano; e incluso efectuaron detenciones de policías camuflados como alborotadores.

Un patriarca menos

Se estaba empezando a poner fin a una dictadura que ya se prolongaba tres décadas. Pero Mubarak —un dictador— era un fiel aliado de todos los líderes internacionales que se llenaban la boca hablando de libertades y democracia. Al igual que en el caso de Ben Alí, los presidentes de los países ricos consideraban que su labor había sido fundamental para contener al radicalismo islámico. Pero, en realidad, Mubarak sólo había sido un fiel colaborador de Occidente. A cambio de mantener el poder, había vendido a su pueblo, que poco a poco fue quedando sumido en la pobreza más absoluta. Eran los intereses económicos y estratégicos —y no los ejercicios políticos de Mubarak— los que habían hecho que los habitantes de los palacios presidenciales lo recibieran con todo tipo de lujos, pero cuando la crisis económica se extendió, las estructuras sociales se resquebrajaron y quedó al descubierto lo frágil que era la línea entre el progreso y el retroceso.

Algunos de aquellos mandatarios, junto con un buen puñado de las mayores fortunas del mundo, se reunieron en esos mismos días en el Foro de Davos, en Suiza. Se trata de una cita anual en la que se pretende fomentar la globalización con algún que otro tímido viso social. En esta ocasión, el gran protagonista era una figura ausente: Julian Assange, en torno a cuya figura se articularon dos mesas redondas a las que él estaba invitado, pero debido a su proceso judicial en Londres no pudo salir del país. Estaba en libertad vigilada a la espera de una decisión judicial. Todos los días comparecía en la comisaría para mostrar el brazalete de seguimiento que emite una señal permanente que lo situaba sobre el mapa. Además, las autoridades británicas colocaron varias cámaras de seguridad en las inmediaciones de la casa en la que se encontraba residiendo.

En la cita, las conversaciones de los ponentes se centraron en la obligatoria necesidad de convivir con la transparencia informativa, y quedó al descubierto la extraña situación de paranoia que vivían los diplomáticos de medio mundo, convencidos de que tras el *cablegate* de Wikileaks ya nada sería igual para ellos. Pero, además, se valoró la exageración o no de la afirmación de Julian Assange antes de la revelación de los primeros documentos: «Los próximos meses veremos un mundo nuevo en el que la historia global quedará redefinida», aseguró en su cuenta de Twitter. Los asistentes llegaron a la conclusión de que sus declaraciones eran

excesivas, pese a que se reconoció la influencia de los cables diplomáticos en las revueltas de Túnez y en la subsiguiente huida del país de Ben Alí. Pero a pocos escapaba que la realidad se estaba empezando a aproximar a lo que Assange había vaticinado: en Egipto los cables estaban siendo decisivos a la hora de desnudar las corruptelas de Mubarak, al igual que estaban siendo fundamentales en las revueltas iniciadas o por iniciar en Yemen, Bahrein, Jordania, Marruecos, Libia o Siria. El miedo a Assange era evidente: «Un personaje de las intrigas de Stig Larsson, un hombre que podría aparecer como héroe o villano en una de sus novelas suecas donde se mezcla la contracultura *hacker*, la conspiración de alto nivel y el sexo como entretenimiento y violación», afirmó Bill Keller, director del *The New York Times*. Él, como otros tantos medios de comunicación, había decidido que era mejor convertir en noticia al personaje y no las informaciones que desvelaba, e ignorar en la medida de lo posible el impacto de la publicación de las mismas pese a sacar provecho de ellas en forma de publicidad y ejemplares vendidos. Porque, si el presidente de un país africano o el de una república bananera de América era el que aparecía perjudicado por una revelación de las informaciones filtradas, no pasaba nada y lo único que se conseguía era refrendar una imagen insertada en la sociedad sobre cómo eran estos tipos, pero si en realidad el corrupto y criminal era un amigo de Occidente, entonces quedaba en entredicho el fundamento del mundo actual. Eso sí que no podía permitirse. Por ejemplo, gracias a la oleada de filtraciones facilitadas por unos y otros se supo de la ocultación por parte de Estados Unidos de las corruptelas y delitos de los dictadores de Egipto y Túnez. Al tiempo, se conocía cómo una dictadura similar, pero diferente en el sentido de que no tenía apoyo por parte de los países más poderosos —hablo de Siria— también tenía movimientos opositores silenciados que, en este caso, sí estaban siendo apoyados con dinero procedente de las arcas del Estado norteamericano, tal como se demostraba en los documentos.

¿Ser como nosotros?

Durante treinta años, las dictaduras árabes que estaban empezando a caer se habían apoyado tanto en Europa como en Estados Unidos. En muchas ocasiones, este apoyo fue incluso retribuido por esos gobiernos. Empresas como Lockheed Martin o General Dynamics, entre otras, recibieron de Mubarak hasta 10 000 millones de dólares en contratos desde el 11-S. Ese dinero estaba destinado a la compra de armamento y sistemas tanto para el ejército como para la policía, acusada en todos los organismos internacionales de actos que violaban los derechos humanos. Algunos de esos mecanismos tenían como objetivo proporcionar a la policía elementos tecnológicos que facilitaran el espionaje de los ciudadanos para evitar cualquier disidencia. Tal es el caso de Narus, que vendió un *software* que permitía a la policía

rastrear e identificar todo tipo de mensajes emitidos a través de internet o de la telefonía móvil.

Otra de las informaciones desveladas por el diario *L'Humanité*, que tuvo acceso a documentos de la embajada de Francia en Egipto, apuntaban a que el ministro del Interior fue enviado a El Cairo para establecer acuerdos entre ambos países para entrenar a los agentes de Mubarak en la lucha «para hacer frente a movimientos populares, muchedumbres y grandes acontecimientos». Además, en la formación se instruyó a los agentes egipcios en tácticas de infiltración en movimientos revolucionarios con objeto de anularlos. En esas informaciones aparecía Omar Suleimán —el hombre que parecía elegido en un principio para liderar la transición con el beneplácito de Estados Unidos y Europa— como la cabeza visible del entramado de Mubarak así como el hombre que orquestó muchos tratados entre Israel y Egipto con objeto de luchar contra las manifestaciones callejeras. Sin embargo, a esas alturas —aún con Mubarak en el poder— la corriente internacional seguía mencionándolo como «el favorito», pero todas las opciones que desde Occidente quisieron imponerse de modo disimulado para dirigir el país fueron rechazadas por la población hasta que las urnas dictaron su sentencia el 24 de mayo de 2012.

Los egipcios, al igual que los tunecinos y otros habitantes de los países árabes, querían ser como los occidentales. Querían ser como nosotros, pero la forma en que se accede a la información ahora también les ha permitido saber cómo somos. Saber y conocer nuestros defectos, de cómo nuestras dictaduras también son incontestables. A diferencia de las de ellos, no están sostenidas por un patriarca que —al igual que decía Kafka en su carta— dicta leyes para que las cumplan sus hijos pero de las que él queda eximido. Querían acceder a ese tercer nivel al que hacía alusión el escritor checo, pero sabían que aquí, en donde la opulencia continúa incluso a pesar de las crisis, no somos perfectos. Que pensamos incluso menos. Que nos dejan pensar incluso menos gracias al bombardeo de ideas, opiniones e informaciones que se adentran en el mundo gracias a una transparencia dirigida. Que las revoluciones árabes, pese a la diferencia con las que tuvieron lugar en Islandia, España, Grecia o Estados Unidos, ocurrieran al mismo tiempo no es casualidad. Unas alimentaron a las otras y viceversa. Nosotros los inspiramos a ellos, o ellos nos inspiraron a nosotros. Fue un proceso de retroalimentación mutuo que sólo podía producirse en una era como la que estamos viviendo, en donde las crisis son diferentes aquí y allá, pero no tanto como nos querían hacer ver: el enemigo era quien estaba arriba y luchaba por sus intereses. Y lo hacía en cada sitio de una forma diferente, pero el demócrata necesitaba del dictador y el dictador necesitaba del demócrata. La venda —y nuevamente pensamos en lo que decía Kafka— se estaba levantando. Las cosas no iban a cambiar ni están cambiando hacia donde están los sueños, pero al menos, y ésta es una de las características que unen a todos estos movimientos y a la era que vivimos, somos conscientes de la pesadilla.

20-0: EL TRIUNFO DE LA HIPOCRESÍA

La secretaria de Estado Hillary Clinton compartió una risotada con una periodista de las noticias de la televisión momentos después de oír que el depuesto líder libio Muamar el Gadafi había sido asesinado. «Fuimos, vimos, murió», dijo en broma cuando un asistente le informó entre entrevistas formales de la muerte de Gadafi. Clinton estuvo aquella semana en Trípoli para reunirse con los dirigentes del Consejo Nacional de Transición de Libia (CNT). La periodista preguntó si la muerte de Gadafi tuvo algo que ver con su visita sorpresa para mostrar apoyo al pueblo libio. «No» respondió, antes de poner los ojos en blanco y decir: «Estoy segura de que así fue», afirmó riendo entre dientes.

CORBETT B. DALY

En «Information Clearing House» el 23 de octubre de 2011.

De los cuatro jinetes del Apocalipsis, Tony Blair fue quizá el más eficaz. Desde que se hizo la primera foto con Gadafi, en 2004, unas 150 compañías británicas han sentado sus reales en Libia. En marzo de 2004, la Comisión para la Verdad y la Reconciliación de Sierra Leona estableció que Libia y Liberia habían adiestrado y apoyado a los rebeldes del Frente Revolucionario Unido (FRU), la sangrienta guerrilla que entre 1991 y 2001 contribuyó a la muerte violenta de 50 000 personas. Libia fue condenada por la ONU a pagar compensaciones al gobierno de Sierra Leona. Eso no impidió que, el 25 de marzo, Blair visitara Trípoli y se entrevistara con Gadafi. Era el segundo jefe del gobierno británico que visitaba el territorio: el anterior fue Churchill. Coincidiendo con la visita, la angloholandesa Shell firmó un contrato con la petrolera estatal libia. Antes había llegado José María Aznar, y después lo hicieron Gerhard Schröder, Berlusconi, Sarkozy, Zapatero... Nada nuevo bajo el sol. Ha pasado siempre y volverá a pasar. Lo llaman realpolitik.

MIGUEL MORA

El País, 27 de febrero de 2011.

La hipocresía exterior, siendo pecado en lo moral, es una virtud en política.

FRANCISCO DE QUEVEDO

Vivimos un tiempo en el cual muchas informaciones llegan a los medios de comunicación sin contrastar. La necesidad de ser el primero —hoy es más importante ser el primero que ser el mejor— ha provocado en más de una ocasión errores informativos de enorme calibre. «El rumor es la antesala de la noticia», decía un periodista de cuyo nombre es mejor no acordarse. Y es que han vuelto los tiempos en los cuales esa sentencia tiene significado. La culpa es, en parte, de la acumulación informativa que sufrimos a consecuencia de la abrumadora cantidad de información que surge en internet. Y es que quien no da una información que quita el hipo y mueve montañas parece no ser nadie. Sin embargo, cuando aquel 20 de octubre, hacia las 14.00 horas, surgieron las primeras noticias sobre la muerte de Muamar el Gadafi, el sentido común hacía pensar, y creer, que ciertamente la noticia podía ser auténtica. Era cuestión de esperar. Si todo se trataba de uno de esos rumores muchas veces intencionados y propagados desde medios oficiales —la culpa no va a ser siempre de los periodistas o de quienes se han convertido en periodistas gracias a las redes sociales—, en cuestión de horas nadie hablaría ya del asunto y se pasaría página. Pero, como digo, la noticia tenía visos de credibilidad...

El país llevaba meses viviendo en el caos cuando, en plena efervescencia de revoluciones en los países árabes, el pueblo se levantó contra el hombre que llevaba más de cuatro décadas coartando su libertad. De hecho, cuando los movimientos sociales surgieron en Yemen, Túnez, Egipto y Bahrein todo el mundo miró hacia Libia. Sin embargo, a diferencia de esos cuatro países, el dictador de turno no mostraba una alianza clara con Estados Unidos, lo cual era uno de los puntos de unión fundamentales entre los países en cuyos pueblos se estaban produciendo alzamientos. Sin embargo, Gadafi ha alternado momentos en los cuales fue enemigo o amigo del mundo occidental. Durante los años ochenta era el máximo rival de Estados Unidos, pero desde comienzos del siglo XXI su postura se suavizó y estrechó lazos con los principales dirigentes internacionales, pese a que su imagen en la opinión pública mundial ya había quedado dibujada, y bien dibujada, como la de un auténtico demonio. Pero esos lazos que lo volvían a acercar a Occidente, ciertamente, se estaban debilitando en los últimos tiempos...

La guerra interna en el país dejó en evidencia que la revolución era distinta. Al contrario que en los otros cuatro casos, Estados Unidos y Europa apoyaron a los rebeldes sin ambages ni dudas. Lejos de ser ese apoyo con doble cara que habían mostrado en los últimos tiempos, las grandes instituciones internacionales no mostraron debilidad alguna a la hora de alimentar las revueltas pese a que los rebeldes no eran pacíficos ni sus reclamaciones eran de corte social y político. Estaban armados, pertrechados y bien preparados para la guerra. Tampoco la OTAN dudó en mostrar su apoyo a los insurgentes. No se enviaron tropas al país, pero sí se iniciaron una serie de operaciones militares que tenían por objeto facilitar el camino a los rebeldes. Con los días se supo que la propia muerte de Gadafi había sido ejemplo de esa colaboración: aviones franceses vinculados a la OTAN habían abierto fuego

contra un convoy en el cual viajaba el otrora líder libio cerca de Sirte, su localidad natal. Tras el ataque aéreo, la OTAN comunicó la posición del objetivo a los rebeldes libios, y después pasó lo que pasó...

Apenas una hora más tarde de que aparecieran las primeras informaciones, la agencia de noticias France Press dio a conocer unas imágenes en las que alguien que parecía Gadafi mostraba una serie de heridas y el rostro ensangrentado. Por su parte, el Consejo Nacional de Transición (CNT), el organismo apoyado por Occidente a modo de gobierno en el exilio, anunció la muerte del dictador «a manos de revolucionarios». Sin embargo, se reconocía que «la forma en la que se ha producido la muerte no está clara». Y es que las imágenes eran terribles, aunque fraccionadas. Alguien, al parecer con un teléfono móvil, había grabado al dictador rodeado de agresivos rebeldes. Después, en cuanto las imágenes dejaron de distribuirse de forma fragmentada, quedó clara la verdad: los revolucionarios habían capturado al dictador tras el ataque aéreo y lo sometieron a todo tipo de vejaciones y agresiones hasta que, finalmente, fue linchado por sus captores y murió. Se trataba de una ejecución en toda regla que nada tenía que ver con los posicionamientos más o menos pacíficos de los rebeldes de otros países árabes.

En mi cuaderno de notas confirmé el fallecimiento de Gadafi a las 18.04 horas. Poco después, Trinidad Jiménez, ministra de Asuntos Exteriores del gobierno de España, compareció fugazmente ante los medios de comunicación: «Es el punto y final de un período muy triste para el pueblo libio, y el momento de apelar a la reconciliación». La ministra, sin embargo, no dijo una sola palabra sobre la forma en que Gadafi había muerto. Tampoco lo había hecho ningún otro mandatario internacional. Ni una crítica. Ni una sospecha. En cambio, en el ambiente general se respiraba cierta satisfacción y alegría, pese a que en realidad el dictador había dejado el poder semanas atrás y su vida se había convertido en una cuenta atrás. Llevaba semanas escapando de sus enemigos. Ni siquiera cuando se supo que uno de sus hijos también había sido capturado y asesinado a consecuencia del ataque —la primeras imágenes mostraban al vástago de Gadafi encerrado en una sala, ensangrentado pero aún con vida; las siguientes tomas ya eran de su cuerpo inerte tras haber sido asesinado por sus captores— nadie emitió el más mínimo juicio sobre la forma en la que se había producido la muerte. Tampoco cuando se descubrió que en uno de los fragmentos del vídeo el líder libio pedía clemencia a sus captores y ni siquiera cuando uno de ellos esgrimía como un triunfo la pistola de oro que el dictador solía llevar siempre consigo y con la cual parece que fue ejecutado. En esta ocasión, los rebeldes eran los buenos...

La noticia sobre la muerte de Gadafi me cogió en Murcia, pero afortunadamente llevaba encima papeles y documentos que demostraban el doble juego de los países occidentales respecto al dictador libio. Todo aquello resultaba irritante, pese a que la ONU prometió pocas semanas después una investigación para aclarar cómo se había producido la muerte del dictador, pero jamás se supo de sus resultados. Eso sí, las

informaciones de las que disponía hacían de la revolución libia una auténtica farsa que se blanqueaba gracias a que había tenido lugar al mismo tiempo que los movimientos populares en otros países del entorno. Dichos movimientos habían sido aprovechados por los países poderosos como un «ahora o nunca» con la única intención de gestionar los inmensos recursos naturales de Libia. Además, esas informaciones demostraban que los líderes militares de la revolución libia habían sido no mucho tiempo atrás enemigos declarados del mundo occidental.

Si todo el año 2011 fue uno de los más trascendentes que recordamos —quizá sólo al mismo nivel que 1989 y 2001—, ese día lo fue por partida doble, porque no sólo murió uno de los personajes más inquietantes de las últimas décadas, sino que también «murió» el terrorismo en España. Recuerdo que estaba sumido en la búsqueda de noticias sobre Gadafi y tomando notas como un poseso cuando, pocos minutos después, el líder irlandés Gerry Adams —aunque sin haberse demostrado, se dice que fue miembro del grupo terrorista irlandés IRA, pero también el nexo de unión entre los terroristas y el gobierno británico, negociaciones gracias a las cuales se puso fin al terrorismo en aquel país— anunció que a las 19.00 horas se iba a hacer una comunicación pública sobre ETA.

La esperanza se hizo hueco...

Pensé primero en las víctimas, en las casi mil que durante más de cuarenta años —el mismo tiempo que se había mantenido en el poder Gadafi— se había cobrado la sinrazón del terrorismo en España. Ellos y ellas debían ser nuestra guía y símbolo en el nuevo tiempo que se avecinaba. Pensé también en que, afortunadamente, aunque por razones terribles, desde el 2004 la banda terrorista ETA había perdido apoyo al tiempo que había iniciado una decadencia a pesar de la cual aún daba zarpazos de vez en cuando. Todavía nos obligaba a mirar estremecidos las imágenes del dolor que durante todo este tiempo habían provocado. Pero también pensé en la decadencia de una sociedad que parecía haberse acomodado a la situación y que se había visto superada por unos hechos que habían deshumanizado las palabras. Pensé en que a muchos no les iba a agradar el fin del terrorismo y que iban a interpretar lo que podría producirse en breve en clave política. Ellos iban a extremar su discurso pidiendo más y más, exigiendo justicia divina y venganza como sentencia, transformando el fin del terrorismo en una victoria de ETA por mor de intereses personales o por una equivocación promovida por quienes lideraban ese discurso. Y eran casi los mismos que estaban justificando que se hubiera acabado con la vida de un tirano de la misma forma que el propio tirano había hecho con sus gentes. Los mismos que, en cierto modo, estaban aplaudiendo un acto terrorista cometido con la aquiescencia de los presuntos defensores de la democracia.

Con un poco de retraso —a las 19.12 horas— llegó el comunicado de ETA, en el cual tres miembros de la banda terrorista proclamaba, con las caras tapadas por una capucha tan siniestra como la que habían esgrimido durante tanto tiempo, «el cese definitivo de la actividad armada». Según sus propias palabras era un alto el fuego

definitivo y el final de sus actividades. No anunciaron la desaparición de ETA ni entregaron las armas, pero el contenido del comunicado era el que se esperaba desde hacía semanas. La información de la que disponían los servicios de inteligencia españoles —y sobre la que venía informando desde hacía tiempo en mi programa de radio— estaba en lo cierto. Quizá, posiblemente, porque el comunicado formaba parte de una serie de negociaciones que venían llevándose a cabo desde hacía tiempo. Pero independientemente de todo ello, lo que significaba aquel comunicado era esperanzador: ETA había dejado de existir. Habría —seguí pensando, y no me equivoqué— quien exigiría un paso más claro y rotundo, quien diría no creerse el comunicado, quien pensara que posiblemente surgiría una escisión, quien asegurara que el comunicado era una victoria de ETA (sic) y que el gobierno se había rendido ante las peticiones de los terroristas. Y serían los mismos que, en cierto modo, parecían necesitar del terrorismo para mantener su estilo de vida, su discurso, su necesidad vital...

Pero quienes teníamos información —y por encima de periodistas somos ciudadanos y seres humanos— estábamos convencidos de que aquello significaba el fin definitivo. Afortunadamente, a las 20.06, el presidente del Gobierno compareció para celebrar la información: «Viviremos sin terrorismo, pero no sin memoria», dijo José Luis Rodríguez Zapatero. También, afortunadamente, políticos españoles opuestos a las políticas de lucha contra el terrorismo promovidas por el presidente se olvidaron de su discurso previo y celebraron el comunicado de ETA, aunque poco tardaría en descubrir que las buenas nuevas son las peores nuevas para muchos. Es como si hubiera ansias de negrura y oscuridad, como si lo siniestro fuera lo normal y lo que debiera defenderse. Antes de aquello, ansiaba que pasaran las 48 horas que faltaban para ponerme de nuevo ante el micrófono y mostrar mi alegría por la noticia. Y lo hice, pese a despertar, como desperté, las violentas iras e insultos de quienes decían estar en contra del terrorismo. Una vez más, los insultos eran la norma de quienes se postulan como defensores de la verdad. Qué extraños son estos tiempos...

Pocos días después, la página de filtraciones de Wikileaks anunciaba el cese temporal —y duraría poco— de sus actividades. Lamentablemente, en sus archivos había datos más que elocuentes para demostrar la doble cara de Occidente respecto al dictador libio, pero Julian Assange andaba ocupado con otras cosas, entre ellas esperar la resolución judicial sobre su extradición a Suecia. «Assange ha perdido muchos aliados, entre ellos algunos medios de comunicación», se aseguró aquel día en la crónica efectuada por TVE desde Londres el 2 de noviembre de 2011, fecha en la que la justicia británica se había pronunciado. El mundo, definitivamente, se había vuelto loco. Ese mismo día pocas voces mostraron su sorpresa cuando aparecieron 55 000 millones de euros en Alemania; y no es que alguien los tuviera escondidos, sino que se trataba de un error en las cuentas. Pocos días después, aparecieron de la misma forma 3200 millones en Irlanda. Ambas informaciones demostraban la irrealidad de una crisis en la que las cuentas en papel estaban afectando a las

verdaderas cuentas de los ciudadanos, que con su dinero —absolutamente real, de ese que está en el bolsillo, en la cartera, ese que tanto esfuerzo cuesta ganar— tienen que rellenar los espacios oscuros de esos papeles bancarios en los que las cifras no están respaldadas por dinero real. Una crisis en la que el concepto democracia estaba perdiendo su sentido, más aún cuando en esos mismos días el gobierno de Grecia sugirió la posibilidad de consultar en referéndum a la población para que fueran los ciudadanos los que determinaran si seguir recibiendo préstamos que hipotecaban el futuro y había que devolver a costa de recortes sociales. El mundo entero, con los principales dirigentes internacionales a la cabeza, clamó a una sola voz contra el gobierno griego.

Los mercados, por su parte, incrementaron en horas su presión sobre las naciones europeas provocando nuevos vaivenes bursátiles. Finalmente, el primer ministro griego, Andreas Papandreu, enfrentado a un sector de su partido por no estar tan a favor como sus «socios» de los planes de contención de déficit y los recortes sociales, tuvo que echarse atrás en sus intenciones. Y los abanderados de la democracia —esos mismos que habían apoyado a los dictadores en los países árabes— se mostraron aliviados y tranquilos. Mientras, en Libia, los emires de esos demócratas empezaban a gobernar en medio del caos...

Cuando el diablo se hizo amigo

En 1804, Libia se convirtió en el objetivo de la primera intervención militar de Estados Unidos en el exterior. Tras aquello, el país fue pasando de unas manos a otras. Y una vez concluida la segunda guerra mundial, la nación quedó partida en dos. En el reparto, los ingleses se quedaron con una mitad y los franceses con la otra. Pero en 1949, por decisión de la ONU, las dos se unieron, y todo aquello —una monarquía encabezada por el rey Idris— pasó a llamarse Reino Independiente de Libia.

La historia dio un giro en 1960. Apareció el petróleo. Hoy, Libia cuenta con las mayores reservas de hidrocarburos de todo el continente. A partir del hallazgo la historia cambió, pero el dinero del oro negro quedaba siempre en manos de la familia real, mientras el pueblo iba empobreciéndose poco a poco. El malestar afectó incluso al seno del Ejército, en donde empezaba a destacar un hijo de beduinos de ideas occidentalizadas —es decir, Gadafi— que encabezó el golpe de Estado incruento que lo llevó al poder en 1969 tras una rápida insurrección.

En 1973 publicó *El libro verde*, su biblia política. No nos engañemos: el dictador tenía por entonces todo el apoyo de su pueblo, que vio como en menos de un lustro la renta per cápita pasó de ser la última de África a convertirse en la primera. Obligó a las multinacionales del petróleo a plegarse a sus dictados y nacionalizó el oro negro con el objetivo de que los beneficios se quedaran dentro del país. A partir de ese

momento, los países occidentales comenzaron a elevar el tono de sus críticas.

En 2009, Gadafi fue invitado a dar un discurso ante la ONU justo dos años antes de que muriera asesinado y en el mundo entero recordaran sus crímenes. No hay, pues, que remontarse mucho tiempo atrás para descubrir que los líderes occidentales estaban con él, y que si en realidad se cambió de opinión cuando comenzó la primavera árabe fue porque los imprevistos acontecimientos y reacciones populares invitaban a ello. En aquella visita a Nueva York, el dictador libio se instaló con su jaima en el mítico Central Park antes de dar su discurso. Poco tiempo antes había hecho lo mismo en su visita a España; en aquella ocasión desplegó su enorme tienda de campaña en el parque de El Pardo. Durante aquella visita a España incluso regaló al entonces presidente, José María Aznar, un caballo árabe.

Aquel hombre había sido en los años ochenta del siglo xx calificado como el principal patrocinador del terrorismo internacional y estaba siendo vigilado por la comunidad internacional porque pretendía desarrollar armas nucleares. Ronald Reagan ordenó bombardear Trípoli en 1986. Fue un ataque fulgurante, duró varios días, murieron miles de personas, entre ellos una hija del dictador. Desde la Casa Blanca decían que sólo así podía frenarse la locura de un hombre que parecía dispuesto a poner en jaque la paz mundial. Dos años después fue considerado el responsable del atentado de Lockerbie (Escocia), localidad en donde cayó el vuelo 103 de la Pan Am con 270 personas a bordo, la mayoría de ellos norteamericanos, exactamente 189. El avión se precipitó a tierra tras la explosión de una bomba a bordo. Según las acusaciones internacionales, él había dado la orden de derribar el aparato. Y debía de ser verdad, porque, entre otras pruebas en su contra, el propio líder libio pagó años después —en lo que parecía una asunción de la culpa, pese a que anteriormente se había acusado a Siria y a grupos palestinos— las millonarias indemnizaciones que les correspondieron a los familiares de las víctimas.

Después de aquello, Gadafi comenzó a sonreír a los líderes occidentales. Comenzó a venderles petróleo, y lo hizo a unos precios que en Occidente parecieron adecuados y que reportaba a las multinacionales petroleras sustanciosos dividendos. Acababa de entrar en el redil. Daba igual que fuera un criminal y un dictador. Había aprendido la lección, y para demostrarlo abrió el grifo del gas y del petróleo bajo una serie de condiciones muy ventajosas.

El idilio se convirtió en boda. En 2003, George Bush celebró la democratización de Gadafi. Pero claro, las amistades peligrosas del texano tenían estas particularidades... ¿O no? En parte sí, por supuesto. Durante la era Bush se reforzaron lazos con las dictaduras más férreas del mundo árabe en Arabia Saudí o Pakistán. A Bush le importaba un comino cualquier consideración humanitaria, porque su principal motivación, a la hora de apoyar a Arabia Saudí, era beneficiar a las petroleras norteamericanas que pactaban precios y dividendos por el petróleo que contribuían a extraer, amén de incrementar los beneficios de sus propias empresas, las de sus cercanos y las de su familia. Mientras, su estrecha relación con Pakistán tenía

por objetivo impedir que otros pueblos árabes se levantaran en contra de ese *statu quo*. Empujado por toda aquella política, Gadafi decidió privatizar el petróleo. Decidió, por tanto, que los pozos petrolíferos pasaran a ser propiedad de multinacionales y no del gobierno. Y cuando eso pasa, las arcas públicas empiezan a resentirse. En realidad pasó en esos años en todo el mundo con diferentes asuntos: la ola de privatizaciones de la primera década del siglo XXI acabó por empobrecer los recursos públicos, que se mostraron mucho más endebles cuando la crisis estalló en 2008 tras el *crack* de los grandes bancos norteamericanos.

La renta per cápita más alta de África cayó tras aquella decisión. El dinero de los habitantes del país pasó a ser amasado por cuatro fortunas y la pobreza fue creciendo, alimentando el malestar de una población que si bien en los primeros años de Gadafi se encontraba cómoda, después fue descubriendo que la locura del personaje estaba perjudicando a unos y otros, alimentándose así el descontento hasta que, inspirados por las revueltas de Túnez, los ciudadanos del país se levantaron. Pero en parte no, porque en cuanto Barak Obama llegó al poder estrechó aún más esos lazos y nombró a un hombre llamado David Goldwin como coordinador de asuntos energéticos del Departamento de Estado. Este cargo otorgaba un inmenso poder a este desconocido político, pero nada es casualidad: durante el mandato de Bush, Goldwin había formado parte de un grupo de presión que se denominaba «Por la Mejora de las Relaciones entre Estados Unidos y Libia», que había sido creado y pagado por las cinco multinacionales petrolíferas más importantes del país. Las cosas, como vemos, no habían cambiado tanto con Obama. Sus palabras, que habían hecho de él casi un mesías, quedaron en nada en cuanto comenzó a sentir la presión del poder. De hecho, tras la toma de posesión de Goldwin se produjo la liberación en el Reino Unido del autor material del atentado de Lockerbie, que fue recibido en Trípoli con todos los honores por el dictador libio. Hubo palabras gruesas contra esa decisión, y el propio Obama —quien sin embargo lo había colocado en la cúspide diplomática— protestó, pero su gesto parece hoy que fue de cara a la galería. En la sesión del 5 de septiembre de 2009, el ministro de Justicia británico, Jack Straw, aseguraba que la liberación del terrorista estaba relacionada con las presiones ejercidas con tal fin por las multinacionales petrolíferas. Precisamente, una de esas multinacionales —BP— acababa de firmar un acuerdo por valor de 800 millones de euros para que Occidente tuviera petróleo libio a un precio asequible. El propio presidente de la compañía había dicho que de no haber cedido a las peticiones de Gadafi ese acuerdo no podría haberse firmado. ¡Qué cosas!, el hombre considerado como el mayor peligro del mundo, el criminal más detestable, el dictador más brutal... Seguramente, en su jaima de Central Park se rió de todos nosotros.

La revolución libia

Apenas seis días después de la caída de Mubarak en Egipto, la oposición a Gadafi empezó a hacerse notar. Fue un movimiento pacífico que pocos días después empezó a cobrar forma, cuando diferentes líderes sociales y tribales pidieron en nombre de los ciudadanos el derecho a expresarse en libertad y elegir su destino. En la capital, Trípoli, y en Bengasi, la segunda ciudad del país en importancia, los jóvenes y no tan jóvenes tomaron las calles. Al igual que había ocurrido en Túnez y en Egipto, las fuerzas de seguridad reprimieron con dureza las justas reclamaciones del pueblo. Hubo decenas de muertos.

Apenas unos días después, el gobierno de Libia comienza a desintegrarse. Es como si supieran que lo siguiente que iba a ocurrir no diferiría en mucho de lo que había sucedido en Túnez y Egipto y que las horas de Gadafi en el poder estaban contadas. Pero lejos de animar a los rebeldes, lo que parecía mover a los desertores era situarse en buena posición para la siguiente fase histórica de Libia. Entre los que se fueron había algunos grandes mandatarios del país, como el ministro del Interior Abdul Fathah Younis, el ministro de Asuntos Exteriores Moussa Koussa, o el ministro del Petróleo Chukri Ghanem. Conquistar estas tres piezas era fundamental para encabezar un asalto al poder en Libia, pero lejos de ser los rebeldes quienes los apoyaron —y es que sabían que los tres eran responsables de décadas de represión en Libia, ya que, entre otras cosas, Koussa había sido el director de los temibles y sanguinarios servicios secretos— fueron los gobiernos occidentales, que decidieron acogerlos y apoyarlos en su órdago a Gadafi, ya que además contaban con el apoyo de destacados mandos militares en Libia. De forma inquietante y sospechosa, los rebeldes libios dieron un salto hacia posiciones beligerantes y comenzaron a atacar los principales feudos de poder del dictador, amén de empezar a conquistar y proteger los principales pozos petrolíferos.

En realidad, los rebeldes que protagonizaban las revueltas ya no eran los mismos que semanas atrás habían iniciado el levantamiento popular. Entonces se agrupaban bajo el paraguas del denominado Consejo Nacional de Transición (CNT), cuyo brazo ejecutor en el país era el Ejército Popular Libio, que pocos días después, el 17 de marzo de 2011, recibió el apoyo de la ONU gracias a la resolución 1973, que permitía establecer una zona de exclusión aérea con el objetivo aparente de defender a la población, pero que, en realidad, facilitaba la labor de los países que encabezaron la coalición en contra de Gadafi: Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y España, que curiosamente eran los mismos que necesitaban más que nadie del suministro de recursos naturales por parte de Libia.

Mientras la guerra se extendía por las principales poblaciones de Libia, en las capitales europeas se libraba otro combate que tenía por objetivo promover contratos para que el nuevo gobierno de Libia favoreciera la apertura del grifo —de petróleo y gas— en excelentes condiciones para los países occidentales. No es casualidad que en este proceso se pusiera al frente del CNT un hombre llamado Mustafá Abdel Jalil, que no era sino uno de los desertores del entorno de Gadafi, pero a la vez uno de los

hombres más próximos a las tesis económicas de Occidente. De hecho, su formación como economista tuvo lugar en la Universidad de Pittsburgh (Pensilvania, Estados Unidos) y fue uno de los hombres que facilitó los negocios de Estados Unidos y Europa cuando al dictador libio se lo convenció para aproximarse a los países más poderosos.

Mientras los tambores de guerra sonaban en Libia, la CNT negoció con las principales compañías petrolíferas de los países que encabezaron los ataques al futuro suministro de oro negro y gas del país, en detrimento de China, Rusia o Brasil, países que curiosamente se habían mostrado contrarios a la resolución de 1973 de la ONU y que en los tiempos previos a las revueltas habían logrado jugosos contratos con el régimen de Gadafi. No es difícil ver cuestiones geoestratégicas y comerciales en lo que ha ocurrido en Libia, habida cuenta de que el mundo derivado de las consecuencias del 11-S volvía a ser un mundo bipolar —de baja intensidad, pero dividido al fin y al cabo—, con Estados Unidos a un lado y China al otro. Los otros dos gigantes —la Unión Europea y Rusia, que recuperaba su influencia junto a los otros países emergentes, Brasil y la India— han tomado posiciones por cada frente. Y esa lucha entre el mundo desarrollado y el emergente es la que ha estado detrás de la actual crisis económica, que a la larga tendrá como perdedores a los países que pese a sus incoherencias sociales estaban a punto de alcanzar a los dueños del mundo, o quizá no.

El retorno de la Santa Alianza

Cuando los combates en Libia alcanzaron gravedad extrema, a Gadafi se le ocurrió decir que los rebeldes eran terroristas de Al Qaeda. Y en todo el mundo se pensó que aquello era otra ocurrencia más del dictador más loco de todos.

Efectivamente, la descripción que antes de que fuera asesinado hizo de él Tahar Ben Jellou en su obra *La primavera árabe* (Alianza Editorial, 2011) no era desacertada: «Es un hombre de un narcisismo grotesco. No hace falta un análisis profundo para darse cuenta de sus trastornos psíquicos. Basta con observarlo: su narcisismo es patológico, su egocentrismo, patético; y su soberbia, terrorífica... Sólo se marchará tras haber masacrado al mayor número de libios posible. Es un ser trágico: se defiende como si hubieran atacado su propia casa, pues Libia es su casa, su jaima, su bien personal. Se dedica, pues, a matar. No tiene la menor noción del derecho, de lo que es legítimo o ilegítimo», señala el intelectual marroquí.

Y sí, tenía razón.

Ambos tenían razón: el loco y el que escribía sobre el loco...

En las fichas de supuestos miembros de Al Qaeda detenidos en Guantánamo que logró filtrar Wikileaks aparece una buena cantidad de libios. Incluso uno de ellos,

Abu Faraj al-Libi, es señalado por los redactores de esas siniestras fichas como uno de los hombres más cercanos a Bin Laden. De acuerdo a esos escritos, él era uno de los dieciséis presos más peligrosos que se encontraban en la cárcel cubana a la que iban a parar los más peligrosos detenidos en Afganistán e Irak. «Era un alto mando de Al Qaeda», dicen fuentes oficiales. Pero se trataba sólo de uno de los muchos libios que se habían convertido en muyahidines que luchaban por la liberación de Afganistán, algo que hizo primero cuando los rusos ocuparon el país y después situándose del lado de los talibanes cuando se desataron las luchas internas por el dominio de la región. Ya de vuelta a su país, formó parte de la fundación del Grupo de Combate Islámico Libio (LIFG), que tenía como objetivo derrotar al propio Gadafi, a quien a punto estuvieron de asesinar en un atentado fallido cometido contra el dictador en marzo de 1996 en Sirte. Poco después se descubrió que los espías británicos del MI6 financiaron y apoyaron a los rebeldes libios que querían derrocarlo. Como consecuencia de este intento de asesinato, Gadafi solicitó que la comunidad internacional apoyara el encausamiento de quien consideraba el jefe supremo e ideólogo del grupo: Osama Bin Laden. Aún faltaban dos años para que comenzara a hablarse de Al Qaeda y que el grupo atentara contra intereses norteamericanos, aunque ya habían pasado años desde que la CIA apoyara, con la ayuda de Pakistán y Arabia Saudí, la creación de la resistencia afgana contra los rusos. La realidad es que la arremetida judicial contra Bin Laden se trató de la primera orden internacional contra el hombre que acabaría convirtiéndose en el enemigo número uno de Estados Unidos, pero en Washington y Londres se maniobró con celeridad para impedir que la orden de Gadafi se ejecutara contra alguien que, por entonces, estaba del lado de los buenos.

Uno de los fundadores del LIFG fue otro antiguo muyahidin que respondía al nombre de Abdelhakim Belhaj. Junto con el activista anteriormente mencionado reapareció en Afganistán —en donde había estado al frente de los llamados «campamentos» de Al Qaeda— e Irak luchando contra los norteamericanos bajo las órdenes del temido Musab al-Zarkawi, que por esas fechas se convirtió en el emir de Al Qaeda en Irak. Los servicios de inteligencia de Estados Unidos lograron dar con él en el año 2003, cuando se encontraba en Malasia. Dos años después, Al-Libi fue arrestado en Pakistán, desde donde fue conducido a Guantánamo. Sin embargo, Belhaj no acabó allí, sino que fue entregado a Gadafi. Mientras permanecía en prisión, se anunció la integración definitiva del LIFG en el grupo de Bin Laden, y en marzo de 2010 fue liberado junto a dos centenares de presos pertenecientes al grupo, en una suerte de amnistía promovida por el hijo de Gadafi, Saif al Islam, que como luego expondremos ya había sido elegido como el nexo de unión entre Estados Unidos y Libia durante la conversión de este país al capitalismo y a la libre empresa, conceptos que le resultaban muy familiares, puesto que se había educado en Londres bajo la batuta de profesores de economía adscritos a las tesis del liberalismo.

Como señala Pepe Escobar en *Asia Times*, un buen ejercicio para descubrir los

límites de la hipocresía en este sentido es acudir a uno de los informes elaborados por un *think tank* de Singapur denominado Centro Internacional para el Estudio de la Violencia Política y el Terrorismo, cuyos miembros visitaron Trípoli para escribir el informe «Combatiendo el terrorismo en Libia mediante el diálogo y la reintegración». En dicho informe se venera la figura de Gadafi, especialmente la de su hijo, y se pone como ejemplo de lucha contra el terrorismo el proceso llevado a cabo en Libia liberando a los «desviados» que desde Trípoli hicieron la guerra santa contra los rusos y los norteamericanos en Irak, que culminó con la liberación de 211 presos pertenecientes al grupo terrorista libio. Entre los firmantes del escrito está Rohan Gunaratna, un hombre que ha sido considerado uno de los mayores expertos mundiales en terrorismo y que ha aconsejado sobre las actividades de grupos violentos a los gobiernos más poderosos. Fue habitual durante los años posteriores al 11-S leer entrevistas y reportajes en numerosos periódicos de talla internacional elogiando su figura y situándolo en la esfera de los sabios. Fue invitado a participar en el Congreso de Estados Unidos ante los políticos norteamericanos que formaban parte de la comisión oficial para investigar los atentados que cambiaron el curso de la historia. Durante ese tiempo tuvo acceso a los detenidos de Irak, Afganistán y Guantánamo gracias a los permisos del gobierno de Estados Unidos. De hecho, él elaboró las bases de datos para la Casa Blanca a propósito del enemigo islamista. Alertó de los planes de Bin Laden para volar el Parlamento británico o para destruir Nueva York con armas radiactivas sucias; su testimonio fue fundamental para condenar por tal idea al presunto miembro de Al Qaeda José Padilla. Sus advertencias —dibujadas por él como amenazas al desarrollo de Occidente— jamás se cumplieron. No importa, porque gracias a él, primero George Bush y luego Barak Obama han podido justificar sus operaciones en la lucha contra el terrorismo internacional, que no son sino operaciones de control geoestratégico y económico. Aun así, en un artículo suyo publicado el 29 de enero de 2012 en *Eurasiareview* sigue alertando del peligro de Al Qaeda y del deterioro del control de insurgentes en Afganistán e Irak. Además, señala que la amenaza continúa porque se ha producido una diáspora de terroristas por todo el planeta. En el informe citado incluso puede verse cómo invitó al propio líder de los alzados en Libia a hablar en un estrado junto al hijo de Gadafi. A ambos los pone como ejemplo a seguir...

Si se quieren seguir atando cabos, se puede citar que un comandante rebelde asesinado durante la guerra civil en Libia, de nombre Abdel Fattah Younis, había sido en los años noventa, antes de renegar de Gadafi, el encargado de las misiones especiales contra Belhaj y los suyos. A propósito de toda esta historia tan siniestra, el mencionado Pepe Escobar, recordando el final de Bin Laden, dice: «Diez años después del 11-S, cuesta no imaginar una cierta calavera descompuesta al fondo del mar Arábigo que se ríe burlonamente hasta el final de los tiempos». Y sí, se ríe: el 5 de diciembre de 2011, el periodista Martin Chulov tuvo acceso a Belhaj, y éste le contó, según publicó ese día en *The Guardian*, que el MI6 y la CIA los habían

entrenado y preparado para formar parte de las tropas rebeldes; las mismas agencias a las que responsabilizaba de los interrogatorios y torturas que había sufrido en años anteriores. Abdelati Obeidi, que había sido ministro de Asuntos Exteriores con Gadafi, y uno de los primeros en desertar y encontrar refugio en Londres gracias al gobierno británico, confesó a ese mismo periodista que el MI6 había estado en Libia hasta febrero de 2011 preparando el alzamiento que concluyó con la muerte del dictador.

En marzo de 2011, Belhaj reapareció convertido en máximo comandante de la Brigada Trípoli, cuyas acciones estaban siendo apoyadas y financiadas por la OTAN con el objetivo de derrocar a Gadafi una vez que ya habían empezado a quebrarse los gobiernos dictatoriales de Túnez y Egipto. Por entonces, sólo unos pocos se acordaron de su pasado como miembro de la organización terrorista, pese a que el LIFG ya se había integrado en el grupo de Bin Laden y aparecía en los listados oficiales como un grupo perteneciente a la nebulosa de Al Qaeda. Nadie dijo que Al Qaeda estaba colaborando con todos nosotros. Y es que faltaría más: la OTAN se había aliado con ellos para derrocar a Gadafi. Puede sonar fuerte, pero ésta es la realidad del mundo amnésico en el que vivimos, que hace que nos olvidemos de las cosas aunque las tengamos delante...

DOCUMENTOS PARA LA VERGÜENZA

Los desagües de la modernidad se han atascado definitivamente.

MIKEL MAZKIARÁN

Entre los cientos de miles de cables diplomáticos a los que hemos tenido acceso, desde la embajada de Estados Unidos en Libia salieron 598 rumbo a Washington, pero conviene señalar que hay cientos de documentos que hacen alusión a asuntos relacionados con Libia que fueron elaborados en otras legaciones. Respecto a este caso, la selección de documentos que se hizo por parte de los medios de comunicación que tuvieron acceso a los documentos antes que nadie, se marcó más el acento sobre aquellos que expresaban las incoherencias irracionales del gobierno libio y las excentricidades del dictador Muamar el Gadafi. Evidentemente, nada de aquello era sorprendente. Ni siquiera lo eran los documentos que comprometían al dictador en actividades presuntamente terroristas y en el malestar que generó la liberación del terrorista acusado del caso Lockerbie. Que en uno de esos cables se mofaran del beduino por hincharse la cara con bótox podía ser divertido, pero no significativo. Como consecuencia de esa selección se extendió la idea de que los documentos sólo contenían cotilleos e informaciones banales. Sin embargo, cuando se analizan todos esos expedientes se descubre que el panorama es otro: los cables diplomáticos muestran cómo en la primera década del siglo XXI los países más democráticos del mundo estaban pactando políticas económicas con Gadafi y estableciendo acuerdos de todo tipo. Los expedientes mostraban la hipocresía de esas grandes naciones, que de puertas afuera mostraban una actitud distante —e incluso crítica— con Libia, pero que de puertas adentro demostraban que importaba entre poco y nada la tiranía del personaje, si es que tal tiranía era como nos han querido hacer ver, porque tan excéntrico individuo estaba facilitando a esos países rentables negocios. Lo grave es que me temo que a los periodistas que tuvieron en sus manos la oportunidad de cambiar el mundo les interesaba más el cotilleo que, por ejemplo, el documento que certificaba que Gadafi compraba armas a mansalva a los países del primer mundo. Y esas compras —así se exponía en los documentos— habían sido autorizadas y facilitadas por los políticos y mandatarios de esos países que después se erigieron en los abanderados de la libertad del pueblo libio. Además, esos documentos mostraban otra realidad: la obsesión por extender a todos los países que fuera posible los conceptos económicos que después han provocado la crisis financiera actual.

De visita por España

Uno de esos documentos hacía alusión a la visita de Gadafi a España. El documento en cuestión fue elaborado en la embajada de Estados Unidos en Madrid el 14 de enero de 2008. El texto demuestra el intenso seguimiento que se efectuó de la visita de Gadafi a España por parte de Estados Unidos y su equipo diplomático, ansioso de que las cosas salieran bien, pese a que queda claro en el informe que el personaje

despertaba recelo. Pero como se puede leer en él, se insiste en su reconversión hacia la democracia. También revela tensiones entre los gobernantes españoles, temerosos del personaje y sus excentricidades, pero sobre todo deja bien a las claras la realidad: Gadafi se había convertido en una oportunidad para enriquecer. Y como tal se le trataba, y si había que permitirle poner su tienda de campaña en mitad de la calle más emblemática del país... se le permitía. Todo con tal de hinchar las arcas de las grandes empresas españolas que esperaban obtener en sus negocios un extraordinario dividendo. Y parte de ese dividendo —2000 millones de dólares, que vienen a ser unos 1500 millones de euros— se conseguiría gracias a la venta de armas a Libia.

Veamos, pues, una selección de algunos elementos de ese documento en el que se observa el control que tiene Estados Unidos de las relaciones bilaterales con los países que, por una u otra razón, tienen un papel preferente en sus intereses. Como buenos súbditos, los informantes españoles —miembros del gobierno— documentaron a los diplomáticos norteamericanos sobre el discurrir de la visita y, especialmente, de los negocios que se acordaron:

El líder libio Gadafi ha realizado su primera visita oficial a España entre el 15 y el 18 diciembre, y durante la visita se establecieron acuerdos en asuntos relativos a la Defensa, la cooperación económica y la inversión. Las negociaciones están todavía en curso. El viaje de Gadafi comenzó con una actividad privada de dos días de visita a Andalucía, seguida de una visita oficial a Madrid, que se centró en la renuncia de Libia al terrorismo, así como en asuntos relativos al comercio y a las oportunidades potenciales de inversión. El gobierno español estima que el comercio y la inversión en Libia podría aumentar en 17 000 millones de dólares (2000 millones de dólares en defensa, 5000 millones en energía y 10 000 millones en infraestructura). El Ministerio de Asuntos Exteriores español, tanto en las reuniones como en las declaraciones públicas, buscó reforzar el mensaje de que Libia se está dirigiendo hacia conductas más próximas al derecho, por ejemplo, en relación al terrorismo, actitud en la que España está ayudando a mantener el rumbo. A pesar de los acuerdos firmados con España, Gadafi dejó una clara impresión de que África sigue siendo su principal prioridad.

La primera visita del líder libio Gadafi a España se produjo entre el 15 y el 18 de diciembre. Terminó con el anuncio de varios acuerdos y el elogio al potencial de oportunidades significativas para los intereses de las empresas españolas en relación a Libia. Aparte de las críticas del partido político Izquierda Unida (IU) y la negativa inicial de la empresa editora del influyente diario *El País*, para la mayor parte de la prensa, la valoración final sobre la visita fue muy positiva. Sin embargo, en el primer editorial de *El País* se argumentó: «La visita de Gadafi va contra de los principios de política exterior. No importa qué tan suculenta sea la oferta económica cuando el efecto de la misma está en devastadora contradicción con la democracia en África». Para contrarrestar la mala prensa inicial, Gadafi se pronunció contra el terrorismo durante su visita, citando los intereses que unen a España y Libia. También pidió medidas para acabar con los flujos migratorios ilegales a través del aumento de la inversión en África para hacer frente a los problemas económicos y sociales. Gadafi dijo a la prensa que creía que había una especial cercanía entre Libia y España. «Los españoles que trabajan en mi país no se sienten extranjeros», declaró. Las manifestaciones positivas de Gadafi sobre la necesidad de hacer frente a las amenazas terroristas tuvieron eco en la población española. Los funcionarios españoles las utilizaron para enfatizar intereses comunes en la promoción de la paz y la seguridad, insistiendo constantemente en el rechazo de la violencia.

Además de los informes de prensa sobre las potenciales oportunidades de negocio y las declaraciones contra el terrorismo, la presencia de Gadafi despertó muchos comentarios sobre su idiosincrasia, su extraña forma de vestir, el tamaño de su enorme séquito, la caravana de cincuenta vehículos que lo acompañó, las tiendas de campaña apostadas en su campamento, el intento de conseguir proveedores de carne para sus banquetes, su fascinación por los artistas flamencos... Un Gadafi con pelo desaliñado teñido de negro, un extraño bigote y barba de chivo llegó a Sevilla el 15 de diciembre para una primera parte de la visita de carácter privado. En lugar de reunirse, como estaba previsto, con la comunidad islámica y los sindicatos,

Gadafi invitó al expresidente Aznar y a su esposa Ana Botella a cenar, recordando que Aznar fue el primer líder internacional que lo visitó tras el levantamiento de las sanciones de la ONU en 2003. Se esperaba que Gadafi efectuara una gira histórica islámica por diferentes lugares de Andalucía y las estribaciones de Sierra Nevada. Sin embargo, inesperadamente, salió de Sevilla el domingo para visitar Marbella, en la costa, donde, según los informes, disfrutó de un espectáculo de flamenco. Posteriormente, pagó una extravagante cantidad de dinero a los artistas para que repitieran su actuación en Madrid. Los funcionarios del ministerio de Asuntos Exteriores no tuvieron ningún papel en el desarrollo de su agenda de fin de semana, aunque los funcionarios de protocolo sirvieron de enlace con el personal de la embajada de Libia. Nuestros contactos informaron que su calendario fue una pesadilla para el personal de planificación, debido a los constantes cambios y exigencias de Gadafi y su comitiva de 350 personas que llegaron a bordo de tres aviones de la compañía Afriqiyah. Gadafi apareció despeinado, y su rostro parecía hinchado y con limitaciones de movimiento. Los funcionarios del ministerio de Asuntos Exteriores dijeron, sin embargo, que se comunicaba sin dificultad y que presentaba una salud estable. El personal del ministerio suspiró aliviado tras el final de la visita. De hecho, Gadafi se abstuvo de hacer declaraciones escandalosas y el gobierno no quiso efectuar valoraciones polémicas sobre asuntos relativos a los derechos humanos, y señaló el potencial de crecimiento económico y comercial en la relación entre ambos países.

Con el fin de contrarrestar cualquier crítica acerca de la visita de Gadafi se elaboró una agenda cuidadosamente planificada, centrada en los asuntos positivos de la participación en Libia e insistiendo en los aspectos más constructivos. Manuel de Gómez Acebo dijo que su equipo tuvo la precaución de asegurarse de que las declaraciones no exageraran el resultado de la visita, aludiendo sólo al potencial de las relaciones comerciales entre ambos países. El mensaje principal fue que Libia estaba avanzando en la dirección correcta, ya que había renunciado al terrorismo, y que España estaba ayudando a mantener el rumbo. Al preguntarle por qué Gadafi parecía mostrarse relativamente moderado durante la visita a España, Gómez-Acebo apuntó tres teorías. Le dio más credibilidad a la teoría de que Gadafi estaba «encantado» con España, dada la afinidad del país con la cultura de Libia, algo que Gadafi señaló en su discurso en relación al patrimonio de los moriscos en Andalucía. Además, señaló la existencia de buena voluntad en las relaciones desde la época de la visita de Aznar a Libia. La segunda teoría es que Gadafi «se encontraba fuera de lugar, o que sus asesores libios lo invitaron antes de partir a rebajar el tono de sus declaraciones tras las críticas negativas que tuvieron sus palabras en Francia». La tercera teoría especulaba con el hecho de que Gadafi era siempre imprevisible, y que fue cuestión de suerte que su visita a España terminara sin problemas, a pesar de todas las complicaciones logísticas. La evaluación final fue que, a pesar de los muchos beneficios que podrían acumularse en Libia a través de la buena gobernanza y otras actividades multilaterales, Gadafi todavía no estaba interesado en tener una participación significativa. Gadafi deja una clara impresión de que África sigue siendo su principal prioridad, a pesar de las paradas recientes en Francia y España. Gómez-Acebo dijo que Gadafi habló a todos sus interlocutores de su autoproclamado papel de liderazgo en el continente africano.

Después de pasar revista militar en el palacio de El Pardo, donde el gobierno le proporcionó alojamiento, Gadafi almorzó con el rey Juan Carlos, el ministro de Cultura, César Antonio Molina; el ministro de Sanidad, Bernat Soria, y el alcalde de Madrid, Alberto Ruiz-Gallardón. Gadafi también cenó con el presidente Zapatero, el ministro de Economía, Pedro Solbes; el ministro de Asuntos Exteriores, Miguel Ángel Moratinos, y representantes del mundo empresarial. En términos comerciales y sobre proyectos en curso, la empresa constructora Sacyr Vallehermoso tiene un acuerdo para participar en el desarrollo de infraestructuras en Libia. Abengoa ha sido contratada para el cableado eléctrico y construir la infraestructura del agua. Indra está desarrollando un nuevo sistema de control aéreo. Además de la exploración y producción de petróleo de Repsol, otras empresas citaron el potencial de Libia, que incluye el proyecto de inversión de Conservas Calvo (conservas de pescado) y Mantas Mora (productos de lana). Gadafi dijo a Javier Gómez Navarro, presidente del Consejo Superior de Cámaras de Comercio, que Libia busca ofertas para proyectos conjuntos relacionados con el turismo, la construcción, la industria textil, electrónica, defensa e hidrocarburos.

Al final de la visita, Gadafi y Zapatero firmaron acuerdos sobre la promoción y protección de inversiones, cooperación económica y defensa. Los dos gobiernos no fueron capaces de concluir un convenio de doble imposición, pero España acordó considerar el texto de Libia en sus tratados fiscales con Francia y Alemania. Además de los memorandos de entendimiento, España y Libia emitieron una declaración política en la que se comprometen a fortalecer la coordinación y el intercambio de información en una serie de áreas, incluso en la lucha contra el terrorismo y la inmigración ilegal. La declaración política rechazó específicamente vincular el terrorismo con cualquier nación, cultura o religión, y se llamó

al diálogo a través de iniciativas como la Alianza de Civilizaciones. España y Libia acordaron celebrar reuniones anuales a través de sus ministros de Asuntos Exteriores y aumentar los contactos bilaterales, así como los contactos entre otras instituciones (Parlamento, Comunidades Autónomas, municipios, universidades, etcétera). Ambos países acordaron la cooperación de sus Fuerzas Armadas a través de la formación y ejercicios conjuntos. El AMF dijo que los libios habían presionado en el último minuto para llegar a algunos acuerdos tras meses de estancamiento en las negociaciones que ya habían sido abordadas por la embajada española en Trípoli. No fue sino hasta la semana antes de la visita que se establecieron algunos acuerdos generales. (Copia del texto en español obtenido a partir de AMF, escaneado y enviado por correo electrónico a la embajada de Trípoli).

El secretario de esta embajada preguntó si el ministro libio de Asuntos Europeos, Abdulati Obeidi, participó en la visita o negoció cualquiera de los documentos. Gómez-Acebo dijo que Obeidi no tuvo un papel importante en sus contactos en relación a la misión. Trataron sobre sus intereses directamente a través de personal de Gadafi y con su jefe de gabinete o por medio de Musa Kusa, uno de cuyos hijos vive en Andalucía.

En la evaluación de los observadores del palacio y el protocolo de expertos, el nivel de deferencia diplomática concedida a Gadafi no alcanzó el nivel que se suele brindar a otros dignatarios. Se tomó nota de que el rey Juan Carlos fue muy amable y cortés, pero parecía tener poca paciencia para las peculiaridades de Gadafi. El Partido Popular (PP) y Partido Socialista Obrero Español (PSOE) están de acuerdo en su evaluación de la visita. El secretario general del PP, Ángel Acebes, dijo que la política exterior española debe servir a la defensa de los intereses nacionales y el respeto a los derechos humanos, mientras que el secretario general del PSOE, Pepe Blanco, dijo que el SMO había considerado que éste era el momento adecuado para establecer relaciones comerciales que serán muy positivas para España. España es el tercer cliente más importante de Libia en la importación de combustible, después de Italia y Alemania. En 2006 España importó 3700 millones de euros, y se exportaron 85 millones a Libia. El gobierno español estima que el comercio español y de inversión con Libia podría aumentar en 17 000 millones de dólares.

Justo dos años después, los mismos gobernantes que rendían honores en Madrid al excéntrico con barba de chivo se pusieron al frente de los países que comandaban las hostilidades contra Gadafi apoyando militarmente a los rebeldes que se habían levantado contra el dictador. Como se intuye en la lectura del texto, la relación entre las dos naciones no atravesaba mayores dificultades cuando se produjo aquella visita, que incluso relanzaría las ya provechosas relaciones comerciales que iban a beneficiar, y ya beneficiaban, a empresas españolas que iban a proporcionar a Libia aquello que necesitaba. Es una prueba más de que cuando la revolución alcanzó Libia, los países occidentales no tuvieron más remedio que cambiar de estrategia para no perder el tren del futuro con aquel país. Cambiaron de chaqueta, de discurso, de actitud...

Cuando las hostilidades en Libia se volvieron serias, empezaron a surgir informaciones preocupantes sobre el nivel de represión practicado por el líder libio contra los insurrectos. Y aunque cabría matizar la expresión «represión» —en realidad, se trató de una suerte de guerra civil en la que había dos bandos alzados en armas—, muy empleada por los medios de comunicación en aquellos días, hubo un estremecimiento general cuando se dio la información de que Gadafi estaba utilizando bombas de racimo contra los insurrectos.

Dichas bombas fueron prohibidas en 2008. Cuando caen no estallan, sino que se abren y esparcen otras bombas más pequeñas que estallarán cuando sean manipuladas o en cualquier imprevisible momento. Pueden estar activas, sin detonar, hasta

cuarenta años, y se calcula que podrían haber sido responsables, desde la última guerra mundial, de más de 100 000 muertos y mutilados. Debido a sus características —a veces se fabrican con colores y formas llamativas para atraer a los niños— habían provocado auténticas matanzas de inocentes en los países de Oriente Medio y Asia Central. Pues bien, se descubrió que estas crueles bombas utilizadas en Libia eran las MAT-120. Esas armas formaban parte del negocio de 1500 millones de dólares al que hacía alusión el telegrama de la embajada norteamericana en Madrid. Y es que la fábrica de MAT-120 está radicada en Zaragoza (España) y pertenece a la empresa Instalaza S. A., con sede en Madrid, una empresa creada en 1943, especialista en armamento para infantería y en bombas antitanque. El Tratado de Oslo de diciembre de 2008, que no firmaron países como Estados Unidos, China, Rusia o Libia, estableció la prohibición de la MAT120 y otras bombas de racimo, que eran fabricadas por al menos cuatro empresas españolas. A causa de la prohibición, Instalaza entró en quiebra técnica pese a que mantuvo en su página web la información sobre esta arma, debido a que sus gestores consideraban que era una muestra de su nivel tecnológico. En dicha página puede leerse la que sería la gran virtud del arma: su autodestrucción. Para los responsables de la empresa, esta característica limitaba los daños a personas inocentes, pero en realidad no hace sino incrementar el riesgo, ya que puede estallar en cualquier momento, incluso sin que nadie la toque o la manipule. Tras la prohibición, la ministra de Defensa, Carmen Chacón, posó en el Congreso de los Diputados con el arma, elogiando la decisión de su prohibición, en la que el gobierno de España tuvo un papel impulsor muy destacado; pero por desgracia —así es la hipocresía del poder—, el mismo gobierno apoyó casi al mismo tiempo la negociación de la venta de estas bombas al gobierno de Libia. De acuerdo a fuentes oficiales, la venta de las bombas se produjo antes del tratado firmado en Oslo. Ese mismo año, las entregas a Gadafi supusieron unos ingresos para la empresa de 3,8 millones de euros. También hay que señalar que un año antes —más exactamente el 2 de diciembre de 2007—, el mismo gobierno se negó a impedir la fabricación, almacenamiento y venta de la MAT120, alegando que sus sistemas las hacían definitivamente seguras, aunque se respaldó la idea de abrir un grupo de trabajo que estudiara el impacto de estas armas y regulara su posible prohibición. En un informe que elaboró Greenpeace por esas fechas, se indicaba que el gobierno español es muy poco transparente en este asunto —es necesario señalarlo: España no vende las armas, pero es necesario el permiso y la autorización para comerciar con ellas—. Por tanto, hay que señalar que la venta de estas bombas a Gadafi se produjo entre esa fecha y su prohibición. Anteriormente, Instalaza obtuvo 1,4 millones de euros gracias a la venta al Ejército español de cientos de estas mortíferas armas.

Resulta llamativo que pocos meses después de que Gadafi empleara esas armas, el consejero de aquella empresa fuera nombrado ministro de Defensa del gobierno que tomó posesión el 22 de diciembre de 2011. Se trata de Pedro Morenés, que había

sido secretario de Estado para la Defensa entre 1996 y 2000. A partir de ese año, también fue secretario de Seguridad y, posteriormente, de Política Científica y Tecnológica. Tras el cambio de gobierno en 2004, este hombre de negocios volvió a la empresa privada, desempeñando su cargo en Instalaza, y desde diciembre de 2010 en MBDA, una empresa panamericana de misiles que lo nombró director en Europa. Esta empresa dedicada a la producción de misiles vende sus armas a noventa países, da empleo a 10 000 personas y obtiene unos beneficios de varios miles de millones de euros al año. En los informes diplomáticos se cita en numerosas ocasiones a MBDA y sus empresas asociadas, que son habitualmente apoyadas por los embajadores norteamericanos para conseguir buenas carteras de pedidos.

Todo por la pasta

Los informes diplomáticos que aparecieron en agosto de 2011 nos revelaron —en plena guerra de la OTAN contra Libia— que Estados Unidos estaba embarcado en numerosos negocios con el dictador libio. De acuerdo a un cable redactado en enero de 2010, un organismo llamado Autoridad Libia de Inversiones confirma que el país había depositado 32 000 millones de dólares en varios bancos norteamericanos con el objetivo de «obtener buenos rendimientos a largo plazo». Según el documento diplomático, cada uno de los bancos estadounidenses que disponen de dinero libio maneja unos 500 millones de dólares.

Apenas un mes después de que se conociera que Libia invertía en Estados Unidos, otro informe elaborado por la legación norteamericana informaba a Washington del buen curso de las reformas económicas en el país, que estaban encaminadas a fortalecer la presencia de empresas norteamericanas y la privatización de las empresas públicas. El sector económico norteamericano celebró que Gadafi hubiera decidido convertirse al capitalismo, proceso que se siguió de cerca y sobre el que se informaba permanentemente a Washington. Por ejemplo, gracias a las visitas informativas que rendía el embajador a uno de los nuevos encargados de la política económica de Libia y que según la embajada estaba llevando a cabo un proceso del agrado de Washington, lo cual también era aprovechado por el político libio para solicitar de los norteamericanos ayuda en el proceso de privatización que —no lo olvidemos— estaba teniendo consecuencias nefastas para la población. Como se puede leer en el documento, ese proceso de privatización e inversión está asesorado y dirigido por y para Estados Unidos:

El 10 de febrero de 2010 el embajador informó que Jamal al-Lamushie, secretario de la Junta de Privatización e Inversión (PIB), tiene como próxima misión el impulso comercial de Estados Unidos, y se discutió la situación de los esfuerzos de privatización que se han realizado en Libia hasta el momento. Al-Lamushie y su personal han reiterado su interés en recibir asistencia técnica y capacitación para practicar el proceso de privatización. Dicho programa fortalecerá las relaciones económicas entre Estados Unidos y

Libia, y proporcionará una visión de lo que es un proceso que de otro modo sería opaco e imprevisible. Al-Lamushie, quien también trabaja como director de la Dirección General de Ferias, hizo un llamamiento para que EE. UU. participara en la feria anual internacional de Trípoli.

Según Al-Lamushie, la mayoría de los libios son favorables a Estados Unidos, pero él cree que algunos estadounidenses tienen una visión negativa de Libia debido a la influencia de los medios de comunicación. Dijo que «consideramos a Estados Unidos como un amigo. Todos somos parte del mismo equipo y tenemos el objetivo de que la misión sea un éxito comercial».

Al-Lamushie señaló que Libia tiene la intención de acelerar el proceso de privatización, en el que cerca de veinte empresas de propiedad estatal serán liquidadas, vendidas a los empleados o a los inversionistas. Agregó que los inversores extranjeros podrán asociarse con empresas de Libia, formen parte del sector público o del privado... Piensa que los proyectos más grandes que pueden ser de interés para los inversionistas extranjeros son la planta petroquímica de Abe Kamash, cerca de la frontera tunecina en Qe, la fábrica de camiones en Tajura, la fábrica de acero en Misrata y varias compañías de servicios petroleros. Señaló que ciento diez empresas habían sido privatizadas y que casi todas eran rentables, pero admitió que entre diez y quince de ellas tenían algún tipo de problema y podrían no generar interés para los inversores.

Sobre la base de sus comentarios y planes, parece que Al-Lamushie está poniendo una rampa de lanzamiento a la revitalización del sector comercial de Libia. Da una cálida bienvenida a las empresas de EE.UU. y tiene interés en que le ofrezcamos asistencia para llevar a cabo las privatizaciones. Recomendamos dar a conocer y seguir esta solicitud que fortalece las relaciones comerciales entre Estados Unidos y Libia.

La búsqueda de influencia en Libia se extendió a los asuntos relacionados con el petróleo, un aspecto vital para Estados Unidos en sus relaciones con los países productores. Desde hace décadas, desde Washington se ha fortalecido a aquellos gobiernos —la mayor parte de ellos dictatoriales— que favorecen a las empresas petroleras norteamericanas y que suministran oro negro en condiciones rentables. Cuando esto no ha ocurrido así, el país en cuestión —antaoño Irak, hoy Irán— ha pasado a ser considerado como un enemigo del mundo occidental.

Desde los años en los que estuvo George Bush en el gobierno, los vínculos relacionados con la producción y exportación del petróleo en Libia se han fortalecido. Los cables diplomáticos cuentan con miles de informes que evidencian cómo los embajadores norteamericanos se convierten en agentes de relaciones públicas de las multinacionales petroleras al mismo tiempo que trabajan para forzar a los gobiernos locales a establecer mecanismos legales que permitan la intervención de esas empresas y la obtención de petróleo «barato», amén de otros logros relacionados con el objetivo de extender el capitalismo a todo el mundo. El caso de Libia no es una excepción en este sentido, y demuestra la existencia de una verdadera obsesión por controlar las reservas del país cuando Gadafi se encontraba en el poder.

El siguiente informe, redactado por el embajador Gene Cretz, fue elaborado el 11 de febrero de 2010, apenas tres días antes de que se produjera una reunión entre los diplomáticos norteamericanos y los encargados del negocio petrolero del gobierno de Libia. Por entonces, Barak Obama ya ocupaba la Casa Blanca, pero sus políticas respecto a los intereses comerciales de Estados Unidos no se diferenciaban mucho de las de su predecesor. La ilusión de que el primer presidente negro de la historia de Estados Unidos iba a cambiar el mundo había pasado a mejor vida pocas semanas después de que tomara posesión de su cargo. Sus discursos a favor de los derechos humanos y la democracia ya quedaban lejos, y en aquel momento su equipo se

sentaba con los representantes de las dictaduras más sangrientas, como es el caso de Shorkri Ghanem, el hombre elegido por la familia de Gadafi como máximo responsable de la intervención estatal a la hora de establecer acuerdos con las empresas extranjeras que comercializan hidrocarburos en Libia, que a comienzos del siglo XXI eran fundamentalmente europeas. Pero la intervención y tutelaje del gobierno de Bush abrió de nuevo las puertas a las petroleras norteamericanas, que estaban volviendo al país tras casi dos décadas de ausencia.

Como demuestra el cable que exponemos a continuación, el embajador solicitó la presencia de Ghanem en la legación para que éste le informara sobre las medidas que estaba tomando el gobierno a la hora de establecer el nuevo mapa del comercio de hidrocarburos, sobre el cual la embajada pretendía tener información de primera mano —y con discreción absoluta— gracias al funcionario, que acudió a la embajada como si la petición de su presencia se tratara de una orden. Durante la reunión quedó claro que si bien los porcentajes que Libia se iba a reservar a la hora de comercializar las reservas existencias serían muy elevados, el funcionario, muy próximo a Gadafi, dio la sensación de que se estaba intentando —aunque todo se haría a su debido tiempo— favorecer a las empresas norteamericanas, reduciendo en su beneficio el porcentaje de petróleo que tenían que entregar al gobierno. Veamos lo que ocurrió en la reunión —clasificada como confidencial— que tuvo lugar sólo un año antes de que las hostilidades estallaran en las tierras de los beduinos:

El 8 de febrero se ha producido una reunión entre el embajador y Shorkri Ghanem, jefe de la Corporación Nacional de Petróleo (CON). Expresaron su alegría por la mejoría en las relaciones entre Estados Unidos y Libia. Ghanem dio la bienvenida a la misión comercial de Estados Unidos y explicó cuáles eran sus metas a corto plazo en el CON, que incluyen planes para el petróleo, que liberará en Libia entre el 20 y el 23 de febrero. Se producirá el aumento de la exploración de gas y la producción. Se creará un grupo de expertos libios para sustituir al personal expatriado, y se llevará a cabo la conversión de todas las concesiones de exploración y los Acuerdos de Producción Compartida (EPSA). Ghanem ha cogido con fuerza el timón del NOC.

El presidente dio la bienvenida a la misión comercial de EE. UU. diciendo que «la mayoría, si no todas las personas en Libia» quieren estrechar las relaciones con Estados Unidos. Sin embargo, dijo que «la política se está complicando en todo el mundo». Abogó por un enfoque funcional que se centrará en «aquellos puntos en los que coincidimos en vez de en aquellos en los que no estamos de acuerdo». Ghanem entendió que Estados Unidos estaba preocupado por el terrorismo, especialmente en las nuevas formas de intentar atacar Estados Unidos, por ejemplo, con el avión que antes de Navidad se intentó hacer estallar; pero en su opinión, las políticas nacionales de seguridad deben examinar las causas del terrorismo y no sólo centrarse en su nacionalidad. Se lamentó de que los viajes internacionales tengan hoy tantos impedimentos, y que incluso las medidas de seguridad se hayan convertido en algo degradante para los viajeros en lugar de centrarse solamente en la apariencia de un pasajero o en su nacionalidad.

Según Ghanem, las recientes fluctuaciones en los precios del petróleo han afectado a los planes de inversión del NOC, así como a los planes de gasto público en general. Abogó por un enfoque más prudente que incluya una perspectiva a largo plazo de los ingresos petroleros y el gasto público. Ghanem criticó a los funcionarios libios que tienden a gastar una gran cantidad de fondos del Estado cuando los precios del petróleo son altos, en lugar de repartir los beneficios de manera más uniforme. Dijo que Libia se había comprometido a cumplir las cuotas de la OPEP, y a pesar de que la capacidad actual de Libia es de 2 millones de barriles al día, se producen sólo entre 1,5 y 1,6 millones de barriles.

El embajador planteó la cuestión de los derechos asignados por las empresas extranjeras a sus empresas asociadas de Libia con el fin de compartir sus conocimientos... Ghanem dijo que no tenía ningún problema con las empresas extranjeras que quieran traer a sus propios trabajadores. Sin embargo,

para los puestos más técnicos, así como para los trabajos administrativos, dijo que los contratados deben ser libios. Aseguró que el 76 por ciento de los trabajos en la industria de petróleo y gas en Libia estaban ocupados por extranjeros. Reconoció que eran necesarios para otros trabajos que requieren experiencia con las nuevas tecnologías, como la recuperación mejorada de petróleo (mediante inyección de CO₂) o en la exploración. Otra preocupación discutida en la reunión es el costo de personal. Dijo que si las empresas NOC podrían contratar a un ingeniero de India o Brasil por diez mil dólares, lo harían. Si los socios de América insisten en la contratación de ingenieros estadounidenses, éstos deberían pagar la diferencia.

En relación con la tarifa por el agua impuesta a las empresas de producción, el embajador le preguntó si se trataba de un incumplimiento de contrato ya que los acuerdos «incluyen el acceso libre al agua». Agregó que las empresas norteamericanas con hombres destacados mostraron su preocupación dado que las tarifas de agua no se podían contar como gastos de funcionamiento, lo que podría deducirse del pago de impuestos... Según se informa, la mayoría de las petroleras internacionales han expresado su preocupación al NOC por el nuevo requisito de que las empresas deben pagar por el agua utilizada en las operaciones de reinyección en los embalses, lo que significa que el agua fresca va a costar más. De acuerdo a algunos costos adicionales de explotación, la nueva tarifa es un incumplimiento de contrato ya que el acceso libre al agua se incluye en los acuerdos. Ghanem dijo que la tarifa del agua no era un incumplimiento de contrato sino que está incluida en la Ley del Petróleo de Libia. Parecía dar a entender que las petroleras internacionales utilizan el agua dulce en exceso y que ese agua se necesita para otros usos, como el consumo y el riego. Según Ghanem, algunas empresas petroleras internacionales, como la española Repsol, han pagado la cuota de agua.

En un artículo de prensa reciente, Ghanem dijo que Libia iba a invertir en nuevos proyectos de gas. Cuando el embajador le preguntó si se había establecido una política de precios, comentó que era muy complicada, ya que en el pasado el gas se quemaba y no se ha establecido aún un precio. Ahora, el gas para el consumo local está subvencionado, algo en lo que Ghanem estaba en contra^[12].

En cuanto a si todos los acuerdos con las petroleras internacionales se registrarán por la EPSA, Ghanem declaró: «Tenga la seguridad de que el gobierno cumplirá sus acuerdos». A largo plazo todos los implicados se someterán a la EPSA. El gobierno sólo ha establecido contratos al margen de las normas de EPSA con la empresa alemana Wintershall y las norteamericanas incluidas en el Grupo de Waha (Hess, Marathon y ConocoPhillips). Según Ghanem, Wintershall saldría del país en 2016, puesto que es la fecha, además, en la que el contrato de concesión finaliza. Según aseguró, una vez que todas las empresas están sometidas a la EPSA, la gestión y supervisión por parte del gobierno será más efectiva. En cuanto al Grupo de Waha, recordó que las empresas de Estados Unidos han estado ausentes de Libia desde hace quince años, pero ahora que ya estaban de vuelta, se iba a seguir discutiendo la conversión de su situación a un acuerdo similar a los de la EPSA.

Cuando se le preguntó si Libia aún planea convertir el NOC en una empresa internacional, señaló que ése es el objetivo a largo plazo, pero que sería difícil eliminar la burocracia del NOC, ya que la economía de Libia depende de los sectores del petróleo y el gas. Dijo que, en todo caso, le gustaría que el NOC se convirtiera en una sociedad anónima que pagara sus tasas al gobierno, al igual que lo hace el Grupo de Waha, ya que esto permitiría aumentar los salarios de los trabajadores a un nivel más competitivo; aunque ese proceso ya se ha iniciado, otorgando más control al NOC sobre los salarios y la posibilidad de contratar y despedir personal.

En cuanto a la reciente venta de la empresa de capital canadiense de exploración de petróleo Verenex, Ghanem dijo que la Autoridad de Inversión Libia (LIA) había comprado la empresa y que Medco, socio de Verenex en Indonesia, sería el operador. Dio a entender que la administración ha ejercido su derecho de compra sobre Verenex por el mismo precio de venta que el ofrecido por la Empresa Nacional del Petróleo de China y, por lo tanto, habría cumplido el acuerdo con Verenex. Sin embargo, se forzó la aprobación de la venta a cambio de la devaluación de un 30 por ciento en el precio de las acciones, lo que finalmente allanó el camino de Trípoli.

Durante la reunión, Ghanem efectuó sus oraciones islámicas. Sin embargo, parecía relajado y dio la impresión de responder honestamente a las preguntas del embajador. Ghanem expresó el compromiso de honrar todos los contratos en curso, pero dijo que continuaría con el objetivo de someterlos a un modelo EPSA. Aunque ha sido tras un período sin rumbo, Ghanem ha tomado con firmeza en el timón de la NOC, pese a que los rumores que circulan alrededor de Trípoli es que está apartado y no participa activamente en el funcionamiento de la organización, sino que es su segundo, Ali Sgheir, quien realmente se está haciendo cargo del puesto. Ghanem, que regresó al NOC a instancias de Saif al-Islam (el hijo de Gadafi), podría estar esperando a cómo se establece el futuro de Salif antes de tomar más decisiones en su carrera personal. Final del comentario.

El informe fue remitido vía interna —con la citada clasificación de confidencial— a Hillary Clinton. En el Departamento de Estado del gobierno de Obama no había inquietud más allá de la impaciencia y la necesidad de que Gadafi fuera más veloz a la hora de privatizar de nuevo el comercio petrolero, en el cual Estados Unidos saldría favorecido pese a que Libia pretendía conseguir a cambio una serie de beneficios, como la posibilidad de contratar trabajadores de su país y cobrar más por el agua y otros servicios ofrecidos desde el interior. No había la más mínima referencia en el escrito que hiciera pensar que apenas un año después Clinton maniobraría para derrocar al dictador y colaboraría en la persecución sin tregua de Saif al-Islam, que según las primeras noticias había fallecido en el mismo ataque en el que fue asesinado su padre, pero la realidad es que logró escapar al asalto, pese a que semanas después se entregó con objeto de ser sometido al Tribunal Penal Internacional de La Haya, que poco antes de que comenzara el conflicto civil ordenó su captura para ser juzgado como responsable de crímenes contra la humanidad. Sin embargo, en diferentes informes diplomáticos se destaca el papel de Saif como una esperanza hacia la apertura económica y política del país. Se habla de Saif como alguien con talante dialogante y abierto. Incluso en una reunión secreta que tuvieron los embajadores de Estados Unidos y el Reino Unido, este último señaló la necesidad de «no pensar en lo que significa el nombre de Gadafi» e intentar ayudar al país en su transformación hacia un sistema capitalista y próximo a Occidente. Insisto —y no me cansaré de repetirlo— en que estos informes fueron elaborados sólo meses antes de que el pueblo se levantara en armas y la OTAN apoyara a los rebeldes tras las manifestaciones de ciudadanos contra la situación social del país. Veamos lo que decía sobre Saif al-Islam uno de estos textos, redactado tras el nombramiento del hijo de Gadafi como Coordinador General del Gobierno en noviembre de 2009, y en el que se valoran los pros y los contras de quien se perfilaba como el nuevo hombre fuerte del régimen, tras la investigación efectuada por los diplomáticos norteamericanos consultando a los hombres de negocios más importantes del país:

Varios empresarios libios han expresado su punto de vista favorable respecto al nuevo papel de Saif al-Islam como coordinador general de Libia. Ellos creen que su nombramiento garantizará la estabilidad y pondrá fin a las luchas internas de los últimos años. Creen que Saif al-Islam es una opción lógica para conducir el país debido a su educación occidental y su agenda favorable a una reforma en Libia... Si Saif logra implementar sus reformas, es probable que haga frente a la resistencia de las élites atrincheradas del país, que se han beneficiado de un entorno empresarial basado en los lazos tribales y su proximidad al régimen.

Los empresarios libios creen que va a promover la estabilidad y asegurar la continuidad una vez que Gadafi no esté en escena. En una reciente reunión entre miembros de destacadas familias con importantes intereses económicos se cree que el nombramiento de Saif ayudará a que el gobierno de Libia evite la aparición de algún grupo musulmán extremista o entornos tribales que apoyen a otros hermanos.

En opinión de uno de los empresarios consultados por la embajada, Saif es bueno para el futuro de Libia, ya que está interesado en atraer inversión extranjera y crear un país moderno inspirado en el modelo de Dubai. En cuanto a otro hijo de Gadafi, el asesor de Seguridad Nacional, Muatassim, nuestra fuente lo caracterizó como «sediento de sangre y violento». El resto de los hermanos son simplemente incompetentes y sólo están interesados en llevar un estilo de vida lujoso.

Si bien la mayoría de los prominentes hombres de negocios que sondeamos tenían esperanzas sobre las

perspectivas de Saif al-Islam para lograr cambios reales, otros son menos optimistas. A pesar de haber sido educado en Occidente y tener un historial de abogar por la reforma, Saif al-Islam también es un producto de un sistema altamente corrupto que ha estado en vigor durante cuarenta años. Cuando implemente las reformas políticas y económicas, sin duda se enfrentará a retos importantes, y al desafío de las élites atrincheradas que se han beneficiado de un entorno empresarial basado en los lazos tribales y la proximidad al régimen.

Conseguir que Libia se subiera al carro de las reformas económicas liberales iniciadas por Ronald Reagan y Margaret Thatcher en los años ochenta fue uno de los principales objetivos de Estados Unidos en aquel país tras el arrepentimiento de Gadafi. Numerosos cables escritos por los diplomáticos en Libia ponían al corriente a Washington del curso de esa transformación. El 24 de septiembre de 2009, el embajador ofrecía buenas noticias sobre el ritmo de esas reformas, que permitirían a las empresas norteamericanas invertir dinero en Libia e introducir a un nuevo país en el sistema económico ideal —ideal para Estados Unidos— según se deducía de la reunión que mantuvieron el 16 de septiembre de 2009 los representantes de la Casa Blanca con los encargados de la política económica en Libia; entre los que estaban Said Econoff Hoderi, director de Cooperación Internacional del Consejo Nacional de Desarrollo Económico (NEDB), Faouzi Elmozogi Saleh, directora de Desarrollo Humano de dicho organismo, y el doctor Fathi Ibrahim, gerente del Departamento de Pequeña y Mediana Empresa, a fin de examinar la labor de este organismo para desarrollar un plan estratégico de desarrollo económico de Libia. En esa reunión quedó claro que el país que gobernaba el anticristo de los años ochenta del siglo xx se estaba reconvirtiendo al mandato del capitalismo estilo Washington, y que la figura del hijo de Gadafi era la elegida para ese cambio:

El Consejo de Desarrollo Económico de Libia informa de los esfuerzos para formar a los trabajadores del país para que sirvan de apoyo en los planes de reforma económica y, en particular, de las iniciativas para estimular el crecimiento del sector privado mediante pequeñas y medianas empresas. Además, se está desarrollando una gestión estratégica para monitorizar y evaluar el desarrollo económico de Libia después de décadas de aislamiento de los mercados internacionales. El NEDB ha solicitado ayuda a Estados Unidos para conocer las mejores oportunidades, así como para capacitación y aprendizaje de su personal. También ha invitado a expertos de EE. UU. para viajar a Libia y llevar a cabo la formación de los gerentes de los negocios del NEDB, y expresó su renovado interés en trabajar con el Código de Comercio de Desarrollo de un programa financiado por la MEPI para fomentar los intercambios entre EE.UU. y Libia, así como programas de desarrollo de pequeñas empresas.

El informe es el resultado de una iniciativa dirigida por Saif al-Islam, cuya recomendación es diversificar la economía más allá del sector de los hidrocarburos y avanzar hacia un modelo basado en el mercado.

Reconociendo que el desarrollo de Libia se estancó durante los últimos veinte años, Hoderi hizo hincapié en que Libia debe «acelerar» su gasto en desarrollo. El NEDB está a la vanguardia de los esfuerzos de Libia de pasar de una economía de planificación centralizada a una en la que el sector privado será la fuerza motriz.

El sistema también ayudará en la planificación de contingencia mediante la ejecución de diversos escenarios, tales como las fluctuaciones en el precio del petróleo, la principal fuente de ingresos de Libia. El nuevo sistema actuaría como un «tablero» para los responsables políticos e indica qué proyectos deben ser acelerados y cuáles tendrán un proceso más lento. Hoderi admitió que el primer informe del nuevo sistema tenía que ser completado en julio de 2009, pero el NEDB no estaba satisfecho con el producto entregado por Ernst & Young^[13]. Dijo que no era consciente de que existía otro programa; por lo tanto, el

desarrollo de un plan estratégico de la economía nacional específica a las necesidades de desarrollo único de Libia había sido todo un desafío.

Más allá de la educación primaria, Elmozogi describió los esfuerzos de la NEDB para mejorar la calidad de la formación profesional en Libia, en particular para los empleados del sector público, incluidos los futuros líderes, diplomáticos, jueces y funcionarios del gobierno local y municipal. En el primer programa, el NEDB está cooperando con el gobierno del Reino Unido y la Escuela de Economía de Londres (el *alma máter* de Saif al-Islam al-Gadafi), entre otras instituciones del Reino Unido, en un programa de intercambio para enviar cuatrocientos futuros líderes de Libia para recibir formación en cuestiones de liderazgo y gestión. Elmozogi explicó que doscientos cincuenta futuros líderes también serán entrenados en Libia. Asimismo, el NEDB está trabajando con las universidades de Estados Unidos, el Reino Unido y Francia para gestionar los programas de intercambio de noventa jóvenes diplomáticos de Libia (treinta diplomáticos libios están siendo entrenados en cada país). Hoderi respondió positivamente a las sugerencias de Emboffs: «Los diplomáticos libios en Estados Unidos planean coordinar una visita al Centro Nacional de Formación de Asuntos Exteriores». Elmozogi dijo que el NEDB había enviado también setenta jueces de Libia al Reino Unido para estudiar el idioma inglés y derecho internacional. Por último, subrayó el interés de Hoderi en el trabajo con la embajada para diseñar un programa de capacitación y de intercambio para los miembros de los gobiernos locales y municipales de Libia...

Como corolario de la capacitación de funcionarios del gobierno local, Hoderi expresó su interés en el estudio de cómo los gobiernos locales puedan incorporar pequeñas empresas de EE. UU. en los planes de desarrollo de la comunidad. Explicó que como Libia se mueve de un sector público dominado por la economía de Estado a uno más descentralizado, los gobiernos locales (*shabiyas*, en el sistema libio) tendrán que asumir la responsabilidad de fomentar las pequeñas empresas y estimular el crecimiento del sector privado. Hoderi también preguntó si los expertos estadounidenses podrían llevar a cabo talleres de formación en Libia para empleados del sector público. El NEDB ya ha capacitado a mil empleados del gobierno local en estos temas en Trípoli y le gustaría expandir el programa a otras ciudades en todo el país.

Comentario: Durante esta última reunión con el NEDB, el personal era más acogedor y abierto a trabajar con EE. UU. que en el pasado. La discusión se amplió a las áreas de posible cooperación para incluir la capacitación de personal, empresarios, empleados del sector público y los líderes del gobierno local. Si tiene éxito, esta cooperación ofrece la oportunidad de influir en los esfuerzos de Libia de reformas a nivel local. Sin embargo, la experiencia demuestra que la aplicación del programa podría ser difícil. Nos pondremos en contacto con el Programa de Desarrollo del Derecho Comercial y oficinas pertinentes del Departamento a fin de explorar las posibilidades de diseñar los programas mencionados anteriormente. Final del comentario.

El seguimiento de las transformaciones económicas en los países a los que se pretende «guiar» ha sido una constante en los últimos años. La colección de cables diplomáticos que desvelan esta vigilancia sobre los modelos económicos de los países sometidos a control demuestran cómo los embajadores se habían convertido en unos precisos observadores de la situación financiera, y cada poco tiempo remitían a Washington los datos pertinentes. No sólo ocurría con Libia, sino con multitud de países. En el caso que nos ocupa, el último informe financiero se elaboró el 14 de enero de 2010, y en él se repasan algunos de los parámetros sociales y políticos del país, y se hace alusión a los progresos que se están haciendo, pero efectuando sólo someras y suaves referencias a la corrupción que existe en el país o a la dificultad para obtener visados y poder pasar libremente al interior de sus fronteras, pero el informe dedica casi la totalidad a la situación financiera y a la existencia de leyes que facilitan —aunque no tanto como se desearía— la llegada de empresas extranjeras y la inversión en ellas. Los vigilantes de los buenos usos y costumbres son los diplomáticos. El último al que hago referencia —del que he extraído lo más importante— dice lo siguiente:

En los últimos años, Libia ha tomado una serie de medidas para fomentar la inversión extranjera directa. Las iniciativas para conseguirlo se remontan a mediados de 1990. Desde entonces, Libia ha promulgado numerosas leyes y reglamentos destinados a mejorar el clima de negocios y aumentar el atractivo para la inversión extranjera. Este esfuerzo ha tenido un éxito modesto, aunque las empresas extranjeras están regresando a hacer negocios, y Libia ha sido capaz de atraer el interés de importantes inversores extranjeros, especialmente desde el levantamiento de sanciones de la ONU en 2003. Esto ha generado la inversión de miles de millones de dólares en el sector energético de Libia. Este país también ha emprendido vastos nuevos proyectos de desarrollo, incluidos los planes para gastar 123 000 millones de dólares en obras públicas.

... La promulgación de la Ley 443, del 14 de noviembre de 2006, cambió la estructura del sistema para las empresas extranjeras dedicadas al mundo del petróleo, la construcción, la industria eléctrica, las comunicaciones, el transporte o la agroindustria. Entre otras medidas, los nuevos competidores extranjeros que desearan establecerse en estos sectores del mercado libio deberían formar empresas conjuntas con una entidad libia. Sin embargo, la ley liberalizó las restricciones de la normativa anterior al permitir que las empresas extranjeras dispusieran de hasta un 65 por ciento de la propiedad de estas entidades.

La mayoría de las empresas que deseen recibir el pago de los servicios/productos en Libia funcionan con cartas de crédito (LOC) que se facilitan a través de bancos extranjeros (a menudo con base en Europa). Las empresas energéticas extranjeras que generan grandes sumas de dinero, a menudo hacen los arreglos para la transferencia directa a las cuentas en alta mar. Se han recibido informes referentes a las dificultades que tienen algunas entidades con los LOC de Libia. Estas dificultades se deben a una serie de deficiencias institucionales que retrasan el cierre de las ofertas y colapsan a medida que aumentan los precios y los plazos de entrega.

... Con la aparición de una serie de reformas económicas y los esfuerzos por una mayor transparencia desde el año 2004, los procesos de nacionalización del gobierno parecen estar en declive... A través de la Ley número 5 aprobada en 1997, referente al fomento de la inversión, el gobierno intentó diversificar su economía, dependiente de los hidrocarburos, y promover la capacitación técnica de los ciudadanos libios y mejorar el desarrollo regional. Los sectores afectados por esta ley incluyen —pero no se limitan a— agricultura, industria, turismo, servicios y salud. Las disposiciones de la ley incluyen la bajada de los impuestos de aduanas y cargas de las empresas. Según la ley, la importación de maquinaria, herramientas y otros bienes de capital están exentos de derechos de aduana e impuestos, así como todos los equipos, repuestos o materias primas necesarias para la operación del proyecto, que están exentos por un período de cinco años. Aquellos a los que el proyecto los ataña están exentos del impuesto sobre la renta en sus actividades por un período de cinco años a partir de la fecha de comienzo de la producción o el trabajo. Los bienes dirigidos a la exportación también están exentos del impuesto sobre consumos específicos y de los honorarios e impuestos aplicados a las exportaciones, así como del impuesto de timbre en los documentos comerciales. Por último, los beneficios del proyecto podrán disfrutar de la misma exención si se destinan a la reinversión. En 2006, el Congreso General del Pueblo (GPC) modificó la Ley número 5 bajó el valor del dinar y la inversión se cifró en 41 millones de dólares, que se estableció en 4,13 millones por cada inversión y en 2 millones si ese proyecto es propiedad de Libia al 50 por ciento o más.

La Junta de Libia de Inversión Extranjera (LFIB) fue creada como organismo de ejecución de la Ley número 5. El LFIB fue reemplazado en 2009 por una organización similar, conocida como Junta de Inversiones y Privatización (PIB). La misión de esta organización es la de supervisar y regular la inversión extranjera en Libia partiendo de que la base industrial se ha quedado obsoleta y se caracteriza por la ausencia de planificación, además de detentar una tecnología trasnochada, mala gestión... La función del PIB es esencialmente servir como el mecanismo de selección para la inversión extranjera directa. Si bien el mandato del PIB incluye la promoción de inversiones, su actividad se limita generalmente a tratar las consultas que se efectúan sobre inversión extranjera, excepto en asuntos relacionados con el turismo o la Zona Libre de Misrata...

El gobierno comenzó en 2004 con el programa de privatización de 360 empresas estatales. Este proceso está aún en curso. Aunque las entidades extranjeras pueden participar, deben hacerlo bajo las reglas locales, que incluyen la protección al empleo para los trabajadores libios y acciones para despojar a un gran número de propietarios individuales (con preferencia por los libios).

El gobierno de Libia tiene una historia de expropiaciones de propiedades privadas que incluyen incluso los activos de empresas extranjeras. Estas acciones fueron más frecuentes durante la década de 1980. Se realizaron fundamentalmente por razones ideológicas en el marco de la nacionalización de toda la industria y con el propósito declarado de mayor distribución de la riqueza entre la población. Estas actividades parecen haber caído en la práctica como una herramienta de la política gubernamental, a pesar de la

retórica del régimen a principios de 2009 respecto a la posible nacionalización del sector petrolero a la luz de la caída de los precios mundiales del petróleo, pero en realidad, en los últimos años, el gobierno de Libia ha tomado medidas para ampliar los derechos de los libios para operar las empresas privadas así como para comprar y alquilar propiedades.

Funcionarios libios que ocupan cargos relevantes y participaron en las nacionalizaciones han dirimido un proceso que se ha resuelto a través de negociaciones entre el gobierno y las empresas afectadas. Con el advenimiento de una serie de reformas económicas y los esfuerzos para aumentar la transparencia del régimen en 2004, la perspectiva de la apropiación del gobierno parece estar en declive. En ocasiones, el gobierno ha indemnizado a los afectados, aunque no disponemos de las cifras que se han pagado.

Desde 2004, los extranjeros y las empresas están autorizados a arrendar la propiedad privada de los ciudadanos libios. Los derechos de propiedad de la tierra sólo es posible para las compañías extranjeras bajo los términos de la Ley número 5. Existe una ambigüedad considerable tanto en el mercado del alquiler público como en el del privado, y muchos aspectos de estos acuerdos se derivan a las autoridades locales. También se han notificado distorsiones en el mercado para el acceso de suministros diversos relacionados con la vivienda, así como en materiales industriales y de construcción, y hay una falta de transparencia en la distribución de estos materiales. El retorno de las empresas e inversionistas extranjeros a Libia en 2003 ha impulsado un rápido aumento en el precio de la vivienda de alquiler y de oficinas, a consecuencia de lo cual se ha producido un *boom* de la construcción que también ha generado presiones adicionales sobre los precios y los materiales de construcción.

El gobierno libio eliminó todos los derechos de propiedad privada en marzo de 1978 y la mayoría de las empresas privadas a partir de esa fecha. El alquiler de la propiedad fue declarado ilegal, y la propiedad de bienes se limitó a una sola vivienda por familia, obligándose a que las demás fueran redistribuidas. Las hipotecas se pagaban directamente al gobierno de Libia, aunque muchos libios estaban exentos de estos pagos en función de los ingresos familiares...

El sistema bancario de Libia está dominado por cuatro bancos que son propiedad en su totalidad o en la mayoría del Banco Central: Banco Jamahiriya, que se fusionó con el Banco Umma en 2008, el Wahda Bank, el Banco del Sahara y el Banco Nacional de Comercio. Estos bancos representan casi el noventa por ciento de los activos de Libia. Todos estos bancos cuentan con un capital de al menos 100 millones de dinares libios, y dos de ellos (Wahda Bank y el Sahara), fueron privatizados recientemente. El banco francés BNP Paribas adquirió el 19 por ciento del Banco del Sahara en julio de 2007, y tomó el control operativo del banco. El acuerdo también incluyó una opción que permitía a BNP Paribas comprar acciones adicionales hasta alcanzar el 51 por ciento del capital total de la entidad los próximos tres a cinco años. En noviembre de 2007, cinco bancos extranjeros fueron preseleccionados para hacerse con la privatización de Wahda Bank. Había bancos de Francia, Italia, Jordania, Bahrein e instituciones marroquíes. El Banco Árabe de Jordania fue el seleccionado y obtuvo una cuota del 19 por ciento del Wahda Bank, con la opción de aumentar su participación al 51 por ciento en tres a cinco años. El Banco Central anunció en octubre de 2007 la fusión de Umma Bank y Jamahiriya en una sola entidad, y el proceso se completó en 2008, aunque todavía hay sucursales abiertas bajo la bandera de cada banco. El Banco Central también es dueño del Banco Exterior de Libia, que opera como un banco *offshore*, con la responsabilidad de satisfacer las necesidades internacionales de Libia. Además, hay cuatro bancos especializados propiedad del Comité General del Pueblo para las Finanzas: el Banco Agrícola, Banco de Inversión Inmobiliaria, Banco Interamericano de Desarrollo y el Banco Reefi. También hay cuatro bancos importantes privados (Banco de Comercio y Desarrollo, el Banco Verdad, Al-Jimaa Banco al-Arabi y el Banco Wafa) y cuarenta y ocho bancos regionales más pequeños.

El sistema bancario de Libia se encuentra actualmente en un programa de modernización importante para mejorar los servicios disponibles y hacer frente al gran número de préstamos morosos, establecer un sistema nacional de pagos, facilitar el uso de instrumentos de pago distintos del efectivo e instituir nuevas normas de contabilidad y formación. Mientras que los bancos extranjeros son técnicamente capaces de entrar en el mercado libio bajo la Ley Bancaria de 2005, el Banco Central ha tratado de retrasar su entrada hasta que el proceso de reforma se ha afianzado.

A las empresas privadas se les permite competir con las públicas en los mismos términos y condiciones con respecto al acceso a los mercados, el crédito y otras operaciones comerciales. Sin embargo, ya que aproximadamente el ochenta por ciento de la economía consiste en entidades del sector público, las empresas más grandes son propiedad del gobierno, y por lo tanto son las únicas que tienen el capital necesario para formar empresas conjuntas con socios extranjeros...

La colección de cables expuesta no expresa especial animadversión por lo que

ocurre en Libia. Más bien al contrario, puesto que se celebran los avances económicos hacia el capitalismo y el libre mercado por parte del dictador. En plena guerra contra el terrorismo, Gadafi se aproximó a las tesis liberales que se estaban extendiendo por el mundo. Poco a poco, el Estado comenzó a deshacerse de las empresas públicas y a ponerlas en manos de las grandes fortunas internacionales. Según reflejan los cables, el propio dictador se encargaba de supervisar los contratos que superaban los 150 millones de dólares para poder satisfacer a las empresas de Estados Unidos, Francia, Italia o España. Gadafi admitió su derrota bélica asumiendo las políticas económicas que se deseaban desde el exterior. El anterior documento refleja bien a las claras que el dictador estaba dando los pasos correctos, gracias a los cuales su propia «caja» había crecido. Los documentos secretos incluso revelan que el propio dictador se había subido al carro de las operaciones financieras que a través de los fondos de inversión han provocado la crisis económica mundial. Según se lee en los documentos ahora conocidos, llegó a depositar en fondos radicados en Estados Unidos hasta 32 000 millones de dólares que eran gestionados por varios bancos norteamericanos, multiplicando su valor en los derivados y diferentes paquetes financieros. Pero la riqueza que generó en el exterior, beneficiando a las multinacionales europeas y norteamericanas, no se tradujo en riqueza para su pueblo.

El diplomático francés Boris Bouillon fue muy rotundo cuando pocos meses antes del alzamiento del pueblo libio declaró sin ambages en un programa de televisión: «Gadafi fue terrorista, pero en la vida cometemos muchos errores y todos tenemos derecho al indulto». El extravagante mandatario ya había sido perdonado por los grandes líderes internacionales, pero no por su pueblo, que poco a poco empezó a levantarse al darse cuenta de que con la riqueza generada en los últimos años no se retribuía a la población sino al espectro más acomodado de la sociedad libia y a los millonarios extranjeros a los que permitía hacer negocios en el país. Incluso convencieron a Gadafi —en plena fiebre capitalista— para que aplicara ajustes estructurales a modo de recortes, que afectaron en 2007 al cuerpo de funcionarios, y casi medio millón de trabajadores públicos empezaron a ser despedidos con el objetivo de reducir el peso del Estado en la economía y abrir la puerta a los capitales extranjeros que estaban entrando en el país. La medida fue aplaudida en el exterior, pero la población comenzó a enervarse. Y lo hizo más aún al ver cómo mientras cientos de miles de libios emigraban ante la perspectiva de pasar hambre en su tierra, a Trípoli llegaba en visita oficial en 2008 la temida Condoleezza Rice, secretaria de Estado con George Bush. La visita supuso la paz definitiva entre Libia y Estados Unidos. También llegaría la paz definitiva con Italia, país al que se dirigían la mayor parte de los emigrantes libios. El propio Silvio Berlusconi visitó a Gadafi. Y así uno tras otro...

Pero la inflación creció.

Y el paro también.

Cierto: en Occidente nos hicimos un poco más ricos, nuestras empresas

encontraron un nuevo mercado, las materias primas energéticas estuvieron algo más atadas, la globalización financiera creció y los fondos que gestionaban la inmensa cantidad de dinero que salía de Libia ampliaron en miles de millones sus carteras. Sí, todo eso es bueno. Cierto...

El resto de la historia ya es conocida: el pueblo se alzó y los países ricos cambiaron de chaqueta cuando ya no podía frenarse la iniciativa de los ciudadanos. Hubo guerra, y mientras el ruido de sables sonaba —y todas las buenas palabras sobre Gadafi se olvidaban, pese a ser el quinto inversor de la Bolsa de Milán, en Italia, que cerró sus puertas por una falsa avería el 23 de febrero de 2011 debido al miedo que generaba la posibilidad de que se hubiera hundido junto a sus inversiones de miles de millones—, los más poderosos empezaron a gestionar el futuro gobierno con objeto de seguir controlando la economía de un nuevo súbdito. Algunos nos dijeron nada: en el Reino Unido sabían que gracias a esa sumisión de Gadafi, hasta 150 empresas patrias se habían asentado en el país. A la inversa también pasaba algo similar, y entre las inversiones de Gadafi valga citar el 3 por ciento que compró de Pearson, la editorial que publica la biblia económica *Financial Times*. Paradojas de la vida, una de las empresas que más y mejores armas suministraba a Estados Unidos —Finmeccanica, de origen italiano— era propiedad al 2 por ciento del propio Gadafi.

CORRALITO: UNA CRISIS EXPERIMENTAL

Corral: sitio cerrado que sirve para guardar animales.

Corralito: pequeño parque para niños y animales que aún no andan.

Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española

La vida del animal es sólo miseria y esclavitud. Los cerdos, en verdad, no trabajaban, pero dirigían y supervisaban a los demás. Todos los animales son iguales, pero algunos animales son más iguales que otros.

GEORGE ORWELL

Del libro *Rebelión en la granja*.

Entre el cuarto de millón de cables dados a conocer a partir de diciembre de 2010, quedó al descubierto cómo en no pocas ocasiones los embajadores y sus agregados han intentado ganarse el favor de algunos periodistas con los que mantuvieron reuniones y establecieron acuerdos. El objetivo de esa «compra» tiene que ver con la intención de crear un estado de opinión favorable hacia Estados Unidos en el país en el cual trabaja el periodista en cuestión, intentando influir en sus comentarios hablados o escritos. Además, los periodistas «amigos» también se ponen al servicio de los embajadores cuando se trata de apoyar o criticar corrientes políticas locales que no siguen las pautas dictadas por la Casa Blanca. La maquinaria está perfectamente engrasada, y de no ser por estos periodistas amigos, las corrientes de opinión en los países de turno serían mucho más opuestas a Estados Unidos de lo que ya son. Esta red de influencias tiene como cúspide el poder económico que intenta influir directamente en las corrientes económicas de cada país, que al formar parte de un mundo globalizado son necesarias para poder ampliar los negocios... aunque al final el globo estalle.

No hay informes —tampoco quedaría huella por escrito de ello— que demuestren que esos periodistas reciban dinero a cambio de sus favores, pero en muchas ocasiones da la sensación de que es el ego lo que más importa a estos comunicadores. Poco o nada se ha informado sobre la existencia de estos cables diplomáticos en los medios de comunicación más importantes, pero hay casos muy significativos, como el del periodista argentino Joaquín Morales Solá, columnista del periódico *La Nación*, que aparece citado en cuarenta y cuatro documentos secretos de la embajada de Estados Unidos en Argentina. En ellos se explica cómo se ha convertido en un *premier*, que es como se llama en las delegaciones a los periodistas que están muy próximos a las tesis de Estados Unidos. Para conseguirlo, Morales Solá ha visitado en numerosas ocasiones la embajada, en donde ha mantenido reuniones con los jefes de la diplomacia de Washington. Durante dichas reuniones, el periodista informa al embajador de cómo actúa el gobierno en relación a diversos asuntos que son de interés para Washington. Además, en este caso, se da la circunstancia de que el gobierno de Nestor Kirchner y de su esposa Cristina no es del agrado de Estados Unidos debido a las corrientes ideológicas que ponen en práctica, ya que el control del Estado sobre la economía y las limitaciones a las actuaciones del mercado son contrarias —primero con George Bush, y después con Barak Obama— a las defendidas por los estadounidenses. Así, no es de extrañar que en uno de los almuerzos el periodista dijera que «el gobierno lucha por seguir adelante con soluciones a corto plazo y está peligrosamente fuera de contacto con la sociedad argentina». De esta forma, la cadena de mentiras —el cable es de agosto de 2008, y ciertamente, tanto entonces como después el gobierno de los Kirchner tenía un amplio respaldo social— se inicia con una falsedad descrita por el informador que, sin embargo, alimenta las ideas de la Casa Blanca que, después, gracias a sus líderes de opinión, hará que llegue a la sociedad.

Red de mentiras

Por citar un ejemplo: en uno de los cuarenta y cuatro cables dados a conocer por Wikileaks sobre este periodista se cita una comida que tuvo lugar en la misma sede de la embajada en la que el columnista —calificado por los diplomáticos como el periodista más influyente de Argentina— se reunió con el embajador Earl Anthony Wayne, el jefe de prensa de la legación y su asistente el 15 de agosto de 2008: «Tiene múltiples fuentes en el gobierno. Acaparó la conversación: ofrece muchas cosas importantes que contar». Y entre esas cosas estaba descalificar e incluso ridiculizar a la presidenta Cristina Kirchner: «La calificó como talentosa e inteligente, pero asegura que se mantiene fuera de la realidad. Su discurso no se corresponde con lo que está pasando en la sociedad argentina, como la subida de precios que encuentran los consumidores en las tiendas. Se aferra tozudamente a sus opiniones y posturas, y le es muy difícil admitir cualquier error o aceptar otros puntos de vista. Morales Solá sostiene que parte del problema es que la presidenta ha vivido en una burbuja durante años, saltando de un helicóptero a un avión sin nunca haber tenido que manejar el presupuesto de su familia. Como resultado, cuando sus asesores le dicen que la inflación es un problema, desecha la noticia, creyendo que están influidos por los medios de comunicación controlados por la oposición al Gobierno».

Los informes diplomáticos muestran, sin duda, el interés que hay por parte de los diplomáticos norteamericanos para obtener informaciones que pongan en tela de juicio las políticas puestas en práctica por Cristina Fernández de Kirchner, por mucho que, en realidad, no siempre respondan a la situación del país, que ha vivido durante los últimos años de la primera década de siglo XXI un fuerte crecimiento, en especial gracias al abandono por parte del gobierno de las políticas económicas del FMI (Fondo Monetario Internacional) y de las directrices impuestas por los gobiernos anteriores. El cable en el que se cita esta reunión deja bien a las claras que en la sede diplomática se conoce que la realidad argentina está dejando de ser negra: «Los analistas de Wall Street no predicen un derrumbe de la economía. Morales Solá se mostró de acuerdo con este punto de vista». El cable incluso señala que empresas norteamericanas están llevando a cabo inversiones en Argentina y «no sienten que hayan sido discriminadas», una posición que parece distinta cuando con objetivos de manipulación de la opinión pública se vierten críticas en ese sentido hacia el gobierno argentino, que fueron mucho más intensas aún cuando el gobierno del país nacionalizó YPF-Repsol, la empresa petrolera hispanoargentina que domina el sector energético del país.

El análisis crítico de los cables diplomáticos muestra el verdadero rostro de la diplomacia. Se reconoce al periodista amigo y cómplice que las cosas no están tan mal en Argentina, al menos no tan mal como se intenta transmitir, pero fuera de la reunión, ya sin la protección de lo que se creía secreto en las conversaciones, las autoridades norteamericanas despotrican contra las corrientes económicas del

gobierno de los Kirchner. Del mismo modo, el periodista amigo también hacía su trabajo en el diario *La Nación* y, a los pocos días del almuerzo, exactamente el 17 de agosto, escribía lo siguiente: «En Washington, fuentes fiables de la capital estadounidense concuerdan lacónicamente en que hay preocupación». Hoy sabemos que esas fuentes eran sus amigos de la embajada. Y sabemos también que no le dijeron eso, sino lo contrario. Pero las órdenes son las órdenes: gracias a estas informaciones, el periodista de *La Nación* ganó el título de *premier comentarist*, catalogación que se le da en los informes secretos y que es lo mismo que decir «periodista amigo».

Así se escribe la historia y la realidad...

Una realidad —los datos son los datos— que señala que Argentina ha sido uno de los países que más ha crecido en el mundo en los últimos años y que su forma de escapar de la crisis fue, precisamente, desligarse del FMI. Pagó su deuda. Y dejó de seguir las directrices de esa institución, a la que muchos hacen responsable de la nefasta gestión económica que provocó la crisis de comienzos de siglo en Argentina.

FMI: el verdugo de la libertad

Una realidad —e insisto en que los datos son los datos— que demuestra que Cristina Kirchner ganó las elecciones de diciembre de 2011 con una ventaja abrumadora, lo que no es óbice para que los «periodistas amigos» y las corrientes de opinión impuestas por el poder y alimentadas por estos colaboradores insistan una y otra vez en una supuesta ausencia de valores democráticos en su presidencia, acusación que parte de la idea de que el gobierno interviene mucho en la economía. El milagro económico que hizo posible su triunfo tuvo mucho que ver con su salida del FMI, mientras que otras naciones «débiles» se hundían en el pozo de la crisis que comenzó en 2008 en todo el mundo y que, en este caso sí, siguieron políticas económicas muy distintas a las impuestas por el impulso liberalizador tan defendido por Washington en sus cables diplomáticos.

Una de las grandes preocupaciones de la embajada de Estados Unidos en Buenos Aires ha sido el alejamiento de Argentina del FMI, entidad a la que acudieron los responsables de Grecia cuando la crisis se contagió de Estados Unidos a Europa. Sin embargo, cuando Grecia se puso en manos de esa institución, la crisis se agravó; a raíz de aquello, el grupo Anonymous anunció que atacaría su página web en la que fue bautizada como Operación Grecia. El objetivo del ataque era denunciar cómo este organismo, en sintonía con la Unión Europea, abusaba de Grecia y sus habitantes con las condiciones impuestas para recibir el rescate de 110 000 millones de euros que las autoridades pidieron para poder hacer frente a la crisis económica. Esas exigencias incluyen recortes sociales y medidas de ajuste que, según Anonymous, iban a

perjudicar —como demostraron los datos— a los trabajadores y los ciudadanos.

En aquellas fechas, el FMI estuvo de permanente actualidad debido al proceso judicial contra el exdirector de la institución, Dominique Strauss-Khan, conocido como DSK, acusado de violación en Estados Unidos. Sin embargo, esa información no ha sido la rampa sobre la cual emergieron el discutido papel del FMI en la crisis mundial y la posibilidad de que este organismo esté favoreciendo a las grandes multinacionales y bancos. En cierto modo, se desvió la atención pública hacia los sospechosos comportamientos del político pero sin matizar ni corregir las duras medidas que aprobó.

El FMI se creó en 1945. El objetivo era promocionar políticas económicas sostenibles y facilitar el comercio internacional al tiempo que se combatía la pobreza. Como el propio nombre de la organización indica, el FMI provee de dinero a aquellos países que lo requieran por su situación. Dichas cantidades se entregan a cambio de que esos países adopten unas políticas económicas que tiendan a favorecer los objetivos declarados por este organismo.

Tras la crisis del petróleo de 1973, algunos se plantearon si era necesario que siguiera existiendo el FMI. El colapso del sistema de cambio y las reformas económicas así parecían señalarlo, pero el entonces director del organismo, el holandés John Witteveen, planteó el reciclaje de la institución y se decidió apoyar a los países dependientes del petróleo que sufrieron el aumento de precios y a los países del Tercer Mundo. Esos fondos se entregaron a cambio de negociar entre el gobierno del país socorrido y el FMI un plan de estabilización de la economía local. Pero no se trata de una entrega de dinero, sino que en realidad es un crédito que el país beneficiario deberá devolver con los intereses que se establezcan.

Aquello provocó que la deuda exterior de los países en vías de desarrollo se disparara hasta bloquear por completo el desarrollo iniciado. Con intención o sin ella, la nueva política significó que los países en crecimiento estuvieran siempre bajo el yugo de los prestatarios, que, en definitiva, eran los grandes bancos. La imposibilidad de hacer frente a aquellos créditos provocó la bancarrota de algunas naciones, como fue el caso, por ejemplo, de México.

Uno de los países que recibió dinero en aquel entonces fue Chile. Poco tiempo antes, un golpe de Estado apoyado por Estados Unidos derrocó al presidente electo, Salvador Allende, que murió durante la asonada. Augusto Pinochet recibió entonces una inyección de dinero por parte del FMI. No hubo que negociar mucho: las políticas económicas de Pinochet no diferían en exceso de las del FMI, en donde tampoco exigieron reformas democráticas en el país a cambio de los créditos. Uno de los principales valedores en el FMI del apoyo a Chile fue un hombre llamado John Lipsky. En sus informes no había una sola crítica, ni una mísera referencia, a los crímenes cometidos por Pinochet. Por cierto: Lipsky fue el director del FMI tras la dimisión de DSK a raíz del escándalo sexual que protagonizó y antes de que resultara elegida para situarse al frente la francesa Christine Lagarde. Poco después de

«someter» a Chile, fue Argentina el país al que le tocó seguir las pautas del FMI tras recibir dinero de la organización. DSK había advertido a los países europeos de que si eran rescatados tendrían que ceder parte de su soberanía a la Unión Europea y el FMI, que tendrían que supervisar las decisiones que tomaran los mandatarios electos. Lagarde se reafirmó en la necesidad de seguir con esa pauta de comportamiento.

Tras la reunión del G-20 a finales del año 2008, que tenía por objetivo redefinir las políticas monetarias mundiales para hacer frente a la crisis, el FMI multiplicó por cuatro su depósito financiero y pasó a convertirse en el organismo que iba a condicionar las decisiones políticas de todos aquellos países que requirieran de un rescate, como es el caso de Grecia o Portugal. Por ejemplo, cuando se dice que es necesario efectuar «ajustes estructurales» no se está queriendo decir otra cosa más que se impone la obligación de efectuar recortes sociales que han sido previamente exigidos por esta suerte de gobierno de tutelaje.

Desde entonces, el FMI ha sido visto como un salvavidas para aquellos países que sufren dificultades. Hay pocas voces críticas en los grandes organismos internacionales. Pero esas críticas existen. Quien fuera premio Nobel de Economía en 2001, Joseph Stiglitz, ha sido uno de los más rotundos a la hora de criticar lo que el FMI está haciendo. Asegura que sus ayudas están condicionadas a la pérdida de políticas sociales que deben dejar al margen los gobernantes de los países «socorridos». También denuncia que las exigencias del FMI para entregar dinero a estas naciones se condiciona a cambio de abaratar el despido de los trabajadores y de la pérdida de derecho de los mismos. Y además, los rescates —también tutelados y soportados por los fondos de la Unión Europea en el caso de los países que pertenecen a la misma— están sujetos a la imposición de unos intereses que reportan enormes dividendos a las grandes instituciones financieras mundiales. Se benefician tanto, que incluso rescatar a un país se ha convertido en un excelente negocio para algunos.

A lo largo de su historia, el FMI ha engrilletado económicamente a países en los cuales existieron o existen dictaduras: Argentina, Chile, Brasil, Indonesia, Nigeria, Filipinas... Muchos de los dirigentes de esos países recibieron, pese a haber usado las armas para alcanzar el poder, apoyo económico pero ningún impedimento a que esas dictaduras se asentaran. En la web Red Voltaire puede leerse: «El FMI ha conseguido imponer una óptica financiera de la política económica mundial, permitiendo así que los especuladores del norte se enriquezcan mediante la explotación del trabajo, más que de los recursos, de las naciones del sur. Si no fuera por la veneración que la sociedad de consumo siente por sus propios banqueros, hace tiempo que el FMI habría sido calificada como organización criminal».

Argentina: el crimen del que no tomamos nota

Para examinar el caso de Argentina es necesario situarnos en diciembre de 2001. La gente se echó a la calle, hambrienta, harta, molesta, engañada... No hacía tanto —año 1948, para ser exactos— que el nivel de vida de Argentina estaba a la misma altura que el de Gran Bretaña. La víctima más visible fue el presidente del país, Fernando de la Rúa. En su mandato, la deuda exterior que acumuló el país fue de nada menos que 137 000 millones de dólares. Pero de puertas para adentro había otros culpables. Por ejemplo, el Consejo Monetario, la institución que creó la paridad entre el dólar y el peso, un tipo de medida que permitía la lucha contra la superinflación pero que cojeaba por todos lados. Sin embargo, el ministro de Economía, Domingo Cavallo, que había sido un hombre importante durante la brutal dictadura militar, cuando alcanzó entre 1981 y 1982 la dirección del Banco Central contó con el apoyo ciego del FMI a la hora de defender este sistema; se aferró a la paridad en mitad de una fiebre privatizadora de los bienes públicos sin par. «Incluso se vendieron carreteras a propietarios privados que las gravaron con derechos de peaje», recuerda Jacques Sapir en su obra *Economistas contra la Democracia* (Ediciones B, 2004), una obra en la que este prestigioso estudioso galo analiza las crisis argentina y rusa exponiendo unas causas que no dejaron de ser sino las mismas que acabaron provocando el *crack* del planeta entero a partir de 2008, sólo que en aquellos dos casos no alcanzó a la globalidad mundial. Nadie hizo caso de expertos como él... Y concluye: «Los que gritaban que había que hacer más reformas, que no eran suficientes, tienen hoy la responsabilidad del drama que está viviendo el país. Y quienes dicen aquello son los últimos que pueden exigir una nueva política de austeridad». Escribe sobre mucho más. Escribe, por ejemplo, como a Cavallo se le envió a Rusia en 1998 para mostrar cómo eran sus medidas; y ahí, la fiebre liberalizadora alimentada por el hijo pródigo del FMI fue recibida con los brazos abiertos. Después, la crisis también llegó allí, pero se fabricaron mecanismos financieros que nadie entiende, pero que consisten en comprar dinero con dinero —es decir, comprar nada con nada, y así se crean las burbujas—, en este caso, con la inyección económica del FMI por orden del Departamento del Tesoro de Estados Unidos. Fueron entregados al país miles de millones de dólares para poder recuperarse cuando los primeros azotes tocaron los bolsillos de los argentinos, que empezaron poco a poco —a partir de 1998— a acusar los efectos del elevado déficit creado durante el gobierno de Carlos Menem, un presidente apoyado y defendido por los principales órganos económicos mundiales. Después, con la llegada de De la Rúa, daba la sensación de que los índices económicos mejoraban, pero desde esos organismos impusieron una serie de ajustes —eufemismo muy utilizado hoy para suavizar el impacto de la expresión «recortes»— que echaron por la borda cualquier atisbo de crecimiento.

Se decretó a finales del año 2000 lo que se denominó el «blindaje», que no era sino la decisión de postergar pagos de capital e intereses a fin de aliviar las cuentas públicas. A pesar de ello, fueron muchos los argentinos que tomaron la decisión de sacar sus ahorros de los bancos, que perdieron un 5 por ciento de sus depósitos. Para

aliviar la situación, en marzo de 2001, el ministro de Economía, Ricardo López Murphy, anunció en una histórica comparecencia televisiva el recorte de 2000 millones de dólares de gasto público. Hoy, pese a no haber transcurrido ni siquiera una década, países como Grecia, Italia o España anunciaron recortes por cantidades inmensamente mayores que ésta... En aquella ocasión el tijeretazo fue recibido por la opinión pública con una serie de críticas feroces que acabaron por provocar la dimisión del ministro. Entonces, un hombre próximo a Menem fue reclamado para hacerse cargo de la cartera de finanzas del país. Se trataba, precisamente, de Domingo Cavallo, que tomó las riendas de la situación, vendiendo al FMI como la organización salvadora del país. Así, desde Washington se dio a Argentina un crédito de 30 000 millones de dólares, que fue inflado aún más por otros créditos concedidos por entidades bancarias privadas. Eso sí, la exigencia del FMI era clara: había que profundizar en los recortes. Y lejos de lo que Cavallo decía que pasaría, la inseguridad popular aumentó, los depósitos siguieron disminuyendo y la bolsa empezó a derrumbarse.

Tras ello, los depósitos bancarios siguieron perdiendo capacidad, los índices de paro alcanzaron el récord histórico del 18 por ciento y casi 5 millones de desempleados, y el «riesgo país» (algo muy parecido a la prima de riesgo con que se mide la rentabilidad de la deuda) se multiplicó... Argentina veía más lejos que nunca su triple A. Todo se agravó aún más cuando el FMI frenó un tramo del préstamo — como se hizo en repetidas ocasiones con Grecia— debido a que el país no había sido capaz de cumplir con el objetivo de déficit cero, ese mantra tan repetido por todos y asumido como único objetivo válido para que las cosas vayan bien en el mundo.

Y en diciembre llegó el corralito. Las medidas adoptadas por Cavallo, doctorado por la Universidad de Harvard (al igual que muchos economistas que están detrás de la crisis desatada a partir de 2008) fueron terribles: a los bancos se les impidió llevar a cabo muchas operaciones, pero a los ciudadanos se les prohibió extraer de sus cuentas cantidades superiores a los 250 dólares a la semana y traspasar su dinero a cuentas radicadas en el exterior. Aunque alguien pensó que aquello podría servir de algo, la única consecuencia fue la total paralización de la cadena económica. De repente, dejó de existir el dinero en la calle y la gente se quedó atenazada, sin poder acudir a sus depósitos. El presidente dimitió, y su sucesor, Rodríguez Saá, decretó la mayor suspensión de pagos que recuerda la historia, si bien se negó a romper la paridad dólar-peso.

Tal fue la presión que aguantó en el gobierno apenas una semana, tras la que lo sucedió, a comienzos de 2002, Eduardo Duhalde, que sólo tres días después de prometer que no acabaría con la paridad decretó que cada dólar pasaba a valer 1,40 pesos, incluidas las deudas que estuvieran sujetas a créditos, que pasaron de estar timbradas en dólares a ser debidas en pesos. Así, quien pagaba un crédito mensual de 1000 pesos antes del corralito, pasó, de un plumazo, a deber 1400 pesos mensuales.

Tras abandonar el país, Cavallo se dedicó a labores docentes —es decir, a enseñar

a economistas— en Estados Unidos, en donde se volvió a unir a todos los financieros, fondos de inversión y bancos que después han estado vinculados al inicio de la actual crisis, que vista con ojos de historiador bien parece una extensión a nivel mundial de la que afectó a Argentina en 2001 y 2002. Intentó —sin éxito— volver a la política argentina, pero su nombre quedó para siempre asociado a todos los males vividos durante el corralito.

Hasta que se volvió a saber de él...

Delito: no querer una crisis

Hoy, gracias a los cables liberados por Wikileaks sabemos que la embajada de Estados Unidos se aproximó a él en tiempos de los Kirchner. Fue en febrero de 2008 cuando Cavallo efectuó unas declaraciones en las que advertía de que se cernían sobre el país negros nubarrones. Después, en verano, volvió a Argentina, lo que fue aprovechado por la embajada de Estados Unidos para citarlo. Allí sabían perfectamente que el ministro del corralito era un enemigo de los Kirchner que podría facilitar argumentos para estructurar la intensa propaganda contra los K, que era la simplificación del apellido de ambos por el que también se los conoce.

Por aquel entonces la crisis internacional aún no había estallado, si bien ya se hablaba desde tiempo atrás del comienzo de un largo período de oscuridades financieras. Según explicó al embajador Earl Anthony Wayne aquel funesto ministro, el país no se encontraba preparado para afrontar la crisis que se acercaba. Ambos coincidieron en señalar que la única forma de hacer frente a la larga etapa de dificultades venideras era que Néstor Kirchner volviera a aceptar el mandato del FMI en cuestiones económicas, además de intentar evitar las tendencias contrarias a la privatización de las empresas públicas que él se había empeñado en impedir a pesar de las enormes presiones que existieron para ello.

El embajador norteamericano escribió en su cable:

«Cavallo argumenta que la solución evidente es hacer lo que están haciendo otros países que tienen acceso fácil a los préstamos del FMI... La alternativa a no hacerse cargo de las deficiencias de las políticas económicas del gobierno de Argentina es buscar apoyo financiero del FMI. En caso contrario se producirá una venezualización de la economía. En concreto, predijo que el gobierno de Argentina y el Banco Central impondrán límites a la compra de dólares y reaparecerán mercados de cambio paralelo... Dada la expectativa de que Argentina sufrirá una contracción económica este año 2008, la conclusión es que el país se enfrenta a un período prolongado de estanflación. Muchos de sus comentarios resultan verosímiles y hay un creciente coro que coincide con él en que la mejor solución disponible para la encrucijada de Argentina es arreglarse con el FMI».

El problema es que esa encrucijada —sin llegar a decir que las cosas discurren por el camino más perfecto— sólo está en la mente de quienes prefieren ver sus propias ideas preconcebidas como un reflejo de la realidad. El embajador era uno de ellos. Y quienes lo habían colocado en su cargo también.

En su informe secreto, Wayne reconoce que Cavallo no tiene credibilidad en la actualidad. También reseña que «está lejos de no tener parte de culpa en la crisis económica que vivió el país en 2001». Sin embargo, y aunque parezca una contradicción, lo considera creíble y señala que está acertado, algo que no deja de ser asombroso porque defendía que se volviera a seguir el camino que se había tomado unas décadas atrás, cuando las dificultades empezaron a afectar al bolsillo de los argentinos. Todos sabemos el precipicio al que condujo aquel camino...

La conclusión es clara: el embajador no pensaba en el bienestar de la población, sino en intentar recopilar argumentos para reclamar al gobierno de Argentina situarse en la senda de las directrices de los grandes organismos económicos, en especial del FMI. En realidad, este posicionamiento no es sorprendente a tenor del contenido de gran parte de los cables, en los cuales los diplomáticos se revelan como herramientas puestas a disposición del gran capital. Y no están equivocados, sino que saben perfectamente —así lo reconocen en sus escritos— que esas directrices perjudican a casi todos los mortales, con la excepción de los que ostentan el poder económico.

Por desgracia para Wayne —uno de los que más parecía desear que la crisis de 2008 también afectara a Argentina—, que dedicó casi todo su tiempo en la legación a reunir informaciones que cuestionaran a los K y a sus políticas opuestas a las directrices exportadas por Washington, la apocalípticas previsiones sobre el futuro de Argentina no se cumplieron. Baste señalar que el anunciado cataclismo económico para 2008 no fue tal, ya que el país creció un 7 por ciento. Mientras que el 2009 la economía creció un 1 por ciento, pero fue uno de los pocos países del mundo que no ofreció un resultado negativo. Durante el 2010, el crecimiento económico se cifró en el 9 por ciento. Y todo ello sin seguir las directrices del FMI y de Washington. Mejor habría que decir que ese crecimiento se ha conseguido gracias a no seguir esos mandatos. Por tanto, no es de extrañar que CFK ganara las elecciones de 2011 con una ventaja abrumadora. Su éxito significa fracaso en Estados Unidos. Pese a que gracias a su éxito los argentinos están mucho mejor de lo que estaban hasta hace unos pocos años, las desigualdades y los desarreglos económicos siguen siendo feroces.

Hoy, cuando se revisa la crisis argentina, sus detonantes y consecuencias, no es difícil hallar similitudes con la que ha afectado al mundo entero desde 2008. Y se sabe que cuando empezaron los problemas se tomaron unas medidas para atajarlos que son las mismas que a nivel global se toman desde esa fecha para salir de la depresión. Entonces todo salió mal. Muy mal. La debacle argentina fue monumental, y en ella aparecen nombres que son los mismos que aparecen en la debacle mundial. Y esos nombres —de cuyas actuaciones sólo se derivaron más problemas para Argentina— están ahora intentando solucionar la crisis global, haciendo lo mismo y

tomando medidas muy similares y provocando las mismas consecuencias fatales.

La moraleja del corralito debería servir para aprender. Debería...

Salvo que —piensa mal y acertarás— hacerlo mal sea bueno. Ya lo decía George Orwell, cuando hablaba de cómo los que intentan manipular transformaban el significado de las palabras con objetivo de impedir que se supiera la verdad de las cosas: «La guerra es la paz. La libertad es la esclavitud. La ignorancia es la fuerza».

Anexo

Uno de los informes escritos desde la embajada de Estados Unidos demuestra el grado de prejuicio que existe sobre Argentina. Lejos de ser desconocimiento sobre la realidad del país —y es que los datos económicos están reflejados correctamente—, lo que parecía pretenderse es enviar el mensaje de lo que tiene que ser el discurso político en los países ricos contra el «pobre» que decidió ser díscolo. Así, ante datos que objetivamente no eran malos —el déficit, por ejemplo—, lo que se explica desde la embajada es que esos balances financieros son muy negativos. El motivo es que lo que se transmite desde la embajada es el discurso a seguir y repetir en los foros de opinión utilizados por el gobierno de Estados Unidos de forma indirecta contra los mandatarios del país. Reproduzco a continuación dicho informe:

La situación fiscal de Argentina se está deteriorando. La brecha fiscal es manejable en 2010, pero será difícil de superar en 2011 si no se recupera la capacidad del gobierno para pedir prestado en los mercados financieros internacionales. El gobierno argentino, hasta ahora, logró cerrar la brecha en los últimos años a través de la utilización de fuentes internas de financiación de las instituciones públicas y los pagos únicos de instituciones como el Banco Central (BCRA) y la Agencia de Seguridad Social (ANSES). Mientras que estos pagos se realizarán en 2010, cuando la brecha fiscal, que se estima llegará a ser de entre 3000 y 5000 millones de dólares, no se puede depender de que continúe indefinidamente. En 2011, sin embargo, la brecha podría alcanzar los 14 000 millones de dólares.

Con esto en mente, la búsqueda del gobierno de fuentes suplementarias de fondos llevó a establecer el Fondo del Bicentenario... Además, el gobierno acaba de anunciar el nombramiento de un economista alineado Kirchner como presidente del BCRA. Estos pasos hacen un poco menos probable que el gobierno recurra a medidas extraordinarias, lo que recuerda la decisión tomada en 2008 de nacionalizar los fondos de pensiones de propiedad privada. Esta expansión monetaria y fiscal adicional trae consigo el fantasma de la inflación, que ya está creciendo y se espera que alcance el 20 por ciento en 2010.

De acuerdo con el Ministerio de Economía de Argentina, el superávit fiscal primario disminuyó un 47 por ciento interanual, de 32 mil millones de dólares en 2008 a 17,3 mil millones en 2009. El superávit de 2009 —equivalente al 1,5 por ciento del PIB— está muy por debajo del 3,1 por ciento de 2008. Estas cifras indican que la situación fiscal de Argentina está empeorando, pero subestiman el deterioro general de la política fiscal del gobierno. Las cifras oficiales para 2009 son: los ingresos extraordinarios de la ARP de cerca de 9500 millones, relacionados con los Derechos Especiales de Giro del FMI (DEG) y la asignación para el Banco Central de Argentina (BCRA) de una cantidad determinada por participación accionista de un país miembro del FMI. Los ingresos de la contabilidad de la ARP de 8300 millones de devengo de intereses y dividendos sobre fondos depositados en la Agencia de Seguridad Social (ANSES), los activos que previamente había sido administrados por los fondos privados de pensiones antes de su nacionalización a finales de 2008, y la distribución de 4500 millones en ganancias no realizadas BCRA, debido principalmente a la depreciación del peso.

En cuanto a la tasa de crecimiento de la recaudación de impuestos y gastos, el panorama es poco

prometedor, poniendo en duda la capacidad del gobierno argentino o la voluntad de controlar el gasto. En 2007, 2008 y 2009, la recaudación de impuestos, de acuerdo con cifras oficiales, aumentó un 33, 35 y 13 por ciento respectivamente, en comparación con un crecimiento del gasto primario del 44, 35 y 30 por ciento respectivamente. En 2010, el gobierno no parece estar en el camino de un crecimiento moderado del gasto, y los principales analistas privados prevén un mayor deterioro de la situación fiscal. Los cálculos del saldo fiscal primario anticipan un déficit del 1 por ciento del PIB a un superávit del 0,5 por ciento, en función de los supuestos utilizados. Un informe del Banco Galicia señala las previsiones de crecimiento del gasto del 27 por ciento frente a un crecimiento en la recaudación de impuestos del 24 por ciento, lo que da lugar a un superávit fiscal primario de 13 000 millones (o aproximadamente el 1 por ciento del PIB). La consultoría Macrovisión estima que el gasto primario se incrementará un 26 por ciento y la recaudación de impuestos subirá el 23 por ciento, lo que lleva a un equilibrado resultado fiscal primario. Alvarado llegó con un pronóstico mucho más negativo para el año 2010, diciendo que un aumento del 34 por ciento del gasto primario va a generar un déficit fiscal primario de 2,5 por ciento del PIB. También planteó un escenario en el que los gastos primarios sólo crecerían en un 25 por ciento, lo que aumentaría el déficit fiscal primario al 1 por ciento del PIB.

A pesar de la amplia gama de previsiones para las cuentas fiscales, los analistas creen que el programa financiero del gobierno argentino es manejable hasta el final de 2010. Si la restructuración de la deuda se lleva a cabo en algún momento durante el primer trimestre de 2010, la transacción se espera que traiga alrededor de 1000 millones en nuevos fondos para el gobierno. Además, el gobierno argentino cree que aún se conservan unos pocos focos de liquidez que podrían aprovechar para satisfacer sus necesidades de financiación...

El economista jefe del Banco Galicia, Nicolás Dujovne, dice que la brecha fiscal en 2010 ascenderá a alrededor de 3500 millones. Se llega a esta cifra después de sumar los 1000 millones en efectivo generados por el canje de deuda y los 1600 millones de las instituciones financieras internacionales que todavía operan en Argentina... Dujovne explica que esta brecha va a ser fácil de manejar, incluso sin el potencial adicional proporcionado por el Fondo del Bicentenario, que aún está pendiente de la aprobación del Congreso. Suponiendo que el Fondo del Bicentenario sea autorizado y que el gobierno haga un uso completo de los nuevos fondos disponibles, Dujovne dice que los gastos podrían aumentar hasta en un 37 por ciento sin necesidad de aumentar el déficit financiero más allá de 3500 millones. Más allá de 2010, la imagen se vuelve mucho peor, ya que prevé un déficit de financiación en 2011 de casi 14 000 millones, incluso teniendo en cuenta los ingresos extraordinarios. Como Dujovne dice, «serán necesarios dos fondos del Bicentenario si el gasto público se mantienen al mismo ritmo que en 2009».

El director en Argentina de la agencia de calificación Standard and Poor's, Sebastián Briozzo, dijo que la situación fiscal continúa su deterioro lento y constante. Dijo que el gobierno, a largo plazo, no podrá mantener la estrategia de aprovechar las fuentes internas de financiación mediante la renovación de la deuda con las entidades públicas y que se está quedando sin combustible. Sin embargo, sostuvo que la brecha fiscal debería ser fácilmente manejable para un país con una economía del tamaño de la Argentina. El plan del gobierno de crear el Fondo del Bicentenario debería permitir que el gobierno aplique una política fiscal más agresiva y expansiva, que permitiría un amplio margen de maniobra en términos de aumentar el gasto público discrecional, que puede ser utilizado para reforzar el apoyo a los gobernadores provinciales, que se enfrentan a una sombría situación fiscal.

Briozzo ha pronosticado un rendimiento económico razonable en 2010, si bien no descarta por completo las medidas extraordinarias similares a la nacionalización en 2008 de los fondos de pensiones. Briozzo ha expresado cierto optimismo a corto plazo si el producto de reestructuración de deuda propuesta se acepta y el país comienza a endeudarse en los mercados internacionales. Añadió, sin embargo, que la situación en el año 2011 parece mucho más sombría, y sólo podría ser aliviada gracias al acceso a los préstamos internacionales. De lo contrario, señaló, el gobierno podría verse obligado a dar un paso extraordinario similar a la nacionalización de pensiones.

Javier Alvarado señala también que la creación del Fondo del Bicentenario es un acto político diseñado para facilitar el gasto discrecional adicional. Señaló que la letra pequeña en el decreto establecía que deja abierta la posibilidad teórica de que casi se triplicara en algún momento a alrededor de 18 000 millones. Incluso antes de la designación del nuevo presidente del BCRA, consideraba al banco y su junta directiva como débiles y demasiado próximos a los Kirchner. Como tal, él dijo que está dispuesto a monetizar las necesidades fiscales, lo que podría tener «consecuencias desastrosas para la inflación».

LA EDAD DORADA

Caminan sabiendo qué va a ocurrir, y algunos caminan decidiendo qué va a ocurrir. Los primeros saben que llegan dificultades, y los segundos las están creando.

MISTER X

A comienzos del año 2005, un misterioso personaje se puso en contacto conmigo para revelarme «la verdad sobre una de las conspiraciones más determinantes de cara al futuro de la humanidad». Lógicamente, reaccioné con escepticismo, pero aquel singular individuo fue destapándose poco a poco como algo más que un iluminado. Era alguien que sabía perfectamente de lo que hablaba, pero lo hacía cuando teníamos la sensación de que el mundo vivía en un mar de riqueza y prosperidad.

De elegancia señorial y aristocrática, sus casi dos metros de altura y un acento de marcado origen germánico parecían dar credibilidad a su singular historia personal y vital. Mister X había llegado a ser dueño de una veintena de minas de oro en América y África. Fue en la época en la cual elpreciado metal significaba algo para la economía mundial. Sin embargo, la voracidad del mercado, el valor del petróleo y la relevancia del dólar en el concierto mundial convirtieron el oro en un capricho de escaso valor. Pero lo que venía a contarme es que, en aquellas fechas, en los primeros años del siglo XXI, el control por las minas parecía volver a tener una importancia similar a la que tuvo antaño. Es como si algo estuviera a punto de cambiar y la fiebre del oro retornara...

«Algo está pasando»

Lo que Mister X me contó lo publiqué en mi libro *El día de mañana* (Temas de Hoy, 2005). En aquella obra intentaba esbozar una serie de pautas de hacia dónde van las cosas. Y una de ellas tenía que ver con la crisis económica que se avecinaba pero que por entonces nadie había anunciado. Acudir de nuevo a aquellas informaciones —y leer lo que entonces publiqué— da la verdadera dimensión de lo atinado de sus «profecías». Algunos sabían que algo estaba pasando y que el castillo de naipes que era la economía mundial podría entrar en un período de enormes dificultades. Y estaban actuando en consecuencia.

En aquellas primeras conversaciones me explicó algo que resultaba más que sugerente. Había descubierto extrañas maniobras en los mercados de valores relacionados con el oro. Según me informó, algunos representantes de los grandes capitales mundiales estaban realizando inquietantes maniobras. Tales movimientos consistían en comprar oro en el mercado bursátil de Londres, venderlo en el de Nueva York para incrementar su demanda y, posteriormente, volverlo a comprar a un precio mayor de nuevo en Londres.

La consecuencia de todo aquello era que el oro volvía a ser importante, pese a que apenas existía interés mediático por el valor del lingote. Las cosas cambiarían un lustro después, en plena crisis; pero no adelantemos acontecimientos. Lo inquietante, entonces, es que eso no sólo significaba que alguien estuviera intentando crear una enorme fortuna comprando oro barato y esperando a que subiera para enriquecerse.

No era especulación pura y dura, tan habitual en los mercados financieros en los años anteriores al estallido de la crisis. Se trataba de una cuestión diferente: «Lo que se está haciendo es acumular oro, porque podría ser muy importante disponer de él en el futuro», me explicó el misterioso comunicante.

Por aquellas fechas en las que nos reunimos por primera vez, la onza de oro — 28,34 gramos— oscilaba entre los 400 y los 420 dólares. Se trataba de un valor alto, pero que en buena lógica debería mantenerse inamovible de acuerdo a los latidos financieros mundiales. Podría subir o bajar, pero en ningún caso modificar su valor de forma radical. «Hay que estar atentos —me advirtió—, porque esa inercia respecto al oro podría variar en breve». Y me explicó cómo detectar movimientos especulativos y localizarlos según bajaran o subieran los valores de referencia en Londres y Nueva York. Además, me reveló la existencia de varios fondos de inversión que cotizan en determinadas bolsas y que se fundamentan en el negocio relacionado con los metales preciosos.

Me indicó que debía «ficharlos»...

Entre ellos, como descubriría después, estaban los mismos fondos de riesgo —los llamados *hedge fund*— y sus dueños, que estuvieron involucrados en algunos de los escándalos financieros que precedieron a la crisis.

Antes de finalizar nuestra primera entrevista le pedí que me dijera si tenía algún tipo de información sobre quiénes estaban acumulando oro para el futuro: «Los mismos que están manejando la geopolítica y la especulación con el petróleo: es como si estuvieran preparándose para un tiempo futuro en el cual el oro volviera a representar algo muy importante. Por ejemplo, la existencia de una moneda común internacional basada en el oro podría dar sentido a estos movimientos». En todo caso, llegara o no esa moneda, cosa que él veía casi imposible, lo mínimo que podía pensarse es que se avecinaba una crisis financiera de proporciones descomunales y el oro se convertiría en lo que siempre ha sido: un valor refugio, pero elevado al cubo.

Objetivo: vigilar el oro

Meses después, nos volvimos a reunir. De nuevo fue por sorpresa. Así quería que fueran las cosas. Sin previo aviso, venía donde sabía que me encontraba y me «abordaba». Con discreción absoluta y marcando él las reglas del juego. Se sentía vigilado, pero comprometido a divulgar aquello. Incluso supo disculpar que no hubiera acudido a una cita casi secreta que habíamos estipulado en nuestra anterior entrevista debido a que me fue imposible advertirlo de un inesperado viaje. No importaba, porque en esta ocasión el dueño de aquellas minas de oro sabía que yo habría comprobado sin demasiado esfuerzo cómo sus «predicciones» se habían cumplido.

Efectivamente, a primeros de julio de 2005, los mercados del oro se comportaron del modo que había señalado. Y es que, sin razón aparente, aquellos movimientos destinados a acumular oro se radicalizaron de forma inquietante en esas fechas.

Aparentemente, sin explicación alguna...

No había duda: los responsables de aquellas acciones parecían saber de una futura crisis generada por algún acontecimiento internacional.

Días después de aquellos insólitos movimientos bursátiles se produjeron los atentados terroristas de Londres. Era el 7 de julio de 2005. Al igual que había sucedido el 11-S en el mercado de las *put options*, en esta ocasión parecía ocurrir algo similar, porque no pocos analistas percibieron cómo los índices del oro se habían movido en los días anteriores a la masacre atribuida a Al Qaeda. Algunos medios de comunicación sugirieron que el entorno financiero de Bin Laden había tenido el mal gusto de hacer negocio con el oro a sabiendas de la que iba a montar. Sin embargo, el rastro del dinero empleado en aquellas operaciones no conducía a nadie sospechoso, salvo que hubiera que buscarlos, como los buscamos tras el 11-S, en la órbita de los grandes capitales...

Quien estuviera detrás de aquellos movimientos dio una pista sobre el posible valor futuro del oro, que tradicionalmente se ha considerado como un refugio en momentos de crisis e inestabilidad internacional. Los precios que por entonces tenía el preciado metal no se podían justificar de ninguna forma. No podía imaginar entonces que su cotización era una broma en comparación con la que acabaría obteniendo en plena crisis económica; pero hay que remontarse atrás para descubrir el momento en que alguien parecía tener información —o miedo fundamentado— sobre lo que iba a suceder. Ya a finales del año 2003, cuando el precio de la onza de oro se situó en 411 dólares, un analista del banco Citigroup llamado Martínez Campuzano recordó que «no existen motivos para las actuales tendencias alcistas». En su opinión, todo lo que supusiera un precio por encima de los 330 dólares «resultaba anormal» e indicaría que existen especuladores que están realizando sospechosas maniobras.

Por entonces no entendía nada de aquello. ¿Venía una crisis? Era imposible. Todo iba sobre ruedas en la economía mundial. O al menos así lo creíamos, porque en determinadas esferas y ámbitos —por ejemplo, por paradójico que pueda resultar, en Citigroup, ya que tanto ellos como otras instituciones financieras estaban estrujando la gallina de los huevos de oro y mintiendo en las previsiones de futuro— sí parecían saber que el sistema estaba al borde de la quiebra. Es que claro, ellos son el sistema.

Desde entonces, el precio del oro ha sufrido subidas y bajadas pero siempre con tendencia alcista. De hecho, justo un año después de que el citado analista expusiera su sorpresa ante los precios del oro, el valor de la onza se situó en 442 dólares. Pocas semanas después, los inversores que habían comprado oro para venderlo al poco tiempo recogieron beneficios y el precio bajó hasta los 423 dólares a comienzos de 2005, año en el cual se percibirían de forma notable —según las informaciones que

iba recibiendo a través de mi fuente— los efectos de la acumulación material de oro.

Efectivamente, el oro fue subiendo de forma pausada pero firme, día tras día, hasta que a finales de verano sufrió la mayor subida que se había producido en las últimas décadas, alcanzando un valor de 475 dólares. A finales de 2005, nuevamente el oro volvió a crecer y marcó valores de récord a 31 de diciembre: 517 dólares, lo que vendrían a ser unos 18 000 dólares por el kilo de oro. O los compradores intuían una crisis muy grave en un muy próximo futuro, o nuevas convulsiones internacionales, o algo ocultaban...

Lo inquietante —tal como se me había anunciado en 2005 y publiqué entonces— es que las subidas en los mercados de valores no eran seguidas de posteriores ventas que rebajaran el precio. Es decir, que al margen de los especuladores, el crecimiento del oro escondía intereses de otro tipo. Además, muchos países estaban en esos momentos acumulando reservas materiales enormes. Por ejemplo, Rusia aumentó en ese año la cantidad de metal acumulado un 22 por ciento, gracias a lo cual dispone de 151 000 millones de dólares en lingotes, cifra que en sólo cinco años se ha multiplicado por tres debido a que el incremento en el precio del oro sigue siendo imparable. Esto quiere decir que el oro de Moscú vale en 2012 nada menos que 500 000 millones de dólares. Sólo diez años atrás, ese mismo oro sólo hubiera supuesto unos 75 000 millones. Para que nos hagamos una idea: si yo hubiera tenido un kilo de oro en mi caja fuerte cuando tuvo lugar el 11-S, por poner una fecha que marca un antes y un después, mis lingotes hubieran tenido entonces un valor de unos 8750 dólares, y ahora valdrían nada menos que 55 000 dólares. Es un incremento asombroso, teniendo en cuenta que si hubiera tenido 8750 dólares en Letras del Tesoro —el valor más seguro en cuanto a inversión, que aunque no da una rentabilidad enorme, pues suele quedarse en el 3 por ciento, tampoco provoca disgustos para el inversor—, mi dinero habría rentado hasta los 13 000 dólares. El oro se multiplicó por 6 en el mismo período que el dinero en una Letra del Tesoro se multiplicó 1,5. La diferencia, insisto, es asombrosa.

Orfebres ayer, especuladores hoy

¿A qué se debía la fiebre del oro de comienzos del siglo XXI? Evidentemente, no es posible afirmarlo con rotundidad, pero los miembros del Instituto Americano de Estudios Económicos ya aseguraban en el año 2005 que gracias a los actuales precios de la onza y a las reservas acumuladas ya era posible plantearse la posibilidad de retornar al patrón oro, el sistema financiero que rigió durante el siglo XIX y parte del XX que no esconde otra cosa más que la existencia de una moneda única mundial en la cual el dinero en papel equivale a una cantidad física de oro.

Permita el lector que me cite a mí mismo. Este texto lo escribí en 2005:

En apenas unos meses, las «profecías» y análisis de futuro de mi informante —dueño de minas de oro, no lo olvidemos— se habían cumplido de forma precisa. Cuando menos, se estaban sentando las bases para algo parecido al retorno del «patrón oro». Es decir, a una situación en la que el dinero sí representaba algo material al margen de la moneda. Es por ello que en tiempos del Renacimiento las monedas eran de oro, plata u otro material precioso, porque su valor equivalía exactamente al valor del metal con el que estaban hechas esas monedas. Estos valores respaldados en oro pueden considerarse —datan del siglo XVII— como los primeros ejemplos de papel moneda, si bien hoy se sabe que al otro lado del mundo, en China, ya se hacía algo similar mil años antes. De todos modos, medio milenio atrás, los orfebres se convirtieron en algo más que artesanos que eran capaces de trabajar con el oro y la plata: con el objetivo de tener materia prima —es decir, el metal precioso— para crear sus obras, construyeron en sus casas y estudios rincones habilitados y protegidos para guardar el oro que les entregaban los más ricos del lugar. A cambio de ese dinero, los orfebres entregaban un recibo en el que se notificaba la cantidad de oro entregado. Ese recibo se convirtió en el primer ejemplo de billete. Además, los orfebres, que evidentemente necesitaban el oro para trabajar, utilizaban parte de ese material y dejaban en sus escondrijos una cantidad suficiente para asumir las retiradas de oro que hicieran los ricos. Así pues, esos orfebres se convirtieron en sí mismos en bancos, en los bancos primigenios, ya que además rentaban un interés. Qué bonito y curioso origen del dinero y los bancos para que después el final —y quién sabe si estamos en ese período— esté siendo tan desagradable...

Posteriormente, lo que se hizo fue sustituir las monedas de metal por billetes que tenían un valor equivalente a una cantidad de oro determinado. Es por ello que las cosas no son tan fáciles como fabricar más billetes para crear riqueza, porque lo que se estaría haciendo es devaluar el valor de la moneda —antaño equivalente al oro, en la actualidad a valores inmateriales como acciones, bonos, créditos, etcétera. En definitiva, se puede decir que ayer el dinero era oro y hoyes deuda—, porque la riqueza que representan esos billetes no se incrementa. Ojalá el dinero en papel tuviera valor, porque eso sería un buen camino para acabar con la pobreza en el mundo. Para que nos hagamos una idea, cuando se estableció el patrón oro se decidió que un dólar equivalía a una vigésima parte de la onza de oro. Así pues, si fabricamos el doble de billetes de dólar respecto a los que ya existen, lo que haríamos es reducir a la mitad el valor del dinero, ya que cada dólar equivaldría entonces a una cuadragésima parte de la onza de oro. De este modo se conseguía una fuerte estabilidad en el valor del dinero y se evitaba la especulación.

Sin embargo, no es sencillo afirmar que un retorno al antiguo modelo (roto tras la primera guerra mundial, cuando los países en guerra no pudieron hacer frente a la deuda que generaron y un dólar impositivo extendió su dominio a costa de otras monedas) sea malo para la economía mundial. Gracias a ello, el siglo XIX fue más o menos pacífico. La razón es sencilla: los grandes hicieron creer que se encontraban atados de pies y manos puesto que no podían extender su dinero de forma especulativa, ya que el usuario siempre podía cambiar el dinero en papel por una cantidad de oro concreta. Este hecho propició que la inflación nunca fuera excesiva y que los bancos no pudieran someter al cliente, ya que estaban a merced de que, si existía una pérdida de confianza, cualquiera pudiera ir con sus dólares en papel a la ventanilla y pedir los lingotes que le correspondieran.

Bajo este prisma, sería más que deseable el retorno al patrón oro. A fin de cuentas, nos enfrentaríamos a la existencia de una moneda única y al acercamiento financiero entre países pobres y ricos. Incluso durante los últimos años ha tenido mucha repercusión un texto apócrifo denominado «Informe Nesara» que sería un plan de determinados grupos de poder que se impondría en el futuro y que entre otras cosas positivas tendría como objetivo el retorno al patrón oro. Sin embargo, esa circunstancia siempre iba a depender de qué moneda se tomara como patrón y de la situación en el *ranking* de salida de los grandes capitales. Incluso desde diferentes sectores ideológicos —tanto de izquierda como de derecha— se ha valorado esa posibilidad de cara al futuro. Por ejemplo, la revista *Finance Asia* (febrero de 2005) publicó que la emisión de dinero por valor de un uno por ciento del PIB del Japón por parte del banco central nipón tenía como objetivo provocar el incremento de la burbuja económica de Estados Unidos. No es por alarmar, pero ciertas burbujas económicas han provocado catástrofes financieras que después sirvieron para construir una nueva forma de economía. Sin ir muy lejos, cuando en 1929 se produce el *crack* económico, la situación anterior era muy parecida a la que se puede estar viviendo en los primeros años del siglo XXI. Tal y como señaló el foro *liberalismo.org*, «las turbulencias económicas han provocado un regreso del oro como alternativa de reserva bancaria ante las deterioradas divisas».

Hasta aquí lo que anuncié entonces. Era sólo una reflexión que podría ser atrevida en aquellas fechas, pero que después se ha demostrado como coherente. Y aunque

algunos vean en el patrón oro algo trasnochado, quizá no lo sea tanto, porque se fundamenta en lo contrario a lo que se fundamenta el mundo económico actual: el dinero tiene valor físico. Aunque, evidentemente, también tiene sus inconvenientes, ya que eso supondría menos especulación, menor movimiento financiero, menos liquidez... Y todo ello podría significar que tendríamos un crecimiento más lento.

Llega el patrón oro: una historia de éxito (y de crisis) que acabó mal

En 1819, fue el Banco de Inglaterra el primero en tomar la decisión de esta equivalencia entre dinero en circulación y oro. Aunque hasta entonces la libra esterlina se valoraba según la plata acumulada, el incremento en las reservas de oro gracias a las explotaciones en América hizo que se modificara esa regla. Previamente, las guerras con otros países hicieron que el Banco de Inglaterra tuviera que poner en circulación mucho dinero para sufragar los gastos, lo que limitó las reservas de material precioso, y fue necesario regular e incluso penalizar el poner en circulación dinero sin apoyo de algo físico o por menos valor del que tenía la referencia física.

Lo que ocurrió en las fechas inmediatamente posteriores —y por eso lo traigo a estas páginas— se parece de forma extraordinaria a lo que ha sucedido ahora. Y eso que han pasado dos siglos. Hubo una competencia entre el Banco de Inglaterra y sus sucursales y los bancos locales, que se vieron obligados a ofrecer créditos más caros que los que procedían del banco central. El conflicto derivó en un pánico bancario en 1828, el primero del que se tiene noticia. La situación, que tuvo que ver con una falta de regularización, no se arregló y, finalmente, la burbuja especulativa que se generó desató en 1836 lo que algunos economistas consideran la primera crisis bancaria, debido a los juegos económicos de los bancos locales y a la emisión incontrolada de dinero por el banco central británico, ya que las reservas bancarias en metales preciosos sólo tenían que respaldar una tercera parte, y entonces fabricar dinero salía barato. Es decir, dos de cada tres libras fabricadas no tenían que estar soportadas por oro o plata, y eso incrementó la especulación, alteró los precios de las mercancías, etcétera.

Ya entonces, como ahora, surgieron dos formas de enfrentarse a la crisis que, realmente, son muy similares a las dos que se pregonan para salvar los efectos de la que comenzó en 2008. Por un lado estaba la «escuela monetaria» y por otro la «escuela bancaria». Los primeros apostaban por poner el dinero en circulación en situación de crisis para provocar inflación y a la vez favorecer la importación para pagar con oro y así reducir la cantidad de reservas del país, de modo que los ajustes económicos acabarían por equilibrar la situación. Por el contrario, los segundos apostaban por limitar la puesta en circulación del dinero de forma que estuviera operando sólo el necesario para la actividad comercial, activando el crédito, mientras

que el sobrante pasaría a formar parte de las cajas particulares y tendría equivalencia en oro. A día de hoy, la situación es relativamente similar: los primeros son los actuales liberales, mientras que los segundos son los intervencionistas, que comulgan con las ideas de Keynes de la participación del Estado en la reactivación de la economía.

Como se puede ver, nada es nuevo.

En aquella ocasión ganó la escuela monetaria merced a la firma de la ley bancaria que en 1844 estableció que el dinero que fabricaba el Banco de Inglaterra no era necesario que tuviera su equivalencia en oro mientras que esa cantidad no superara los 14 millones de libras. Pese a lo liberal de la ley, se exigió que los bancos privados fueran inspeccionados oficialmente cuando se requiriera, con el objetivo de que no pusieran dinero en circulación —entonces, el dinero lo «fabricaban» también los bancos privados^[14]— que superara la cantidad establecida. Además, se modificó la estructura del Banco de Inglaterra, que pasó a tener dos divisiones: Emisiones y Operaciones. El objetivo era que si se producía algún desajuste, la balanza entre importaciones y exportaciones, que se hacían sobre la base del oro, regulara el sistema financiero.

El crecimiento y la ambición hizo que se articularan nuevos mecanismos —nuevos instrumentos financieros— que sirvieran para que el dinero siguiera creciendo de forma permanente y pudiera seguir ofreciéndose crédito para financiar las infraestructuras en marcha, que entonces no eran en el sector inmobiliario sino en el ferrocarril. Hoy, esos nuevos mecanismos son los mencionados CDS, CDO, MBS y otros derivados denominados con siglas, de los que ya he hablado y seguiré hablando. Entonces la revolución llegó con una cosa desconocida pero que causó furor financiero: los cheques.

Se concedió un crédito excesivo y el departamento de operaciones del Banco de Inglaterra se quedó sin billetes, porque no existía la posibilidad de que el departamento de emisiones fabricara más al existir una limitación del dinero basado en las reservas de oro. De repente, muchos debían a muchos y nadie podía pagar. Insisto: lo mismo que ahora. Había gran cantidad de dinero, pero era un dinero irreal. Y fruto de la burbuja del ferrocarril, se produjo un parón en el desarrollo financiero que desató el caos cuando los beneficiados por los créditos no podían devolver los préstamos que habían conseguido e intentaron vender sus acciones, pero la única forma que tenían para hacerlo era bajando los precios de dichas acciones. Así, los bancos empezaron a entrar en *default*, es decir, en impago o bancarrota, y se fueron quedando sin dinero real con el cual hacer frente a contingencias que pudieran suceder. Sólo la intervención del gobierno pudo detener la espiral de la crisis, al autorizarse un aumento en la emisión de dinero con el objetivo de que no se detuviera la concesión de crédito y por tanto el ciclo económico siguiera su rumbo. De esta forma, la escuela bancaria acabó por triunfar sobre la escuela monetaria, aunque fuera a costa de una larga crisis en la que estos últimos habían impuesto sus normas y el

sistema dejó de lado las operaciones financieras que habían causado la especulación que derivó en la crisis, con lo cual el sistema basado en el patrón oro quedaría de nuevo reforzado. Es decir: ganó la apuesta segura por el dinero real frente a la apuesta arriesgada —puede dar muy buenos resultados, pero también muy malos—, el dinero irreal.

Sin embargo, la unificación internacional del criterio se produjo cuando el recién nacido imperio alemán adaptó en 1871 el patrón oro a su sistema financiero. Entonces casi toda Europa hizo lo mismo, a excepción de España, que se mantuvo en el patrón plata. Después hicieron lo propio Estados Unidos, Japón, China, India... En cierto modo, hacia 1875 puede decirse que el patrón oro se convirtió en algo parecido a la moneda única internacional. Nunca mejor dicho, las décadas posteriores fueron una época dorada gracias a que este patrón se corregía solo: cuando a un país le iba mal y tenía déficit, exportaba oro, el dinero en circulación decrecía, pero los precios bajaban y se potenciaba la competitividad. «Las consecuencias del sistema áureo fueron más que satisfactorias. Se trataba de un mecanismo muy eficaz de integración y de interpenetración comercial, que permitió una notable estabilidad de precios, favorecía el comercio y, por ende, las importaciones y exportaciones de capital», señala Gabriel Tortella, catedrático de Historia de la Universidad de Alcalá en su libro *Los orígenes del siglo XXI* (Gadir editorial, 2005).

Hubo luces y sombras, como no podía ser de otra forma. Ocurrieron nuevas crisis. Y nuevamente muy parecidas a la actual, incluso insultantemente parecidas. Hoy, la que se desató a consecuencia de la caída de Lehman Brothers, mientras que entonces, por el año 1890, la primera de las crisis de este nuevo período se desató tras la suspensión de pagos decretada por el banco Baring Brothers, que había invertido en bonos inmobiliarios argentinos con una serie de condiciones de pago que los emisores no pudieron cumplir. De repente, el Baring Brothers se encontró con mucho dinero prestado que no había sido devuelto. ¿Qué ocurrió entonces? Es fácil de imaginar, porque aquellas primeras crisis son casi iguales a las actuales. Y lo que pasó fue que se produjo el primer rescate financiero de la historia de la humanidad cuando el Banco de Inglaterra —a través del gobierno— apoyó al Baring con 17 millones de libras de dinero nuevo que fue entregado a los bancos privados del país, que organizaron el plan. Luego, hubo nuevas entregas de dinero entre países y emisiones de bonos por parte de Inglaterra que fueron compradas por terceras naciones, lo que, en conjunto, acabó por devolver la estabilidad al sistema.

Después, como señala Gabriel Tortella, llegó la primera guerra mundial y la economía de guerra acabó con el patrón oro. El historiador no duda en calificar este hecho como una de las grandes debacles económicas de la Historia. El economista Jorge Pérez Ramírez, en *Vidas paralelas* (Marcial Pons, 2011), llega a la misma conclusión: «Los movimientos bélicos despertaron el temor en los mercados de capitales. La cancelación de depósitos bancarios provocó la venta masiva de títulos por parte de los bancos ingleses con el deseo de obtener liquidez, lo que finalmente se

tradujo en el cierre de la Bolsa de Londres el 31 de julio de 1914. Muchos países, para proteger sus reservas y monedas, abandonaron el patrón oro, y la presión para que también lo hiciera Inglaterra fue grande».

El patrón oro, que pese a las crisis había generado una era de armonía económica, llegó a su fin. El periodista económico John Laughland refuta algunas ideas preconcebidas sobre la base de que realmente ese patrón requería del control estatal. Para él no fue tanto dicho control, sino que, más bien, con la mera vigilancia que otorgaba la convertibilidad en oro, el sistema financiero se equilibraba solo según las leyes del comercio, concepto pese a lo cual este patrón despierta aún cierta fascinación en corrientes ideológicas diversas: «El patrón oro es mucho más flexible que el control estatista que padecemos hoy, porque permitía que el mercado, no el Estado, regulara la cantidad de crédito de la economía, y por tanto la oferta monetaria», señala en *La fuente impura* (Editorial Andrés Bello, 2001).

La Gran Depresión: cuando la historia fue casi igual

Cuando la primera guerra mundial llegaba a su fin, Inglaterra intentó no demorarse ni un minuto en retornar al patrón oro, pero la necesidad de financiar a los gobiernos y a los ejércitos había provocado que las reservas de oro disminuyeran de forma sustancial. Tras una reunión internacional en Ginebra en 1922, el nuevo modelo tomó forma. No hubo más remedio que adoptar un sistema mixto, de forma que parte del dinero se sustentaba en oro y parte en divisas de países que estuvieran regidos por la equivalencia con el oro, que en la práctica sólo eran el dólar y la libra, es decir, Inglaterra y Estados Unidos.

Aquella medida, provocada por los efectos de la guerra, abrió una nueva era en la que ya resultaba imposible evitar una palabra que antaño era maldita para los banqueros: el riesgo. Hubo economistas —a los que no se escuchó—, como Jacques Rueff, que advirtieron que el mecanismo provocaría una expansión seguida de una contracción. Hoy, sin embargo, ese riesgo es como una droga que se ingiere en la medida exacta para no sufrir una sobredosis, pero en la cantidad suficiente como para ver de cerca los efectos alucinógenos del consumo. Y digo riesgo porque si España quisiera poner dinero en circulación, la mitad del dinero tendría la salvaguardia de las reservas de oro del Banco de España, pero la mitad de los billetes que pusiera en circulación estarían protegidos por dólares depositados en Estados Unidos a modo de inversión. De este modo se fortalecía a las grandes potencias al tiempo que se aumentaba la dependencia de ellas. Esa dependencia podía ser buena, pero podía también provocar un cataclismo, porque sólo con que se agitara una pequeña rama, el árbol entero acabaría sufriendo las consecuencias. Era, en cierto modo, una primera forma de asomarse a lo que después se llamó globalización, pero que en definitiva

tenía más de feudalismo entre naciones que de otra cosa. Así pues, ese sistema podría llegar a causar que una crisis económica que fuera grave en Estados Unidos —o en Inglaterra, pese a que poco a poco fue perdiendo la hegemonía mundial que atesoraba antes de la guerra— acabara siendo catastrófica en España.

Las circunstancias hicieron que Estados Unidos concediera numerosos créditos a los países europeos que se encontraban destruidos a consecuencia de la guerra. Como muchos estaban acumulando dólares y ellos mantenían sus reservas de oro, el poder norteamericano se fue haciendo cada vez más fuerte y el dinero del que disponían los banqueros estadounidenses era cada vez mayor. Entonces empezaron a hacer lo que hicieron: caminar en absoluta libertad, pero era una libertad que nada tiene que ver con la auténtica.

LA EDAD OSCURA

La macroeconomía nació en los años cuarenta del siglo xx como parte de la respuesta a la Gran Depresión. El término aludía entonces al cuerpo de conocimientos y experiencias que, según esperábamos, impediría que se repitiera el desastre económico. En esta conferencia, explicaré que la macroeconomía ha tenido éxito: el problema central, la prevención de una depresión, se ha resuelto.

ROBERT LUCAS, 2003

Así comenzaba uno de los economistas más respetados del mundo una charla sobre la crisis de 1929 y la depresión que originó. Y de cómo la solución a aquella crisis nos dio todas las pistas para evitar que algo así volviera a ocurrir. Ahora le seguimos preguntando cómo salir del atolladero...

Mientras tanto, algunos países agudizaron su crisis. El caso de Alemania es el más significativo. La guerra había dañado gravemente al país, puesto que no había dinero para la reconstrucción y la inflación era cada vez mayor. Además, el Tratado de Versalles, que determinó los acuerdos a cumplir por parte de vencedores y vencidos en la primera guerra mundial, resultó extremadamente duro con Alemania, que quedó condenada a una serie de pagos a las potencias ganadoras que iban a incrementar aún más sus problemas financieros, que al principio intentaron sofocarse con los créditos que se pidieron a los bancos norteamericanos, pero, como decía, aquel sistema financiero ya conocía del riesgo y practicaba la especulación.

Al principio no importó: los recién nacidos tiburones estaban apareciendo en Wall Street, concedían créditos a corto plazo, y compraban y vendían acciones con el único objetivo de buscar un enriquecimiento veloz. También las hipotecas tuvieron su relevancia; eran ya bastante similares a las que existen en la actualidad. Se concedían con intereses muy altos, pero los intereses se pagaban al principio y después quedaba el pago de la casa en sí; es el sistema que se llamaba «a la vista», pero el banco tenía la potestad de poder reclamar al propietario el pago de la totalidad del préstamo. Es por ello que funcionaba mucho la refinanciación de créditos para poder seguir pagando. Esta indefensión del pagador se generó porque se había extendido una fiebre en la que convertir a la gente en propietaria equivalía a conseguir un triunfo. De esta forma se fue creando una burbuja...

¡Y estalló!

Fue el *crack* de 1929, que llegó cuando los precios de los pisos empezaron a bajar, no se pudieron pagar muchos créditos y existía una enorme cantidad de dinero prestado. Los problemas financieros se contagiaron. Si temblaba Nueva York podría temblar todo el mundo. Se produjeron enormes pérdidas en el sector bancario, y la contracción de la economía norteamericana se juntó a la mundial. Una de las consecuencias fue la no renovación de los créditos con los que se financiaba a Alemania, que debía asumir a nivel económico el coste de los daños de todos tras la guerra mundial. Y otros países que tenían inversiones allí hicieron lo propio, junto a los capitales nacionales, que decidieron buscar fortuna en el exterior. Las retiradas de fondos se hicieron a costa de las reservas del país. La insolvencia llegó hasta tal punto que Alemania negoció y consiguió por parte de la comunidad internacional una moratoria para dejar de pagar sus deudas mientras no se producía una recuperación en la economía del país.

Por su parte, parecía que Inglaterra vivía cierta calma. Pero era una calma aparente, porque si bien el país se había convertido en refugio de otras monedas, su exposición a Alemania resultó muy grande, porque muchos bancos alemanes estaban comprando reservas en Londres para mantener viva su economía. Pero ¿qué pasaría si el dinero que prestaba Inglaterra a Alemania no se podía devolver? La decisión de otorgar una moratoria en 1931 dio la respuesta: los mercados internacionales, que ya se comportaban entonces con la irresponsabilidad de la que hacen gala hoy,

decidieron sacar sus depósitos de Inglaterra, en donde empezó a sufrirse la ausencia de dinero, que tuvo que ser solventada por los préstamos que concedió la Reserva Federal de Estados Unidos y el Banco de Francia. Ya era tarde, porque los capitales seguían abandonando el país, y los inversores —siempre tan impersonales y poco comprometidos con la sociedad— sacaron a relucir su ya constatada insolvencia moral y empezaron a cambiar todos sus depósitos para obtener líquido y hacer caja con la crisis. Ellos se hicieron muy ricos, pero dejaron a Alemania tiritando. Si esto no hubiera ocurrido, Hitler no habría llegado al poder en 1933, ya que la situación en el país favoreció que la sociedad se agarrara a quien prometía recuperar la dignidad y atacaba a todos aquellos —cualquiera que no fuera un alemán puro— que consideraba culpables de la situación.

Los años treinta fueron muy duros para la economía mundial. Inglaterra logró recuperarse suavemente gracias a que pudo devaluar su moneda, con lo cual ganó en competitividad y los capitales extranjeros acudieron a Londres porque invertir y comerciar allí resultaba barato. Sin embargo, Inglaterra abandonó el patrón oro, o lo que funcionaba entonces como patrón oro, y decenas de países hicieron lo mismo. En Londres decidieron no comprar el oro que llegaba desde fuera para evitar que la libra incrementara su valor y perder fuerza competitiva. Aquel nuevo modelo tenía la virtud —aunque a la postre no tanto, debido al déficit ilimitado y a la inflación— que a partir de una pequeña cantidad de oro podría ponerse mucho dinero en circulación sin alterar las normas del patrón.

Una nueva crisis —una recaída, para ser exactos— se produjo en febrero de 1933. Todos los bancos, tras la llegada de Roosevelt al poder después de los años de gobiernos de Hoover, tuvieron que cerrar por orden gubernamental ante la retirada de los depósitos en casi todas las instituciones. Hasta la Reserva Federal echó la persiana, y un equipo de inspectores examinó una por una todas las instituciones para certificar si tenían solvencia para volver a abrir. A partir de abril, también Estados Unidos abandonó el patrón de cambio oro, en el que sólo permanecían unos pocos países europeos, que utilizaron sus reservas de ese metal para incrementar el crédito. Pero estaba claro que el sistema había muerto; y lo remató la medida de Washington, que aumentó el antaño inmutable precio de la onza de oro de 20 a 35 dólares, con lo que el dólar se devaluó un 70 por ciento. Así, los que tenían oro en Inglaterra y en otros países europeos lo trasladaron a Estados Unidos, que empezó a acumular oro procedente de muchos otros lugares. Sin embargo, aquello no hizo sino incrementar la inestabilidad mundial, que intentó calmarse gracias al pacto en 1936 entre Estados Unidos, Francia e Inglaterra, que acordaron entre las tres partes conseguir que las transferencias de oro y su conversión en dinero fuera organizada y no perjudicara a ninguno de los tres; hoy, de alguna manera, el patrón en cuestión, ya capitalizado por el dólar, sigue en funcionamiento. En cierto modo, tres de los aliados en la inminente segunda guerra mundial se enrocaban frente al resto de países. Las nuevas caídas en bolsa se solventaron gracias al *New Deal* y a la intervención oficial en los motores

económicos. Las teorías de Keynes, según las cuales el crecimiento llega gracias al impulso oficial y a la intervención gubernamental, se impusieron a los que defendían que las cosas se arreglaban solas. Hasta que no se hizo aquello, la depresión se extendía en el tiempo, y las dificultades de cientos de millones de ciudadanos fueron en aumento. Pese a ello, no todos los estudiosos consideran que el contrato social que fue conocido como el *New Deal* fue el remedio universal a los males de la economía. En *Desmontando la historia* (Volter, 2002), Ed Rayner y Ron Stapley dicen que Roosevelt «no era keynesiano, ni pretendía acabar con el capitalismo, sino salvarlo», y recuerdan cómo sus normas fueron declaradas inconstitucionales en 1935, lo que hizo que se reformaran las leyes que las amparaban. Y también recuerdan que «aunque hubo en 1937 una caída espectacular en el desempleo, con cinco millones de trabajos nuevos, un años después otros dos millones de personas quedaron en el paro... Fue la guerra mundial que llegó en 1939 la que acabó con la depresión». Además, los autores señalan que las medidas de Roosevelt en el ámbito financiero infundieron mayor confianza en el mercado bancario, lo que también fue determinante.

Lo dicho: hay opiniones para todos los gustos, pero impuesto en mayor o menor medida, el universo keynesiano estuvo tras muchas de esas decisiones —a excepción de la guerra— que provocaron la recuperación de la confianza, expresión muy utilizada durante la crisis del siglo XXI para explicar qué ocurre en el sistema bancario.

Una de las medidas más relevantes que se tomó fue la división obligatoria entre banca comercial y banca de inversión. Todos los bancos tuvieron que elegir qué querían ser. Los bancos comerciales sólo podían dedicarse a admitir depósitos de los clientes, gente como usted y como yo, que tenemos nuestra cartilla. Se los obligó a firmar una garantía de 5000 dólares por cada cuenta, lo que sirvió para evitar que los clientes acudieran a las oficinas en épocas de pánico a retirar su dinero ante la posible pérdida de sus ahorros. Mientras, los bancos de inversión eran los únicos que podían operar con valores y otros instrumentos financieros; la banca comercial quedó al margen de estas operaciones, salvo aquellas que tuvieran que ver con emisiones del gobierno. Además, se establecieron unos mecanismos regulatorios estrictos y se dictaminó que se debería autorizar cualquier emisión de valores.

Aunque no todos lo dijeran abiertamente, estaba claro que la crisis había nacido en gran medida por culpa de los excesos de la banca. Es decir, como ahora. También se señaló a los fondos de inversión —entonces llamados *mutual funds*—, a los que se sometió a estrecha vigilancia. En suma, se acotó la libertad excesiva que tenía el negocio de la compra y venta de valores, títulos y demás productos financieros. La Comisión Pécora, creada en 1932 para estudiar el porqué del cataclismo, concluyó: «La banca llevó a cabo prácticas abusivas que incluían una amplia variedad de conflictos de intereses, tales como asegurar comisiones de valores de escasa calidad para venderlos a sus clientes sólo para cobrar comisiones, crear transacciones

aparentes para apoyar el precio de los valores bancarios, asesorar y prestar asistencia financiera para evitar el pago de impuestos o diferirlos hasta que pudiesen compensarse con pérdidas, especialmente a los primeros dirigentes de la comunidad bancaria y sus familias», escribe Jorge Pérez Ramírez. Desde luego, no es necesaria mucha imaginación para ver las similitudes de una crisis y otra. Eso sí, al contrario que en la actual, la salida sólo se produjo cuando se tomaron medidas muy severas contra la banca —después, con el paso de los años, esas restricciones fueron poco a poco levantándose, hasta que de nuevo se crearon los paraísos de negocio que volvieron a hacer que se tambaleara todo desde 2008 tras varias décadas en las que el sistema fue comedido, lento y firme— así como medidas de estímulo para los grupos sociales desfavorecidos, para los trabajadores, la industria y la agricultura. En suma: aunque al principio los recortes parecían la solución, la realidad acabó por demostrar que sólo la inversión podía volver a crear riqueza.

CITI: hoy es como ayer... ¡otra vez!

Uno de los bancos que fue señalado por la Comisión Pécora fue Citigroup, una entidad que —como ahora— parece haber convivido con el riesgo de forma natural. Y siempre —como ahora— la ayuda estatal ha sido fundamental para que pudiera sobrevivir y continuar adelante. Tras hundir medio sistema, sus directivos sacaban a relucir su agenda de contactos entre el poder político, asumían cambios legales y escondían durante un tiempo la cabeza hasta que veían despejado el panorama.

Por aquel entonces, Citigroup, la más antigua entre las entidades bancarias que existen, había alcanzado la mágica cifra de los 1000 millones de dólares en activos. Como aún no se había dado la diversificación que llegó después —el banco fue el culpable de que se redactaran normas como ésa, en la que los bancos quedaban separados entre comerciales y de inversión—, sus negocios entremezclaban la banca comercial y la banca de inversión. A menudo daba grandes créditos para financiar empresas que tenían sus cuentas en el banco, y utilizaba su banca de inversión para recomendar la compra de acciones de la misma. Los conflictos de intereses fueron cada vez a más, y en no pocas ocasiones se falsearon datos para poder seguir subidos al tren del crecimiento que ellos mismos habían diseñado. El director del banco, Charles Mitchell, declaró en la Comisión Pécora que en el año del *crack* había ganado más de un millón de dólares sin pagar un solo centavo en impuestos, gracias a uno de los primigenios desarrollos de ingeniería fiscal que se conocieron. Efectuó una serie de transacciones con su dinero para encontrar el resquicio legal que le permitía no pagar nada; además, confesó en la comisión que sus prácticas fueron arriesgadas y que forzaron la venta de acciones al público sin confesar el mal estado en que se encontraban las empresas ofertadas. Pero como Citi ya era tan grande... el gobierno

tuvo que salir en su auxilio. Lo rescató tras la crisis de 1933, cuando tuvieron que cerrar muchos bancos en Estados Unidos mientras el gobierno comprobaba su viabilidad. Las grietas en Citi eran enormes y hubo que ayudar al banco porque su hundimiento habría tenido consecuencias incalculables.

La crisis tuvo como consecuencia que Estados Unidos estableciera su dominio sobre el resto del planeta gracias a que la fuerza de su economía era mucho más potente que cualquier otra. Y es que las crisis, de forma intencionada o no, siempre han provocado cambios en el dominio mundial gracias al peligroso juego de la devaluación de la moneda y la acumulación de reservas que hacen dependientes a unos países de otros. En la crisis de comienzos del siglo XXI, ¿quién está resultando beneficiado? ¿China? Tras la oscuridad y la indefensión informativa que sufren los ciudadanos, algunos documentos nos aclaran que quizá haya que dirigir la mirada hacia el gigante amarillo. En público, las autoridades no dicen nada y prefieren callar para seguir manteniendo el apoyo popular que tienen gracias a una retórica de poder y enfrentamiento con China, pero uno de los cables diplomáticos revelados por Wikileaks incluye una declaración de Hillary Clinton, la encargada de la diplomacia de Estados Unidos, que tras ser cuestionada por la necesidad de exigir más democracia a China, dijo a modo de lamento: «¿Cómo se puede negociar con tu banquero?». Y es que si la crisis de los años treinta del siglo XX convirtió a Estados Unidos en el banquero del mundo, en la actual es China el país que lo está haciendo a costa de la devaluación implícita de su moneda y del incremento de sus reservas en monedas de otros países y en su deuda.

EL BANQUERO DEL MUNDO

Si utilizas al enemigo para derrotar al enemigo, serás poderoso.

La mejor victoria es vencer sin competir.

El arte de la guerra consiste en vencer al enemigo sin entrar en la batalla.

Un general sabio se ocupa de abastecerse del enemigo.

SUN TZU

Autor de *El arte de la guerra*, una auténtica guía de cómo utilizar el poder. Los dirigentes chinos se lo saben de memoria.

En el año 2005, la empresa petrolera Cnooc intentó adquirir Unocal, la séptima compañía de hidrocarburos más poderosa de Estados Unidos. Se trataba de una empresa con un largo y tenebroso pasado. Años antes, sus dirigentes habían pactado con los talibanes de Afganistán el apoyo a su movimiento a cambio de que les permitieran construir oleoductos y gasoductos que transportaran el petróleo de la cuenca del Caspio hacia el mar, para que desde allí pudiera llegar al resto del mundo y ampliar el suministro de oro negro. En la Casa Blanca, el apoyo a su empresa fue incondicional. Poco importó que los talibanes fueran una secta que pretendía sumergir en una nueva Edad Media al país en el que habían surgido, convencidos de que Afganistán era algo así como una tierra sagrada.

Aquella operación era una demostración de que Estados Unidos era capaz de seguir sometiendo a China, país que también había mostrado interés por aquellas tierras. Los dirigentes del gigante amarillo sabían que necesitaban asegurarse el suministro de petróleo si sus planes de crecimiento económico llegaban a buen puerto. Sin embargo, los planes de Unocal se truncaron pese a las repetidas visitas de los talibanes a Estados Unidos. Poco después de que se rompieran las negociaciones, el mundo enteró vivió el acontecimiento más transformador de las últimas décadas: el 11-S. Como respuesta, Estados Unidos señaló a Bin Laden y los talibanes como responsables del atentado terrorista más mortífero de todos los tiempos e invadió el país. En hombre que fue colocado por Estados Unidos en la presidencia de Afganistán era Hamid Karzai, un hombre de extraño y oscuro pasado, vinculado al tráfico de opio y a la financiación de grupos violentos. El tiempo se encargaría de limpiar su biografía, pero la historia no se puede borrar: Karzai era el representante en Asia de la empresa Unocal.

En esta historia no hay casualidades...

Y es que en la historia de la OPA hostil contra Unocal no puede ignorarse que por aquel entonces Estados Unidos y China estaban en plena guerra fría por asegurarse el control del planeta en el futuro. De hecho, al gobierno norteamericano de entonces pertenecían varios políticos que habían sido responsables de la redacción en el año 2000 de un documento titulado «Reconstruyendo las defensas de Estados Unidos». En dicho documento se indicaba que la Casa Blanca debía actuar en el futuro con el objetivo de asegurarse la supremacía mundial, amenazada por el crecimiento de China. En dicho documento se hacía alusión a la necesidad de que existiera un «suceso catalizador» que permitiera abrir una serie de frentes bélicos que supusieran, a la larga, un freno para la expansión de China. El propio George Bush, que se convertiría en presidente de Estados Unidos pocos meses después, era uno de los inspiradores del documento. Este escrito —junto con otras pruebas mucho más concluyentes de lo que pueda imaginarse— es uno de los argumentos que se utilizan para pensar que tras el 11-S pudo haber otros culpables distintos a los apuntados por la versión oficial. De hecho, los ataques contra las Torres Gemelas y el Pentágono se convirtieron en esa suerte de suceso catalizador.

Además, no mucho antes de que se produjera aquella OPA hostil por parte de la empresa china, había tenido lugar la tragedia natural más destructiva que recuerda la historia reciente. Me refiero al *tsunami* que acabó con la vida de al menos 260 000 personas en el sudeste de Asia el 26 de diciembre de 2004. El despliegue de ayuda humanitaria que pusieron en marcha países de todos los continentes fue aprovechado por Estados Unidos para resituarse en la región y fortalecer de este modo la estrategia de contención de China.

Paulson, el pacificador

Las cosas comenzaron a cambiar el 20 de mayo de 2006.

Aquí empieza la historia de un hombre que desde muy joven había trabajado para el gobierno de Estados Unidos, pero que abandonó el poder político en 1974 para empezar a trabajar en las oficinas del banco Goldman Sachs, una de las entidades financieras más poderosas del planeta. Cuando ya llevaba casi tres décadas trabajando para este banco, empezó a hacer algo que no acabó de gustar en la Casa Blanca: establecer vínculos con China. Allí pasaba largas temporadas, colaborando con algunas empresas del país a desembarcar en el resto del mundo. Él asistió con pavor a cómo se produjo en su país un levantamiento popular sin precedentes contra Cnooc. Tanto a las autoridades como a la población le salió su vena más xenófoba y nacionalista. Se interpretó aquella OPA como una amenaza de China contra Estados Unidos. Y se alimentaron todas las falsas creencias sobre los chinos, a los que se presuponía extraños, fríos, mafiosos y, sobre todo, comunistas. El hombre de a pie volvió a repetir todas esas leyendas urbanas acerca de si los chinos no pagan impuestos, sobre si están invadiendo con sus prácticas económicas el resto del mundo usando sus restaurantes y tiendas, diciendo que utilizaban carne de gato haciéndola pasar por carne de ternera en sus establecimientos, etcétera. Esas leyendas no eran exclusivas de la sociedad norteamericana, sino que también estaban taladrando los cerebros de ciudadanos de otros muchos países. Finalmente, a tenor de la reacción tan contraria por parte de la población, la petrolera china se retiró de la puja.

Pues bien, el hombre al que hacía alusión, que trabajaba en Goldman Sachs, que se dedicaba a ayudar a empresas de China a desembarcar en Estados Unidos, que creía en el potencial económico del gigante amarillo, y que pensaba que podía darle dinero a él y a los suyos, se llama Henry Paulson. Y ese 20 de mayo de 2006, el presidente George Bush lo llamó para convertirlo en secretario del Tesoro, es decir, en el hombre más importante en la gestión de las finanzas en el país. ¿Habían nombrado en el cargo a alguien que pese a ser norteamericano estaba colaborando con el gran rival de Estados Unidos? Evidentemente, George Bush era un tipo violento, paranoico y tonto de remate, pero quizá no era tan tonto como parecía y esas

escasas luces eran también, en parte, una puesta en escena. Si nombró a Henry Paulson sería por algo...

Poco después de tomar posesión de su cargo viajó a donde tantas veces había viajado como emisario de Goldman Sachs. Es decir, a China. Pero en aquella ocasión, Paulson viajaba en nombre del gobierno de su país.

He leído tanto sobre la crisis que ya no sé dónde encontré una frase más que atinada: «Durante la crisis, la producción en China ha bajado, pero como los precios de sus productos siguen siendo los más competitivos, siguen exportando a Europa y Estados Unidos a un ritmo similar. En cambio, China no importa productos europeos ni americanos. A lo sumo, algunas de nuestras empresas más poderosas se han establecido allí impulsadas por la cantidad de mano de obra barata que existe. Mientras ellos importan nuestra deuda nosotros les exportamos dinero, que tenemos que devolver junto a los intereses oportunos».

Está claro: China está ganando la partida.

Cuando en julio de 2005 Estados Unidos y China llegaron a un acuerdo en la ONU para controlar la entrada de nuevos países en el Consejo de Seguridad, ambos estaban llegando a un acuerdo tácito según el cual se autoproclamaban como las dos potencias más importantes del mundo. Para entonces, el escepticismo de los analistas mundiales ya se había roto. A principios de los años noventa, apuntar a China como la nueva gran potencia mundial resultaba un atrevimiento. Pero a medida que ha avanzado el siglo XXI la situación está cada día más clara, especialmente como consecuencia de la lectura que se efectúa de muchos movimientos estratégicos y políticos en Estados Unidos. Todos los analistas norteamericanos sabían que tras la caída del Muro de Berlín se abría un paréntesis con nuevos enemigos, durante el cual se gestaría una nueva potencia militar, política y económica que hacia el año 2025 podría devolver al mundo a una situación bipolar.

China conquista las fuentes del petróleo

La evolución de China en los últimos dos decenios ha sido silenciosa; asistió en un segundo plano al reordenamiento estratégico tras el 11-S y quiso competir con Europa en la lucha por la segunda posición. Sin embargo, su crecimiento puede llevarla a alcanzar el liderazgo mundial, para lo cual, entre otras cosas, buscó asegurarse por vía diplomática y comercial el acceso a las fuentes de petróleo que necesitaba para poder sostener su crecimiento. Sin embargo, lejos de hacerlo mediante el uso de las armas, lo ha hecho con un sentido práctico que no ha sabido de criterios políticamente correctos —pactando con países presuntamente sospechosos de mil cosas— ni de intencionalidades políticas.

¿Sabe usted cuándo se comercializó el primer coche en China? Quizá se

sorprenda al saber que tal cosa ocurrió en el año 1984. Cuando en Pekín apareció el primer coche, en Madrid ya había más de un millón de vehículos. Sólo veinte años después, en ambas ciudades la cifra rondaba los dos millones, y hoy la capital china supera ampliamente a la española. Pues bien, este dato ejemplifica a la perfección el imparable crecimiento del imperio amarillo.

Lo señalado tiene su reflejo directo en el mundo del petróleo. Porque si bien cuando cayó el Muro de Berlín el consumo de China era de poco más de un millón de barriles de oro negro diarios —unos diez millones de barriles en Estados Unidos en esas fechas—, en este momento las cifras son muy similares. Al ritmo de crecimiento actual, para el año 2025 China estará consumiendo unos quince millones de barriles todos los días.

Es por ello que China estableció acuerdos comerciales amistosos con países como Irán, Rusia, Brasil o Venezuela para abastecerse sin problemas. Es decir: las potencias emergentes o países enemigos de Estados Unidos pero con una situación de solvencia productiva en cuanto a petróleo se refiere. En contrapartida, la compra de crudo en Estados Unidos depende de situaciones muy endeble. En la actualidad, gran parte del petróleo se adquiere en Arabia Saudí y Venezuela, pero por unas u otras razones, sus relaciones con estos países son inestables o están amenazadas por otras circunstancias. La necesidad de encontrar otros suministros fue uno de los motivos de la invasión de Irak, e incluso de la de Afganistán, que permitió acceder a las rutas de gas y petróleo que tienen su origen en los países de la cuenca del Caspio.

La situación llevó a Estados Unidos a abrir una serie de frentes bélicos con el objetivo de controlar y dominar aquellas regiones del mundo en donde se genera petróleo. Pero mientras Washington hacía la guerra e «invertía» en sus guerras cantidades de dinero colosales, China empezó a hacer el amor sin mirar con quién y continuó siendo la fábrica del mundo al tiempo que empezaba a financiar los gastos de Estados Unidos mediante la compra de deuda emitida para sufragar esos gastos bélicos, geoestratégicos o diplomáticos. No puede dejar de pensarse en esa máxima de *El arte de la guerra*, en la que se señala que hay que abastecerse del enemigo...

Antes de la crisis económica, los cálculos de los especialistas situaban el momento de paridad entre las dos potencias para el año 2025. Hoy las cosas han cambiado, al menos en el sentido del poderío económico, puesto que en el militar esa paridad aún se antoja a años luz. Pero la igualdad en cuanto a poder financiero entre los dos países puede decirse que ya está a la vuelta de la esquina.

Siguiendo con esta misma línea de análisis, conviene citar que las reservas petrolíferas comprobadas en el subsuelo de Estados Unidos son de 22 677 millones de barriles, según la publicación *Oil and Gas Journal*. Tal dato es muy importante, porque esas reservas son algo así como la caja de resistencia que una nación tiene de cara a un posible desabastecimiento.

Sin embargo, esa cifra no va a crecer en el futuro. De hecho, en 1970 Estados Unidos extraía en su territorio casi cuatro millones de barriles diarios, mientras que

en 2025 la cifra se habrá reducido a menos de dos millones, aunque en los últimos años el optimismo ha crecido gracias a los descubrimientos geológicos que hacen suponer que ahí abajo hay más petróleo del que se creía. Justo lo contrario ocurre en China, que para entonces duplicará su producción de petróleo, que en la actualidad es de 3,5 millones de barriles diarios. Así, a día de hoy, las reservas chinas son de 18 250 millones de barriles y crecerán aún más en el futuro. Se puede predecir que acabarán siendo mayores que las de Estados Unidos.

Además, el gobierno de Pekín no ha tenido la necesidad de recurrir hasta la fecha a su caja de resistencia, mientras que Estados Unidos ha tenido que hacerlo en varias ocasiones. Por si fuera poco, si revisamos la lista de la revista económica *Forbes* encontramos cómo, por sorpresa, en los últimos años se ha colocado en octavo lugar, entre las petroleras más importantes, la compañía China Petroleum.

Los datos del nuevo gigante mundial

Otro dato que nos da una idea del crecimiento chino es el que nos habla del Producto Interior Bruto (PIB), algo así como el dinero que genera un país. Comparemos de nuevo. En el año 2003, el PIB de Estados Unidos fue de 10,8 billones de dólares, situándose en el primer puesto del mundo (en segundo lugar estaba Japón con 4,3 billones, en tercero Alemania con 2,4 billones y en cuarto Reino Unido con 1,8 billones), pero las cosas van a cambiar en un tiempo relativamente breve. Mientras, según los datos del FMI, en el año 2012 Estados Unidos sigue ocupando el liderazgo mundial con 15,6 billones, China ya es el segundo, con 12,3 billones, mientras que el tercero es India con 4,8, el cuarto es Japón con 4,5, el quinto es Alemania con 3,1 y el Reino Unido ha bajado al octavo con 2,3, que ha cedido a la pujanza de Rusia y Brasil. Es evidente, pues, que las cosas están cambiando y que la crisis económica ha situado en un lugar preeminente a los países emergentes del llamado grupo BRIC, que son China, India, Brasil y Rusia. Dicha expresión, que forman las iniciales de estas naciones, fue acuñada por Goldman Sachs a comienzos del siglo XXI al identificar aquellos lugares en los que puede invertirse y conseguir buenas rentabilidades. Evidentemente, son países muy poblados —especialmente China e India, que suman más de 2500 millones de habitantes, casi una tercera parte del mundo entero— y las diferencias sociales son extraordinariamente acusadas, pero respecto al poderío del país, como si de una empresa se tratara, este hecho influye menos.

Para el año 2050, el primer puesto del mundo lo va a ocupar China con un PIB de 40 billones de euros, mientras que la segunda posición la ostentará Estados Unidos con 35 billones de dólares, aunque conviene aclarar que, para entonces, Estados Unidos tendrá 420 millones de habitantes y China 1424 millones, según las

previsiones. Pero es que además, los «aliados» de China ocuparán el tercer puesto (India, con 30 billones), el quinto (Brasil, con 7,5 billones) y el sexto (Rusia, con 7 billones). Sólo un aliado comercial de Estados Unidos como Japón (en tercer puesto, con un PIB de 8 billones) entrará en esa lista, mientras que ni siquiera todos los países europeos juntos alcanzarán el PIB de China.

Como medida proteccionista ante el hecho de que la exportación china a los países más poderosos es enorme, Estados Unidos ha impuesto fuertes aranceles a los productos procedentes de aquel país, al tiempo que intenta postergar el embargo de venta de armas que sufre el gigante amarillo. Pero tampoco esto es un problema para China, puesto que tan singulares son sus números que apenas necesita invertir un 3,5 por ciento de su PIB defensa, lo que no le impide ni impedirá mantener el mayor ejército del mundo en cuanto a efectivos humanos, con más de dos millones de soldados y un presupuesto de más de cien mil millones de euros, que lo convierten en el segundo país que más gasta en defensa, tras Estados Unidos, que alcanza los cuatrocientos mil millones de euros. No deja de ser llamativo que, pese a la recesión, China ha aumentado más que nunca su presupuesto militar. Además, cuenta con armamento atómico suficiente para destruir el mundo entero, ya que disponen de misiles intercontinentales capaces de llegar a cualquier parte del planeta. Con embargo incluido, China ya ha realizado medio centenar de pruebas atómicas y es el segundo país del mundo que más gasta en comprar aviones, barcos y tanques. Sólo lo gana India. A pesar de todo, la sensación es que China es una potencia sin ánimo imperialista y pacífica en esencia. El problema es saber qué pasará si ese dragón se siente amenazado en sus objetivos y esos objetivos están más cerca —aunque también son más débiles debido a la inestabilidad mundial— que nunca de poder cumplirse.

Planes para hoy y mañana

Para que China haya podido alcanzar esta situación ha sido necesario poner en marcha un proceso político meticuloso e inteligente que tiene por objetivo tres grandes metas. La carrera ya ha empezado, aunque todavía quedan kilómetros para llegar al final. Éstos son los objetivos que se han marcado cumplir totalmente para el futuro y sobre los cuales se oirá hablar de un modo u otro en los medios de comunicación:

- Aliviar las tensiones con otros países de la zona.

El paso fundamental ha sido restablecer relaciones con Corea del Sur, país en el cual existen cientos de instalaciones militares de Estados Unidos que tenían por objeto la contención del gigante amarillo y de Corea del Norte. «Los acuerdos con Corea del Sur son el mejor ejemplo del éxito de la nueva diplomacia de China»,

asegura David Shambaugh, profesor de la Universidad George Washington, quien asegura que la estrategia actual de Pekín para con sus vecinos ha situado a China como centro de Asia a todos los niveles. El analista norteamericano ha denominado a esta forma de hacer política como diplomacia blanda; mientras, los intelectuales de *Le Monde Diplomatique* la califican como diplomacia asimétrica y la sintetizan así: «Muy flexible, que prioriza los vínculos bilaterales, establece relaciones con todo el mundo y, a su vez, reduce tensiones del pasado», escribe en el semanario francés Martine Bulard.

Pese a todo, aún existen conflictos endémicos en la región que todavía no están completamente solucionados, pero que están camino de arreglarse. Me refiero, por ejemplo, a los conflictos con Rusia, país con el que comparten más de cuatro mil kilómetros de frontera que quedaron definidos por primera vez en la historia el 2 de junio de 2005. Esto ha provocado que los estrategas de Estados Unidos no estén del todo convencidos de tener a Rusia de su lado, pese a las aspiraciones occidentalistas de su gobierno. Además, dos meses antes los chinos establecieron acuerdos y pactos similares con India para solucionar litigios fronterizos que existen desde 1962. Salvo con Japón, China está consiguiendo crear a su alrededor una causa común para toda Asia.

- Establecer relaciones económicas en todo el mundo.

En el año 2001, China entró a formar parte de la Organización Mundial del Comercio, y en noviembre de 2004 lideró la iniciativa asiática para establecer una zona libre de comercio en la región. Así, a partir de ese fortalecimiento regional, ha extendido sus tentáculos al resto del mundo y ha establecido relaciones comerciales en todos los continentes, aunque no menos importante es el hecho de que dos terceras partes de su riqueza provienen de industrias multinacionales radicadas en su amplio territorio.

- Fomentar el crecimiento interior.

En los primeros años del siglo XXI, el crecimiento económico de China aumentó un 10 por ciento cada año de forma permanente, hasta alcanzar su punto máximo en 2007 con un 14,2 por ciento. Lógicamente, la crisis mundial afectó a ese crecimiento, pero en ningún caso lo llegó a situar en números negativos, algo que sí ha ocurrido, por ejemplo, en Europa. En 2008 bajó al 9,6 por ciento, y «tocó fondo» en 2009 con un crecimiento de sólo un 9,2 por ciento, y se recuperó en 2010 con un crecimiento del 10,4 por ciento, aunque la segunda etapa de la crisis volvió a reducir el crecimiento a un 9,4 por ciento en 2011. En relación a los otros países asiáticos, el crecimiento ha sido uno o dos puntos superior cada año. En ese mismo período de tiempo, China ha incrementado su tasa de inversión en un cuarenta por ciento, algo que algunos estados prósperos han tardado décadas en conseguir, lo que ha derivado en un incremento del poder adquisitivo del chino medio, que actualmente está en

cinco mil dólares al año. Dicha tasa podría alcanzar los niveles de Europa en torno al 2025.

Las desigualdades en China

Se trata de su talón de Aquiles. Los derechos laborales y, en general, los derechos humanos, presentan carencias más que criticables en el gigante amarillo. Por otro lado, las diferencias económicas en la población son inmensas. Si un chino, por término medio, tiene un poder adquisitivo anual de en torno a cinco mil euros, eso quiere decir que existen cientos de millones de personas en el país rozando el umbral de la pobreza. Además, parte de esa riqueza china se fundamenta en la creación de bolsas de trabajo en regiones aisladas, dentro de las cuales los salarios son risibles y los trabajos rozan la esclavitud. Pero también es cierto que, si bien hay un pequeño avance en ese sentido en China, en el resto del mundo se está retrocediendo como consecuencia de las crisis económicas.

Hasta ahora, el actual poder chino ha logrado aislar de la escena pública a estos millones de personas merced a un sistema político que sigue detentando graves carencias en cuestiones de derechos humanos, pero que se sostiene gracias a la casi dictatorial presencia de un partido único. No obstante, la población de China ocupa un retrasado puesto en el *ranking* de bienestar mundial. La crisis tampoco ha servido para mejorar esa situación, porque del puesto 89 del *ranking* mundial del Índice de Desarrollo Humano pasó a ocupar el puesto 101.

Que China no acceda a una democracia absoluta es la única esperanza que pueden tener otros países poderosos para mantener su estatus. Porque la realidad es clara: «Si China crece al mismo ritmo, será imposible satisfacer las necesidades energéticas del mundo entero», me decía en una reciente entrevista Daniel Gómez, presidente de AEREN (Asociación de Estudios sobre Recursos Energéticos). Dicho de otro modo: no hay sitio en la Tierra para dos potencias como son Estados Unidos en la actualidad y como será China en el futuro. Y más siendo Europa una nación de veinticinco naciones que desearía ser el eje de la balanza y mantener su nivel, que es el mismo, en conjunto, que Estados Unidos. Sólo hay una solución para China: mantener su avance económico pero también su déficit social.

Si yo necesito mantener mi nivel —si por ejemplo fuera el presidente de Estados Unidos— tendría claro cuáles serían los pasos necesarios para contener el actual crecimiento chino, pero sin llegar a frenarlo del todo, porque, en el fondo, me interesa como sede para parte de mi industria y mercado para mis productos. La solución la tendría provocando cierta desestabilización interna, enervando a esa masa de millones y millones de chinos descontentos, hambrientos y necesitados de justicia social (y legal). Además, primaría movimientos separatistas que ya existen en las regiones del

Tíbet y Xinjiang, amén de potenciar la retórica bélica de algunos enemigos que aún les quedan, como Corea del Norte, país al que utilizaría como amenaza latente. Por otra parte, culparía al gobierno de China de alimentar el terrorismo y la escalada nuclear. ¿Acaso acabo de describir lo que sucederá en el futuro? En absoluto me extrañaría...

Sin embargo, la crisis económica quebró gran parte de esos planes. Estados Unidos incrementó su violencia verbal respecto a China cuando Bush visitó Pekín a finales de noviembre de 2005. Ya dos días antes de llegar, expuso desde Japón —todo un símbolo desafiante: Japón es el rival asiático de China— la necesidad de fortalecer la democracia en el país y apoyó a Taiwán, región que reclama su independencia y que China ha amenazado con atacar. Sin embargo, la crisis económica ha suavizado hasta límites extraordinarios las críticas que llegan a Pekín desde la Casa Blanca. Se han quedado en desaires de cara a la galería, algún exabrupto en período electoral para disimular, pero en la realidad, lo que el entonces presidente de la nación que aún es la más poderosa del mundo decía en una entrevista televisiva en una cadena de Phoenix, en Texas (Estados Unidos), se está cumpliendo: «China es una amenaza, un socio, un competidor y una oportunidad». Al mismo tiempo, desde la ONU, el delegado norteamericano John R. Bolton instó a fortalecer las libertades —siempre definidas desde un prisma estadounidense— en el país e inició una serie de acciones para que se consideren ilegales internacionalmente algunas de las políticas monetarias de Pekín. Por si fuera poco, la secretaria de Estado Condoleezza Rice se destapó con un crítico «tenemos que ver cómo mantener el equilibrio de fuerzas en la región», en alusión al incremento del poderío militar de China. ¿Qué quería decir? Con Barack Obama, mucho menos agresivo en su naturaleza que Bush, la cosa ha cambiado. La visita de uno de los líderes chinos a la Casa Blanca en febrero de 2012 dejó las cosas muy claras. Los cuerpos de seguridad se encargaron de impedir cualquier manifestación contraria a China, y el primer presidente negro de la historia del país sonreía abiertamente ante su banquero. Hubo algún comentario tibio: «Vamos a seguir insistiendo en la aplicación de los derechos de todos y en que China se adapte a las reglas del sistema económico internacional». Y dicho esto, el vicepresidente chino Xi Jinping se marchó a ver un partido de baloncesto tras saludar e intercambiar cuatro palabras con el discreto vicepresidente, Joe Biden, que ante los medios de comunicación se bajó los pantalones: «Es un signo de madurez que los dos podamos hablar de las cosas que nos diferencian. No siempre vamos a ver todas las cosas igual, pero los americanos quieren conocerte», le dijo al mandatario chino con una sonrisa forzada. Aquella cita del 12 de febrero de 2012 fue la demostración de que China acababa de ganar la batalla del equilibrio de fuerzas en tiempo de crisis económica.

1998-2008: guerra fría entre Estados Unidos y China

De la crisis de 1929 y la posterior depresión de los años treinta se salió tras la segunda guerra mundial. Aunque hubo muchos más factores en juego, no pueden separarse las cuestiones económicas de las bélicas. Hoy, la crisis que nació en 2008 no parece encaminada hacia un enfrentamiento global. No parece...

Pero no debemos olvidar lo que conocemos hace tiempo.

En noviembre del año 2000 los directores de las principales agencias de Estados Unidos se reunieron para valorar el asalto que se había producido en las instalaciones de máxima seguridad de Los Álamos, California. Los ladrones se habían apoderado de importantes secretos militares. Según explica el investigador Miguel Pedrero en *Corrupción: las cloacas del poder* (Ed. Nowtilus, 2004), los servicios secretos chinos pudieron haber sido los responsables del robo.

Recuerdo que cuando empecé a investigar las tramas ocultas que se escondían tras los atentados del 11-S, muchas de mis fuentes de información me insistían en que el telón de fondo de aquellos sucesos podría ser el conflicto subterráneo que se está gestando entre China y Estados Unidos. Así me lo indicó en una larga entrevista el periodista francés Thierry Meyssan, autor del libro *La gran impostura* (Esfera de los Libros, 2003). Apenas les hice caso, pero, poco a poco, aquellas tesis fueron empezando a cobrar sentido...

Ahora quiero compartir con el lector la información que existe sobre este asunto. Tras aquel acontecimiento, los conflictos bélicos siempre estuvieron marcados por la postura de China en un lado —con el tímido apoyo de Rusia— y la de Estados Unidos en el otro. No es ningún secreto que ambas naciones se opusieron a la Casa Blanca en los acontecimientos de Libia y, posteriormente, en los de Siria.

Y es que si echamos un pequeño vistazo al pasado resulta poco complicado explicar lo que estaba cociéndose en los pasillos del poder. No hace tanto que el presidente norteamericano Bill Clinton visitaba China, allá por 1998, desplegando su sonrisa más cautivadora. Para el recuerdo quedaba aquel juego de guerra que se llevó a cabo dos años antes, cuando Estados Unidos situó dos de sus mejores portaviones en Taiwán.

«Cuidado, que estamos aquí», parecían querer decir los estrategas del Pentágono. Y es que los chinos habían realizado unas maniobras militares poco lúdicas muy cerca de ese pequeño país independiente que China reclama como una provincia suya. Pero las cosas no fueron a mayores, y la distensión —al menos, en apariencia— llegaría poco después, si bien el conflicto de Taiwán sigue estando muy presente en ambos bandos. Pero la postura de los asesores de Clinton ya era clara: promover una vía de compromiso y colaboración con el gigante amarillo siempre y cuando Estados Unidos pudiera mantener su hegemonía comercial y económica en Asia, al tiempo que China abandonara sus ideas políticas y admitiera las normas internacionales.

Sin embargo, a espaldas de Clinton estaba surgiendo un movimiento mucho menos inocente y de gran calado bélico. En lo político eran tipos conservadores e inteligentes que, en cierto modo, habían logrado infiltrarse en algunos órdenes de la

Administración del carismático presidente. Para ellos, era necesario contener la ambición de China por medio de la distensión militar y de las operaciones encubiertas de los servicios secretos.

Casi una década después, los representantes de la segunda vía empezaron a ganar su particular batalla interna. Pensaban que no había sitio en el mundo para una China convertida en superpotencia para el 2025, y por ello, pragmáticos y materialistas como son, decidieron pasar a la acción de forma encubierta. Presionado o no por ese poder conservador, apenas una semana después de su visita a China, el secretario de Defensa de Estados Unidos, William Cohen, anunciaba que las tropas norteamericanas se quedarían hasta la eternidad en Corea del Sur. ¿Qué significaba aquello? Simplemente, Cohen, íntimo de Clinton, estaba diciendo que existía un enemigo a las puertas en Asia al que había que controlar en lo militar. Y no se refería a la nuclearizada Corea del Norte, puesto que el político norteamericano aseguraba que esa presencia militar en la zona sería independiente de una hipotética paz entre las dos Coreas.

Cabe suponer que en la trastienda de la visita de Clinton a China se plantearon situaciones terribles de cara al futuro y sobre las cuales muy poco supimos. Posiblemente las conversaciones no fueron tan amigables como pueda creerse. Quizá —en vista de lo ocurrido después— la política de compromiso y colaboración de Clinton era sólo una fachada hipócrita. Quizá en realidad no había dos posturas en el seno del poder norteamericano, sino que como mucho existían dos formas de actuar ante el conflicto. La realidad es que, en cierto modo, en ese año 1998 acababa de declararse la guerra fría entre China y Estados Unidos.

Washington se sentía mucho más amenazada que en tiempos pasados con la URSS. En la etapa anterior, la retórica pública de los líderes de uno y otro bando no escondía más que intereses particulares; todo parecía un teatro, porque la situación real era que todos sabían que los rusos jamás podrían destronar a Estados Unidos. A este respecto, a comienzos de 2005 la cadena británica de televisión BBC realizó un espectacular documental titulado «A power of nightmares» en el que se mostraba cómo el llamado Equipo B —comisión compuesta por políticos y militares encargados de valorar las capacidades bélicas de los rusos— exageró el poderío de las armas rusas puesto que diversos sectores económicos y políticos estaban interesados en que se mantuviera una tensión que los beneficiaba. Este tipo de verdades interesan sin embargo bien poco; los documentales así se emiten a horas intempestivas y no se repiten jamás, aunque no por ello dejan de representar verdades como puños.

El mundo comenzaba a separarse en dos bloques que orbitan en torno a las dos grandes potencias, al que habría que sumar un tercer frente. A un lado se encuentran Estados Unidos, Reino Unido y Japón junto a sus naciones satélite. Mientras tanto, al otro está China junto a gran parte de Asia y Oriente Medio. Y, en el centro, una larga lista de países —Rusia, Brasil, Venezuela o parte de la Unión Europea son los más

significativos— que no acaban de compartir los sistemas propuestos desde Washington o que se encuentran entre dos aguas.

El 7 de mayo de 1999 llegó el primer aviso serio. En aquellas fechas, Estados Unidos y la OTAN habían decidido intervenir en el conflicto de la antigua Yugoslavia, en donde las regiones del extinto país luchaban por su independencia respecto de Serbia.

Tras uno de los bombardeos sobre Belgrado destinados a castigar a los milicianos serbios, la embajada de China quedó destruida por completo. Según se supo después, un avión norteamericano B-2 había descargado varias bombas sobre el edificio. De cara a la opinión pública, se dijo que «ha sido un lamentable error». Washington se disculpó por el fallo, pero las carcajadas debieron de oírse en toda la Casa Blanca, porque la explicación que se dio —justificación que, dicho sea de paso, no mereció ni la más mínima enmienda por parte de los medios de comunicación— fue que el B-2 había utilizado unos mapas de Belgrado que estaban caducados y viejos. Menos mal que disponen de cientos de satélites capaces de fotografiar al detalle cualquier cosa que esté en tierra...

Los chinos se guardaron el golpe en la recámara. Prefirieron callar y esperar con paciencia oriental el momento de devolver la afrenta. Aguardaron a que Estados Unidos tuviera un nuevo gobierno que, si no fallaban los cálculos, sería más descarado en sus acciones y planteamientos.

No obstante, mientras se avecina una nueva era, un equipo de ideólogos de corte militar y conservador dio a conocer un estudio titulado «Reconstruyendo las Defensas de América» antes de las elecciones que ganó George Bush a finales del año 2000. Aquel trabajo, que exponía un siniestro manual de operaciones para los futuros inquilinos de la Casa Blanca, indicaba que era necesario iniciar una serie de conquistas militares en Oriente Medio y Asia Central con un único objetivo: controlar los recursos energéticos y situar tropas en la antesala de China, debido a que este país se convertiría en la gran amenaza de Estados Unidos durante el siglo XXI.

No es casualidad que todos los firmantes de aquel documento fueran llamados por George Bush para formar parte de su gobierno. De este modo, el presidente texano venía a reconocer que aquel manual de operaciones era certero y atinado. A fin de cuentas, quienes habían escrito el casi centenar de páginas mantenían contactos muy firmes con la industria petrolera y armamentística. No eran más que los portavoces del poder financiero sobre el que se sostiene Estados Unidos.

Pocas semanas después de la toma de posesión de George Bush, un avión norteamericano F-3 Aries cayó sobre territorio chino. Entonces las risas cambiaron de bando. Fue en Pekín donde se oyeron. Y es que aquel aparato era un avión espía que investigaba desde las alturas los movimientos estratégicos del gigante amarillo. No sólo eso, sino que los veinticuatro tripulantes fueron capturados y encarcelados. Se trataba de una bofetada espectacular, ya que los militares chinos lograron desentrañar algunos de los secretos del avión.

La crisis se resolvió días después. Los chinos devolvieron el aparato y a sus tripulantes, y los norteamericanos pidieron perdón por su ilegal incursión sobre territorio chino. La cosa acabó ahí, pero el mensaje que el incidente escondía era de gran relevancia. Que se tratara de la primera crisis del gobierno de Bush en su nueva etapa tampoco parecía casualidad. Después de aquello, el presidente texano rompió los acuerdos para la contención del armamento nuclear y, casi sin tiempo para abrir los ojos, llegó el 11-S, hecho que le permitió tomar la iniciativa y la delantera en esta suerte de guerra fría no declarada pero que cada minuto que pasa es más ardiente.

Las medidas geoestratégicas que tomó George Bush —a quien el futuro deberá juzgar como responsable de haber quebrado un mundo que aspiraba a estar en paz— tras el 11-S se ajustan a los planes previstos en «Reconstruyendo las defensas de América».

Todos esos movimientos tienen un objetivo a corto, medio y largo plazo. Por ejemplo, en el caso de la invasión de Irak, la primera meta era conquistar un país cuyos recursos energéticos podrían ser suficientes para asegurar petróleo a Estados Unidos durante décadas.

A medio plazo, la ocupación del lugar permite situarse respecto a futuras aventuras militares, por ejemplo, en países como Irán. Quién sabe si cuando estas líneas vean la luz las primeras bombas ya habrán caído por allí con la excusa de que el gobierno de Teherán pretende desarrollar —extremo no confirmado definitivamente— armas nucleares.

Y, a largo plazo, se están situando decenas de miles de soldados en países que hacen frontera con China. Tal es el caso de Afganistán. También, con la excusa de la lucha contra el terrorismo internacional, decenas de bases americanas están ubicándose en repúblicas exsoviéticas que se encuentran en las proximidades del gigante amarillo. Además, siguiendo los indicativos del texto antes citado, algunas instalaciones americanas en Europa se han cerrado para trasladar a sus hombres a diversos puntos de Asia. Incluso el *tsunami* que azotó virulentamente el sudeste del continente el 26 de diciembre de 2004 fue aprovechado para derivar tropas norteamericanas que estaban en el Pacífico y dirigirlas hacia el océano Índico, situándose en la antesala del orbe geográfico de China. Como el informe de los neoconservadores señalaba, cualquier razón debe aprovecharse para situar el ejército ante las nuevas amenazas. No vayamos a pensar que decenas de barcos de guerra y miles de hombres acudieron a las costas damnificadas por el *tsunami* con intenciones humanitarias...

En la actualidad, hay más de setecientas instalaciones militares de Estados Unidos en todo el mundo. Sin embargo, como bien señala Daniel Smith, coronel de la USAF retirado, la presencia norteamericana se extiende a un total de 5458 enclaves distintos. La distribución de estos puntos rojos en el mapa responde al llamado «Plan de Revisión de Postura Global», la iniciativa del gobierno norteamericano para resituarse ante China y dominar los recursos energéticos: «En Asia, nuestra iniciativa

se apoya en las posibilidades que tenemos tanto por tierra, mar y aire de acortar grandes distancias mientras que reforzamos nuestras posiciones navales y aéreas en la región», señaló en un informe Donald Rumsfeld, secretario de Defensa del gobierno de George Bush. Y luego nos dicen que están allí para ayudar a los países pobres de la región...

En China —lo sugiere el mismo coronel Smith en la revista *Foreign Policy*— saben perfectamente cuál es el juego de Estados Unidos en estos comienzos de siglo. Al tiempo que desde Pekín se sigue fomentando el crecimiento económico y comercial, sus dirigentes conocen perfectamente los talones de Aquiles que los servicios secretos norteamericanos van a exprimir. Por un lado, se calcula que en China pueden existir —así lo valora Chalmers Johnson, otro exoficial norteamericano— más de cien millones de personas rondando la pobreza absoluta. Podrían ser incluso trescientos millones. En suma, se trata de una masa crítica que puede estallar para intentar reclamar el fin de su segregación social. Es lógico, pues, que la CIA esté sembrando «dinamita» ahí para activarla en contra de sus dirigentes. Ésos son los planes que se manejan...

De hecho, en ciertas regiones fronterizas con Asia Central han aparecido diversos grupos islámicos teóricamente vinculados a Al Qaeda. Durante los años 2004 y 2005, ya se ha dado luz verde a diversas informaciones —no confirmadas, pero los medios norteamericanos las han divulgado sin más examen crítico— que mencionan la existencia de células durmientes de terroristas chinos aliados de Bin Laden. Eso creará un estado de opinión que facilitaría ciertas aventuras militares —de momento, hipotéticas (y que así sean siempre)— contra un imperio como el chino que, además, valora escasamente los derechos humanos, la libertad de opinión y la democracia.

En un futuro no lejano, no será difícil utilizar un discurso demagógico en donde sean comunes términos como lucha por la libertad, por la democracia y contra el terrorismo en relación a China. Además —y según informaciones dadas a conocer por el periodista Gordon Thomas en el año 2005— el gobierno de Pekín habría establecido contactos con Bin Laden hasta el punto de ofrecer a Washington la entrega del hombre más buscado del mundo a cambio de una serie de prebendas.

Que éste pueda ser un escenario futurible quedó bien claro cuando el director de la CIA en el año 2000 —George Tenet, que siguió en su puesto durante los primeros años del gobierno de Bush— elaboró un escrito en el que podían leerse las siguientes apreciaciones basadas en informes de Inteligencia.

Leámoslas con atención:

«China, a medida que se vaya convirtiendo en la nueva superpotencia del tercer milenio, proporcionará probablemente armas biológicas y químicas y los artilugios de bolsillo necesarios para librar una guerra terrorista contra Estados Unidos, posiblemente hacia el año 2015. Hacia ese año, América abdicará de su papel de policía del mundo. Esto se producirá en un momento de tensión creciente en el Lejano Oriente; según las indicaciones actuales, cuando China ordene a Japón

desmantelar su programa nuclear y deje a Estados Unidos sin otra alternativa que relacionarnos con Asia en unas condiciones que podrían provocar un importante estallido bélico antes de 2015. Los protagonistas serían posiblemente China y América».

Pero llegó la crisis, y la guerra fría quedó aparcada...

Crisis sí, pero menos crisis

Decir que la crisis no ha afectado a China es un error. La bolsa china había tocado su techo a finales de 2007, cuando los temblores financieros ya comenzaban a dejarse notar. Tras la caída de Lehman Brothers, los índices tocaron mínimos históricos, pero mientras en el mundo entero la caída prosiguió, en China se produjo una recuperación, y desde mediados de 2009 los índices se han mantenido. Todavía se preguntan los analistas si China tocó techo o si la burbuja asiática podría llegar a estallar. Sin embargo, la realidad indica que el aterrizaje de China fue intencionado, pese a que curiosamente se ha señalado que un informe de Goldman Sachs tuvo una influencia muy negativa que antecedió a la caída de la bolsa. El crecimiento se enfrió porque decidió ponerse la expansión a remojo. Resultaba imposible para China proseguir su ascenso si el resto del planeta sufría los envites de la crisis, y desde Pekín se accionó una tecla más: apoyar el consumo interno. Era como si la crisis hubiera permitido al gigante amarillo iniciar una nueva etapa y mirar también hacia adentro, debido a que durante los años previos la tasa de ahorro de los chinos se elevó a un 40 por ciento, lo que significa una cuarta parte de todo el ahorro mundial. A ello contribuyó mucho que el aumento de los salarios en las grandes ciudades crecía entre el 10 por ciento y el 20 por ciento en los años de expansión mundial.

En el año 2006, cuando los grandes financieros de Occidente actuaban para atrapar las últimas riquezas ante una crisis que sabían que venía pero que no quisieron denunciar sin ganar más y más antes de que estallara, China tomó una serie de medidas económicas que sólo se entienden con la perspectiva que da el tiempo. Si las reformas financieras en Estados Unidos y Europa llegaron a partir de 2008, China tomó esas medidas dos años antes. Nosotros llegamos tarde y mal, pero ellos llegaron a tiempo. Hay una paradoja que se ha olvidado: un informe que efectuó Lehman Brothers en el año 2005 señalaba que en caso de una crisis mundial los bancos chinos podrían tambalearse porque en los últimos tiempos se había concedido un elevado número de hipotecas de alto riesgo y créditos dudosos que era necesario «limpiar». En Pekín hicieron caso de aquellos informes, al contrario de lo que hicieron los mismos autores respecto a sus propios problemas. Entonces, en China se inició lo que se denominó «estructura de desmontaje», y los créditos dudosos se desviaron a empresas creadas para aglutinar los activos problemáticos, algo similar a lo que aquí

hemos denominado en plena crisis «bancos malos», creados con el objetivo de retirar de los buenos los productos infectados. De este modo, se saneó la banca china dos años antes de que estallara la crisis mundial y se revaluó la moneda patria, el yuan, lo que hacía perder cierta competitividad al país pero incrementaba de esta forma el valor de lo que sus ciudadanos habían ahorrado en ese tiempo. Seamos sinceros: la cultura occidental no estaba preparada para apretarse el cinturón en tiempos de bonanza, pero la oriental sí premia esos esfuerzos, y el tiempo les ha dado la razón.

Pero las medidas de China para hacer frente a la crisis mundial también incluyeron, cuando el mundo entero se encontraba hundido, un programa de salvamento auspiciado por el gobierno que tenía como objetivo fundamental hacer frente al descenso de las importaciones hacia Estados Unidos y Europa. Así, lejos de adoptar políticas de austeridad y control del déficit, el gobierno de Pekín decidió inyectar dinero a la economía real. En total se invirtieron 500 000 millones de euros en potenciar el consumo y el mercado laboral. Gracias a ello, y a la rebaja en los tipos de interés, el país logró superar la crisis en los primeros años potenciando el consumo interno y animando el crédito hacia los ciudadanos y las empresas chinas. Y aunque esto no quiere decir que se inyectara todo el dinero que se quisiera, lo cierto es que las medidas de contención y de limpieza del sector financiero que se habían tomado antes de la caída de Lehman Brothers ayudaron a que el crédito fluyera lo suficiente como para animar la economía y salvar los efectos de la crisis económica mundial.

La llegada de Barak Obama al gobierno de Estados Unidos a comienzos del año 2009 sirvió para que se prolongaran los acuerdos de cooperación entre los dos países. Sin embargo, no todo fue un camino de rosas. En la Casa Blanca se seguían de cerca algunas actitudes del gobierno chino que no acababan de agradar, pero en el otro lado las críticas hacia Estados Unidos fueron intensas y se acusó a la Casa Blanca de exportar su crisis al resto del mundo de forma intencionada. Y era verdad: si Estados Unidos repartía el golpe, los problemas para su economía serían menores que si asumía la totalidad del impacto de la crisis financiera. Pese a ello, China decidió apostar por ayudar a Estados Unidos y seguir comprando deuda norteamericana, no sin que antes tuvieran lugar algunos debates internos entre los dirigentes del Partido Comunista de China, pero finalmente se tomó la decisión de contribuir a que Estados Unidos y Europa no se vinieran abajo del todo. El compromiso de ayuda fue recibido en Washington con resignación: China tenía la sartén por el mango. Se acabó. Habían ganado.

En Washington hubo un auténtico debate interno. Desde China se señaló que la venta de armas a Taiwan podría complicar la compra de bonos de Estados Unidos porque los ciudadanos chinos no entenderían que se estuviera apoyando al gobierno norteamericano al tiempo que el gobierno norteamericano armaba a los enemigos de China.

El rescate de China a todo el mundo se escenificó el 9 de diciembre de 2011, cuando se anunció la creación de dos fondos específicos cuya principal labor iba a ser

la inversión en el extranjero de una cantidad de dinero sencillamente sobrecogedora: 225 000 millones de euros. Uno de esos fondos estaba dirigido a Europa mientras que el otro se centraría en Estados Unidos. El economista Ramón Tamames recuerda el efecto de esa decisión en su libro *España, un proyecto de país* (Ediciones Turpial, 2012): «El anuncio chino cayó mejor en los mercados de renta variable que en los de renta fija, por ser bien conocido el interés de China por invertir en infraestructuras y empresas occidentales, sobre todo al calor de las buenas oportunidades que brinda la crisis, con precios mucho más bajos. Además, algunos expertos chinos manifiestan que es el momento ideal para Pekín de negociar duro y asegurarse el acceso, el control o incluso la propiedad de marcas de renombre europeas, empresas y propiedad intelectual».

Un modelo equivocado... ¿Equivocado?

China presta a los países en crisis el dinero que necesitan para financiarse. Es una forma de convertir a esos países en rehenes y de asegurarse de que no existan medidas de presión contra las políticas del régimen por parte de quienes han sido rescatados por el gigante amarillo. Muchos comentaristas critican esta actitud de China, ya que se aprovecharía de que se trata de un país-empresa que se rige por normas que no son propias del capitalismo. Se trata de una demostración más de cómo la hipocresía occidental valora lo que es moral según sus propios criterios culturales. Aquí, intentar ser influyentes en otros países se ha limitado a favorecer la inversión de nuestras empresas en otros países, cuando no ha sido a través de conflictos bélicos que se han abierto con el único objetivo de acceder a los recursos naturales que poseían —el caso de Irak es el más paradigmático— y poner a sus empresas al frente de las oportunidades de negocio que se producirían en el país invadido tras la guerra. Por el contrario, China ha entrado como inversor en muchos países productores de petróleo y otras materias primas y energéticas en África y América del Sur. Allí, los yuanes han sido recibidos con los brazos abiertos por mandatarios y empresarios, porque aunque la inversión china les restaba autonomía, también es cierto que proporcionaba desarrollo y crecimiento. ¿Cuál de los dos modelos es el adecuado? Los analistas señalan que comprar deuda de los países en crisis es un negocio que tiene por objeto hacer frente a las necesidades energéticas que necesitará el país en cuanto el crecimiento interior sea lo suficientemente grande como para depender del petróleo y otras energías que lleguen desde fuera. Además, al comprar deuda, China logra que el dólar y el euro no se revaloricen respecto al yuan, lo que facilita las exportaciones de los productos que fabrican.

El profesor y economista Julián Pavón alcanzó gran impacto en la red a partir de unos vídeos en los cuales desvelaba las maniobras de China para conseguir lo que ha

conseguido. Posteriormente, dio forma de libro a sus teorías en la obra *China, ¿dragón o parásito?* (Plataforma Actual, 2012). Sus valoraciones sobre las políticas económicas de China son durísimas. Y son, no nos engañemos, las de muchos analistas de la situación económica mundial. «Relativismo moral, pragmatismo y absoluta falta de escrúpulos: así se va construyendo el nuevo imperio chino», dice Pavón. La postura de Pavón y de otros analistas es la verdadera demostración del triunfo del modelo asiático sobre el europeo y norteamericano. Los caminos para conseguirlo han sido distintos. Y vuelvo a preguntar: ¿Cuál de los dos modelos es el adecuado? En una de las largas conversaciones e intercambios de ideas que he mantenido con el periodista y amigo Miguel Pedrero —con quien cada pocos días charlamos a propósito de las cosas que ocurren en el mundo; y todavía ha de llegar el día que no me sorprenda con su visión lúcida de las cosas— me respondía a esta cuestión con una premonición lapidaria que, tiempo al tiempo, se cumplirá: «Cuando se vaya saliendo de la crisis, iremos descubriendo cómo China será el líder internacional porque se ha asegurado durante todo este tiempo su futuro. Entonces, al régimen ya no le importará abrir su sistema a los partidos políticos libres, pero la farsa será como aquí: dos partidos políticos predominantes que dirán lo mismo pese a parecer diferentes, pero habrá libertad de prensa, empresas privadas, emoción en los ciudadanos al poder sumarse a la vida consumista que tanto nos envidian...». Es decir: serán como nosotros, pero nosotros estaremos por debajo de ellos en cuanto a poder económico.

Aunque apenas es conocido, bancos y fondos de inversión como Carmignac Gestion o Rothschild, que gestionan fondos propios y de otros adinerados inversores, están trabajando en China de forma permanente y estudian periódicamente el ritmo de su economía para recomendar a sus clientes invertir o no en el país pese al frenazo en su crecimiento durante la crisis. En un artículo titulado «China corre menos, pero no se para», publicado en la revista *Inversión* (1 de junio de 2012) se explica cómo una delegación de Carmignac viajó al país en febrero de 2012 para estudiar sus inversiones, y llegó a la conclusión de que si bien el mercado inmobiliario se ha detenido, la apertura económica ha llegado hasta tal extremo que el 91 por ciento de las empresas chinas de un fondo propio que invierte en los países emergentes ya no son propiedad del Estado. «Los gestores descartan un aterrizaje forzoso de la economía china, aunque se espera un crecimiento más moderado. Lo cual, aseguran estos inversores, no tiene por qué ser negativo, ya que, entre otras cosas, puede suponer en torno a un cuatro o cinco por ciento por encima de la media mundial», señala Isabel Sánchez Burgos, la autora del citado reportaje.

Y hay algo más que señalar: la bolsa china se precipitó al vacío unos meses antes de que lo hicieran el resto de mercados mundiales. Las medidas para reorganizar el sistema financiero del país habían provocado la caída sin que se produjera un detonante como lo fue en Estados Unidos y Europa la caída de Lehman Brothers. Sin embargo, el hecho de que la bolsa china se mantuviera en niveles muy bajos durante

años ha provocado que, a tenor de la inseguridad en los países ricos, en China resulte óptimo empezar a invertir debido a que ahora los precios de las acciones y emisiones de las empresas del país son muy atractivos. Así las cosas, China se dedicó a crecer hacia fuera en los años previos a la crisis, y durante la misma ha puesto en práctica medidas para extender su dominio sobre los países en ruinas —ruinas que serían mayores de no ser por la intervención de Pekín— al tiempo que proyecta redirigir su crecimiento hacia el mercado interior.

Conclusión: China ha ganado.

Y Occidente no puede hacer nada por evitarlo, porque les debemos tanto dinero que somos rehenes de su paciencia. Y nuestras empresas los necesitan para poder soñar con la recuperación; para Pavón y otros economistas, las empresas occidentales que se están radicando en el país se han convertido en cómplices de las políticas de China. Pero ¿no es igual de criticable, por citar un ejemplo, que las empresas occidentales hayan desembarcado en Oriente Medio y Asia Central como consecuencia de las invasiones de Irak y Afganistán? ¿O que hubieran pretendido hacerlo en países latinoamericanos mediante el apoyo a los golpes de Estado que provocaron enfrentamientos civiles en esos países? En el fondo, estén marcadas o no, China ha actuado con el objetivo de conseguir lo que resultaba satisfactorio para sus propias cartas en el juego por el dominio mundial. ¿Si lo hacen ellos son unos perversos y si lo hacemos nosotros somos abanderados de la libertad? Deng Xiaoping, quien fuera el líder de China hasta 1992, el hombre considerado el creador de los nuevos mecanismos de crecimiento, lo dijo cuando el país asiático estaba empezando a sembrar las primeras piedras de su nuevo imperio: «Observa con calma, asegura tu posición, afronta los asuntos con tranquilidad, esconde tus capacidades y aguarda el momento oportuno, mantén el perfil bajo y nunca reivindiques el liderazgo».

Dicho y hecho.

LOS HOMBRES DE ORO

Entrad en la Bolsa de Londres. Allí, el judío, el musulmán y el cristiano tratan unos con otros como si fueran de la misma religión, y sólo dan el nombre de infieles a quienes caen en la bancarrota... Los que creen que el dinero lo vale todo son capaces de hacer cualquier cosa por dinero.

VOLTAIRE

Grecia no quería perder el tren de la riqueza. Y en aquel entonces el dinero se escribía con el símbolo del euro, pero las exigencias también se escribían en clave de déficit. Grecia no cumplía los requisitos. Había que recortar y se recortó, especialmente en gastos militares, pero hacían falta otras soluciones y no había nadie que pudiera darlas salvo un banco: Goldman Sachs. A sus gestores acudió el presidente del país, Konstantinos Caramanlis. Y ellos determinaron que la solución la pondría una destacada dirigente del banco llamada Antigona Loudiadis, apodada Addy, una de las pocas mujeres que han alcanzado puestos de relevancia en el más influyente de los bancos del mundo. Lo consiguió por ser lo más parecido a lo que los dirigentes del banco esperan de sus agentes: ambición sin medida y empatía sin compasión.

El objetivo era hacer lo que tantas veces se había hecho: camuflar las cuentas. En tiempos buenos no pasa nada por hacerlo, porque engañar en las cifras atrae a los inversores para especular con falso dinero. Mientras no haga falta convertir en real ese dinero no pasará nada. Además, la deuda griega era compleja. Sus bonos del Tesoro no proporcionaban liquidez, pero si eso es malo en tiempos malos, en tiempos buenos es bueno. Gracias a ello, Addy pudo disimular el índice de déficit del país, que pudo estar en el pistoletazo de partida del euro el 1 de enero de 2002. Según cuenta el periodista francés Marc Roche en su obra *El banco* (Deusto, 2011), para hacerlo, la socia gerente de la entidad «echará mano de un recurso por entonces de nombre casi desconocido: el sistema de cobertura de riesgo llamado *credit default swap*, los CDS. Tan sencillo como coser y cantar». Y lo logró. Así lo explica Roche: «Este mecanismo permite protegerse de los efectos del cambio transformando en euros la deuda inicialmente emitida en dólares. El tipo de cambio emitido es muy favorable a Goldman Sachs. Por añadidura, la cuantía cubierta por los CDS supera la de la deuda pública griega. Al modificar los vencimientos de reembolso de su deuda, Grecia se compromete a pagar al banco grandes sumas hasta 2019, y ello en condiciones más onerosas que agravan todavía más sus dificultades financieras. Para nuestra banquera, estas condiciones de usura no tienen nada de ofensivo. Goldman no es la madre Teresa de Calcuta. El cliente, implorante, no está en posición de resistirse. Addy coge la oportunidad al vuelo. Ni más ni menos».

Una tragedia griega

Por aquel entonces, al frente del banco se encuentra Henry Paulson, el hombre que ocupaba el cargo de secretario del Tesoro en Estados Unidos cuando se produjo la caída de Lehman Brothers y la posterior caída del mundo entero. Se trataba del hombre que ayudó a Goldman Sachs a obtener beneficios de la crisis, y el hombre sobre quien han recaído las sospechas de que todo esto que está ocurriendo lo montaron los hombres de Goldman Sachs.

A partir de 2004, la Unión Europea empieza a descubrir que las cosas que ha hecho Grecia pueden ser peligrosas, especialmente bajo los criterios de ahorro de gasto público y austeridad que tanto pregonan en instancias oficiales debido a las influencias de las ideas liberales que están infiltradas en la llamada eurozona. La situación se sostuvo hasta que la crisis de las *subprime* se hizo grave y acabó por desencadenar la ruptura del capitalismo en septiembre de 2008. Aquello provocó que se tuviera que emitir más deuda pública debido a que los gastos públicos se incrementaron. Antes de que estallara la crisis norteamericana, en 2008, era del 110 por ciento del PIB, pero en 2009 se incrementó de forma sustancial hasta el 127 por ciento y el 2010 se disparó hasta el 142 por ciento. Así que, por tanto, esa cifra era alta pero asumible, pero tras las setenta y dos horas en las que se vino abajo el sistema norteamericano se convirtió en inasumible. Las primeras medidas de contención de gasto acabaron por provocar el cambio de gobierno, que se produjo el 4 de octubre de 2009, cuando tras muchos años de gobierno conservador se alzó con el poder el partido socialista, el PASOK, mientras que al frente del país se puso Yorgos Papandreu, que descubrió que el déficit real era de un 12,7 por ciento, mientras que el gobierno anterior sólo había reconocido un 3,7 por ciento, cifra que se había conseguido, tal y como he señalado, gracias a que Goldman Sachs había maquillado los números.

A partir de ese momento, el fin del mundo llegó para Grecia, que se convirtió en el laboratorio para las nuevas corrientes ideológicas y económicas, destinadas a hundir libertades y derechos adquiridos a cambio de mantener el poder de las grandes finanzas. Mientras todo el proceso de ocultación de datos existía, Goldman Sachs había colocado a su hombre en el poder. Si existen las casualidades o no es difícil asegurarlo. Tiendo a pensar que no. Es llamativo que durante el tiempo en el que se produjo la maniobra del banco norteamericano, Lucas Papadimos fuera el gobernador del Banco Central de Grecia, cargo que ocupó hasta 2002. Él fue el responsable de contratar a Goldman Sachs. Después, hasta 2010, fue vicepresidente del Banco Central Europeo. Y entonces apoyó las medidas de contención a las que se vio forzada Grecia tras descubrirse lo que sus empleados habían hecho. Posteriormente, el presidente Papandreu decidió llamarlo para asesorar al gobierno heleno. Se estaba empezando a premiar a uno de los responsables de lo que había ocurrido.

La triple A pone nota: triple B

Durante los primeros meses del gobierno de Papandreu, las agencias de calificación empezaron a rebajar la nota de Grecia. Apenas dos meses después de tomar posesión de su cargo, la agencia Fitch rebajó de A- a BBB+ la calificación de la deuda del país. Apenas unos días después, Standard & Poor's hizo lo mismo. Aquella

degradación suponía bajar de un sobresaliente bajo a un notable alto. Puede parecer poco, pero en aquellas fechas perder la A era todavía una cuestión que afectaba a pocos. Aquello supuso una caída en picado de los valores bursátiles y el comienzo de una carrera hacia el abismo. En esas mismas fechas, Goldman Sachs llevó al país a varios de sus hombres para seguir asesorando al gobierno. El poder estaba en manos de otro partido político, pero el banco parecía seguir gozando de impunidad. Entre los hombres que desembarcaron en Atenas se encontraba uno de los principales clientes del banco, un hombre llamado John Paulson, que meses después acapararía atención mundial —pasajera, eso sí— al desvelarse que había efectuado múltiples acciones fraudulentas gracias al fondo de riesgo que controlaba: Abacus.

Entre las medidas que se tomaron estaba la de vender deuda a inversores chinos cuyos miles de millones de dólares eran gestionados por el banco. «La crisis griega resultó, en definitiva, un maná para los gnomos neoyorkinos. El banco se embolsó comisiones millonarias por la ayuda aportada al gobierno griego a la vez que especulaba de manera destacada con las dificultades del país y contra el euro: una victoria en todos los frentes», concluye Marc Roche.

Entretanto, el gobierno de Grecia se vio obligado a pedir en abril de 2010 un rescate por valor de 110 000 millones de euros, aparentemente necesarios para salir de la crisis. Finalmente, en noviembre de 2011 se produjo la dimisión de Papandreu, y los principales partidos de la oposición, Nueva Democracia y LAOS, conservadores y ultraderecha respectivamente, eligieron primer ministro a Lucas Papadimos. Mientras tanto, al frente del Banco Central Europeo los políticos europeos colocaron a Mario Draghi, que venía de ser vicepresidente en Europa de Goldman Sachs mientras se producía el maquillaje de los datos griegos. Nuevamente se había premiado a los «malos»; es más, gracias a las gestiones de Papadimos se dio dinero —retenido posteriormente, debido a que Atenas no había podido cumplir con las exigencias de pagos y los inversores tuvieron que condonar parte de las devoluciones— a Grecia de uno de los tramos que formaba parte de ese primer rescate, al que le siguió otro en marzo de 2012.

Rescate = secuestro

El rescate a Grecia fue el primero de los que se concedió a un gobierno europeo. A partir de entonces se comenzó a hablar de la troika, un término que se usó en el pasado para denominar a las alianzas políticas en la Unión Soviética y que desde entonces se ha empleado como parte del lenguaje periodístico habitual para denominar a la comisión formada por los representantes de la Unión Europea a través de la Comisión Europea, el Banco Central Europeo y el Fondo Monetario Internacional. Este trío de poderes fácticos es el encargado de supervisar a los países

que se ven en la obligación de pedir un rescate, lo que implica someterse a las normas y vigilancia de quienes lo conceden. Si no se hace lo que ellos dicen, el país beneficiario —y eso que el rescate no es más que un crédito que surge de un fondo europeo creado por todos los países que integran la unión, que aportan una cantidad de dinero a dicho fondo— puede perder ese dinero y no renovarse los diferentes tramos de la ayuda. La troika señala que la solicitud del rescate implica una pérdida de soberanía, es decir, que los gobernantes electos por los ciudadanos de un país tendrán que rendir cuentas ante ellos, pese a que los miembros de estos tres organismos no han sido elegidos mediante sufragio alguno, sino que lo han sido por nombramiento.

No son pocos los analistas que han calificado los rescates como secuestros, debido a las exigencias de la troika, que son vigiladas por los llamados «hombres de negro», que es como se denomina a los emisarios que viajan a los países rescatados para saber si se cumplen sus exigencias: reducción de déficit, recortes presupuestarios, reducción de sueldo de funcionarios, privatización de empresas públicas...

Para Grecia, las medidas impuestas por los secuestradores sólo fueron la antesala de un descontento social provocado por el incremento del desempleo y la pérdida de poder adquisitivo. La troika opina que esos sacrificios son la puerta que a largo plazo conducirán a la recuperación. Y pese a que el gobierno griego tomó medidas muy drásticas contra su propio pueblo, la troika continuó pidiendo más y más recortes. Era algo así como el precio a pagar y a la vez como una advertencia al resto de países que quisieran abandonar la senda de las pautas que marcaban: «El panorama que ofrece Grecia y el trato que se le está dispensando tienen por objeto impresionar y asustar a todos los países débiles de la Unión Europea», escribe en el periódico *Público* (17 de febrero de 2012) Miren Etxezarreta, catedrática emérita de Economía Aplicada de la Universidad Autónoma de Barcelona. Una idea similar expuso el premio Nobel de Economía Paul Krugman, que alertó desde el comienzo del grave deterioro social que suponen las políticas de austeridad y los recortes: «Hay que preguntarse cómo pueden unos países que están negando un futuro sistemáticamente a su población lograr un crecimiento suficiente para pagar su deuda», escribió en el *The New York Times*.

Pese a que sus recetas era muy duras, cuando Papadimos llegó al poder en Grecia más de un 70 por ciento de la población se mostró confiada en que podía sacar al país de la grave crisis económica. La troika lo apoyaba. Tal nivel de aceptación de su cargo se debía a que su exposición de los hechos servía para indicar que ése era el camino de la recuperación. Para los griegos, daba igual que Papadimos no hubiera sido elegido por el pueblo, sino que era el candidato de la troika y de los grandes bancos para formar parte de un gobierno de transición al que llamaron «tecnócrata», una expresión que hunde sus raíces en la filosofía clásica y en concreto en la propuesta de gobierno aristotélica.

Tecnocracia = dictadura camuflada

Dicha forma de gobierno fue esbozada por algunos pensadores desde el siglo XIX y cobró fuerza en Estados Unidos; después fue apoyada por los movimientos neoliberales que consideraban que si hay problemas económicos en un país, ¿quién mejor que un especialista en asuntos económicos para sanear las cuentas del país? Por esas mismas fechas, también en Italia se constituyó un gobierno tecnócrata de la mano de un hombre llamado Mario Monti, que era hasta entonces un asesor de lujo de ¡Goldman Sachs! También Monti tenía el apoyo masivo de la población cuando tomó el poder, e incluso cuando anunció las primeras medidas para sacar al país de la crisis a base de recortes, privatizaciones y reducciones de salarios.

Es lo que provoca el miedo: agarrarse a un clavo ardiendo. Y meter miedo con un futuro aún más negro, mediante mensajes apocalípticos y negras previsiones de futuro, fue la tónica habitual de los miembros de la troika desde el inicio de la crisis. Pronto, todos los países europeos pusieron más y más deuda en el mercado, deuda que compraban los bancos y fondos de inversión, a los que esos gobiernos tenían que devolver el dinero con unos intereses más que elevados debido a las reducciones de las calificaciones de las agencias de *rating* que ellos mismos controlaban. Así las cosas, tanto Papadimos como Monti pasaron en poco tiempo a ser villanos y tener a su población enervada y en contra.

En Grecia quedó de manifiesto la pérdida de valores democráticos que significa poner el futuro al servicio de la situación económica. Cuando todavía era primer ministro, Yorgos Papandreu, a tenor de la situación que vivía el país, decidió anunciar la posibilidad de convocar un referéndum para que la población decidiera si seguir sometidos a las normas que se imponían desde instancias europeas como condiciones para seguir recibiendo el rescate. Era el mes de noviembre de 2011 y Grecia esperaba un tramo de ese rescate que constaba de 8000 millones de euros, que estaba retenido a expensas de que el gobierno griego hiciera sus deberes. A las pocas horas de efectuar su anuncio, los mandatarios europeos se echaron encima de Papandreu por sugerir la posibilidad de consultar a la población. En Bruselas alguien dijo que «no parece razonable dar esos 8000 millones de euros si después la población rechaza nuestras peticiones sobre Grecia». En las arcas del país sólo quedaba dinero para aguantar un mes más, pese a que acaba de aprobarse una quita —otro de esos términos que se han hecho de uso común durante la crisis— del 50 por ciento de los intereses que se debían a los bancos que habían comprado los bonos asociados al rescate. Pese a ello, los bancos que tenían esos bonos acabarían cobrando mucho más dinero del que habían prestado.

El referéndum^[15] nunca se produjo y la presión contra Papandreu fue en aumento. Su propuesta fue un certificado de defunción que se concretó poco después durante la moción de confianza a la que se sometió por parte de los parlamentarios del país, que rechazaron su trabajo de forma unánime. A raíz de su propuesta, el diario económico

The Wall Street Journal calificó a Papandreu como «el hombre más odiado de Europa», pese a que este periódico, seguido por las élites financieras, consideraba que su propuesta era legítima y defendible. Pese a ello, el referéndum jamás se llevó a cabo, y Papandreu acabó siendo destituido y los principales cargos políticos fueron ocupados por un gobierno tecnocrático, al frente del cual fue colocado el anteriormente citado Lucas Papadimos. Cuando su nombre empezó a sonar como sustituto de Papandreu, las bolsas europeas subieron espectacularmente; sin embargo, cuando se anunció el referéndum, había ocurrido lo contrario, y los mercados financieros se tambalearon ante el miedo que generó la propuesta. Era la demostración empírica de que Grecia estaba secuestrada por Europa —especialmente por la Comisión Europea y por los entonces líderes políticos de los dos países más poderosos, los primeros ministros de Francia y Alemania, Nicolas Sarkozy y Angela Merkel, respectivamente— y que el mundo de la economía viajaba en un tren diferente a la democracia.

El acceso al poder del gobierno tecnocrático fue posible gracias al apoyo del segundo partido político del país, Nueva Democracia, y de LAOS (Concentración Popular Ortodoxa), una coalición de corte fascista y ultraderechista, con claras similitudes con el nazismo. Sólo un 7 por ciento de la población criticó la presencia en el nuevo gobierno de una organización de estas características, que sólo había alcanzado el poder entre 1967 y 1974, cuando se produjo un golpe de Estado que dio origen a la llamada Dictadura de los Coroneles, durante la cual el Consejo de Europa expulsó de sus órganos a Grecia y la entonces llamada Comunidad Económica Europea paralizó los acuerdos que estaban destinados a integrar al país en la Unión Europea. No dejaba de ser paradójico que, en esta nueva ocasión, LAOS, que en los últimos diez años había recibido un apoyo en las diferentes elecciones que osciló entre el 2 y el 7 por ciento de los votos, y que se trata de una organización política que detesta la democracia, fuera recibida con aplausos y alivio en el seno de la misma organización...

El gobierno secreto

En cuanto Papadimos accedió al poder, los 8000 millones de euros de la Unión Europea quedaron desbloqueados y llegaron a las arcas del Estado. Poco después comenzó a negociarse el segundo rescate, puesto que con el primero no era posible sacar adelante al país en medio de los recortes y además pagar los intereses de esas ayudas. Las nuevas medidas impuestas por Bruselas fueron apoyadas por el PASOK, Nueva Democracia y LAOS, pese a que en las calles de Atenas se produjo un conato de rebelión pública que alcanzó límites poco conocidos. Hubo purgas en todos los partidos que afectaron —de hecho, fueron expulsados del Parlamento— incluso a la

formación del dimitido Papandreu, que expulsó a sus compañeros de filas que se oponían al segundo rescate pocos meses después de que su presunta vocación democrática —¿acaso su propuesta de referéndum, a sabiendas de lo que iba a ocurrir, fue una forma digna de buscar una «expulsión» digna del poder?— le hiciera plantearse la consulta popular para seguir los dictados de la Unión Europea.

El gobierno tecnocrático llegó a su fin el 16 de mayo de 2012. Papadimos dimitió cuando LAOS dejó de apoyar a Nueva Democracia y PASOK y su posición en el Parlamento quedó en entredicho. Sin embargo, en Italia aún se mantenía en el cargo Mario Monti, otro primer ministro elegido de forma interna en lo que también se ha calificado como gobierno tecnocrático. En ambos casos, ninguno de los presidentes había salido de las urnas, pero la población los apoyó sin fisuras desde el primer instante. En el caso de Italia, el apoyo popular se debía también a que una serie de escándalos sexuales y empresariales habían dejado al descubierto las oscuras maquinaciones del primer ministro Silvio Berlusconi, que se vio obligado a dimitir al conocerse los casos de corrupción en los que estaba envuelto. Además, la crisis económica en el país transalpino también estaba empezando a hacer mella.

Ambos tecnócratas venían del mundo financiero. Y ambos estaban de una manera u otra ligados a Goldman Sachs y a la ocultación del déficit en Grecia. Pero además también existían una serie de conexiones menos conocidas entre ambos, ya que pertenecían a la cúpula directiva de una organización casi secreta que reunía a los hombres más poderosos del mundo, la llamada Trilateral. Papadimos es miembro del grupo desde 1998, y Monti llegó a ser durante un tiempo director en Europa de este colectivo de millonarios y poderosos que se reúnen cuatro veces al año para intercambiar ideas y planteamientos ideológicos, grupo en el cual el empresario irlandés y director de Goldman Sachs en Europa fue su sustituto. Tras él, ocupó su puesto Jean-Claude Trichet, el director del Banco Central Europeo antes de que Mario Draghi, que también fue director de Goldman Sachs en Europa, ocupara su cargo.

Como se puede comprobar, uno puede casi enfermar —de irritación o de paranoia— al ver cómo unos y otros salen y entran en cargos de responsabilidad en instituciones privadas y públicas, o en grupos como la Trilateral o el famoso Club Bilderberg, calificado por algunos como el «gobierno a la sombra» del mundo, puesto que sus miembros se reúnen una vez al año con tanto secreto como pomposidad en un hotel de lujo en algún lugar recóndito del planeta.

Ambos grupos fueron fundados por uno de los hombres más ricos del mundo, David Rockefeller. Ya es casi centenario, pero eso no le impide asistir a las reuniones de los *lobbys* que creó al tiempo que sus empresas y fondos se entremezclaban entre los grandes bancos del planeta. Posiblemente, su clan familiar sea el más poderoso que haya existido en los dos últimos siglos. Uno de sus bancos, el Manhattan Chase, se fusionó con JP Morgan, uno de los dos bancos de inversión —casualmente, junto a Goldman Sachs, que tras las setenta y dos horas que originaron la crisis, se

reconvirtieron en bancos comerciales con el permiso de la Casa Blanca, en virtud de lo cual pudieron hacer caja gracias a las ayudas oficiales— más poderosos que existen tras la desaparición de varios de ellos en la crisis y que recibió apoyo del gobierno para hacerse con Bearn Stearns, el primero de los grandes que cayó. Puede pensarse que estos bancos son enemigos y que ambos luchan por ser líderes en el mismo sector. Y quizá sea así, pero tampoco dejan de ser, en conjunto, una hidra de mil cabezas que va de la mano a muchos lugares, entre ellos a las reuniones de la Trilateral.

La Trilateral nació a la sombra de la crisis del petróleo de 1973 y de la decisión del presidente de Estados Unidos, Richard Nixon, que acabó con el patrón oro que seguía vigente pese a que ya no significaba lo mismo que antaño. En aquellos momentos, Rockefeller sintió que el liberalismo estaba en grave peligro y su organización intentó aglutinar los intereses de las grandes fortunas de —y de ahí su nombre—, Estados Unidos, Europa y Japón. «Ha llegado el momento de romper el asedio al que están sometidas las empresas multinacionales para movilizar la economía mundial», dijo en ese momento. Podría haber dicho que era el momento de acabar con la democracia, porque eso es lo que realmente estaba declarando.

Así, uniendo a grandes fortunas y a cargos políticos relevantes, intentó crear una forma de establecer pactos previos a los acuerdos políticos y convertirse en una especie de grupo de presión para fomentar su idea de globalización. «Sus objetivos consistían en construir un mundo seguro a partir de la independencia mutua, controlar la injerencia de los gobiernos en los intercambios de bienes, construir una progresiva, generalizada y automática reducción y la eliminación de los aranceles sobre los productos industriales», escribe el profesor Santiago Ramentol en el libro *Teorías del desconcierto* (Urano, 2004). Y a tenor de lo ocurrido después, no puede sino certificarse que esas metas se cumplieron.

Es mítica una de las frases que pronunció David Rockefeller cuando fundó el grupo: «Mi objetivo es sustituir la soberanía de los pueblos por una élite de técnicos y financieros que gobiernen en la sombra». No dejaba de ser una declaración de intenciones sobre el objetivo de conseguir que la democracia pasara a un segundo plano frente a los intereses del mundo económico. La crisis ha servido para poner en práctica este «ideal». Para lograrlo, puso al frente del grupo, en lo ideológico, a un hombre de origen polaco llamado Zbigniew Brzezinski, que llegó a ser un miembro destacado del gobierno de Estados Unidos, nada menos que consejero de Seguridad Nacional, cuando se tramaron las medidas para contener a los rusos en Asia Central. Para conseguirlo, no dudó en utilizar su puesto con el objetivo de ayudar a los rebeldes afganos mediante el apoyo financiero y armamentístico de Osama Bin Laden y sus redes terroristas. También, en aquella época, este político dijo, a propósito de la Trilateral, que «se está diseñando una sociedad cada vez más controlada, dominada por una élite de personas que no dudarán en llevar a cabo sus planes mediante técnicas depuradas». Finalmente, plasmó su ideología en la obra *La era tecnocrática*,

en la que plantea un futuro dominado por una tecnología dirigida que creará conceptos e ideas, que redibujará la cultura y la ciencia, y en el que es necesario y vital que existan gobiernos tecnocráticos que faciliten el advenimiento de ese tiempo. No deja de ser curioso —y aún menos casual, a tenor de las pruebas— que de su grupo de ideas surgieran los primeros gobiernos tecnocráticos de Europa, formados por gente del mundo de las finanzas y que han encontrado la posibilidad de no ser rechazados —y es que sólo el estado de desesperación provocado por la crisis ha hecho olvidar que esos gobiernos alcanzaron el poder al margen de los mecanismos de la democracia, pero con el apoyo de la Unión Europea— en unos tiempos como los actuales, facilitando una serie de medidas encaminadas a salir de la crisis pero potenciando unas ideas de corte liberal que ya estaban en los estatutos de grupos como la Trilateral o en las lecciones «magistrales» de pensadores como los surgidos al amparo de los mencionados *Chicago boys*.

Los gobiernos tecnocráticos de Grecia e Italia pueden considerarse un triunfo de las ideas que consideran necesario que sean los especialistas quienes gobiernen. El primero en proponer esta idea fue el conde de Saint-Simon en 1814. Francia, por aquella época, asistía al nacimiento de una nueva era en la que la industria se fortalecía gracias a los avances científicos. Él propone que el gobierno sea dirigido por reconocidos industriales y técnicos que sustituyan a los políticos. Dicha idea ya fue en cierto modo propuesta por Platón, cuando habla del gobierno de los filósofos, ya que consideraba que entre ellos se encontraban los hombres más inteligentes y racionales. Sin embargo, y aunque el propio Platón expresó su posterior decepción, fue otro pensador griego, Aristóteles, el que definió a la perfección cómo la aristocracia —el gobierno de unos pocos elegidos— se puede convertir en oligarquía y, por lo tanto, en una degradación de ese tipo de poder político. Lo ocurrido en los últimos años demuestra cómo esa tecnocracia —y valga recordar que en ambos casos fue impuesta sin el apoyo del voto popular, pese a que en principio fue aceptada por la población— esconde una forma de oligarquía, debido a cómo esos gobernantes son en realidad representantes de los intereses económicos y financieros.

«¡O votáis esto o... tendréis el fin del mundo!»

Las elecciones del 6 de mayo de 2012 en Grecia ahondaron en la pérdida de valores democráticos, aunque no en sí mismo por su resultado sino por lo que ocurrió después. Los comicios arrojaron una dispersión de voto que hizo imposible que ninguna de las fuerzas políticas que se presentaron pudiera formar gobierno. El partido más votado fue Nueva Democracia, que obtuvo el 18,9 por ciento de los sufragios, mientras que el partido de izquierda radical Syriza se convirtió en la segunda fuerza política al conseguir el apoyo del 16,8 por ciento de la población y el

PASOK, que apenas unos años antes era el partido más importante, se quedó en el 13,2 por ciento de los votos. Esto quiere decir que entre los dos partidos que habían gobernado el país durante la crisis apenas se consiguieron tres de cada diez votos mientras que, entre los tres más votados, apenas se alcanzaba la mitad de los sufragios, teniendo en cuenta que pese a ser obligatorio el voto, sólo introdujeron su papeleta en las urnas un 65 por ciento de los habitantes del país. Además, escisiones críticas del PASOK y Nueva Democracia también superaron el 5 por ciento de los votos, lo que daba una idea de cómo dentro de los mismos grandes partidos existían visiones críticas que tenían que ver con la gestión sumisa a las órdenes europeas.

Fue necesario convocar de nuevo elecciones. Se hicieron determinadas modificaciones, como el hecho de otorgar cincuenta escaños más a quien ganara la nueva convocatoria aunque fuera por un solo voto. Con ello se pretendía facilitar la formación de gobierno si se producía una nueva dispersión del voto tan enorme como en mayo. Fueron dos meses intensos, porque a nadie escapaba que la población griega había dado su espalda a los dos grandes partidos, que habían asumido en los años anteriores los rescates de la Unión Europea y los recortes que habían empobrecido a la población. El rechazo a la Europa unida —o más bien a una forma de entender dicha unión— fue capitalizado por Syriza, cuya denominación como «radical» no fue entendida con el significado real de la palabra —que proviene de raíz, y que tiene que ver con lo fundamental y auténtico— y se identificó como peligroso e incluso como poco democrático. Además, en las elecciones de mayo un grupo nazi denominado Amanecer Dorado logró un 7 por ciento de los votos, lo que fue celebrado por el propio partido con una exhibición de poder y gestos hitlerianos dignos de reprobación.

El éxito de ambos partidos fue instrumentalizado por los líderes políticos de la Unión Europea como un todo, sin hacer referencia a las sustanciales diferencias entre Syriza y Amanecer Dorado. Los primeros eran demócratas y los segundos no. Pero de eso se olvidaron. Un nuevo triunfo de ambos partidos fue considerado en Grecia y fuera de Grecia como un peligro para el euro y para la unión monetaria. Desde los sectores políticos y medios de comunicación en Europa se hizo especial énfasis en ambos partidos y en cómo los mercados y las principales corporaciones económicas esperaban con temor —y firmeza— los posibles resultados de las elecciones del 17 de junio. Se transmitió la idea de que si triunfaba una corriente política contraria a la Unión Europea sería algo parecido al fin del mundo para Grecia.

Las encuestas previas que se efectuaron reforzaron la sensación de miedo. Las que se dieron a conocer el último día que se autorizaba a hacerlo otorgaban la victoria en la segunda ronda electoral a Syriza, con una horquilla de votos que rondaba entre el 21 y el 28 por ciento. Mientras que en segundo lugar quedaría Nueva Democracia con una horquilla entre el 20 y el 24 por ciento. El PASOK seguía en tercer lugar con un respaldo de entre el 14 y el 15 por ciento. Pero las urnas acabaron por demostrar que el miedo triunfó y que la escenificación de lo que sería un fin del mundo para

Grecia logró su objetivo. Ganó Nueva Democracia con un 29,6 por ciento de los votos, mientras que Syriza se quedó en el 26,9 por ciento y el PASOK se ancló en la tercera posición con un 12,8 por ciento. Así las cosas, el miedo acabó provocando que la sociedad griega decidiera en última instancia apoyar a los gobernantes que habían aprobado y defendido los recortes que los estaban empobreciendo. Mientras, Amanecer Dorado conseguía de nuevo el 6,9 por ciento de los votos. Es decir, los nazis apenas habían perdido apoyo. Sin embargo, ya nadie en Europa se acordaba de que un partido de corte similar, LAOS, casi desintegrado, era el que había formado parte del gobierno en los últimos meses tras la dimisión de Papandreu. Así las cosas, la ultraderecha logró un total del 9 por ciento de los votos tras la crisis cuando antes tenía un 7 por ciento. Apenas había avanzado. Y es que los mensajes aleccionadores a la población griega no estaban dirigidos contra ellos sino contra Syriza. Era a ellos, contrarios al funcionamiento del sistema financiero, que decididamente apostaban por regular la actividad bancaria, a los que se tenía miedo.

Tras las elecciones, Nueva Democracia se alió con el PASOK para formar gobierno. Es decir: los mismos que antes. En Europa, los líderes políticos y financieros celebraron el resultado y consideraron que la población griega había actuado con criterio y sentido común. Los mensajes de miedo habían triunfado. Como casi siempre, porque el miedo se ha convertido en una herramienta que permite que la sociedad entregue un cheque en blanco al poder para que los de arriba nos salven del peligro. La investigadora norteamericana Joanna Burke teorizó sobre la creación de falsos escenarios. A través de mensajes breves pero amenazantes, se consigue que la sociedad entienda que se puede perder libertad a cambio de ganar seguridad. Cuando en 2007 se desencadenó el miedo por la gripe aviar, una de las responsables de la Organización Mundial de la Salud dijo que «la humanidad está viviendo frente a una amenaza terrible que puede provocar un apocalipsis». Cuando el número de víctimas alcanzó el centenar, estos mensajes seguían repitiéndose, y los gobiernos destinaron miles de millones de euros a comprar vacunas y a gestionar la presunta crisis mediante campañas de concienciación. Mientras, en ese mismo período de tiempo fallecieron como consecuencia de la gripe común un total de veinte mil personas en todo el mundo.

En Grecia ocurrió algo parecido, sólo que en esta ocasión lo que se presentaba insoluble era el futuro laboral de millones de personas. Si votaban lo que querían votar o parecía que iban a votar, acabarían en el infierno. Y los votantes eligieron el cielo, pese a que el cielo era seguir sometidos a recortes y a generar deuda que luego era motivo de riqueza y especulación para los más ricos. De hecho, tras las elecciones «definitivas», el gobierno presidido por Andonis Samarás eligió como ministro de Finanzas a Yannis Stournaras, que había sido asesor del gobierno tecnocrático anterior y que en sí mismo es un tecnócrata, puesto que no se trataba de un político electo, sino de alguien llamado por el nuevo presidente para dirigir los asuntos económicos. Su biografía ofrecía las claves para entender su nombramiento: fue

asesor del gobierno de Grecia para encontrar la convergencia con Europa a finales del siglo xx, cuando formaba parte del departamento de Economía de la Universidad de Atenas, en donde trabajó codo con codo con Lucas Papadimos, que también lo llamó a su lado para caminar junto a él. Se trataba de un defensor de las políticas de recortes que habían provocado la desgracia en la población griega. Las nuevas elecciones —y los mensajes amenazantes dirigidos a la población— le volvieron a dar el poder de controlar las finanzas pese a haber contribuido a la ruina del país. «Mejor malo conocido que bueno por conocer», dice el popular dicho al que parecen haberse agarrado los tecnócratas...

VENCEDORES

Junto a las medidas que se despachan pública y abiertamente, otras deben difundirse con sordina y con discreción. Son las mentiras de comprobación: las mentiras que se dejan caer para sondear la credibilidad de los presentes. Quien se la trague podrá digerir fácilmente todo lo demás.

JONATHAN SWIFT

El arte de la mentira política.

En todo este tiempo, he leído de forma permanente las recomendaciones de los analistas que sugieren a los inversores a qué dedicar su dinero. Y en qué invertirlo. Hacerlo en deuda soberana de los países que la emiten se ha convertido en uno de los valores idóneos para depositar el dinero, pese a que las notas que ofrecen las agencias de calificación es cada vez menor, pero al serlo, los intereses aumentan y los inversores ganan más. Ésa es la razón de por qué, en el momento de escribir estas líneas, la crisis ha provocado que la nota que dan las agencias de la Triple A a España es la misma que ofrecen para Namibia, pese a que el PIB de este país africano es cien veces menor y la inseguridad real de la situación es incomparable con la española.

Buitres

Esta situación ha llevado a que los llamados «fondos buitre» hayan encontrado en la emisión de deuda, es decir, en el dinero de todos, una excelente forma para lucrarse. Son especialistas en comprar deuda de países en los cuales conviven una crisis profunda y riesgo de quiebra. Pese a todo, los gobiernos son los mejores pagadores, porque, entre otras cosas, estos fondos están controlados por personajes que se encuentran bien situados en los diferentes poderes fácticos, a los que se necesita para llegar a la cúspide del poder. A estos fondos, también llamados *vulture funds*, no les importa que ese dinero que han comprado no pueda devolverse. Lo descubrieron cuando en los años noventa se produjeron varios impagos en países de América, porque entre sus gestores están asesores legales de primer orden que consiguen que las reclamaciones judiciales que presentan por impago se resuelvan a favor de ellos multiplicando varias veces el precio inicial que pagaron.

Uno de los casos más sangrantes ocurridos con Grecia fue protagonizado por Dart Managament, un fondo creado por un hombre llamado Ken Dart, que radicó su empresa en uno de esos paraísos fiscales contra los cuales dicen luchar los reguladores y adonde fueron a parar los 436 millones de euros que recibió del gobierno de Grecia cuando se negó a asumir una reducción en sus intereses. «Compran saldo cuando nadie más quiere, cuando el riesgo es máximo, y luego presionan, amenazan o pleitean hasta conseguir compensaciones multimillonarias», pudo leerse en una noticia publicada el 20 de mayo de 2012 en el periódico español *El Economista*, en cuyas páginas recordaron que en su momento logró embolsarse 600 millones del gobierno de Brasil o 400 millones del gobierno de Perú^[16] cuando no pudieron hacer frente a los bonos que compraron. También en Argentina ha tenido problemas, o más bien es Argentina la que ha tenido problemas con él.

Según este periódico, cuatro fondos buitre podrían haber invertido hasta 6000 millones de euros de deuda griega. Y cobrarán por ello, antes o después, vía directa o vía tribunales, una cifra cuatro o cinco veces superior a la que invirtieron, porque en

numerosas ocasiones estos fondos pagan un precio por la deuda que compran mucho menor del real, ya que esa inyección de dinero es necesaria para que el país siga funcionando y, por tanto, se «regala». Junto a los controlados por Dart, también estarían involucrados en este tipo de maniobras los fondos Donegal^[17], FG Capital Management^[18] y Elliott Management^[19].

En el año 2010, el Reino Unido aprobó una ley según la cual no podía denunciarse a un país al que se había comprado deuda. Sin embargo, al igual que los paraísos fiscales —y en no pocas ocasiones son los mismos— existen paraísos legales para estos fondos buitres, como puede ser el caso de la isla de Jersey, un país situado en el canal de la Mancha, dependiente del Reino Unido pero independiente en cuestiones fiscales y legales, en donde se permite a los fondos buitres seguir consiguiendo sus objetivos. Una vez más, las soluciones reguladoras tuvieron más bien un efecto de titular en prensa que un efecto real. Y es que realmente, las medidas para parar los pies a este tipo de prácticas tienen un objetivo más propio de la psicología social, disciplina en la que se ha estudiado cómo determinadas acciones cumplen un papel de convencimiento sobre la opinión pública, que real. Y entre esa realidad está el hecho de que este tipo de maniobras —por desgracia, legales— no son tan distintas a las que han efectuado otros fondos considerados morales y correctos según las normas... no escritas.

Los datos en el caso de España son muy relevantes. Las dificultades, los recortes y las bajadas de calificación han tenido como efecto —aunque resulte contradictorio— un incremento de las inversiones en deuda pública. ¿A qué se debe esto? «Comprar títulos de deuda pública española ¿es una oportunidad o un riesgo? No hay experto que no reconozca que las rentabilidades son tentadoras; en muchos casos, por encima de lo que dan depósitos varios a medio plazo. Pese a las presiones exteriores, pese a la situación de nuestra economía y finanzas, el país ha iniciado las reformas necesarias y cuenta con liquidez para afrontar los pagos», escribe la periodista Piedad Oregui en «La tentación de la deuda pública» (*El País*, 22 de abril de 2012). Los datos son los datos: durante la crisis, la demanda de deuda española ha duplicado y triplicado la oferta. Incluso en países con mayores problemas, los inversores siempre han estado ahí. Y, evidentemente, no lo hacen porque pertenezcan a la beneficencia, sino porque ganan dinero invirtiendo en deuda y comprándola en el llamado mercado primario —en donde se subasta a un tipo de interés determinado por quien oferta la deuda, pero que está en consonancia con la presión de los mercados: a mayor presión sobre un país, mayor es el tipo de interés— y posteriormente en el mercado secundario —donde se compran y venden los bonos, letras u obligaciones previamente adquiridos—. Por esas fechas, los fondos de pensiones, fondos de inversión y aseguradoras estaban aumentando sus compras, pero por encima de ellos destacaban los bancos, que habían duplicado sus inversiones en deuda. Esto se debía a que los bancos tenían liquidez gracias a la llamada «barra libre» del Banco Central Europeo, que había entregado dinero barato a los bancos en enormes cantidades.

Aparentemente, estas inyecciones de liquidez a la banca tendrían que haber supuesto un incremento del crédito a particulares y empresas; sin embargo ese dinero se estaba utilizando para ampliar el capital de esos bancos y para invertir en deuda, lo que venía a demostrar que para las entidades de crédito no es tan malo lo que está ocurriendo en la crisis de deuda soberana en Europa. «Lo más seguro en estos momentos es comprar valores del Tesoro, porque la desconfianza reinante ha obligado al Tesoro Público a ir elevando la rentabilidad que ofrecen para financiarse», recomendaba David Cano, miembro de la consultoría Analistas Financieros Internacionales (AFI), en «¿Dónde coloco mi dinero?» (*Cinco Días*, 19 de mayo de 2012). Además, este experto señalaba en este mismo artículo que para conseguir dinero de esta forma era recomendable hacerlo a través de fondos de inversión, porque no es necesario pagar impuestos de la misma forma que si se hacía la compra directamente.

Entonces, ¿a qué están jugando los bancos? Básicamente a enriquecerse con la deuda y a tapar sus agujeros gracias a las inyecciones de dinero en los diferentes rescates y barras libres de los bancos centrales. Los cálculos que han hecho señalan que su riesgo se debe a un posible impago masivo por parte de algún país —algo improbable— o a una quita parcial en la deuda de una nación en dificultades. Pero esas quitas, como es el caso de Grecia, sólo significan una reducción en los ingresos.

El otro riesgo que corren es un aumento de la inflación, que reduce la rentabilidad de la deuda. Sin embargo, durante la crisis en Europa, la inflación, a excepción de algunos sectores, no se ha incrementado notablemente, pese a que el poder adquisitivo sí ha bajado por las reducciones de sueldos. Aunque resulte poco atractivo a ojos de la opinión pública, un aumento equilibrado de la inflación se debería al aumento del gasto público y a la aplicación de políticas destinadas al crecimiento, algo que en todas las crisis llega antes o después. Mientras tanto, los grandes bancos tensan la cuerda del riesgo y lo que intentan es no romperla, para pasar a la etapa del crecimiento cuando exista un auténtico riesgo de quiebra económica general. Es por ello que —ya lo he dicho anteriormente: no son la beneficencia— los mismos líderes políticos y tecnócratas que apuestan por los recortes y la austeridad, antes o después se pasan, aunque siempre mostrando cierta tibieza, al lado de quienes apoyan el crecimiento y las inversiones públicas. Seguramente, cuando estas líneas vean la luz se estará produciendo ese salto en Europa, pero hasta que tal cosa ocurra se perderán cientos de miles de puestos de trabajo y millones de personas se acercarán al umbral de la pobreza.

Tiburones

Durante el año 2012, los fondos de inversión de uno u otro tipo ganaron una media

del 3 por ciento del dinero depositado. Es cierto que no es mucho, y que la cifra se sitúa sobre la misma línea o un poco por encima del propio crecimiento de precios y del PIB. Sin embargo, a nadie escapa que el resultado no es tan malo. Seguramente el lector de estas líneas no puede decir lo mismo, y bajo ningún concepto tiene durante la crisis un 3 por ciento más de dinero cada año. «El objetivo es mantener el capital», señalan las consultorías y corredores que he consultado. Así pues, lo habitual, durante la crisis, es dejar ahí el dinero y no cobrar los dividendos generados en espera de que la tormenta amaine. De esta forma, el dinero no vuelve a la economía real —y se torna en verdadero únicamente para cubrir los agujeros provocados por las inversiones en productos financieros basados en el mercado inmobiliario— y está completamente parado pese a que se ha registrado un aumento muy considerable, debido a las emisiones de los bancos centrales, en lo que se denomina «base monetaria», que es la suma del dinero en circulación (aunque no circula entre los ciudadanos, sino entre las grandes entidades financieras) y el que se encuentra en las reservas bancarias.

Es cierto, todo esto es un lío...

A continuación voy a exponer algunos ejemplos reales de cómo funcionan —y estafan— los inversores y los fondos. Y veremos que no es mucho más ilícito lo que hacen los fondos buitres que lo que hacen otros fondos bien considerados, encabezados por los inversores calificados como tiburones, que con sus prácticas para obtener rentabilidad han destrozado el sistema financiero, porque entre unos y otros fondos, entre unos y otros bancos, entre unas aseguradoras y otras, se han producido operaciones que —y eso que cuando el sistema financiero es reprochado, hasta los enemigos se unen como una manada— han desplumado algunas entidades que después han tenido que arreglar los contribuyentes porque si caían sin ser rescatadas la falta de remedio podría ser peor que la enfermedad. El problema es que si a uno le va mal en su negocio, nadie lo ayuda.

Imaginemos... Voy a vender una casa ya hipotecada. Esa hipoteca, con los intereses actuales, cuesta 1000 euros al mes. No puedo entregarla ahora, pero lo haré dentro de un año, aunque el comprador comience a pagar ahora mismo. No vendo la casa con una hipoteca de 1000 euros al mes sino con una de 900 euros al mes. El comprador la adquiere, aunque tenga que empezar a pagar ya los plazos sin poder disponer de ella, porque es una auténtica ganga. Podría pensarse que pierdo dinero, pero sólo lo haré si transcurrido ese año el precio de la hipoteca ha bajado por debajo de esos 900 euros al mes. Pongamos por caso que cuando la entrego, la hipoteca está a 800 euros al mes, pero yo la he vendido por 900. Ganaré 100 euros al mes con mi venta. La cosa tiene riesgo, sí, mucho, porque además de no poder disponer de la casa aún, podría haber pasado lo contrario, pero el riesgo es muy apetecible si los beneficios pueden ser muy grandes. Aunque para limitar ese riesgo tengo mecanismos: me he cubierto con un seguro en caso de que pase lo contrario y, aun así, para evitarlo, he maniobrado en diferentes sectores para hacer que esa hipoteca

baje de precio. Si consigo mi objetivo, con mi compraventa habré ganado un dinero que habrá perdido quien poseyera esa hipoteca.

Bueno, pues esto que he contado pasa, y en el mercado financiero se denomina «venta al descubierto»: se venden títulos financieros a un precio determinado con la esperanza de poder comprarlos en un futuro a un precio inferior al actual. Esto fue lo que hizo de forma masiva un hombre que logró una auténtica fortuna con estas operaciones. Se llamaba John Paulson, uno de los más voraces tiburones del mercado al que anteriormente he mencionado cuando señalaba que había acudido a Grecia para asesorar a Lucas Papadimos junto a responsables del banco Goldman Sachs, del cual era un cliente de primera fila. Su dinero, que se encontraba en el fondo de inversión Abacus, lo gestionaban desde este poderoso banco. ¿Acaso esas cosas eran más lícitas que las maniobras de los fondos buitres que especulan con la deuda de los países?

La venta al descubierto acabaron prohibiéndose —aunque la prohibición, en el Reino Unido, duró tan sólo unos meses— porque Paulson se dedicaba a atacar a bancos británicos con esta maniobra que demostraba que Goldman Sachs estaba siendo actor e intermediario a la vez. Ese conflicto de intereses ha sido uno de los grandes males del sistema bancario en los últimos tiempos: por un lado gestionan la cartera de clientes cuyos beneficios dependen de las pérdidas de otras carteras que también gestiona el banco, por no hablar de que en no pocas ocasiones el propio banco necesita, para ganar, que sus propios clientes pierdan. Este problema, lejos de solucionarse, se ha agravado por la decisión del gobierno norteamericano de finalizar con la división entre bancos comerciales y bancos privados, pese a que en la práctica tal división se había roto en las últimas décadas tras haber sido impuesta como una de las medidas que sirvieron para salir de la crisis de los años treinta. Tal confusión es uno de los argumentos de Marc Roche, el periodista económico que más ha profundizado en los secretos de Goldman Sachs, banco al que no duda en calificar como un *hedge fund* en sí mismo: «Ha actuado como accionista minoritario junto a inversores exteriores. El conflicto de intereses es patente. Por un lado, mediante generosas comisiones, ayudan a las estructuras de capital a identificar los blancos más interesantes. Pero por otro, el banco está implicado en la misma actividad, en competencia directa con sus clientes». Y es que la cosa es tan sencilla como esto: tengo 1000 millones de euros que quiero invertir y conseguir que me den rentabilidad. Acudo a un banco privado como Goldman Sachs para que me muevan ese dinero como crean oportuno, pero lo hago porque han logrado una fama en ese tipo de gestión, por la que me cobrarán una comisión sobre los beneficios. El problema es cuando esos beneficios pueden ser menores que el que obtenga el banco con una serie de inversiones contrarias a las mías... Y es que hacer lo peor para sus clientes ha sido y sigue siendo durante la crisis una de las acciones más habituales de los bancos.

De todos los escándalos provocados por este tipo de fondos, el de Paulson es

quizá el más destacable. En 2007 logró una fortuna que algunos elevan a 15 000 millones de euros gracias a las operaciones al descubierto y a las posiciones en corto, que también han sido prohibidas temporalmente en algunos mercados, pero que son férreamente defendidas por el sector financiero, ya que consideran que dan un gran volumen de negocio y volatilidad al mercado para poder seguir operando. Hizo gran parte de su dinero gracias a atacar las hipotecas a través de los CDO. Con sus operaciones logró que se hundieran un poco más, pero para él, que ganaba dinero si perdían su valor, fueron un negocio redondo. Después, hizo lo contrario a lo que había hecho —apostar contra algo—, y al esperar la recuperación de la economía norteamericana sufrió grandes pérdidas, pero en 2010 volvió a obtener beneficios cuando el precio del oro empezó a subir, porque gran parte de los beneficios que obtuvo en su momento los derivó en la compra de participaciones en empresas propietarias de minas de oro. Los metales y las materias primas se convirtieron en un refugio para especular y ganar dinero, tanto en el mundo del petróleo como en el mundo de los alimentos, que también cotizan en bolsa y que han subido su precio poniendo en riesgo de hambre a millones de personas. Todo aquello le hizo cambiar su estrategia en Europa, ya que en principio se dedicó a comprar deuda, posteriormente cambió ese dinero, vendió la deuda y compró CDS, los seguros que protegían a las inversiones de deuda contra un impago. Esto quiere decir que cuando a un país europeo le vaya mal, él ampliará su inmensa riqueza. Apuesta por la bajada —caída, en este caso— de España, Grecia o Italia. No puedo evitar preguntarme si eso es lícito, por muy legal que sea...

Osos

Estas prácticas son efectuadas principalmente por los *hedge fund*, los fondos de riesgo sobre los que ya escribí cuando hablé del más importante de todos, Carlyle Group, a los que se califica de tiburones y también como «osos». Ha habido siempre una gran discusión por regular o no sus prácticas y someterlas a normas que frenen su ambición. Sin embargo, no se ha hecho salvo para dotar el mecanismo de transparencia. En España, un país muy afectado por estas operaciones —no lo olvidemos: con ellas causan el cierre de empresas y miles de personas pueden acabar en la cola del paro—, bloqueó por breve tiempo estas operaciones, y en sus acciones posteriores únicamente se da a conocer el nombre de los fondos que efectúan estas operaciones cuando disponen de al menos el 0,5 por ciento de una empresa. Eso ha permitido conocer que estos fondos atacan especialmente a sociedades dedicadas a la construcción o a la banca, que son, precisamente, los dos sectores de la economía que más sufren los efectos de la crisis. La «locura» es ilimitada: algunos inversores en bancos son los que están detrás de algunos fondos que atacan a otros bancos. Y es

que cuando hacemos una analogía equiparando el mercado financiero a un casino, no tenemos que olvidar que cuando uno gana siempre hay otro —u otros— que pierden. Por ejemplo, en el caso de España, el *hedge fund* que más dinero «arriesga» es Amber Capital, originalmente asociado al banco francés Société Générale y que tiene una división llamada Amber Master Fund, que está radicada en el paraíso fiscal de las islas Caimán. Y es que normalmente son bancos privados los que a cambio de una comisión mueven el dinero de estos fondos, para formar parte de los cuales es necesario una gran cantidad de líquido. Las diferentes legislaciones permiten a estos fondos efectuar operaciones que no están autorizadas para los fondos más comunes; entre ellas, tienen libertad para no dar información sobre sus actividades, así como utilizar las mencionadas operaciones a corto sobre descubierto o negociar con los contratos de futuros, los míticos y malditos CDS, los *swaps* y los más complejos y modernos instrumentos financieros que han estado en la espina dorsal del hundimiento mundial. En suma, podemos decir que al no tener que ofrecer liquidez diaria —precisamente por el tipo de operaciones que realizan— pueden efectuar operaciones de apalancamiento masivo y agresivo.

Es como una selva. Cada mañana, antes de que la campana dé comienzo a una nueva sesión en cualquier bolsa, los agentes empiezan a prestarse acciones unos a otros para efectuar estas operaciones en el momento que creen adecuado, cuando, por ejemplo, las acciones de una empresa sufren cierto movimiento. Entonces, se lanzan a la caza. Una de las muchas veces que ha ocurrido fue el 6 de mayo de 2010, ya en plena crisis internacional, cuando a las 14.30 empezaron a bajar todos los valores de forma escandalosa. Aquel día, los mercados estuvieron a punto de hundirse aún más de lo que ya venían haciéndolo desde la caída de Lehman Brothers. La culpa la tuvo una operación de venta de contratos de futuros^[20] por valor de 4100 millones de dólares que había puesto en marcha uno de estos fondos, cuyo efecto contagio —cualquier cosa que hagan arrastra al resto— es inmediato en los mercados bursátiles. En España, cuando desde comienzos del año 2012 se produjeron algunas caídas en bolsa espectaculares había una serie de cosas que iban unidas: Bankia perdía, perdía más que nadie, pero arrastraba a otros bancos españoles a las pérdidas. Estas caídas se debían a la debilidad de este banco y a los enormes agujeros que tenía, pero eran aprovechados por los *hedge fund* para efectuar operaciones en corto y hundirlo un poco más. Pero como digo, ésta es una selva caótica, compleja y no menos maquiavélica. Y es que cuando Bankia fue nacionalizada, el banco de inversión Goldman Sachs —al que algunos califican como un gigantesco *hedge fund* bajo cuyo paraguas hay decenas de *hedge funds*— fue contratado por el gobierno español para ocuparse de su recuperación tras la valoración de las dimensiones de su agujero.

Una de las cosas que tengo claras tras haber llevado a cabo este trabajo es que si bien la adecuada relación con los clientes es una de las bases para que un negocio funcione bien, un negocio de cualquier tipo, como puede ser una tienda, una agencia de comunicación o una editorial, en el mundo de las finanzas ésta es una premisa que

no siempre se cumple pese a que en numerosas ocasiones Goldman Sachs ha defendido institucionalmente que la base de sus negocios es la búsqueda de lo mejor para el cliente. En el acta en la cual se explican los principios de la empresa, se dice en el primer punto: «El interés de nuestros clientes es primordial. La experiencia demuestra que si nuestros clientes están satisfechos, resultará de ello nuestro propio éxito». Pero ¿piensan así de verdad? Siempre hay negocios —y algunos van bien, no lo neguemos, pero también es cierto que no todos superan los momentos de dificultad económica— en los cuales los clientes no son algo de lo que cuidar, sino víctimas a quienes sacarle todo lo que se pueda y exprimirlos para que gasten más de lo pensado o para que se lleven un producto que no es tan bueno como quien lo vende dice que es. Normalmente, quien actúa como una sanguijuela con los clientes acaba perdiéndolos al final del camino y su negocio entra en declive.

El caso del francés Fabrice Tourré, uno de los hombres de Goldman Sachs, y el *hedge fund* que creó, Abacus, es un buen ejemplo de cómo las relaciones con los clientes no son en el mundo financiero tan adecuadas como debieran. Eso sí: a diferencia con la economía real, los clientes del mundo de las finanzas acaban volviendo una y otra vez al lugar en donde le dieron gato por liebre. El porqué es desconocido, salvo que nos adentremos en consideraciones psicológicas o, aún peor, en terrenos más resbaladizos como presuponer que todos —los que venden y a los que se vende— saben que esto es un juego...

Corría el año 2005 cuando este analista galo, que tenía ¡sólo veintiséis años!, decide crear un producto financiero sofisticado a partir de hipotecas que ha titularizado en CDO. Aunque algunos ya alertaban de que todo se podía complicar, los productos de Abacus están destinados, en principio, a ser una fuente de multiplicación de dinero. Lo que entonces valía x , mañana valdría x más y . Eso es lo que ocurría, y por eso los productos Abacus reciben la triple A como nota por parte de las agencias de calificación. Son —decían sobre aquellos CDO— excelentes instrumentos para invertir y conseguir un rendimiento óptimo. Al parecer, el propio Tourré estaba convencido entonces de que el mercado inmobiliario seguiría creciendo. Sin embargo, apenas un año después de empezar a comercializar los productos hipotecarios asociados a Abacus, los datos empiezan a dar señales preocupantes de que el mercado se está empezando a detener y quizá esos CDO podrían empezar a dejar de ser rentables. Tourré lo percibe, y a sabiendas de que algunas porciones que forman parte de esos títulos son auténtica basura crediticia, el siguiente paso —según las normas— sería avisar a los clientes de que deberían tener en cuenta que las expectativas podrían frustrarse. Sin embargo, no dijo nada y decidió actuar según las nuevas informaciones que se estaban recibiendo desde los mercados.

El primer objetivo es que Goldman Sachs vendiera los CDO hasta que no valieran nada. El antes mencionado John Paulson es uno de los clientes que cuentan entre sus inversiones con los productos gestionados por Abacus y establecen contacto con él para decírselo. Y se le informa paso por paso sobre cada uno de los CDO. Éste sí, éste

no, este tiene porciones salvables, este está parcialmente podrido... Le dice lo que se tiene que decir a cualquier cliente. Lo tratan de forma preferencial. Sin embargo, lo que le transmiten a él pasa a ser un secreto que no se confiesa a otros clientes, a los que se sigue convenciendo de que los CDO son maravillosos. Lo que no les dicen a los compradores de esos títulos es que John Paulson ha empezado a adoptar posiciones a la baja y que su negocio será redondo cuando los CDO acaben estrellándose, pero nadie salvo ellos lo sabe. Con esta operación, Goldman Sachs perdió 50 millones de euros, que es mucho menos de lo esperando cuando todo empieza a hundirse. Mientras, Tourré sigue cobrando sus más de 100 000 dólares mensuales por su trabajo. Incluso lo compensarán con ascensos y nuevos puestos en el banco. Y es que había salvado a Goldman Sachs, enriquecido al preferencial Paulson y arruinado a los otros clientes a los que se había vendido la parte de los CDO de Abacus que eran propiedad del mismo banco.

En abril de 2010, los pormenores del caso fueron desvelados y puestos en conocimiento de las autoridades de Estados Unidos, que en los últimos meses parecía —y más que parecía— haber convertido ese banco en el mimado del gobierno. La información provocó el desplome de las acciones de Goldman Sachs y la pérdida de confianza en el banco por parte de unos y otros. A Tourré se le retiraron las licencias para trabajar en los parques y desapareció del mapa. Se convirtió en un auténtico villano y se lo presentó al mundo entero como un joven ambicioso, mentiroso y estafador. Es difícil calcular cuántos miles de millones de euros han perdido las víctimas de sus mentiras —se calcula que, de forma directa, hizo perder a sus clientes más de 1000 millones—, pero además de trasladar los odios hacia este personaje, los que sabían un poco del asunto no ignoraban que todo había sido una maniobra del banco para el que trabajaba, que compitió con sus propios clientes y que benefició a unos a cambio de desplumar a otros.

Tourré compareció en el Congreso de Estados Unidos para explicar qué había sucedido, porque sus maniobras tenían una influencia directa en el *crack* de 2008, que quizá se hubiera producido igualmente de no haber existido él, pero que sin duda hizo más grave precisamente por existir y trabajar donde trabajaba. «El caso de Tourré demuestra cuál es una de las características de este banco: priorizar sus operaciones por cuenta propia por encima de las de sus clientes», sentencia Marc Roche. Frente a los congresistas, él y otros empleados del banco juraron decir la verdad con la mano sobre la Biblia. Cumplieron lo que habían jurado: no mintieron. Y es que apenas hablaron porque una amnesia vírica pareció apoderarse de ellos. Decían no acordarse de nada de lo que les decían. Incluso uno de los políticos acabó enojándose: «Estaremos aquí todo el tiempo que haga falta».

Cucarachas

La amnesia fue más persistente que la paciencia, pero el contenido de los correos electrónicos que aparecieron en las sesiones —de las que después se olvidaron todos— demostraron que el banco sabía que esos CDO eran basura, que sabían que se iban a derrumbar y que actuaron intencionadamente apostando contra sus propios productos para enriquecerse posteriormente. El texto de uno de esos correos electrónicos, escrito en octubre de 2007, provocaría vómitos incluso a los más carentes de ética: «No pudimos evitar el lío y perdimos muchísimo dinero, pero después, gracias a las operaciones en corto, ganamos más de lo que perdimos, y parece que vamos a ganar aún más». El presidente del banco también utilizó un lenguaje estudiado para no decir nada, pese a que llegó a afirmar ante los congresistas: «En los mercados no hay conflicto; cada uno escoge el riesgo que desea», dijo muy serio Lloyd Blackfein, quien en los momentos de mayor borrachera financiera llegó a afirmar que «hago el trabajo de Dios». No podía esperarse menos: su sueldo es de más de 50 millones de euros anuales y fue desde su llegada al banco un defensor a ultranza de multiplicar las bonificaciones que reciben los agentes al finalizar el año según sean los logros que hayan conseguido para la empresa. Dichas bonificaciones, a veces de varios millones de euros, y que pueden llegar a multiplicar por tres y por cuatro el sueldo anual, suelen ser motivo de enfrentamientos internos, competencia entre compañeros y, sobre todo, alimentan la ambición y las posiciones arriesgadas de quien puede pasar en un solo día de ser únicamente rico a convertirse en una de las grandes fortunas del mundo.

Todavía hoy —y no deja de ser lógico este planteamiento bajo tal perspectiva—, existen sospechas de que todo aquello de Abacus salió bien desde el principio porque podría haberse creado con el objetivo de hundirlo para extraer petróleo de los escombros. Precisamente, el negocio del oro negro ha sido uno de los principales instrumentos de enriquecimiento del banco en unos años en los cuales las fluctuaciones en los precios han sido permanentes debido a las guerras que comenzaron tras el 11-S, que coincidieron también con el miedo al llamado *peak-oil*, que es como se define al momento a partir del cual se tocaría techo en cuanto al consumo del petróleo, porque se consumiría más del que se extraería del interior de la Tierra, por agotamiento de los yacimientos y por el enorme consumo energético de los habitantes e industrias de los países emergentes, lo que ha tenido una influencia decisiva a la hora de comenzar a desarrollar fuentes alternativas de suministro energético —sin olvidar, claro está, los cambios de hábitos que se exigen a causa del cambio climático— como el coche eléctrico. Dicho debate todavía está abierto, pero el temido *peak-oil* podría estar cada día más lejos debido a la aparición de nuevas zonas en las que se ha descubierto petróleo y nuevos nichos geológicos.

También en el mundo del negocio del petróleo y el gas natural se están usando con asiduidad los nuevos productos financieros. Al margen de la existencia de numerosos fondos de inversión que tienen como eje de sus negocios las empresas petrolíferas, también se emplean de forma habitual los contratos de futuros en la

venta de barriles de petróleo. Se hace, por supuesto, con diferentes intenciones. A veces, el objetivo es asegurarse unas ventas a un precio más bajo que en el futuro, cuando posiblemente sea más complicado venderlo, obteniendo así por parte de las empresas productoras más recursos y financiación. Pero en ocasiones, estos derivados tienen como objetivo especular con los precios y, por consiguiente, alterarlos, normalmente al alza, lo que tiene unas consecuencias verdaderamente negativas para el ciudadano, bien porque llenar su depósito de gasolina sea inmensamente más caro o bien porque el suministro energético de las grandes fábricas y empresas sea mucho más costoso, lo que provoca ajustes en las cuentas de resultados de estas empresas que, normalmente, se resuelven en forma de nuevos desempleados.

Goldman Sachs, que se revuelca en lo que hay en las profundidades de la Tierra cual cucaracha, es especialista en la especulación con el oro negro. En julio de 2008, la división encargada de este mercado en el banco anuncia que el récord de 150 dólares por barril que se registra en aquel momento puede ser el comienzo de una serie de alzas en los precios que quizá afecten no sólo a los bolsillos de los ciudadanos sino incluso a la estabilidad —si es que existe— mundial. Anuncian que el precio podría alcanzar los 200 dólares por barril. Pero los oráculos de los empleados del banco fallan de forma estrepitosa, ya que los precios comienzan a bajar escandalosamente. Aquella predicción desató una tormenta de compras y ventas como jamás se había registrado. Se intercambiaron barriles —en papel— por el doble de cantidad de lo que necesitaban los 7000 millones de habitantes de la Tierra.

Lo ocurrido por entonces obligó a los dirigentes norteamericanos a plantearse la necesidad de que se establecieran mecanismos para regular el mercado del oro negro a través de las restricciones a las ventas sobre el papel, a las que se puso un tope para evitar alzas que hicieran temblar al mundo. Sin embargo, esas medidas regulatorias acabaron siendo más publicitarias que reales, y las autoridades asumieron como cierto el argumento que defendió Goldman Sachs con uñas y dientes al «demostrar» que ese mercado de futuros otorgaba liquidez a los financiadores y, por ende, a todos los habitantes del mundo, pese a que el petróleo está ahora hasta diez veces por encima del precio que debería tener. El resto es especulación. Negocio. Un sucio negocio en el que incluso no se duda en hacer la guerra y asesinar a inocentes con tal de ser los dueños del grifo.

No deja de ser curioso que tres años antes de que estallara el *crack* financiero, e incluso en contradicción abierta con su propio gobierno, el secretario del Tesoro, Henry Paulson, pasara a convertirse en uno de los máximos defensores de tomar medidas para frenar los efectos del cambio climático. Su gobierno no respaldó el Protocolo de Kyoto, pero sí aceptaron algunas medidas, como aquella que establecía un límite para los países —y sus empresas— en la cantidad de emisiones de CO₂ que se arrojaban a la atmósfera y que tienen una gran influencia a la hora de acelerar el cambio climático. Sin embargo, debido a su actividad o también debido a la falta de inversión para evitarlo de forma tecnológica, algunos países e industrias exceden los

límites permitidos de emisiones de CO₂. Sin embargo, y justo por lo contrario, hay países y empresas que emiten mucho menos CO₂ del permitido. Y es ahí cuando se reguló, a nivel global, que los «buenos» podían vender a los «malos» la parte de la cuota que no habían cubierto. Ese negocio fue de inmediato absorbido por los fondos y por los traficantes de derivados y productos financieros, ya que las cuotas empezaron a vender en porciones, titulizadas, mediante contratos de futuros. Y ¿quién es hoy el líder mundial en este mercado? No es difícil adivinarlo: Goldman Sachs. Quizá ahora es más fácil comprender porque alguien como Henry Paulson, el líder histórico del banco, que en aquellas fechas ocupaba un puesto de relevancia en el gobierno de Estados Unidos, dio el empujón que faltaba para que con la excusa del cambio climático pudieran hacerse negocios que también se gestionan del mismo modo que los nuevos productos financieros. Igual alguien ha pensado que tras esas medidas contra los efectos del cambio climático había un verdadero espíritu de defensa del planeta y su naturaleza... ¡Pamplinas!

El 15 de septiembre de 2008 todo se vino abajo. Ya lo he contado. La caída de Lehman Brothers provocó una situación verdaderamente angustiosa. Hoy tenemos miedo sólo de recordarlo. Y con este libro, creo que incluso el miedo se agrava porque uno teme que las cosas pusieron haber salido peor. Todavía hay discusión sobre si se debía haber rescatado a este banco o no. Lo que sí es cierto es que la espiral que generó en pocas horas, situando al borde de la agonía a la aseguradora AIG, es que existen entidades bancarias demasiado grandes para precipitarse al vacío. Y que son grandes aun siendo las más pequeñas, ya que tanto Lehman Brothers como Bear Stearns, que había colapsado unos meses antes, eran las dos más pequeñas entre los cinco gigantes de la banca de inversión. También se precipitó Merrill Lynch, que fue vendida al Banco de América con la intervención del gobierno; una fusión que se producía entre un banco comercial y un banco privado certificando lo que ya venía ocurriendo desde hace años: la similitud entre las actividades de ambos tipos de bancos. Y, pocas horas después, se rescató a AIG. Ya expuse el informe secreto que dibujaba el fin del mundo si no se rescataba a esta aseguradora, que pasaba por ser la más grande del mundo. En algunos sectores aún se defiende la hipótesis de que se pintó un futuro peor en caso de no rescatarse sólo porque los mandatarios del sistema financiero preferían que el contribuyente salvara a estas entidades y con dinero público se limpiaran sus cuentas, pero que en realidad se podría haber dejado caer a todos los que tenían problemas del mismo modo que un establecimiento comercial y cualquier empresa tiene que cerrar sus puertas si las cosas van mal. No cabe duda de que a nivel ético y en la esfera de la justicia social esto es lo que debería haber ocurrido...

No todo acabó con la caída de esos tres bancos. Quizá sólo fue el comienzo de una travesía que aún se está recorriendo. Sólo quedaron dos: Morgan Stanley y Goldman Sachs. El primero de ellos estaba especializado en los tristemente célebres *hedge funds*, y el segundo era como un pulpo que hacía de todo y que se había

convertido en un *hedge fund* en sí mismo. Los valores de ambos empezaron a caer en picado tras aquel 15 de septiembre, especialmente Goldman Sachs, que con sus actividades arriesgadas había causado que el mundo de las hipotecas *subprime* se derrumbara con más fuerza, porque del desplome de ese negocio dependía su éxito. Y ellos habían apostado por la caída del negocio porque los beneficiaba.

Estaba en manos del gobierno norteamericano determinar si también ellos tenían que derrumbarse o eran ayudados con fondos públicos. Curiosamente, al frente del Departamento del Tesoro se encontraba el hombre que había agigantado a Goldman Sachs. Henry Paulson tomó la decisión de solicitar que se le permitiera contactar con el presidente del banco para mantener una reunión en la Casa Blanca con objeto de saber qué hacer. Para evitar favoritismos, estaba prohibido por ley que se produjeran esos contactos. Se rompió la norma, y con ello, en cierto modo, aparecieron los cada vez menos ocultos favoritismos...

En un principio se pidió a Goldman Sachs que se fusionara con Citigroup, el banco que en 1999 había logrado que se estableciera la desregulación que permitía a los bancos comerciales efectuar las mismas operaciones con derivados y otros productos que a los bancos privados. Ellos, que eran una institución de las clásicas, habían pedido fusionarse con Travelers Group, pero las normativas impedían fusiones entre los dos tipos de entidades financieras que estaban divididas desde los años treinta del siglo xx, porque se descubrió que separarlas era una buena medida para evitar colapsos como el que se produjo en 1929. Gracias a las decisiones que se tomaron en Estados Unidos y en el Reino Unido cincuenta años después, el muro que las separaba era cada vez más fino. Dicho muro se derrumbó finalmente cuando la Casa Blanca autorizó la fusión que solicitó Citi. Después, empezaron los problemas. Más claro... agua.

Goldman rechazó su fusión con Citi en plena tormenta de septiembre de 2008. Finalmente, con objeto de facilitar que pudiera recibir nuevos fondos del gobierno, la entidad en cuestión —junto a Morgan Stanley— admitió reconvertirse en banco «normal». Eso permitió sanear sus cuentas, ya que pudieron comprar bonos del Tesoro a un interés cero. Es decir: el dinero se les regaló sin que tuvieran que pagar un sólo dólar de más que lo recibido a modo de intereses. Ya en cierto modo, el rescate de AIG los ayudó, puesto que lo que estaba cayendo en relación a Goldman sólo podría cubrirse si el banco cobraba los seguros que tenían asociados con ellos. Así, al dar dinero a AIG se le estaba entregando también dinero a Goldman, que además — pese a haber hecho lo que habían hecho — se convirtió en algo así como asesor en cuestión de finanzas de la Casa Blanca.

Goldman Sachs y JP Morgan en Estados Unidos, y Barclays en el Reino Unido, se quedaron como garantes del mundo de las finanzas. Ampliaron su poder tras la debacle de septiembre de 2008. Algunos pensaron que al salir en su auxilio sus respectivos gobiernos la crisis financiera mundial se había salvado. Los datos de 2009 invitaban al optimismo de algunos, pero al pesimismo de otros. Estos últimos tenían

la razón: la deuda privada se transformó en deuda pública, y la inmensa crisis de unas empresas privadas en algunas partes del mundo pasó a ser una crisis de fondos de los gobiernos en todo el planeta.

Los hechos de 2012 demostraron que las medidas que se tomaron en 2008 no habían servido para nada, excepto para salvar a estas instituciones a costa de guillotinar a los ciudadanos. La dimisión de un director de Goldman Sachs llamado Greg Smith, sobre cuyo caso ya he hablado, desveló la verdad: «Estamos incitando a nuestros clientes a invertir en productos sobre los cuales tenemos intereses y beneficios si pierden su valor», aseguró. Mientras decía esto, una legión de mandatarios de la empresa estaba empezando a ocupar cargos de relevancia en el poder a ambos lados del Atlántico. Casi al mismo tiempo, las maniobras equivocadas y arriesgadas de JP Morgan provocaron un agujero en la entidad de más de 15 000 millones de euros. Y por si fuera poco, en junio de 2012 se averiguó que Barclays había estado maniobrando en la sombra para alterar, en su beneficio, los intereses del dinero que se prestan entre sí los bancos para poder efectuar sus operaciones. Todo esto, y mucho más, estaba ocurriendo en los despachos de los directivos de las empresas que, por ser «buenas», habían sido las beneficiadas durante la crisis. Algunos cargos políticos son auténticos infiltrados del sistema financiero; los hay que han sido «comprados» y también los que se han vendido gratis en espera de que un día suene el teléfono para que les agradezcan los servicios prestados mientras eran los elegidos por el pueblo para representarlos. Junto a ellos, tiburones, osos, buitres y demás fauna hicieron y hacen su agosto. E hicieron todo esto armados con la mentira como espada de agudo filo y con la colaboración de los ejecutores de la Triple A y demás estafadores y, cómo no, con la necesaria buena dosis de psicopatía. No hay otra realidad...

En Madrid, 2:40 horas del 25 de julio de 2012.



BRUNO CARDEÑOSA CHAO (Orense, 1972) es periodista, escritor y reportero de radio, prensa y televisión. Cursó estudios de periodismo en la Universidad del País Vasco (Vizcaya). Desde el 27 de octubre de 2007 presenta y dirige el espacio radiofónico de Onda Cero, *La Rosa de los Vientos* (tras el fallecimiento de su director y creador Juan Antonio Cebrián), y desde el 19 de septiembre de 2007 es director de la revista *Historia de Iberia Vieja* (editada por América Ibérica).

Antes de hacerse cargo de la presentación del programa, formaba parte desde 1999 del equipo de colaboradores, interviniendo en la Tertulia *Zona Cero*, presentando una sección propia y haciéndose cargo del programa durante el mes de agosto durante varios años.

También fue copresentador, primero junto a Ana Cumplido, y después junto a Manuel Carballal, del programa radiofónico *Mundo Misterioso* (1997-1999); redactor de la revista *Enigmas* y colaboró en el programa *Channel n.º 4* de la cadena de televisión Cuatro. Con anterioridad había sido redactor de la revista *Año Cero* y redactor jefe de *Más allá*.

Notas

[1] El símbolo #15M se popularizó como el *hashtag* de Twitter más empleado para referirse al movimiento. Al igual que en los que tuvieron lugar en los países árabes, las redes sociales hicieron de vía de comunicación para movilizar a los participantes de forma casi instantánea. En el caso de España, a diferencia de otros lugares, en donde Facebook tuvo mayor importancia, fue Twitter la principal de estas vías, debido a que las aplicaciones de los teléfonos móviles inteligentes permitieron un impacto directo y se utilizaron los diversos *hashtag* referidos al movimiento para ofrecer a través de ellos información en el acto que nutrió a los medios de comunicación que siguieron todo lo que ocurría. Otros términos como #democraciarealYa (en referencia al movimiento que tuvo mayor presencia en las primeras semanas), #NoNosVamos, #spanishrevolution o #tomalaplaza fueron empleados en millones de *tweets*, que es como se conoce a los mensajes de un máximo de 140 caracteres que se usan en este sistema. En los siguientes movimientos sociales que se produjeron en varios países se emplearon iconos y sistemas de comunicación muy similares entre los organizadores y participantes. <<

[2] Para el cálculo se ha tomado un valor de 1 euro = 170 coronas. Sin embargo, es difícil establecer una correlación, debido a que la corona islandesa ha sufrido en estos años constantes fluctuaciones, lo que permitió la especulación por un lado pero que causó la inmensa pérdida de poder adquisitivo de los islandeses tras la irrupción de la crisis. Así, en los meses previos al cataclismo financiero, la corona osciló entre un valor de 1 euro = 50 a 100 coronas. Ya eran tiempos en los cuales se encontraba muy por encima del valor real, lo que encareció los precios en el país hasta límites insospechados. Allí, cualquier cosa costaba el doble que en los países de la Europa continental. El día en que estalló la crisis, el 7 de octubre, el valor se estableció en 1 euro = 131 coronas. El gran problema fue que las maniobras de los bancos para enriquecerse provocaron que las deudas de todos los islandeses se tuvieran que pagar en euros, ya que dependían de bancos que se regían por la moneda europea. Sin embargo, en pocas jornadas, el valor de la corona decreció hasta 1 euro = 340 coronas. Es decir, que si un islandés pagó a primeros de octubre por su hipoteca 1000 euros, en la siguiente letra tuvo que abonar unos 2500 euros. Con el paso de los meses, los cambios de políticas y las presiones ciudadanas, el valor se redujo hasta la mitad de esa cantidad, lo que alivió la presión y favoreció las exportaciones, ya que los productos volvían a estar a un precio normal, así como el turismo, ya que viajar al país, sin llegar a ser barato, volvía a unos cauces más normales. A partir de ahí, el debate. Y es que desde la crisis, los islandeses se manifestaron más a favor que en contra de sumarse al euro para evitar que su moneda sufriera los mismos vaivenes que había tenido en el momento del *crack*. El debate, sin embargo, se establece cuando se apuesta porque los países en crisis abandonen el euro y puedan manejarse durante un tiempo en su moneda de siempre, para facilitar su devaluación y animar la economía. Para conocer algo sobre este tema acudí a Bibiana Medialdea, profesora de Economía Aplicada de la Universidad de Valladolid. Se trata de una economista audaz que siempre alertó de la locura financiera en la que vivimos y cuyas consecuencias estamos pagando. Coordinó un pequeño libro titulado *Quiénes son los mercados y cómo nos gobiernan* (Icaria, 2011), en el que aborda esta cuestión junto a Nacho Álvarez, investigador del departamento de Economía Aplicada de la Universidad Complutense. Señalan que las exigencias de Bruselas respecto a los techos de deuda y déficit están ahogando las economías de los países, que se están viendo obligados a efectuar recortes en los gastos sociales. De esta forma se intenta evitar las grandes subidas —pese a que se producen— en los intereses que los Estados deben pagar a las entidades financieras que compran los bonos y letras que emiten los gobiernos. Así, el ahorro en el gasto tiene como objetivo —no nos engañemos: ésa es la verdad— pagar a los bancos por el dinero que prestan a los gobiernos (dinero que previamente les ha entregado el Banco Central Europeo, es

decir, los ciudadanos). «Se está actuando teniendo más en cuenta los intereses de los acreedores e inversores financieros que los de los ciudadanos», indican. Así pues, señalan que salir del euro facilitaría a los gobiernos poder devaluar la moneda y agilizar la economía real, pero tendría consecuencias que no serían soportables, ya que esa depreciación de la moneda haría perder valor a las propiedades de los ciudadanos e incrementaría el pago de la deuda. Así que —y esto lo añado yo— la única solución en ese caso sería no pagar a los bancos o retrasar esos pagos, algo que, en cierto modo, hicieron en Islandia, en donde se establecieron medidas que no contemplaban la sumisión absoluta a los bancos, aunque —y esto sí me lo comentó Bibiana— esa medida provocaría ataques financieros al país a modo de represalia. En conclusión: somos esclavos de los bancos. Nacho Álvarez añade: «La salida del euro, en todo caso, debería ser internacionalista y cooperativa: cuantos más países la adopten, mejor funcionará. No se presenta como una cuestión de partida, sino como una medida que quizá habría que plantearse en el curso de un proceso de transformación más amplio y profundo, vinculado a una desobediencia previa de las reglas de la Unión Europea, y que se propondría a los países vecinos como paso previo para construir otra Europa». Y aunque recuerda que ésta no sería la única ni la más importante medida, las reflexiones de estos economistas nos inducen a pensar que cuando oímos hablar del fin del euro como una tragedia, quien defiende tal cosa habla, más bien, repitiendo el mensaje que los amos quieren que se transmita. En realidad no sería un apocalipsis, sino más bien un comienzo para construir el futuro de otra forma. Los islandeses —hay estudiosos que indican que quizá se ha exagerado un poco al alabar la fuerza de los ciudadanos del pequeño país a la hora de cambiar las cosas— lo han hecho, en cierto modo, quizá no tanto como se dice, pero lo han hecho, y no les ha ido mal. <<

[3] El banco central de Estados Unidos, la Reserva Federal, ha establecido la siguiente tabla para dividir todo el dinero que existe en el mundo:

M1: dinero en efectivo en manos del público, los cheques de viajes y los llamados depósitos a la vista (cuentas corrientes de bancos, por ejemplo). Dentro de esta catalogación estaría la base monetaria (reservas bancarias y efectivo en manos del público) y la oferta monetaria (depósitos a la vista y efectivo en manos del público). Ambos elementos son los que tratarían de incrementarse —sin éxito— en los periodos de crisis cuando al inyectar dinero se pretende que se amplíe el crédito.

M2: incluye a M1 más las cuentas de ahorro y depósitos de ahorro.

M3: incluye M1 y M2 más el dinero que está en la mayor parte de productos financieros que no son depósitos a plazo fijo.

Cada país y cada lugar es diferente, e incluso hay clasificaciones que añaden en la división M0 y M4. Pero independientemente de eso, cuanto más alto es el número que acompaña a la M menos facilidad hay para convertir en líquido ese dinero. Precisamente, es M3 lo que se ha ampliado en estos últimos años de manera muy notable, tanto es así que en 2005 dejaron de ofrecerse datos oficiales porque fácilmente puede representar dos terceras partes del dinero total que existe. Mientras, según los datos de la Reserva Federal en 2005, M2 era cinco veces mayor que M1. Con esto queda demostrado que la mayor parte del dinero no es real y que es muy complejo convertirlo en líquido; al no poder hacerse cuando las condiciones lo requerían, la crisis se disparó: no había dinero real para convertir en líquido —en papel moneda, para que nos entendamos— todo el dinero (irreal) que existía. <<

[4] Los créditos y préstamos son activos no negociables, pero en el proceso de titularización financiera se convierte en negociable en el llamado mercado secundario, que es donde se permite a los tenedores de activos financieros vender los instrumentos que ya fueron emitidos en el mercado primario y que están en su poder, o bien comprar otros activos financieros. En suma, tu hipoteca, o tu crédito, se titularizan, se une con otras, se empaquetan, tiene un valor hoy, pero como gastaré y renegociaré y además quizá incluso valga más, y finalmente se vende ese conjunto de productos a un inversor que a la vez lo vuelve a vender... <<

[5] En agosto de 2000 y en julio de 2008, el Euribor alcanzó tasas superiores al 5 por ciento. Esto quería decir que ese 5 por ciento era en realidad un 100 por ciento. Me explico: por esa hipoteca de 150 000 euros a 30 años, habría pagado por mi piso al cabo de ese tiempo 150 000 euros de su precio más 150 000 euros de intereses. Ahí está la trampa: nadie explica qué significa ese porcentaje del Euribor, que esconde en realidad una trampa psicológica para el comprador. <<

[6] Los CDO son *Collateral Debit Obligations*, Obligaciones de Débito Colateral, productos financieros cuyo valor depende de las hipotecas, en muchos casos de las *subprime*. Originalmente, proceden de las obligaciones comunes que son cada una de las partes en las que se divide una deuda y que tienen un plazo de cinco o más años (los de menor duración suelen denominarse «bonos»). El titular de la obligación es el comprador de esas obligaciones, y se convierte en el acreedor, es decir, el que cobra, en este caso de forma periódica. Así que si una obligación tiene un valor de 1000 euros, el comprador lo paga, el banco lo recibe, y lo devuelve en esos periodos acordados junto con los intereses. La garantía es dinero que tiene el emisor en su cuenta o títulos. En este caso, el salto hacia los CDO consistía en que esa garantía tiene carácter hipotecario sobre bienes inmuebles, lo que teóricamente reducía el riesgo de la operación, pero ésa era la presunción. Los CDO pueden generar mucho dinero en épocas de bonanza a quien los adquiere, pero también agujeros en caso de impago de las hipotecas que lo sostienen. La complejidad de estos productos, que se fue desarrollando poco a poco, hizo que lo que en principio debía servir para calmar el riesgo lo aumentara, y ha hecho que se denomine «ingeniería especial» aplicada a los mercados de finanzas. Juan José Durán Herrera explica así su funcionamiento en el *Diccionario de Finanzas* (Ecobook, Editorial del Economista, 2011): «Es una estructura que engloba el riesgo de crédito de varias empresas, a través de la creación de una cartera de productos financieros que son divididos en varios tramos según las pérdidas. Estos tramos pueden ser vendidos a compradores (inversores) que asumirán las pérdidas a cambio del cobro de un cupón o *spread*. Generalmente, existen tres tramos, en los cuales los inversores del primer tramo suelen responsabilizarse del 5 por ciento de las pérdidas (Equity), el segundo tramo (mezzanime) cubre del 5 al 10 por ciento, mientras que el tercer tramo (senior) cubre el 90 por ciento. Estos instrumentos invierten habitualmente en bonos corporativos, titulaciones y préstamos generalmente, en el espacio crediticio de mayor riesgo, como los *high yields*. Hasta ahora, venían financiándose mediante estrategias de arbitraje, tomando financiación a corto (tanto bancaria como de papel comercial), basados en un *rating* favorable de las Agencias [de calificación] e invirtiendo sus recursos en activos de mayor duración. Su generalización ha permitido distribuir la financiación del crecimiento del mercado hipotecario americano entre inversiones institucionales en diversas partes del mundo». En *La Vanguardia* se explicó de este modo su perverso funcionamiento justo al comienzo de la crisis: «El negocio de las CDO era el siguiente: permitir que un acreedor del mercado hipotecario proporcionase créditos a personas pobres con pésimos historiales crediticios que jamás en el pasado habrían podido comprarse una casa ya que el banco no hubiese podido asumir tan elevado grado de riesgo. La clave estaba en convertir esta deuda mala en un nuevo producto financiero bien presentado

y en ocasiones mezclado con otro tipo de deuda de mayor calidad. Fue así como aparecieron las CDO. El resto lo hacían las agencias de calificación de deuda, que asignaron *ratings* razonables a estos productos, con lo que bancos y fondos de riesgo los compraron con entusiasmo. Tras un aumento, nada sorprendente, de los impagos en las hipotecas *subprime* y un notorio deterioro de las expectativas de pagos en el futuro, las CDO han perdido su atractivo de tal manera que nadie quiere comprarlas cualquiera que sea el precio —las agencias de calificación, de *rating*, han bajado de repente la calificación de las CDO». Para este proceso, primero se necesitó que los CDO triunfaran, y triunfaron porque en un principio estos paquetes se establecían a partir de hipotecas sin riesgo de solvencia. Pero la avaricia de los elementos del sistema financiero amplió el contenido de los CDO a las hipotecas dudosas, con lo cual no se tenía ningún tipo de previsión sobre lo que podrían provocar. Se extremó el riesgo. Y se hizo a partir de la aportación que efectuó un matemático chino del que no se conoce el nombre, pero del que sí se sabe que debido a su aparente genialidad fue becado en Estados Unidos en 1990. Diez años después, cuando trabajaba en JP Morgan elaboró una fórmula que se utilizó para la creación de CDO de forma que no presentaran un riesgo excesivo. Es decir: esa fórmula parecía convertir los CDO basados en *subprime* en productos tan válidos como los creados sobre hipotecas y créditos «buenos», pero el dinero que generaron éstos no era suficiente para un sistema ávido de dinero y más dinero. La publicación de su fórmula —por cierto, el chino en cuestión está desaparecido, nadie sabe nada de él— fue una auténtica revolución y provocó que se concedieran más *subprime*, puesto que también se consideraban seguras. Y los CDO pasaron de representar entonces un total de 275 millones de dólares a ser 4700 millones apenas seis años después. Y toda esa multiplicación de panes y peces se estaba produciendo en mitad de un mundo en guerra que estaba vaciando las arcas de los Estados... ¿Qué iba a pasar si los CDO se mostraban cómo lo que son, veneno? Bueno, pues ya lo sabemos: los Estados se han quedado sin dinero. Y es que durante ese tiempo, los bancos vendieron sus paquetes de CDO a inversores, con lo cual les importaba bien poco que se produjeran impagos masivos, porque en realidad el problema lo tenían quienes habían comprado esos paquetes de CDO. <<

[7] En Europa también se ha producido este fenómeno tan contradictorio, puesto que no deja de resultar extraño que algunos de los dirigentes de las instituciones financieras que han provocado la crisis sean los encargados de adoptar las medidas políticas para intentar —y no conseguir— salir de ella. En España, por ejemplo, Luis de Guindos, ministro de Economía nombrado en diciembre de 2011, fue director en España y asesor en Europa de Lehman Brothers cuando estalló la crisis. Se pueden citar también a Mario Draghi, presidente del Banco Central Europeo, Lucas Papademos, primer ministro de Grecia, y Mario Monti, primer ministro de Italia. Estos tres últimos también tuvieron cargos importantes en Goldman Sachs, cuyos directivos durante la crisis ya habían ocupado cargos relevantes en el poder norteamericano y europeo cuando se establecieron las regulaciones —que no regulan nada— que permitieron a los financieros del siglo XXI poner al mundo al borde del caos. Hay incluso voces que alertan sobre el papel intencionado de Goldman Sachs en la crisis actual. Varias investigaciones oficiales norteamericanas acusan a sus directivos de haber obtenido beneficios gracias al rescate y ayudas de la Reserva Federal. Mientras, una filtración desvelada por el *Wall Street Journal* demuestran cómo en agosto de 2011 se aconsejó a los clientes del banco sobre cómo sacar beneficio de la crisis de deuda europea. <<

[8] El 17 de julio de 2007, dos fondos de inversión de Bear Stearns perdieron todo su dinero. A partir de ese momento, los clientes huyeron. Finalmente, en marzo de 2008, el banco fue adquirido por JP Morgan a precio de saldo, tras la pérdida de valor de sus acciones en bolsa, que en cuestión de horas pasaron de cotizarse a 70 dólares a sólo 2 dólares. Hasta el momento de la caída del banco, las agencias de calificación habían dado una nota de AAA a los paquetes financieros del banco, lo que animó a los inversores a adquirirlos sin medida. La revista *Fortune* lo consideraba como una de las cinco empresas más admirables del país. En aquel último año, los directivos habían cobrado primas de 116 000 millones de dólares debido a la rentabilidad de sus productos. Sin embargo, la realidad era diferente: el crecimiento del banco se había fundamentado en los créditos *subprime* y en fondos dependientes de otros fondos. En una investigación efectuada por *The New York Times*, pero que no tuvo trascendencia alguna, los responsables de la caída del banco fueron «la banda más mafiosa de Wall Street», ya que los problemas del banco fueron incrementados artificialmente por ellos y por la Casa Blanca para favorecer su venta a bajo precio a JP Morgan. «La Reserva Federal y otros organismos han dado su visto bueno a la venta a JP Morgan, debido a la pérdida de valor de sus productos y su falta de liquidez; esta operación va a permitir que la situación de Bear Stearns no perjudique a otros bancos», se leyó en las noticias de agencias del día de la venta del banco. No fue una buena predicción... Incluso se descubrió que en las cien horas previas al hundimiento en bolsa del banco, varios de sus directivos entraron en contacto con los inversores para invitarlos a abandonar sus posiciones en el mismo. Según *The New York Times*, el mismo secretario del Tesoro, Henry Paulson, presionó al director del banco para que facilitara la venta del mismo. «Firmas el acuerdo con JP Morgan o te declararemos en quiebra», le dijo. Finalmente, JP Morgan adquirió el banco a 10 dólares por acción, frente a los 130 dólares que valían esas mismas acciones sólo unos meses antes. A partir de la venta de Bear Stearns, los acontecimientos se precipitaron. Sólo veinticuatro horas después, Goldman Sachs y Lehman Brothers revelaban que sus beneficios se estaban reduciendo a la mitad, y otras veinticuatro horas más tarde, la Reserva Federal tuvo que rebajar los tipos de interés para intentar animar el crédito. Lo ocurrido en esos días está considerado como el preludio de la debacle que más tarde asolaría los mercados financieros. <<

[9] La City es la parte más antigua de Londres, pero en la actualidad sus gigantescos edificios de oficinas han modificado su aspecto. Es el distrito financiero más importante de Europa, e incluso más sofisticado que Wall Street, ya que a diferencia del neoyorquino, la City es únicamente una ciudad financiera en la que apenas viven 5000 personas pese a que diariamente pasan por allí más de 300 000 londinenses. Apenas tiene un kilómetro cuadrado de extensión, pero el poder instalado en sus oficinas y el dinero que se maneja la han convertido en una auténtica ciudad que ha logrado una insólita independencia del resto de la ciudad. Se ha establecido un gobierno local, la Corporación de Londres. Tiene un aeropuerto próximo que únicamente gestiona vuelos que trasladan a hombres del mundo de los negocios financieros. La City también está regida por unas leyes propias e incluso está protegida por un cuerpo de policía propio. Por volumen de dinero, es el mayor centro del mundo en el llamado mercado secundario, que es el que gestiona las operaciones con los derivados y productos financieros asociados a la crisis mundial. Al tratarse de un distrito dedicado exclusivamente al mundo del dinero, su condición legal sitúa a la City en un estado de permanente emergencia. <<

[10] He mantenido las cifras según se exponen en el documento original, en el cual se emplean las expresiones billones y trillones según «el sistema» norteamericano. Así, 1 billón de dólares en Estados Unidos equivale a 1000 millones de dólares, o en números completos sería 1 000 000 000 de dólares. Por su parte, 1 trillón de dólares es 1000 millones de millones, es decir, mil veces más que un billón, lo que sería: 1 000 000 000 000 de dólares. <<

[11] El neoliberalismo, que he mencionado en varias ocasiones, no es un movimiento económico en sí mismo, sino más bien una nomenclatura que se utiliza para denominar a la evolución más extrema del liberalismo clásico del siglo XIX, que era más bien una corriente que se refería a aspectos económicos, pero también sociales y políticos. Los movimientos liberales clásicos se centraban en el aspecto más humanitario, al promover la libertad individual y la necesidad de unas leyes que despojaran al gobierno de leyes autoritarias que solían nacer del absolutismo. En el aspecto económico, los liberales promovieron la libertad de mercado y el derecho a la propiedad. Es una realidad que el liberalismo clásico fue adoptado por movimientos de izquierda y de derecha. La primera vez que se utilizó el término neoliberalismo fue en uno de los libros de Ludwig von Mises titulado *Liberalismo* (1927), en el que se refería a los neoliberales de forma despectiva, ya que decía que existían socialistas que se hacían pasar por liberales, aunque posteriormente se refirió a ellos como pseudoliberales. Evidentemente, el movimiento liberal no se encuentra hoy en la misma escala ideológica que antaño y quienes se consideraron como tal a partir de la aparición de las teorías de Von Mises, uno de los referentes ideológicos del liberalismo y representante más conocido de la Escuela Austriaca. A partir de ese momento, el liberalismo se centra en asuntos relacionados con la economía y la relación que existe entre el dinero y el Estado. Al hacerse los asuntos económicos muy propios y casi los únicos importantes del liberalismo, se produce una ruptura en el movimiento, aunque no existiera un momento preciso que podamos definir como su «refundación». Así, puede decirse que el neoliberalismo surge a raíz de las teorías que pretenden despojar al Estado de toda vinculación con la economía, pero eso no significa que no existan liberales que encajarían en el marco del movimiento clásico. De hecho, las socialdemocracias de los países del norte de Europa no dejarían de tener muchos elementos del liberalismo clásico mientras que en el nuevo liberalismo se concentran muchas corrientes diversas. La más radical de ellas, que surge tras la aparición de Friedman y de los *Chicago boys*, es la que podemos denominar «neoliberalismo», si bien no deja de ser un término más popular que académico y que se suele utilizar más bien con un sentido crítico, puesto que los postulados de los neoliberales han ganado terreno a otros postulados económicos, ya que sus defensores más acérrimos consideran que, en tiempos de crisis, deben iniciarse procesos de privatización de todos los sectores en los que interviene el Estado y poner al frente de los gobiernos a tecnócratas que dirijan la economía, medidas de contención de déficit y la reducción del gasto público al tiempo que se reduzcan los impuestos a la mínima expresión (dentro de este movimiento también hay diversas corrientes, ya que los neoliberales que están en política sólo propugnan una bajada de los impuestos en las rentas mientras que no ven negativo subirlos en el consumo,

como puede ser el IVA). <<

[12] Bajo estas siglas, que significan Contrato de Exploración y Producción, se conoce el acuerdo mediante el cual se permitía a partir de 2005 a las empresas extranjeras extraer petróleo en tierra de Libia, dejando para el control y el comercio a cargo del NOC hasta un 90 por ciento de la cantidad extraída; los tratos entre diplomáticos permitieron la entrada de empresas norteamericanas, que obtuvieron contratos, entre ellas ExxonMobil. <<

[13] Ernst & Young es la auditora y asesora fiscal más importante del mundo, con más de cien mil empleados y unos ingresos de más de 20 000 millones de euros. Sin lugar a dudas, sus errores, intencionados o no, tienen una gran responsabilidad en la crisis financiera que vive el mundo desde 2008. Como ya se explicó en un capítulo anterior, fueron sus analistas los que establecieron los mecanismos para lavar la contabilidad de instituciones financieras en clara quiebra, como es el caso de Lehman Brothers y la falsificación de sus cuentas a través del mecanismo Rep 105, que llevaron a cabo ellos mismos. También tuvieron ellos la responsabilidad de «sanear» otras cuentas en bancos que destrozaron economías locales en países europeos. Sin embargo, por razones inexplicables, Ernst & Young siguió, tras la crisis, recibiendo encargos millonarios para intentar establecer mecanismos que sirvieran para salvar a bancos o países. En España recibieron el encargo del gobierno para auditar a los bancos españoles que presentaban agujeros enormes que provocaron el rescate de las autoridades españolas y europeas. ¿Por qué los responsables de la crisis han sido los elegidos por los gobernantes para establecer medidas para solucionar la crisis? La pregunta no tiene respuesta, salvo que echemos un vistazo a su lista de empleados más destacados, entre los que encontramos a algunos hombres vinculados a la política antes y después de su pertenencia a la firma. Este camino de ida y vuelta entre el mundo de la política y las finanzas es una constante que podría explicar muchos conflictos de intereses... <<

[14] La fabricación de dinero ya no es responsabilidad de los bancos privados, al menos de forma directa. El economista Paul Krugman explicaba muy bien este matiz con un ejemplo: poner en marcha un banco nuevo. Abrimos nuestras oficinas y los clientes abren sus cuentas. Usted deja 100 euros, y junto a usted, el primer día llegan otros diez clientes que dejan otros 100 euros cada uno para abrir su cartilla. En total, ese día de inauguración los depósitos de mis clientes suman 1000 euros. Estoy obligado a tener un dinero en reserva para hacer frente a las retiradas de dinero por parte de los clientes. Dejo en esa reserva, por ejemplo, 200 euros. Los 800 restantes los tengo para operar.

Al día siguiente, uno de mis clientes me va a solicitar un crédito por 500 euros. Se lo facilitaré, y en horas introduciré ese dinero en su cuenta porque tengo ese dinero gracias a los diez clientes, a los que no les va a ir tan mal como para que necesiten sacar su dinero de repente. De esta forma, a los 1000 euros en depósitos ya he de sumar los 500 del crédito que he concedido. Ese dinero está en circulación y puede utilizarse como líquido para comprar lo que sea. De esta forma, habré «fabricado» 500 euros, dinero al que le he puesto un precio, porque ese cliente me lo devolverá en plazos y con intereses. Así pues, aunque ese dinero no exista físicamente mi banco habrá fabricado dinero. <<

[15] La carta con la propuesta que el presidente Yorgos Papandreu dirigió al presidente de la Comisión Europea decía, entre otras cosas, lo siguiente: «Tenemos la necesidad de permitir a la ciudadanía griega que se exprese de modo democrático y pacífico para poner fin a la actual crisis política y social. Ya he pedido al Parlamento griego la tramitación de un voto de confianza. De salir airosos nos permitirá negociar con nuestros socios institucionales y con el sector privado para poner en marcha un nuevo programa de ajustes. Confío firmemente en que el gobierno superará y ganará el voto de confianza. El referéndum servirá exclusivamente a la cuestión del nuevo programa y el nuevo crédito que están pendientes de acuerdo y de aprobación. En el referéndum no se tocará ni la cuestión del actual crédito a Grecia ni otros aspectos acerca del funcionamiento de la eurozona. Grecia apoya sin fisuras las decisiones relacionadas con la eurozona que fueron aprobadas la pasada semana... También creo que en este referéndum los griegos decidirán de un modo maduro y responsable». <<

[16] Ken Dart, un hombre que está ya en los sesenta años, vive en una suntuosa mansión de dos plantas, de cien metros de longitud y treinta de ancho, en Gran Caymán, en donde vive desde 1990, y en donde no paga impuestos por sus beneficios. Aunque es una celebridad en el país, apenas se lo puede ver en las calles, pese a que su presencia es más que notable, ya que se sabe que es dueño de casi todo. Llegó allí procedente de Sarasota, en Florida, en donde sufrió un intento de asesinato nunca aclarado. Él sugirió que fue su hermano mayor el culpable, ya que tenía un contencioso con él por culpa de una herencia y por determinados asuntos relacionados con una fábrica de vasos, Telgopor, que siempre ha sido propiedad de su familia y que ha llegado a tener un valor de más de 5000 millones de euros, aunque también se mencionó la posibilidad de que se tratara de un plan ideado por mandatarios brasileños (Dart compró más de 1000 millones de euros en deuda brasileña, aunque sólo pagó 300. Cuando el gobierno intentó acordar nuevos medios de pago con los 750 bancos a los que debía dinero, Dart se negó a formar parte del acuerdo y finalmente cobró unos 850 millones) y de la mafia rusa, en donde contó con apoyo de algunos políticos que le permitieron comprar deuda en los momentos más difíciles del país, además de haber recibido como compensación por su «ayuda» acciones de empresas privatizadas y un derecho preferente para la compra de la petrolera Yukos. <<

[17] Este fondo está liderado por un hombre llamado Michael Sheehan, que se hace llamar Goldfinger, el malo de las películas de James Bond. Entre sus históricos «triunfos» puede citarse el haber ganado 100 millones de dólares del Congo tras pagar sólo 3 millones. «No estoy mortificando al país, sino simplemente cobrar deuda legítima», dijo a la BBC. Otro de sus grandes triunfos fue demandar a Zaire, exigiendo cobrar una deuda similar por un importe mayúsculo que, sin embargo, el país africano tuvo que abonar debido a que sus equipos legales consiguieron asustar al gobierno mediante amenazas de demandas que paralizarían cualquier actividad económica del país, ya que gracias al impago en cuestión podría «embargar» cualquier transacción económica. <<

[18] El fundador de este grupo ha estado involucrado en la compra de deuda de países en dificultades, prácticamente los mismos que el fondo Donegal. Se llama Peter Grossman y trabajó, hasta que decidió volar en solitario, en Morgan Stanley, uno de los bancos de inversión que han quedado arruinados durante la crisis. Uno de los casos más sorprendentes fue su participación en la compra de deuda de Bosnia por 2,6 millones de dólares; cobró 100 millones por ello. <<

[19] Esta compañía fue fundada por Paul Singer, un hombre que con sólo treinta y dos años logró 1300 millones de dólares de sus amigos y familiares para gestionar ese dinero en diversas inversiones. Gracias a su «fondo buitres» ha obtenido grandes dividendos tras comprar deuda de países como el Congo o Perú. Sin embargo, a través de su empresa madre, Elliott Associates, ha trabajado en el mundo de las finanzas haciendo prácticamente lo mismo que todos. Se estima que desde su fundación ha dado a sus inversores una rentabilidad del 14,6 por ciento anual frente al 10,9 por ciento que han dado las empresas que forman parte del 500 S & P, la lista elaborada por la agencia de calificación Standard & Poor's con las mejores empresas de inversión del país. Singer es un personaje particular; pese a estar muy vinculado a ideas políticas de corte muy conservador, ha efectuado donaciones permanentes a causas que podemos calificar como progresistas y nobles, como por ejemplo el intento de conseguir la legalización del matrimonio homosexual, aunque todo tiene explicación, puesto que uno de sus hijos está casado con otro hombre. Durante las últimas décadas ha sido uno de los principales donantes del Partido Republicano e incluso es amigo íntimo de George Bush, el presidente de Estados Unidos entre 2001 y 2009. El propio presidente norteamericano lo invitó personalmente a la ceremonia en la que se celebraba el 60.º aniversario de la fundación del Estado de Israel. En 2006 anunció en una conferencia en Nueva York que existía un grave riesgo de crisis causado por los CDO, y unos meses después, hizo llegar a los ministros de Economía del G-7, el grupo que reúne a las economías más poderosas del mundo, una advertencia en la que preveía que los bancos más grandes del mundo podrían colapsar debido a los «seguros radiactivos asociados a las hipotecas de baja calidad». <<

[20] Los contratos de futuros son acuerdos que obligan a las partes contratantes a comprar o vender activos en una fecha futura y con un precio establecido de antemano. Podría pensarse que no tiene sentido que alguien venda algo que tiene si el objetivo es destruirlo, pero realmente los contratos de futuros ofrecen una cobertura de seguridad porque es una forma de asegurarse, ante una posible subida mañana, del precio de ese activo que posee. Sin embargo, quienes especulan con estos contratos pueden obtener dividendos si ejecutan esos acuerdos antes de la fecha establecida para su vencimiento. En principio, los contratos de futuros se establecían sobre todo en el marco de las materias primas y eran habituales en el mundo del petróleo o los metales. Si yo temo, debido a la inestabilidad mundial, que el petróleo vaya a bajar de su precio actual —100 dólares, por ejemplo— haré mi contrato de futuros con un valor de 90 dólares. Si el temor es a que el petróleo suba, entonces quien quiera firmar conmigo un contrato de futuros me ofrecerá, por ejemplo, 110 dólares. Así, en el primer caso, si cuando llega en la fecha de vencimiento el petróleo está en 80 dólares, habré ganado 10 según el precio del vencimiento. En el segundo caso, si cuando la fecha de vencimiento el petróleo está a 120 dólares, la parte que lo compró estará ganando 10 dólares. Eso sí, no puedo olvidar que vendí ese petróleo, que me aseguré su venta y que podía contar con ese dinero desde el momento en que hice ese contrato. A esos contratos de futuros sobre activos físicos como el petróleo se unieron los contratos de futuros sobre activos financieros, que bien pueden ser acciones, tipo de interés, deuda... Para eliminar riesgos de insolvencia en el futuro por alguna de las partes, existe una Cámara de Compensación que se encarga de evitar que se produzca un impago por parte de quien tenga el derecho a la comprar —*call options*— o el derecho a la venta —*put options*—, que son las opciones sobre estos productos derivados que se ejecutaron antes del 11-S. <<